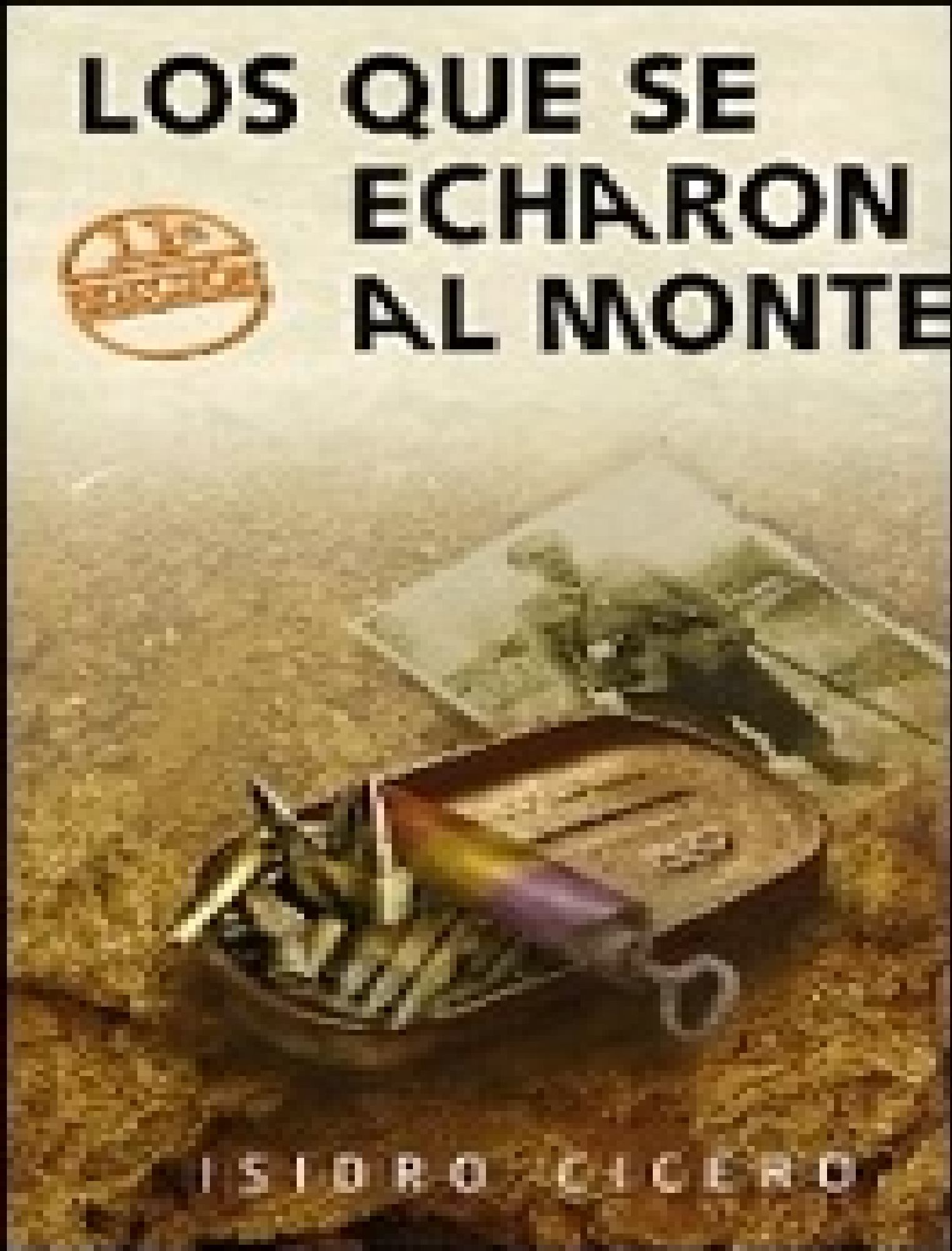
LOS QUE SE ECHARON AL MONTE



ISIDRO CICERO

Annotation

El libro 'Los que se echaron al monte', de Isidro Cícero, y editado por Ediciones Tantín, alcanza su undécima edición tras haber vendido más de 125.000 ejemplares. La novela es la "más exitosa" de entre los más de 700 títulos publicados por la editorial. Según ha informado la editorial cántabra en una nota de prensa, la obra está siendo "todo un éxito de ventas" por lo que se ha vuelto a poner en circulación "debido a la demanda que suscita". Juanín y Bedoya, los últimos guerrilleros que resistieron al franquismo en los montes de Cantabria,

fueron héroes populares entre el silencio de la represión. Los niños de todas las comarcas que circundan el recóndito y hermoso valle de Liébana, en Cantabria, han jugado desde hace décadas a Juanín y Bedoya. Se mofaban de los cercos que les tendían los supuestos guardias, y quedaban para el arrastre después de un pillo que te pillo en los bosques y los prados donde correteaban tiroteándose de mentira. Pero la bárbara resistencia de estos dos guerrilleros que se echaron al monte para luchar contra el franquismo –los últimos en la Península– fue de todo menos una broma. A Juan Fernández Ayala, la vida le dio cuatro cosas: un instinto casi animal para la supervivencia, su proverbial tozudez, el idealismo de los irredentos y muchos palos. En cambio, a

Francisco Bedoya Gutiérrez le tocaron en gracia otros atributos: un corpachón de gigante homérico, un corazón sensible, una habilidad extrema para tallar juguetes de madera y algunos palos más que a su compañero Juanín. El destino tuvo la mala idea de unirles para echarse al monte en plena dictadura. Su vida como fugitivos fue tan grandiosa que al convertirse España en un país normal acabaron colgándose la medalla de las leyendas.

- I. Han matado a Juanín.
  - 1. EL LUNES DE PASCUA
  - 2. 24 DE ABRIL
  - 3. ¿SIMPLEMENTE BANDOLEROS?

4. EN REDACCION
    - 5. HAN MATADO A JUANIN, EXCELENCIA
    - 6. REGAÑA LA ABUELA
    - 7. UN CALIDO RECORDATORIO
    - 8. GUARDIA CIVIL RETIRADO
    - 9. MALA SUERTE
    - 10. SANTAS MISIONES
- II. ¡Si no hubiera sido aquella guerra...!
    - 1. 20 AÑOS ANTES
    - 2. LA TABACALERA
    - 3. TRESVISO, SOTRES, BEJES
- III. Por esos montes de Dios.
    - 1. CANTABRIA INSURGENTE

2. CERRO
- 3. PEDRIN
- 4. YO ESTUVE EN LA GUERRILLA CON JUANIN
- 5. POLACIONES, BUENA TIERRA

- IV. Mira cómo se pasea la Guardia Civil por la carretera.
  - 1. GUARDIAS Y BANDIDOS
  - 2. INVASION EN CAMIONES DE PESCADO
  - 3. YO ANDUVE PERSIGUIENDO A LOS DEL MONTE
  - 4. LA PAREJA
  - 5. «USTED HA RECIBIDO DINERO DE LOS DEL MONTE...»
  - 6. MUERTE DE LOS

GUARDIAS DE CABRALES Y OTRAS AVENTURAS
V. Aquel muchacho te daba hasta la camisa.
- I. JUANIN DE LOS BOSQUES
- 2. YO ESTUVE EN LA CARCEL CON BEDOYA
- 3. VACAS Y HOMBRES EN HOLOCAUSTO
- 4. EN TAMA, 20 DE OCTUBRE DE 1952
- 5. JUANIN Y BEDOYA, EN PAREJA
- 6. DESTERRADOS EN VALDERREDIBLE
- 7. ASI MATARON A BEDOYA

ISIDRO CICERO

LOS QUE SE ECHARON AL MONTE

I. Han matado a Juanín.

1. EL LUNES DE PASCUA

El día que mataron a Juanín era miércoles, 24 de abril de 1957. Dos días antes, como todos los lunes del año, había sido mercado en Potes. El correspondiente al lunes de Pascua. Un mercado importante para los campesinos de la comarca lebaniega, que presentaban corderos de los Picos de Europa, becerros de Peña Sagra, recentales de las estribaciones de Peña Labra.

Quitando la feria de los Santos, el 2 de noviembre, y la feria de San Pedro, 29 de junio, en ninguna otra ocasión la estanza de la Serna se ve más animada. En la plaza de piedra, los tenderetes de los gallegos, las tresvisanas con su queso

picón, renoveras con repollos y patatas de siembra, mujerucas con sayal para escarpines, albarqueros, pernianos, tratantes de Asturias y León, choneros de Valderredible. Camiones de vino y harina de la tierra vecina de Pernía, compradores de Polaciones y Lamasón, curas jugando al mus con los paisanos, en el café de Ciella o en el de Cabo o donde Lombraña, o en Casa Cabo. Maestras que acaban de llegar en el coche de Chisco para empezar el último trimestre, pendientes del carácter hosco que presenta el día.

Las maestras se acercan al señor arcipreste, o a don Desiderio, el capellán de Santo Toribio, para preguntarles cómo y cuándo se va a organizar este año el «Día del Niño» en el Monasterio. Y los

sacerdotes les contestan que como el año anterior: habrá concurso de doctrina por escuelas, y luego, por Ayuntamientos. Y los vencedores de los Ayuntamientos serán automáticamente erigidos en Príncipes del Catecismo con su banda correspondiente; luego, en reñida competición, se elegirá entre todos el Emperador y la Emperatriz catequísticos de toda Liébana.

No hace mucho se han cambiado los textos del catecismo. Donde decía «venga a nos el tu reino», ahora hay que decir «venga a nosotros tu reino».

La bonita maestra de un pueblo alto comenta esta pregunta socarrona que le hizo el padre de un alumno:

—*Señorita, ¿dejarán como estaba el sexto mandamiento?*

—Pues no: antes decíamos «no fornicarás»; ahora hay que decir «no cometerás actos impuros».

—Pero «la cosa» sigue siendo la misma, ¿eh, señorita?

La maestra reía acordándose de la cara decepcionada del labrador.

Aquel lunes, la Guardia Civil, en parejas, se paseaba arriba y abajo por entre el bullicio de la gente. Otros guardias de paisano que tomaban tostadillo con algún vecino de La Vega, de Barago o del mismo Potes hacían preguntas y preguntas como si no pretendieran nada.

Aquel lunes, una mujeruca, después de mirar a todos lados con recelo, recogió unas botas recién remendadas en la zapatería y compró una libretuca en casa

de Sandi, con el nombre de «La Luz» impreso en cada hoja. Estas libretas acababan de llegar de Santander y se consideraban una novedad. Quién sabe si acaso compró también algo de tabaco. Todo guardado en la misma espuerta que por la mañana traía al mercado dos mantecas y tres docenas de huevos, la mujer se volvió en la línea para su pueblo.

Sólo dos días más tarde, las botas recién remendadas las llevaba puestas Juanín cuando le mataron, y en el bolsillo de la chaqueta de pana encontró uno de los números de la Guardia Civil aquella libreta con algunas cosas escritas. Se preguntó mucho, pero nadie recordaba haber visto aquella mujeruca...

Había mucha gente aquel día en

Potes. Se compraba y se vendía. Una conversación común: Juanín y Bedoya. Otra conversación común entre la gente joven: en Bilbao, en Torrelavega, se ganaba más dinero, se trabajaba menos y había más posibilidades para ayudar a los hijos. Era la naciente idea de la emigración.

Se dice que el lunes de Pascua, aprovechando el tumulto, alguien susurró al oído de cierta persona un nombre, un lugar, una fecha, una hora. Se dice que ese susurro llegó hasta el oído del cabo de la Guardia Civil en Vega de Liébana. Se dice que el cabo tuvo dos días para preparar una estrategia infalible que acabara con Juanín.

A nosotros nos han dicho nombres propios, pero nosotros no podemos

repetirlos.

2. 24 DE ABRIL

«Dicen que murió Juanín no sé si será verdad»...

Cantan así unas coplas anónimas. La gente no sabe si creer o no creer la noticia, tantas veces dada y otras tantas desmentida por los hechos.

Mucha gente dice que el encuentro de la pareja de guardias con Juanín y Bedoya, que iba a terminar con la vida del primero, fue casual. Otros dicen que estaba perfectamente planificado desde tiempo antes. Hay quien lo achaca a un servicio mal hecho de la guardia civil. Los responsables de este servicio mal hecho, que acabó con la vida de Juanín, el hombre más buscado y por el que se

pagaba la más alta recompensa de la posguerra santanderina, fueron Leopoldo Rollan Arenales, cabo de la guardia civil, y un número de la misma, Angel Agüeros Rodríguez, de Cabárceno, que ya en su día había matado también a Joselón, otro famoso huido por los montes cantábricos.

La noche estaba oscura. Llovía fuertemente. Era abril; había flores en los frutales. Se acababan de arar las tierras para la siembra y de injertar algunos manzanos. En las cocinas de las casas, acurrucadas junto a la lumbre, las mujeres remendaban los zurrones de los vaqueros o preparaban la tortilla del pastor para el día siguiente. Algún muchacho, a la luz de un carburo, empezaba los primeros ejercicios de aritmética del trimestre. Regresaban los

hombres tosiendo frío de las cantinas. Carraspeaban los abuelos en la cama. El vecero del día siguiente, o sea el que tenía que llevar las ovejas de todos los vecinos a pastar, salió a la puerta de la casuca para ver qué cara tenía la noche. Si llovía aún, sería preciso escoger lugares resguardados del viento y de la lluvia para llevar los rebaños. La tarea de vecero se hace por turno en la aldea.

De repente, los disparos atormentan la noche.

—¿Has oído algo?

—Creo que fueron tiros.

—Alguno que andará al jabalí.

—O al lobo.

Al momento se oyen gritos. Y poco más tarde llega a voces la noticia: «que mataron a Juanín, que mataron a Juanín».

La gente dudaba en salir de casa o meterse más adentro. Experiencias había en las que la una y la otra decisión resultaban igualmente peligrosas. Había amainado la lluvia.

—¿Dónde ha sido?, —En la carretera, en el cruce que sube para Señas. Junto a los maderos de Fombellida.

La gente se iba acercando, temerosa, sin atreverse a decir nada, porque cualquier frase podría tomarse con segundas intenciones. Muchos se quedaron en casa sin salir, por considerarlo menos comprometido, pero tampoco pudieron conciliar el sueño en toda la noche. Empezaron a moverse coches para arriba y para abajo. En no pocas camas se lloraba aquella noche

invernal.

Y empezaron las explicaciones. Los guardias decían cómo había sido:

—*Que subían el cabo y Angel por el camino de Barago, y a eso de las nueve de la noche, los vieron venir. Entonces les echaron el alto y ellos abrieron fuego. Entonces Angel se puso aquí y el cabo aquí, dispararon y cayó uno.*

El otro echó a correr. Se acercaron y *aquí lo tenéis, ¡Juanín! Bedoya se escondió. Hay que ir a buscarle.*

Unos cuantos vecinos fueron requeridos para acompañar a los guardias en la busca y captura de Bedoya. «Seguramente va herido», decían.

«No podrá ampararse sólo en esta región, que apenas conoce», auguraba el «Diario Montañés» del día siguiente.

Aquella noche, Bedoya, el compañero inseparable de Juanín, estuvo pidiendo comida por algunos de los pueblos del valle de Cereceda. Iba nervioso, desencajado. «Parecía una furia», dice un vecino que le entregó medio kilo de chorizos.

Amanece. Bedoya, ciento quince kilos de peso, uno ochenta y cinco de estatura, ya va bien distante del cadáver de su amigo. La mañana está plomiza, fría. Un hombruco, envuelto en vieja gabardina, con el paraguas colgado del brazo, ha madrugado mucho hoy para cebar las vacas del invernal. El invernal, en Liébana, es una de las más importantes cosas que existen. En algunos pueblos lo llaman «envernal» y en otros «cabana». Allí pasan las vacas

parte del invierno, comiendo la hierba seca, almacenada durante el verano en fatigosas jornadas de sol a sol. Están tan distantes muchos invernales del pueblo, que a veces es imprescindible llevar la comida para todo el día. Existen invernales a los que hay que llegar rompiendo la nieve, en los meses difíciles de diciembre y enero.

Ya muerto del día anterior, sujetaron el cuerpo de Juanín contra el muro con palos y cuerdas para sacarle fotos como si estuviera vivo. Todo el mundo repudió aquellas macabras ceremonias con el cadáver. Los guardias requisaron las películas y las destruyeron, aunque alguna fotografía se pudo salvar

Bedoya ha visto al vaquero. El vaquero ha visto a Bedoya e intenta esconderse pasando por otro sitio, dando un rodeo. Pero enseguida se le planta delante el hercúleo mocetón.

—*Oiga, venga usted para acá.* Llega el hombre, temeroso.

—*¿Por qué se escondía usted?*

—*No señor, no me escondía. Es que yo siempre paso por ahí.*

— *Mentira. Siempre pasas por aquí. Pero ahora me has visto* y *me tienes miedo.*

—*Bueno..., sí.*

Tiritaba el hombre de miedo y de frío. Tenía mala fama Bedoya. Fama de sanguinario.

—*Tú, ¿cómo te llamas?*

—*Samuel.*

—Ya sé quién eres. Tú tienes un hermano cura. ¿Tú me conoces a mí?

—No... yo...

—Pues soy Bedoya. Y no me digas una mala palabra, porque aquí mismo te parto la cabeza. Acaban de matarme a mi amigo y soy capaz de cualquier cosa. Así que lo primero de todo se lo dices a tu hermano. Y después, a la guardia civil. Que has visto a Bedoya y que Bedoya se caga en la madre que los parió. ¿Se lo vas a decir?... Se lo. dices, ¿eh? Y les dices también que voy en esa dirección, que me sigan.

El hombre está pálido. Le tiemblan las manos a Bedoya. Le late fuerte el corazón al pastor.

—¿Tienes cerillas?

—Sí, aquí llevo una caja.

—Pues tráela. Toma cien pesetas por ella.

—Hombre, yo... te la regalo.

—Nada, coge ese dinero. Cien pesetas. Yo pago siempre, si tengo con qué.

Se dio aviso a los guardias. Siguieron el camino que les indicaron y, efectivamente, por allí pasaban las largas zancadas de Bedoya, hasta que en unos matorrales se perdió su rastro.

Entre tanto, en la Vega, el acribillado cadáver de Juanín permanecía expuesto al público. Llegaba mucha gente a verlo. Se contaban anécdotas, se decían mentiras. Alguna gente rezaba. Todos estaban muy serios. No faltaba quien a escondidas se enjugaba una lágrima. Hubo uno que pisó el cadáver

con indignación. Otro dijo que había que enterrarlo en un camino como a los perros.

Clavaron unos palos en el muro que aguantaba el terraplén y le pusieron de pie contra las piedras, cobrando un impresionante aspecto de crucificado. Era para sacarle fotografías. La gente lo contemplaba todo en silencio y veía con repulsa estas macabras ceremonias.

Había muchas conjeturas que se exponían en voz baja.

Según unos, en el cuartel se sabía el día y la hora exacta en que Juanín y Bedoya iban a bajar a la Vega.

La estrategia que emplearon los guardias fue bien original:

De la Vega salen tres carreteras a pueblos opuestos: una a Potes, otra a

Dobres y la tercera al Puerto de San Glorio. Por cada una de estas carreteras salió a patrullar una pareja. Interesaba hacer ver que se quedaba la Vega sin guarnición. La orden era salir dos kilómetros y regresar todos al cuartel. Estaba planeado de tal modo que, al regreso, la pareja que había ido hacia Barago y Dobres tuviera que encontrarse con los emboscados al bajar de Señas a la Vega.

El camino que baja de Señas se une a la carretera poco antes de hacer ésta una curva, que impide la visibilidad de la parte de arriba. Al lado contrario de la carretera está el cementerio, y más abajo, ya en el río, el molino. Tras esa curva se escondieron los guardias. Juanín venía el primero, y creyendo que la pareja ya

había pasado, intentó cruzar la carretera sin precaución. Fue entonces cuando le mataron.

Había entonces allí unos maderos, esperando ser llevados a la serrería. Tras uno de ellos intentó parapetarse Juanín, pero no le sirvió de nada. Ya iba herido de muerte. El madero tras el que se tumbó nunca se pudo hacer tabla por la cantidad de plomo y metralla que tenía dentro.

Bedoya venía doscientos metros más atrás. Pudo haber matado a los dos guardias. El uno estaba justamente debajo de él. Para poderse proteger, tenía al lado un gigantesco nogal cuyo tronco no utilizó.

Esta actitud de Bedoya desmiente el carácter sanguinario y brutal que la

mayoría de la gente le atribuye. Y plantea, a la vez, interrogantes sobre su fidelidad a Juanín. No poca gente dice que fue el mozo de Serdio quien entregó a su propio compañero a cambio del camino libre hacia Francia prometido por los guardias en secreto a través de su cuñado. Pero de esto se hablará más tarde, convencidos como estamos de que la auténtica verdad del asunto es muy difícil por no decir imposible de constatar.

Siempre que tenían un encuentro violento o debían salir huyendo uno por cada lado, ambos corrían cuanto les era posible, y cuando pasaba el peligro usaban una contraseña para volverse a reunir. Sólo cuando otro tipo de señales convenidas no daban resultado, se hacía

la contraseña desesperada de unos cuantos tiros al aire. Por el lugar de donde procedían, sabía el compañero hacia dónde debía dirigirse. Hay mucha gente que asegura haber oído los tiros de Bedoya aquella noche.

Entre las distintas versiones de la cacería de Juanín, la más novelesca, no queremos decir la más fantástica, es la del «servicio mal hecho» de la guardia civil.

Iba la pareja hacia Barago. Tenían que patrullar carretera arriba hasta un punto determinado, de manera que a las nueve y media estuviera de regreso en el cuartel. Hacía frío, y anduvieron más deprisa para entrar en calor. Llovía, y no llegaron al sitio prefijado. Y cuando, de regreso, ya iban a entrar en la Vega, se

dieron cuenta de que no eran más de las nueve y se habían adelantado media hora.

—Es demasiado pronto para entrar en el cuartel. —¿Damos otra vueltecita? —Vamos hasta el molino.

Juanín y Bedoya los habían estado vigilando. Y cuando los vieron entrar en la Vega, pensando que ya no volverían a salir del cuartel, se apresuraron a bajar y cruzar la carretera lo antes posible; cruzar carreteras y puentes era algo muy peligroso y había que hacerlo bien. No se veía y se tropezaron con los guardias.

Estos dispararon al bulto, que resultó ser Juanín. «*Pero podía haber sido un burro*», dicen los que cuentan esta versión, «o *un hermano nuestro que venía de buscar una oveja recién parida y extraviada en el monte*».

Parece extraño que Juanín, meticuloso en los detalles más mínimos, no se hubiera cerciorado bien antes de intentar cruzar la carretera. Tenía la costumbre, más tarde lo veremos, de investigar, horas y hasta días enteros, los lugares de paso que ofrecieran algún peligro.

Por eso la gente cuenta otra versión, a caballo entre la mitología heroica y las posibilidades reales: Juanín se entregó él mismo. Fue como una especie de suicidio patético. Sabía que iba a morir cualquier día en los montes, pues tenía los pulmones destrozados, y prefirió morir así, de un modo trágico, como había transcurrido toda su vida, en un último intento de llamar la atención sobre aquello por lo que había luchado: una

vida más digna para todos. Y por eso, dicen los entusiastas de esta hipótesis, escogió para morir el lugar en donde más gente le conocía, donde muchos le habían querido, donde sí se sabían claramente las graves circunstancias por las que él, Juan Fernández Ayala, se había lanzado a vivir aquella vida.

«Ha muerto el bandolero más terrible de que se tiene noticia en esta provincia», decían al poco tiempo los voceros oficiales. ¿Le cazaron por casualidad los guardias? ¿Le entregó su compañero? ¿Le entregó un vecino de la Vega o de Señasf ¿Fué todo una casualidad? ¿Se entregó a sí mismo harto de huir y de sufrir? Sea como sea el entramado inmediato por el que consiguieron darle alcance, lo cierto es

que su cuerpo machacado yacía en la mañana de abril en una carretera lebaniega.

En abril de 1977, «Hoja del Lunes» de Santander creyó oportuno sacar una nota bajo el título «Hoy se cumplen veinte años de la muerte de Juanín». La nota, que venía firmada por S. V., fue agriamente replicada por las hermanas del guerrillero: No es verdad que Juanín estuviera enfermo del pulmón, lo que contradice la creencia general de la gente. No es verdad que Juan fuera un asesino, con lo que todo el mundo está de acuerdo. Es mentira que Juanín fuera un bandolero, si no más bien un romántico, un idealista, que tuvo una vida de injusta persecución. Y con esto también muchas personas que le conocieron están

enteramente conformes.

Lo sorprendente de la nota viene después: «A Juan no le mató la guardia civil. A nuestro hermano le mató de un tiro en la nuca alguien que le traicionó.»

Pero esta versión de los hechos «nos la reservamos —siguen las dos mujeres— hasta que creamos oportuno el momento de revelarla».

3. ¿SIMPLEMENTE BANDOLEROS?

La palabra bandido tiene muy negativas connotaciones. Sin embargo, no es más que un participio sustantivado deJ verbo bandir, ya en desuso, del gótico «bandwir», que significa promulgar un bando, declarar la persecución de un ciudadano o proclamar a un hombre fuera de la ley.

Bandidos hubo en la historia, perseguidos por la justicia, que al cambiar ésta, se convirtieron en héroes. ¿Quién no ha oído hablar, por ejemplo, de Pancho Villa? El hecho transformador consiste en que los perseguidores se

conviertan en perseguidos o en que cambien radicalmente las circunstancias que un día los marginaron de su comunidad humana.

Bandidos hubo que cambiaron ellos mismos las leyes, aboliendo las que los perseguían y creando otras a su gusto. Cuando Fidel Castro estaba en Sierra Maestra o Mao Tse Tung en las montañas chinas, no eran menos bandidos que los lebaniegos de la década de los cuarenta en los Picos de Europa.

En julio de 1936, un grupo de falangistas de la zona tomaron, pistola en mano, el Ayuntamiento de Potes. Esto era un serio delito contra la ley Y cuando las fuerzas armadas gubernamentales vinieron a pedirles cuentas de su acción, fueron recibidas a tiros: nuevo delito que

añadir a su cuenta delictiva. Por eso decidieron emboscarse, «echarse al monte». No tardaron en ser declarados fuera de la ley y en ser perseguidos. En un número de «El Cantábrico» del mes de agosto aparecían ya como condenados a muerte y declaradas en rebeldía.

De lebaniegos bandidos en el año 36 se convirtieron con la nueva legislación vencedora de la guerra en hombres con autoridad, dignidades, alcaldías, concejalías y laureadas militares. Si la guerra la hubieran perdido ellos, es posible que se hubiera hecho realidad la difícilmente imaginable ensoñación de Jesús Torbado, que describe un maquis fascista dirigido por José Antonio Girón.

Si en 1945, o 1946, como esperaban todos los hombres emboscados en

nuestros montes y en el resto del país, los aliados vencedores del nazismo y el fascismo en Europa hubieran derribado el régimen franquista, los personajes de nuestra historia, los bandidos que dejaron sus vidas en cualquier cuneta olvidada, en mayor o menor medida convencidos republicanos, serían quizá en la España democrática altos jefes políticos o militares.

La historia de los emboscados de posguerra, por más que haya insistido en deformarla la prensa oficial, la única que había, no es una historia de delincuentes comunes, asesinos y ladrones. Es una historia de combatientes armados por motivos políticos, «huidos» de una legalidad que rechazaban, por haber sido impuesta violentamente y en cuyo

derrocamiento violento querían participar.

Sus aciertos, sus errores y el desarrollo completo de su estrategia habrá que enjuiciarlos a partir de este presupuesto, no en base a otro tipo de razones que no harán sino equivocarnos.

En todos los continentes, en todas las épocas, se ha dado el fenómeno del bandidaje: los «banditti» del sur de Italia, los «cangaceiros» del Brasil, «szegene legeny», pobrecitos muchachos, de Hungría, los «rasboiniki» en algunas regiones de Rusia, los «haiduks» en los Balcanes, los «cosacos» del Volga, los «talukder» de la India, algunos «cowboys», «gauchos» y «llaneros» americanos.

Unos son violentos, otros

sanguinarios, otros dulces y comprensivos, otros vengadores. Unos son odiados por las gentes. Muy pocos son amados y elevados por el pueblo a una veneración mítica: protagonizan bellísimas baladas de amor y canciones épicas; son como el brazo armado de los desvalidos, corrigen los abusos, roban al rico y se lo dan al pobre. Los vemos apoyados y ayudados por los campesinos. Son invulnerables. Y a su muerte violenta lloran las gentes, como si algo muy íntimo y muy de todos hubiera sido sacrificado. Llegan algunos a ser objeto de adoración religiosa, como Diego Corrientes, el andaluz que se parecía a Cristo.

En la España de posguerra, toda esta tipología se da completa. En Cantabria, a

un nivel más reducido, también, y proporcionalmente, en la región occidental de la Montaña, objeto de nuestra atención.

Los periódicos de los años 40 y 50 hablaban muy poco de los vencidos que se «echaron al monte». Eran notas brevísimas, en páginas anodinas. Del espacio dedicado a esta insulsa información, una parte importante eran insultos: «forajidos», «asesinos», «malhechores», «salteadores», «criminales», «bandoleros»...

Los periódicos no denominan a los hombres del monte como a ellos más les hubiera gustado oírse llamar: «guerrilleros». «Somos guerrilleros de la República, destacamento de vanguardia de la resistencia española», dice el

manifiesto de la Agrupación que actuaba en los montes de Levante y Aragón.

Aguado Sánchez, teniente coronel de la guardia civil, en su reciente libro «Los maquis en España», opina que para llamar a los emboscados de la posguerra española con el histórico nombre de guerrilleros, les falta ser combatientes contra un ejército extranjero de ocupación, cosa que no sucedía en España. Fueron guerrilleros Viriato, el cura Merino y los que vencieron a Napoleón, pero no los emboscados de los años cuarenta.

Tomás Cossias se refiere a ellos como «núcleos de elementos huidos», «masas de individuos insurgentes», y más frecuentemente, «simples bandidos».

Comín Colomer también se inclina

por esta denominación.

André Sorel distingue entre los «huidos» del primer momento, que escaparon al monte en el otoño-invierno del 37, y los guerrilleros, que, fundamentalmente, aparecen organizados a finales del 44, en agrupaciones que a su vez se subdividían en guerrillas de unos diez hombres cada una.

Muchas veces se les denominaba «maquis». ¿Pero cuál es el origen y el significado de este término?

«Maquis» es una palabra francesa de origen corso. Significa matorral, bosque. «Maquissard» significa el emboscado. En la Resistencia Francesa, contra el nazismo alemán que había invadido el país hasta los Pirineos, fueron los «maquissard» quienes mayores disgustos

daban a Hitler, irritando, acosando, aguijoneando su poderoso ejército en una original lucha guerrillera. En esta lucha participaron heroicamente miles de españoles exiliados. A la entrada triunfal de las tropas aliadas en París, la División Leclerc estaba plagada de caeros de combate bautizados con nombres hispanos: «uuernica», «Teruel», «Durruti», «Guadalajara»...

La prestigiada palabra maquí, abreviatura de «maquissard», se puso de moda en España, aunque fuera con su acento cambiado.

Bandidos, esto es, perseguidos. Guerrilleros, esto es, batalladores por una idea de liberación. Maquis, esto es, emboscados entre el follaje de inextricables sierras: tres características

en tres palabras, que podrían servir para sintetizar y trazar las coordenadas de una historia apasionante, de unos hombres polémicos, sufridos y heroicos, dueños de cumbres y valles, a quienes los aldeanos denominaban lacónicamente, sin pasión y sin frío, con la neutral expresión de «los del monte».

Sr. D. Luciano Gómez Morante.
Abarrotes «Peña Sagra».
Colonia del Tepeyac.
México, D. F.

Querido hermano Luciano:

Me alegraré que al recibo de ésta te encuentres bien de salud. Por aquí, nosotros todos bien gracias a Dios.

Luciano, tengo que decirte que

madre se puso muy contenta con la carta que mandaste y que nos gustó mucho que te hayas puesto por tu cuenta, porque tío igual ya chochea un poco y no os entendíais bien. Y además, que has puesto a la tienda el nombre de Peña Sagra, que tú bien tienes que acordarte de estos montes, pues muchas veces pasaste las primaveras y los veranos en ellos con las vacas de don Juan, y a lo mejor pues no te quieres olvidar de ello.

Luciano, nos vino muy bien que nos mandaras dinero, porque así hemos encargado a los pernianos un saco de harina y una carral de vino, ahora que va a empezar el calor y hay que sembrar las patatas. Tenemos una simiente muy buena que nos la trajeron de Aguilar. La jazuca del Trichorio la vamos a echar de

fréjoles y la tierra de la Colera de habas. Este año nos hemos quedado con los prados de Florencio, los llevamos a medias, porque la mujer de Florencio está mala, tísica según dicen, y los muchachos están en los pinos, en Navarra, y no son gente para atender las fincas. Yo prefería no coger nada a medias, porque ya se sabe que la mitad del trabajo te lo lleva el amo del prado, pero no ha salido nada mejor; también había tierras que las daban al tercio, las de señorito, precisamente. Luego, en el invierno toda la hierba vale, todo es poco, que los inviernos son muy largos, tú bien lo sabes.

Luciano, también te tengo que contar que ayer enterraron al pobre Juanín, que tú preguntabas qué era de él

en la carta de Navidad, le mataron en la Vega y la gente dice que ya salió del pueblo de Señas vendido. Yo también lo creo porque si no, de qué... Imaginamos que esta noticia te dará pena, que tú le querías mucho a Juanín, pero por otro lado piensa la suerte que tuviste tú de poderte escapar a México, que ahora estás muy bien situado y los que se quedaron en el monte, de todos los que erais al principio, ya todos han muerto. Así que de aquello ya ni te acuerdes, que también nosotros hemos salido mejor, que a los parientes de estos, los de Juanín, Gildo, el Tuerto, Ceferino, bueno, los de todos, los han escoloñado enteros, y alcanzó tanto o más para los vecinos. Así que ya has visto que no se puede hacer nada y lo que decías de que te remuerde

la conciencia haber escapado, dejándolos a ellos en el monte, te diré que no te preocupes, que todos dicen que es lo mejor que pudiste hacer. La gente tiene que acomodarse a lo que haya si se quiere vivir tranquilo.

Luciano, a Juanín le enterraron en Potes, que le bajaron para exponerle allí, y que todos le vieran. Ni siquiera le enterraron en el Camposanto.

No sé el tiempo que estuvo el pobre hombre a la vista de la gente, hasta que le hicieron la autopsia. Primero le tuvieron en la Vega, expuesto, ni que juera un lobo para andar llevándolo de sitio en sitio.

También te diré que el muchacho nuestro mayor, Cíanuco, aprende muy bien; pero aquí en el pueblo, ta maestra

no se da arte de nada, y andamos viendo la forma de mandarlo para el año que viene si Dios quiere a algún sitio, que le enseñen algo. Don Desiderio, el cura, nos anima a llevarle al Seminario y no sabemos qué hacer, si le echemos'allá o no. Parece que da pena, el pobre, tan pequeño, pero es que aquí ya sabes que no hay porvenir ninguno.

Madre cada vez ve menos, pero está muy animosa. Cuando venimos de cavar ya nos tiene ella la comida preparada y la cuadra atendida.

Me dicen madrey Julia que te cuides y esta estampa de la Santuca te la manda mi mujer. Ya luego es la Santuca, el día 2, que ya la bajaron de la ermita a la iglesia de Aniezo. Ye estoy ofrecido a llevarla por el puente Vieda hasta Potes,

por las intenciones de todos nosotros y las tuyas. No creo que este año haya cerezas para poner en las andas y para comer nosotros como otros años. Hace muchísimo frío.

Y no sé qué más contarte. El lunes vendí cuatro corderos de este año, recentales, pero no vale nada el ganado, según de caras que están las cosas.

Que escribas pronto y a ver si ya pronto puedes volver a casa.

Besos a tío y tú recibes un fuerte abrazo de tus hermanos, sobrinos y madre.

Pedro Gómez

4. EN REDACCION

Eran las once de la noche y sonó el teléfono en la redacción de «El Diario Montañés». —*Conferencia de Potes.*

El periodista lebaniego corrió al aparato. Le llamaba su amigo corresponsal en la villa del Deva y el Quiviesa. —*Oye, Florencio, te llamo porque mataron a Juanín. —iHombre, no fastidiesl*

—*Sí. Andan diciéndolo por ahí. Hace un par de horas. Dicen que fue en ta Vega.*

—*¿Y cómo ha sido? ¿Quién...?*

El periodista buscaba cerciorarse. De ser verdad la noticia, había que.precisar todo lo posible. No fuera a

pasar lo de tantas veces: llega una noticia sensacionalista, como ésta, los nervios se ponen de punta, se lucha para poderla contar, se lleva uno un disgusto si no le dejan hacerlo... Hay que confirmar la noticia siempre.

—*Oye, entérate bien y vuélveme a llamar.*

El periodista decide llamar a su hermano que vive en Potes:

—*Sí, eso dicen*, le contesta éste. *Yo no he ido a verlo, pero toda la gente anda alborotada. Dicen que fue en la Vega. Nosotros no sabemos más.*

—*¿Qué tal tiempo hace?*

—*Una noche de perros.*

No estaba aún satisfecho el periodista lebaniego. En su cabeza le daba vueltas a la noticia, el modo de

redactarla, las dificultades de censura, el modo de actuar el director... «Hay que ser prudente, muy prudente». Llama al cuartel de la guardia civil de Potes y no le quieren decir nada.

—*¿Pasa algo en Potes, Florencio? ¿En tu casa?*

Un compañero estaba extrañado de tantas llamadas.

—*No, no, en absoluto.*

Había que ser muy prudente: que no se filtrara nada. ¡Tenemos la primicia! A ver si es posible que no se enteren los de «Alerta». «Ni en talleres, ni en redacción debe saberse nada hasta última hora». Cualquier chaval podría cometer una imprudencia cuando salen a tomar café.

—*No, no, mejor callar. ¿Pero* y *si no es verdad? ¿Y si es otro pobre hombre y*

lo han tomado por Juanín? Se ha hecho muy tarde. Ya no hay tiempo que perder.

—Por favor, ¿es la Comandancia de la guardia civil?

Eso, aquí en la comandancia lo sabrán. Un guardia medio dormido contesta. «Sí, qué pasa.»

—Verá, soy del «Diario Montañés». ¿No hay por ahí algún jefe para hacerle una pregunta, por favor?

—No hay ninguno, oiga. ¡Se han ido todos a Potesl

—¿Pues ha pasado algo o qué...?

—iAh, no sé! Eso yo no se lo puedo decir.

Alguien trajo la famosa foto de «La Carrá». Distribuida profusamente en pasquines por toda la provincia, esta foto es llamada también «de Matalacorre» y «de Gedillo». Juanín pintaba sobre el medio millón de pesetas que valía su cabeza una hoz y un martillo

Ya no hay duda: «Pobre Juanín. Le mataron». El periodista le conoció hace ya muchos años, tenía un botijo en la mano para llevar agua a los presos del batallón de trabajadores. Y a su madre —icuánto sufrirá hoy! — también la había conocido, que vendía caramelos y rosquillas por las romerías, las sorteaba con una baraja, un cubilete, un dado. «Arriba va que levanto.» Siempre rodeada de chiquillos. Y a su hermana, que estaba de criada en la Casa de los Pinos; era bien bonita. Cuando el periodista vio a Juanín con el botijo le preguntó por todos.

—*¿Y tu madre?*

—*Pues así, así. En casa anda, la mujer. Yo estoy ahora en Regiones Desvastadas, trabajando. Me recomendó*

Pepe, mi hermano, que ya sabe que es falangista.

—No te había visto antes por aquí...

—Desde que salí de la cárcel.

—Mucho trabajo, claro.

—No, bah. Ahora voy a buscar agua.

¡El pobre, qué mala suerte tuvo!

El periodista llamó al director pensando una estrategia que pudiera ser infalible. «Hay que convencerle.» El director es buena persona, sólo que demasiado prudente. «Cuando pueda, quiero hablar con usted.» «Ahora mismo, Lama. ¿Qué es?» El periodista se lo explica.

—Es muy delicado, Florencio. Muy peligroso, sin permiso nos la podemos cargar.

—No, antes haremos una cesa: usted se va a casa y mañana dice que fue cesa mía, que no sabía nada.

—No, hombre, tampoco es eso. Vamos a pedir permiso al gobernador.

—¡Me ca! Eso no. Enterarse el gobernador y enterarse el otro periódico es todo uno.

—Pero el gobernador ya lo sabe a estas alturas.

—A lo mejor no. Era ya muy tarde cuando sucedió y no creo que le hayan despertado. Mire, yo cargo con la responsabilidad, usted tranquilo. Supongo que si ponemos bien a la guardia civil por sus sacrificios para devolver la paz a los hogares, diciendo que fue un éxito de la Benemérita, que disparó a pecho descubierto y tal..., en

fin, lo redactamos bien, v *no creo que pase nada.*

El periodista entregó el artículo a los talleres. Iba nerviosamente redactado. Los operarios se miraban unos a otros con curiosidad. Se le buscó a la noticia un hueco en primera página, eclipsando otras informaciones como la bendición «Urbi et orbe» del Papa Pío XII en el domingo de Pascua, el viaje de Foster Dulles a Alemania, una audiencia del Caudillo al Gobernador Militar de Santander, el almuerzo que la víspera se había ofrecido en Madrid en honor del ministro chileno de Asuntos Exteriores, un gran titular culpando al comunismo internacional de la grave crisis en Jordania, unos llamativos titulares sobre la Vuelta Ciclista a España en su etapa

Bilbao-Vitoria y un alegato sobre la falta de conciencia profesional inglesa, demostrada en el partido Real Madrid-Manchester.

Hay nervios en la redacción. Alguien trae la famosa foto de Juanín en la «Carra», la finca de Bedoya en Serdio, distribuida profusamente por la guardia civil a numerosos vecinos de los pueblos montañeses. Lleva Juanín la metralleta en la mano derecha, una cachava de pastor en la izquierda, guerrera miliciana, botas, linterna, pantalón de pana. La mirada muy seria. El rostro adusto.

Hay guardias que llaman a esta foto «la de Matala-corre», y otros «la de Gedillo», lugares a los que parece corresponder la escenografía del fondo. «Fue intervenida a una amiga de Juanín

—dice un guardia extremeño—, tiramos pasquines por toda la provincia ofreciendo medio millón de pesetas a quien le entregara vivo o muerto. En Lamasón, Juanín se entretuvo en decorar su «vera efigie» con una «jo» y un «martisho» y a ponernos por detrás indirectas a nosotros.»

Sale el periódico a la calle. Corre la noticia como reguero de pólvora. Se agolpa la gente en los kioscos. Nada dice la radio. Nada dice el «Alerta». En pocas horas se agota el «Diario Montañés».

Hay que tirar una segunda edición y luego una tercera y una cuarta.

Se bebe sidra y litros de café en los talleres. Están agotados los operarios, que empezaron a trabajar a las seis de la tarde del día anterior. Ya no pueden más. Piden

dejarlo.

En pleno Paseo de Pereda hay tertulias espontáneas, grupos de comentario. «Yo a Juanín le conocí en la cárcel»... «Yo le vi una vez por Cabezón de la Sal...»

Los que compran el «Alerta» corren a cambiarlo por el «Diario».

—¡*Mándenos* mas!, llamaban a Distribución desde toda la provincia. *Aquí hemos vendido cien y se pueden vender otros tantos.*

Nunca, en toda la historia del Diario, se registró una jornada como la del 25 de abril de 1957.

Tendrían que pasar casi veinte años, el día de la muerte del general Franco, para que el periódico, decano de la Montaña, conociera una actividad similar.

5. HAN MATADO A JUANIN, EXCELENCIA

La esposa del señor gobernador había dormido mal aquella noche y estaba ya desde el amanecer asomada a la ventana, mirando a la bahía. Tenían las aguas un reflejo de gaviotas y de plata. El Gobierno Civil tiene una fachada sobre la calle principal de Santander. Ronca todavía don Jacobo Roldan Losada, el gobernador manco, hombre enérgico y de duro carácter, bondadoso y apacible en la intimidad.

—Jacobo, mira, ¿qué será eso? Hay mucha gente reunida en el kiosco.

—Pues no sé, mujer, déjame dormir.

Es muy pronto todavía.

—Jacobo, se reúne mucha gente. Todos con el periódico en la mano. Seguro que pasa algo.

—Habrán cambiado algún ministro. Déjame dormir, anda.

Se había hablado en aquellos días de una pequeña crisis ministerial. Pero aún faltaban algunos meses para que llegara al poder el gobierno monocolor y tecnocrático del 58.

—No creo que se arme un revuelo así por el cambio de un ministro. Levántate ahora mismo a verlo.

La esposa del gobernador se había puesto seria. Don Jacobo sabía que de vez en cuando hay un tono en la voz de su señora que no admite réplicas. Lo había aprendido ya en el hospital, cuando

él, joven oficial herido en el frente, se enamoró perdidamente de aquella guapa enfermera.

—*No creo que se trate de ministros. Mira...*

Llama el gobernador a un ordenanza: «tráigame inmediatamente el periódico».

Hay mucha gente rodeando el kiosko. «El periódico del gobernador, buenos días.» «Tenga.» Pepita, la más conocida kiosquera de la ciudad, le entrega como todos los días el «Alerta», el diario del Movimiento. Mete el ordenanza, antiguo policía armado, el «Alerta» en el bolsillo. De repente se da cuenta de que todos están leyendo el «Diario Montañés»: «¿Pues qué pasa?»

—*No, el «Alerta» no lo trae, oiga.*

Sólo el «Diario». ¿Es que no lo sabe? Que han matado a Juanín.

El ex policía razonó: pues si el «Alerta» no lo trae, ¿para qué queremos el «Alerta»? Voy a comprar el «Diario» y aunque sea lo pago yo de mi bolsillo.

Compra el «Diario» y se dirige al Gobierno enfrascado en su lectura: «... por toda la región lebaniega se extendió rápidamente la noticia, elogiándose merecidamente el extraordinario servicio de los dos guardias civiles, que arriesgaron sus vidas para llevar la tranquilidad a los hogares de aquella zona, amenazados constantemente por las correrías de los dos bandidos»...

Llama a la puerta.

—*Pase.*

Es la voz del gobernador.

—*Aquí tiene usted el periódico.*

Le entrega el «Diario». Lo arroja el gobernador sobre la cama: «¿No saben que yo leo «Alerta»? ¿Por qué me traen esto?

—*El «Alerta» no dice nada, aquí lo tiene también.* Lo saca arrugado del bolsillo y se lo entrega. «Sólo lo trae el «Diario». —*Trae... ¿lo qué?*

—*Han matado al Juanín, Excelencia.*

Luego vino el lío de teléfonos, llamadas, disculpas, órdenes. Reprimendas por no haber interrumpido a media noche el sueño tranquilo y reposado del señor gobernador.

—*¿Por qué no me lo han dicho?*, bramaba don Jacobo al aparato.

—*Esperábamos a que fuera de día.*

Y luego la llamada al director del «Diario».

—Oiga, soy *el gobernador. Quiero hablar inmediatamente con el director del periódico. Rápido.*

—*Sí, señor, ahora mismo.*

Se pone a temblar el responsable de la publicación privada, cuyo mayor número de acciones pertenecía por entonces al Obispado de Santander y que tenía fama de estar un poquito, tan poquito que ni se notaba, en la oposición.

—*Oiga, usted.*

—*Sí, señor.*

—*¿Sabe usted que ha metido la pata?*

—*Ignoro por qué, señor gobernador.*

—*¿No sabe usted que este tema está expresamente prohibido de tocar en*

ninguna información sin consentimiento previo?

—Sí, señor gobernador.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de la ley de bandidaje y terrorismo?

—Cómo no...

—Sabe usted que ha cometido un delito bastante serio?

—Sí, señor gobernador.

—Le voy a mandar dos agentes a detenerle.

—Bueno, señor gobernador.

—Y le voy a echar una multa de no te menees.

—Bueno, señor gobernador.

—¿Usted no sabe decir más que bueno señor gobernador?

—Sí, señor gobernador.

El «Diario Montañés» fue castigado

a pagar 10.000 pesetas de multa. Delito: haberse adelantado a dar la información. Llamaban las agencias de Madrid: Cifra, Logos, Efe, todas. En el «Diario» les informaban como Dios manda. «¡Ah, y nos han echado una buena multa», le decían al compañero del otro lado del hilo.

—*¡Pero cómo!*

—*Sí, como lo oyes.*

El caso llegó hasta el mismísimo Gobierno. En el Consejo de Ministros, Alonso Vega presentó la papeleta al Pleno. Una fotocopia de la primera página del «Diario Montañés» fue entregada a todos los ministros. Y otra con la foto de la finca de la Carra.

—*Bah, es muy respetuosa. Deja muy bien al Cuerpo.*

—¿ Sancionamos?

—No, hombre, déjalos, queda muy bien el Cuerpo...

No hubo que pagar la multa. Algo influyó también una oportuna llamada del delegado provincial de Información, Manuel Riancho, hombre amable, comprensivo y muy sensato. Algunos directores de agencia también intervinieron.

No tardó don Jacobo Roldan Losada en dar la orden de preparar el coche y todas las cosas necesarias para ir a Potes. Había que estrechar personalmente la mano de la pareja de la guardia civil y presenciar cómo iban las cosas en la capital lebaniega.

6. REGAÑA LA ABUELA

Había bastantes números de la brigadiJIa repartidos por los pueblos.

Muy tarde, en la noche del 24, entra Cesáreo en la casa —hospitalaria, generosa, familiar— de Froilán. La anciana madre teje unos calcetines de lana. Cesáreo viene empapado de lluvia. Cesáreo es un miembro de la brigadilla y se queda en esta casa.

—*Muy tarde vienes.*

—*Y muy cansado.*

—*Siéntate a la lumbre, hijuco, que calientes y te seques.*

—*Hace una noche malísima.*

Se echa a la lumbre otro tarmado. El tarmado lebaniego es más importante casi

que el colono. Una familia cualquiera puede hacer en septiembre ochenta, cien o ciento cincuenta docenas de colonos de ramas de roble o fresno. Luego se meten en la pajareta —un pajar a la intemperie — donde seca la hoja sin pudrirse. Y en estos largos y terribles meses de nevadas se cuelgan en los cebaderos de las cuadras para que los coman las ovejas. Ya pelados los colonos, quedan los termados, o sea, las cañas sin hojas, que arden en la lumbre del hogar, avivando instantáneamente cualquier fuego mortecino.

—Qué gusto da. La lumbre, me refiero.

—No sé qué hacéis allá afuera a estas horas, regaña la abuela de la casa. Y con esta friura.

El guardia se queda un momento en silencio. Luego dice muy despacio:

—*Hemos matado a Juanín.*

Miran todos fijamente las llamas de color de sangre.

—*No te lo creo, embustero, que no decís más que tontadas.*

Cesáreo esta vez no bromea. La anciana se da cuenta. Su hijo se quita la boina y la aprieta entre sus manos crispadas: «A las benditas ánimas del purgatorio un credo»...

—*Creo en Dios Padre...*, comienza la anciana.

—*Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra*, siguen el guardia y el mozo santiguándose al final de la oración.

Cesáreo saca del bolsillo de la gabardina un pañuelo todo manchado de

sangre: «AI dar la vuelta al cadáver me llené entero». Se acerca a un caldero de agua y empieza a lavarlo en silencio. Los campesinos le cargaban de preguntas. Cesáreo extiende el pañuelo ante los ojos. El agua del caldero se había puesto roja. La luz oblicua del carburo agiganta las manos. Pensándolo mejor, el guardia tira el pañuelo a la lumbre. Todos creen por un momento que la llama se apagará, pero no, enseguida empieza a arder y aquella tela desaparece para siempre en silencio. El agua del caldero es arrojada a los pies de la parra.

—*Si lo hubieran tratado como Dios manda al principio, no habría pasado esto.*

La abuela crispa los puños y empieza a reñir. También ella había

perdido hijos y marido por culpa de aquella guerra desgraciada.

7. UN CALIDO RECORDATORIO

Juanín fue el penúltimo en morir entre los muchos emboscados que en la posguerra cantábrica se echaron al monte. Cientos de ellos lograron pasarse a Francia. Algunos viven hoy en Méjico o en Venezuela. Otros muchos cayeron acribillados en una carretera, al cruzar un puente, al saltar un río.

A lo largo de nuestra narración tendremos ocasión de exponer las actividades represivas en los pueblos y aldeas del oeste santanderino, cuyos habitantes, atrapados entre dos fuegos, obligados a vivir en el monte y del

monte, sufrieron lo indecible en estos años, de guerra con sordina, de auténtica guerra de guerrillas.

Nadie sufrió tanto como los familiares de los emboscados.

Ya es el 25 de abril de 1957. Anoche murió Juanín en la Vega de Liébana, a orillas del Quiviesa, crecido por las lluvias y el desnieve. Crecido pasa también el Ebro por Polientes. Ahora sobra agua en el pantano. Es hermoso el Valle en estas fechas, todo poblado de cigüeñas, con los surcos llenos de lluvia y las resquebrajadas tapias llenas de caracoles.

Tiene ya un carácter castellano este pueblo de Valderredible. La gente habla con la o, al estilo de la Lora y de la Pernía. Son hombres austeros, honrados y

difícilmente ven espejismos, ni comulgan con ruedas de molino. Si hay que aguantarse, se aguanta uno, pero no porque nadie te engañe con palabras vacías.

Mientras su hermana da a luz en el destierro, Juanin yace cosido a balazos a la orilla de una carretera

Hace ocho meses está aquí, desterrado, el pastor de los puertos de

Pineda y de Riofrío, que trabajaba contratado por los vecinos del valle de la Vega, guardándoles sus vacas en los meses de verano. Tiene esposa y cinco hijos. Su mujer está hoy de parto: está naciendo un niño más en el destierro. La esposa del pastor de Pineda, desterrado en Valderredible, tiene dolores de parto y dolores de los otros. Es hermana de Juanín. Y no sabe nada de él desde hace mucho tiempo. Lo que no obsta para que las buenas gentes de Valderredible los llamen «los desterrados de Liébana» y «los desterrados de Juanín».

A la parturienta todos le han ocultado cuidadosamente que mientras ella está dando a luz una vida más, su hermano yace tumbado a balazos a la orilla de una carretera.

¿Coincidencias de la vida y de la muerte?

El niño que les está naciendo tan lejos de la casuca de Señas será toda la vida un cálido recordatorio.

Llega por la mañana el cabo de la guardia civil. «Señor Segundo, venga un momento conmigo, haga el favor. ¿Cómo está su señora?»

Los desterrados eran tratados exquisitamente allí, no sólo por la gente, sino también por los guardias.

—Pues de parto, mire usted. Tiene muchos dolores.

Salen de la casa y dan unos pasos.

—Señor Segundo, no he querido decírselo delante de ella para que no sufriera. Usted tampoco se lo diga ahora. Pero tengo que comunicarle la noticia de

que han matado anoche a su cuñado Juanín, que en paz esté.

Nada dijo Segundo a su mujer. Pasó el día muy pensativo, mirando al niño que acababa de nacer.

A la tarde llegaban los niños de la escuela alborotados. Ni siquiera miraban a su hermanito: «Mamá, mamá, que mataron a Juanín, que mataron a Juanín»...

Se crispan los nervios, se solloza fuerte.

—Bah, mujer. Calla. No llores. Será una mentirona más. Ya sabes la cantidad de veces que lo han dicho y *nunca fue verdad.*

—Pues a mí me lo dijeron en la escuela.

—Bueno, pues no hagas caso.

Ganas que tienen de joder. Mira, mira que hermanuco más guapo. Mira cómo llora el pobrezuco.

Luciano Gómez Morante.
Abarrotes «Peña Sagra».
Colonia del Tepeyac.
México, D. F.

Querido hermano Luciano:

Nos alegramos que al recibo de ésta estés bien de salud, nosotros bien por el momento a Dios.gracias.

Luciano, ya nos imaginábamos que la noticia de que habían matado a Juanín te iba a dar qué pensar y que ibas a llevarte un disgusto, por lo amigos que fuisteis y lo bien que se portó contigo. Pero la gente dice que por lo menos se

quitó de sufrir de la vida que llevaba, porque al parecer estaba ya muy enfermo, de la enfermedad que tiene María, la mujer de Florencio.

Como me pides que te mande detalles, te envío los recortes de los periódicos que salieron —esos días, que los guardábamos para cuando tú vinieras.

De lo que me preguntas te diré que queda vivo Paco Bedoya, el de Serdio, que tú no le debiste de conocer siquiera, pero tiene fama de burro, así que no creo que dure mucho, a no ser que consiga pasarse a Francia, que es lo que debiera hacer.

Me dices que te cuente detalles de lo del entierro, y yo no sé qué decirte. Yo fui allá porque pasó por aquí el capador y

empezó: «venga hombre, vamos, te llevo en la moto». Y yo no quería, pero al fin allá que nos plantamos, aunque no creas que fue ningún plato de gusto, que era una cosa bien triste, aunque algunos lo tomaban como una fiesta. Vino gente de Torrelavega, de Comillas, de Ribadesella, de todos les sitios. Muchos vinieron en moto y en bicis, había bastantes coches. También vino el gobernador. Juanín llevaba tres camisas puestas, y para que salieran las tres en las fotos, le remangaban primero una, luego otra y luego— otra. Creo que el gobernador va a poner una multa de mil duros a los que sacaron fotografías porque no tenían permiso, aunque él, según he oído, le anduvo mirando las encías para ver las muelas de oro que tenía Juanín. Uno del

valle de Camaleño, un cacicuco de esos, le cogió así por la oreja y se la estiró al pobre Juanín, la madre que le parió, eso no se hace. Creo que le dijo: «Hala que tú ya no haces más fechorías.» Un teniente de la guardia civil que estaba allí le dijo: «¡Quién le vería a usted correr si abriera los ojos, eh\ Hay que respetar a los muertos.» Y toda la gente se rió de él.

Una chavaluca de Petes se desmayó, que había conseguido colarse hasta el cementerio. El gobernador riñó por dejar entrar a una niña.

Y otra cosa que me dijeron, aunque yo no lo vi, es que uno de no sé qué pueblo de la parte de Lamasón o por ahí escupió al cadáver en la cara, que dicen que una vez le atracó Juanín.

Marranadas de esas que no se hacen.

La hermana de Juanín y su marido —tanto les sofocaron en el cementerio, cen que si ya no hace más, si esto, si lo otro—, empezaron a reñir con todos; los guardias y con los otros. Escucharon lo que no quisieron.

A nadie le pareció bien esta burla. La mayoría del personal ni lo quiso ir a ver siquiera. Porque quien más, quien menos, todos hemos sufrido ya bastante y estamos hartos de ver muertos y calamidades.

Lo que sí estuvo gracioso es lo que cuentan de El Tarta, un empleado del ayuntamiento, que parece ser robó del bolso de Juanín cincuenta duros. Le han andado tomando el pelo diciéndole que le iban a procesar, pero é contestaba que

para constituir delito tenía que haber sido hecho con afán de lucro y él no había cogido el dinero per lucro, sino para tener un recuerdo.

Ya no sé qué más ponerte. Dice Julia que te cuente cómo lo mataron, pero eso, qué sabe uno. Hay muchos rumores, pero la verdad, quién la sabe. Algo dice el periódico que te mando y de lo que no dice, pues imagínate lo peor. Un indiano de México le pagó la caja, que la madre de Juanín se había portado muy bien con él cuando era chiquillo. El te puede contar todos los detalles que quieras, que ya se volvió para México. Ya te mandaré su dirección.

Tenemos que darte las gracias por lo que dices de ayudar a Cianuco en lo de los estudios. Madre sigue igual, te

manda muchos besos. Está bastante jeringada de reúma, pero estos días anda un poco mejor. Ya sembramos todas las tierras y está viniendo un tiempo muy bueno.

¿Qué tal te va el negocio de Peña Sagra? Contesta pronto y recibe un fuerte abrazo de tus hermanos que mucho te quieren.

Pedro y Julia.

8. GUARDIA CIVIL RETIRADO

Torrelavega. Un bar cerca de la estación. La gente está excitada comentando la noticia de aquellos días, con truculencia de datos. Un hombre que acaba de llegar se sienta a la mesa. Había estado en las contrapartidas persiguiendo al difunto, como guardia civil. Luego se retiró y se vino a Torrelavega.

—Oye, tú le conociste, Mauricio. Cuenta algo, hombre, le dicen los amigos.

—Con los sustos que te pegó, estarás contento, ¿eh?

—Di algo, hombre...

Mauricio está serio, triste, muy pensativo. Dibuja con el dedo manchado de vino una casa de campo sobre la mesa de madera. Su melancolía acaba contagiando a todos. «Habéis de saber que yo a Juanín le respeto mucho. Y si vosotros supierais su historia y su genialidad le respetaríais igual. Yo tengo mucho que agradecerle. Me tuvo a tiro bien de veces, pudo haberme matado y no lo hizo. Sabía que al fin y al cabo yo no era más que un pobre guardia. Las circunstancias me obligaron a serlo. Las circunstancias le obligaron también a él a ser lo que fue.»

—*Cuenta lo de las piedrucas en el culo, Mauricio.*

Mauricio hoy no quiere contar nada. Lo explica un amigo que ya se lo ha oído

varias veces. Esta es la historia de las piedrucas:

Estaba una vez haciendo del cuerpo, o sea cagando, y tenía el fusil en la mano. Detrás de él, un boscaje de avellanos, bardas y matas cortas. Un ruido extraño: «chissst...», como si llamaran. «Chissst...» Mira hacia atrás lleno de nervios. Nada. Habrán sido imaginaciones del miedo. Para andar en este oficio hay que tener los nervios bien templados. Ahora le llaman con el reclamo del cuclillo: «pe-cu, pe-cu, pe-cu». ¡El cuco! Pero de repente el guardia se da cuenta de que ésta no es la época del cuco. Empuña el fusil, se vuelve, se quita el tricornio para que no le refleje el sol, deslumbrándole... «¡Alto, quién vive, alto!» Nada se oye. Los pantalones

bajados hasta las rodillas, el culo al aire. «¡Dios, qué miedo tengo!» Y una determinación: «Así no se puede seguir en este empleo.» A lo mejor no es nadie, a lo mejor no son más que suposiciones, pero también pueden ser los emboscados. ¡Qué ridiculeces hace cometer el miedo! De repente empiezan a tirarle una, dos, tres veces, piedrecitas al culo desnudo. El joven guardia civil empuña sus pantalones por el cinto, con la otra mano agarra el fusil reglamentario, mete el tricornio debajo del brazo y corre como alma en pena camino del cuartel.

Atrás en el bosque, queda, infantilmente regocijada, la risa abierta de Juanín.

«Pudo haberme matado, pero no era un sanguinario. iQué vida ha tenido que

llevar uno!» Aflora una lágrima a los ojos del guardia. «Hoy cayó este hombre muerto, otro día pude haber caído yo. Pero estad seguros todos que ni él, ni yo, ni nadie de los que andábamos agarrando mojaduras, miedos y hambres merecíamos morir a tiros. Os lo aseguro.»

9. MALA SUERTE

Llegan los niños de la escuela en los pueblos de la provincia. En todos no. Hay algunos que tardarán varios días en empezar las clases: las maestras se hacen las remolonas y tardan en llegar. Como no hay nadie que les pida cuentas... Hay pueblos de montaña, de los altos, en los que aún tardará la maestra un mes en venir. Total..., ¿para qué? Los chicos tienen que ir ahora con las vacas. Hay mucho trabajo en la primavera. Hay que andar delante de la pareja de vacas para arar la tierra. Hay que ir de pastor, que ya empiezan los prados a echar hierba y no se puede dejar a las ovejas entrar en ellos. Van juntos los mozos y las mozas al

monte. Salen pronto por la mañana. Llegan bien entrada la noche. Si ha llovido un poco se pueden recoger por entre los helechales, algunas setas para hacer una tortilla. Se reparte entre todos la comida: «toma un poco de torto», «dame un poco de queso». Se retoza. Se bebe el agua limpia de las fuentes. Se escuchan las cosas serias que cuentan las viejas vaqueras:

—Dicen que ya se está educando el Anticristo en las cercanías de Belén.

Alguna mujer lleva la revista «El Santo», de los padres capuchinos, de Santander. La revista habla de cosas perdidas y halladas por intercesión de San Antonio, de las excelencias del santo de Padua. Pero lo que más le gusta leer a Elvira es la sección de «El pan de los

pobres». «Una suscriptora de Barcena, 5 pesetas, por favores recibidos», «un santista de Pesquera, diez, por haber sanado de una enfermedad»... Era como una lista de desgracias, de las de todos los días, solucionadas así, por las buenas.

En la escuela del pueblo se pone una cruz en la cartulina blanca cada día que un muchacho falta a clase. Pero no pasa nada por eso. A las tardes se sale un poco antes y te dan queso amarillo y leche en polvo para merendar. Lo mandan los americanos. Y las latas doradas del queso, llenas de palabras extranjeras que nadie en la aldea comprende, las utilizan las niñas para plantar geranios a la puerta de la escuela.

Cuando Narciso llega a la casa por la noche, el padre entrega el periódico del

día al zagal. «Lee». Nunca se leen los papeles en casa. Así es que hoy ha debido de pasar algo gordo. «Ahí donde dice: El Juanín, muerto por la guardia civil.»

Se acerca el zagal a la luz del candil de petróleo. Está arreglando la madre las patatas con pimentón y ajo. Huele bien en la cocina.

—*Mala suerte ha tenido el hombre*, dice el padre cuando se sirve la mesa.

—*Mala de verdad*, dice la mujer.

—*Bedoya caerá cualquier día y todo se acabó.*

—*Bedoya, sin Juanín no sabe cómo burlar a los guardias. Juanín era muy listo.*

—*Considera*, dice la mujer, *cuánto se habrán alegrado los de ahí abajo, con los miedos que estaban pasando y con la*

rabia que le tenían.

—Padre, también a usted le tienen buena rabia.

—Por los mismos motivos, hijo.

Al día siguiente, en el recreo, los niños pequeños jugaban a Juanín y Bedoya y se tiraban tiros, y se escondían de los guardias en sitios inverosímiles, en los árboles más altos, debajo de los cercados, detrás de cualquier piedra. Y echaban el alto a los lustrosos tratantes de Cervera que jugaban a venir de la feria.

10. SANTAS MISIONES

A finales de la Cuaresma se habían organizado unas sagradas misiones populares en la ciudad de Santander. Estas misiones eran entonces frecuentes por todas las aldeas. Difícilmente se visita una iglesia que no tenga expuesta en la pared una inmensa cruz negra con las palabras «Juicio», «Muerte», «Infierno» y «Gloria» pintadas en blanco en los cuatro extremos. En el brazo transversal suele decir «Santa Misión», y en el vertical «P. P. Capuchinos» o «P. P. Jesuítas» o los padres que la hubieran dado: «Muerte, juicio, infierno y gloria, ten, cristiano en tu memoria», se cantaba a gritos.

El temario de las misiones populares era siempre sobre las cosas que llamaban por entonces verdades eternas: la muerte, el pecado, la salvación, la condenación. Dicen que en unos de esos sermones estuvo Juanín, como un fiel más, y al terminar de hablar el fraile de barbas, se escabulló entre los bardales.

En la cumbre de lo que un autor actual ha llamado «churriguerismo religioso de la España de la posguerra», aquel año pareció oportuno a los jerarcas diocesanos traer desde el monasterio de Santo Toribio el «Lignum Crucis», que allí se guarda durante siglos, para que presidiera los actos misionales de la capital.

Montaron la cruz en taxi y así llegó a Santander, donde un inmenso gentío

enfervorizado la esperaba para adorarla y aclamarla. Recibió en la ciudad honras militares; el pueblo sencillo aprendió pronto una musiquilla añeja que los lebaniegos solían cantar todos los viernes en Santo Toribio.

«¡Que viva, que viva la cruz sacrosanta, que viva, que viva y quien la llevó!» Los cofrades, el gobernador, el obispo, los canónigos, la banda de música, el Regimiento Valencia se postraron ante ella. Aplaudida, besada, tocada, incensada, la humilde Astilla palestina, que muchos creen parte del patíbulo de Jesús Nazareno, fue entronizada en la catedral. Nunca tuvo mayores honores, ni siquiera cuando, tiempo andando, fue llevada, también en taxi, hasta el Palacio del Pardo,

durmiendo una noche en la habitación privada del Caudillo.

Dicen que gente sencilla de corazón bueno suplicó así a la Cruz: «Santísima Cruz: Haz que vuelva la paz al pueblo lebaniego, que se arregle aquello sin sangre, que Juanín consiga escaparse a Francia, que no haya complicaciones para nadie, que se conviertan todos...»

Cuando días más tarde el «problema Juanín» empezó a arreglarse con la muerte de éste, algunos de aquellos ingenuos corazones respiraron agradecidos. «Fue una gracia concedida por la cruz que sucediera así de bien. Fíjense: no hubo más que un muerto, cuando pudieron haber sido muchos; fue en un cruce de caminos, por tanto nadie quedó comprometido al no ser posible

averiguar adonde iba o de dónde venía. Y la autopsia dio el resultado de que Juanín llevaba muchas horas sin probar bocado: no se pudo averiguar de qué casa acababa de salir»... Fue una pena que Juanín no se hubiese ido a Francia, pero quizá fuera preferible la muerte de un solo hombre a que padeciera todo un pueblo en aquella guerra de nervios difícil ya de soportar.

Cada uno es muy libre de explicarse las causas de la historia con el esquema que prefiera.

Las docenas de jóvenes lebaniegos que aquellos años llenaban los seminarios de Santander, tanto el de Corbán como el de Comillas, encontraban dos motivos para darse importancia ante sus compañeros. Cierto que ellos no tenían fábricas de conservas como los de Castro,

ni como los de Reinosa, que presumían de su Naval, ni tenían ría como los de Suances. Pero tenían a Juanín y tenían a la cruz, casi nada. ¿Qué valle cerrado no es un poco nacionalista? Mucho más el valle de España, que más se parece al modelo tipo del «valle-regazo», propuesto por Laín Entralgo; por tanto el valle que más amarra a los suyos y que más nostalgia produce a los que están fuera de él.

Cuando a los seminaristas les leyeron en el comedor aquella mañana la noticia de la muerte de Juanín, hubo consternación y silencio. Los de Comillas, aquella primavera, descubrieron la cueva donde «ellos» se refugiaban. Y hubo un seminarista, que aquel año cantó misa, precisamente el día

de Pascua, que, en los largos paseos por el bosque de pinos a orilla del mar, explicaba a algún compañero sus propósitos para cuando le mandaran de cura a un pueblo: «Tengo ganas de salir de aquí. Seguro que voy a Polaciones o a Liébana. Me voy a pasar la vida por los montes, que no hay cosa más seria. Y si tengo suerte, seguro que un día me encuentro con Juanín. iTengo unas ganas de hablar con él...!»

No explicaba para qué quería hablar con Juanín. Tampoco tuvo la suerte de encontrarle nunca, porque Juanín murió la semana siguiente. Pero sí hizo una vida de monte, por todos los picachos, por todas las brañas. Este seminarista de corazón grande se llamaba Miguel Bravo y murió diez años más tarde. Los que le

conocieron saben que de haberse realizado aquel encuentro que él deseó con Juanín, hubieran tenido cosas muy importantes que decirse.

Otro seminarista que aquellos días cantó misa fue Angel el de Turieno. Cuando se enteró de que Juanín estaba expuesto en el cementerio de Potes, se encaminó hacia allá. Llevaba sotana y la gente le felicitaba por su reciente cantamisas.

Al llegar al cementerio se santiguó y creyó oportuno recitar un responso.

—*¡No se reza por bandoleros!*, le interrumpe un mozo lebaniego de familia rica.

El joven se puso colorado por la interrupción y por el tono.

—*Oye, se reza por todos los*

difuntos, ¿por qué no?

—¡Pues porque no!

Pocos días más tarde le visitó una hermana de Juanín. «Vengo a darle las gracias por lo del otro día. Fue uno de los pocos que se puso de parte del difunto, en el cementerio.»

Y le regaló un cartón de «Bisonte», que entonces empezaba a fabricarse.

—¿Usted cree que su difunto hermano era cristiano?

—Yo estoy segura de que sí. Llevaba siempre en el bolso de la chaqueta una estampa de la Virgen de la Luz.

—Como buen lebaniego.

—Y de vez en cuando la rezaba. Los guardias se la encontraron en el bolso de la chaqueta, pero no lo han dicho.

II. ¡Si no hubiera sido aquella guerra...!

1. 20 AÑOS ANTES

Veinte años antes, Potes presentaba un aspecto bien distinto al que acabamos de describir. A primeros de septiembre de 1937, las tropas del general Franco entraron en la comarca. Los republicanos que la defendían tuvieron que retirarse a través de sus montañas impresionantes, bajo lluvias invernales, granizadas, nieblas terribles y desesperación. Todo estaba perdido. Era tan grande el desaliento, que el cronista de «El Diario Montañés» envió a sus machacados lectores una sentencia de Dios: «Los rojos que se escapan hacia Asturias en estos días terribles de frío y aguaceros, en su pecado llevan el castigo.» El pecado,

tratar de escapar. El castigo, la niebla, el frío, los despeñamientos en barrancos increíbles, la terrible aviación nacionalista, el hambre, la desesperación y un camino de penalidades que ahora no hacía más que empezar, y cuyo fin estaba bien lejano e incierto. La guerra iba a tardar en acabarse para aquellos cabreros, yegüeros, carpinteros, canteros y segadores que un día dejaron la aldea, peritos en todas estas cosas, para defender, como estaba mandado, el estado legal, votado y elegido por la mayoría de los españoles.

Fue en esta retirada cuando se quemó Potes. Los rojos la prendieron fuego y ardió por los cuatro costados. La «Villa Mártir». Zancajo Osorio, gobernador civil, la llamó así a últimos

de septiembre en una visita de urgencia que hizo a sus ruinas.

—*¡Vamos a reconstruirla!*, les dijo a los lebaniegos que no habían muerto, ni habían tenido que huir, ni estaban presos en cualquier campo de concentración de la península. «¡Vamos a hacer una villa nueva y hermosa! Ellos lo destruyen y lo queman todo. Nosotros reconstruimos lo que ellos deshacen, lo que ellos aniquilan. Esta es la diferencia entre ellos y nosotros: los rojos quieren acabar con todo. Nosotros queremos edificar una España nueva. Vuestra villa quemada, deshecha, es un símbolo que no tenéis que olvidar.»

El alcalde de la villa contestó al discurso con otro, diciendo que sí, que ya era hora de hacer algo por aquel pueblo.

Potes ciertamente había quedado casi destruida por el fuego.

Uno de aquellos terribles rojos nos lo cuenta.

—Desmoralización la teníamos todos. Nos iban acorralando hacia los Picos de Europa y poco a poco se iban haciendo dueños de todo. Luego venían las represalias: Nuestras hermanas con el pelo cortado, nuestros ancianos padres deportados a lugares nunca oídos. Nuestros rebaños dispersados, «el paseo» al amanecer, un hombre arrastrado por caballos hasta quedar descuartizado en la carretera, nuestras vacas asadas para italianos y navarros o en manos de nuestros antiguos enemigos. Estábamos acobardados, ansiosos de que aquello terminara de un modo o de otro,

desesperados.

Luego estaban nuestros jefes. Eran unos convencidos. Nos arengaban animándonos a destruir: «sois unos fascistas, unos cobardes», gritaban si nos hacíamos los remolones. «Hay que quemarlo todo, para que aprendan». Y veíamos arder pobres casas como las nuestras a lo largo de nuestro éxodo hacia Asturias. Veíamos cómo eran asesinados pobres hombres como nosotros, de nuestro mismo tamaño y pelaje. La gente decía que éramos unas bestias sanguinarias y aquello una salvajada. El control de la situación estaba perdido. Antes, cuando éramos fuertes, nos limitamos a meter en un autobús a todos los derechistas de Potes, no para darles «el paseo», aunque

algunos fueron obligados a cavar trincheras, sino para llevarlos a San Glorio, apearlos y decirles con ironía: «Iros con los vuestros, que os den ellos de comer.» Pero ahora, verano del 37, *el control de los nervios y el control de las personas se había perdido.*

Luego lo vimos todo claro. Nos esperaban años y años en los campos de trabajo, en cárceles, en el exilio. Muchos murieron o desaparecieron. Pero aquellos jefes nuestros tan convencidos, aquellos mandos tan apasionados por la causa revolucionaria, los vimos nosotros después convertidos aquí y allá en jefes de Falange, en presidentes de comisiones, concejales, alcaldes. ¿Se habían convertido a las nuevas doctrinas'? ¿O serían fascistas ya

entonces, cuando nos mandaban incendiar y matar? Lo cierto es que Potes, quemado, fue sie npre un argumento sonrojante para nosotros que pone de manifiesto la condición humana. Este hecho y las matanzas absurdas no las hemos olvidado, y creo que ellos tampoco.»

A Liébana habían venido muchos mineros de Barruelo, como el Tuto, uno de los que más famosos se hicieron en la comarca. Al ser «liberadas» las provincias limítrofes de León y Palencia, muchos de los hombres que habían militado en partidos políticos o en sindicatos obreros en esas provincias del norte de Castilla corrieron a refugiarse en los profundos valles de inexpugnables riscos, recorriendo el camino ancestral

que doce siglos antes habían pisado sus mayores con el fin de parapetarse tras las montañas y salvarse del avance arrollador de las primeras huestes africanas que querían apoderarse por completo de España. Lo trágico para los que hoy huían es que no encontraron en los Picos de Europa un don Pelayo moderno, capaz de reorganizar un frente combativo con aquellos hombres en desbandada.

No les había sido difícil a los nacionalistas y a los italianos la victoria sobre Santander. Y en este comienzo de la conquista de Asturias, apenas utilizaron la aviación, aunque después la usarían masivamente.

«La conquista de Santander y de Asturias no se consideraba como un golpe mortal para la República, opina

Pietro Nenni, ya que la suerte de la guerra se jugaba alrededor de Madrid y en el frente Este. Allí se concentraba en estos momentos la atención primordial de los españoles.»

Pero lo más terrible de todo fue la represión en la retaguardia. Precisamente fue Potes, años andando, el lugar decidido por el Alto Mando Militar para confinar a den Manuel Herrera Oria, hermano de don Angel —futuro cardenal — y de don Francisco Herrera Oria, periodista, fundador de «El Debate», después «Ya», hombre de derechas como es natural, al que Franco castigó por llamarle la atención sobre la terrible represión que se estaba realizando en las ciudades y pueblos del norte, en donde avanzaba en su misión informativa al

lado de las tropas nacionales. El hermano del cardenal protestó ante Franco violentamente por los fusilamientos sin causa, por las tropelías cometidas al margen de la autoridad militar. Franco le dijo que no era sabedor de tales cosas, pero que el objetivo primero y principal era ganar la guerra y la unidad del mando. (Pérez Mateos, J. A., «Los Confinados»). Su otro hermano, don Francisco, disconforme con la política de terror que seguía al avance de las tropas, fue confinado también en un pueblecito de Guipúzcoa.

Este testimonio nos lo cuenta Niño, un viejo campesino lebaniego.

«Estábamos luchando por la parte de Barcena. Clemente y yo éramos del mismo pueblo. Nos llevábamos bien y

peleábamos juntos. Un día me dijo el comisario político de mi batallón que no le ofrecían ninguna garantía de seriedad Clemente ni su hermano. A las pocas noches de esto, el hermano de Clemente, un tal Faustino, que ya murió, se pasó montaña arriba al bando nacional.

—*¡Le mato! ¡Le arranco los cojones!*, decía Clemente medio llorando. *Eso no se hace, el traidor.*

Tanto Clemente como Faustino eran muy fanfarrones y peleadores. Por los pueblos del Pas y de la Lora machacaban a palos al que no blasfemara y añadiera vivas a la República.

En la desbandada, Clemente y yo al verlo todo perdido, nos pusimos a correr, camino de nuestro pueblo.

Había que andar con cuidado para

que no te vieran. No llevábamos comida. Estábamos agotados.

En un prado, un matrimonio ya mayor cargaba un carro de hierba. La mujer lo acaldaba y el hombre lo echaba arriba con una horca. Sudaban. Hacía mucho calor. Trabajaban muy despacio y en silencio. Nosotros estábamos escondidos observándoles.

—*Vamos a buscar dónde tienen la talega de la comida*, me cuchicheó Clemente.

—*No, hombre, vamos a pedirles que nos den algo.*

—*Igual nos denuncian. Lo cogemos nosotros.*

Sólo llevaban la mitad de una tortilla y un pedazo de tocino. Pero nos supo a gloria.

Llegamos a un río. Por la ladera corría un grupo de hombres, mujeres y niños hacia nuestra dirección.

—*Vamos a ocultarnos más*, le dije a Clemente.

Pero Clemente, cuando llegaron, se puso delante apuntando con el fusil.

—*¡Alto! ¡Manos arriba!*.

La pobre gente, con el terror en los ojos, no sabía qué hacer ni dónde meterse. «Son fugitivos como nosotros», pensaba yo.

—*¿A dónde vais?*

—*No nos mates, compañero, por favor. Vamos hacia Llanes, que tenemos allí familia. Vamos escapados, pero no nos mates, hijo, por Dios te lo pido.*

Lloraban la madre y el padre. Los niños nos miraban con terror. El abuelo

empezada a decir algo.

—*¡De dónde venís?*, rugió Clemente.

—*De la parte de Reinosa. Pero nos hemos quedado sin nada. Nos quemaron la casa* y *murió el hijo mayor. Nos vamos a esconder a donde unos parientes.*

—*¿Qué lleváis ahí?*

—*Esto es un poco de pan y unas patatas.*

—*¿Y ese paquete?*

—*Es dinamita. Yo trabajaba en la cantera y lo cogí. A lo mejor nos sirve para algo.*

Clemente empezó a decirles a voz en cuello si no les daba vergüenza escapar así, que con gente como ellos la patria se iba a pique, que nosotros éramos soldados y que estábamos allí para no

permitir a ningún cobarde abandonar la línea de fuego. Que les entregara inmediatamente la dinamita. Y que, por los niños, no los íbamos a matar.

—*Si vienen los de la guardia, decimos que nos hemos extraviado y que nos digan por dónde se va al frente*, me advirtió.

Era un extraordinario pescador y un cazador artero. Con la dinamita preparó una explosión en el río y pronto quedó todo el agua cubierta de truchas muertas. Las asamos y comimos hasta reventar, sin sal, claro, pero ni falta que hizo. Por la noche hizo un poco de frío. Habíamos decidido dormir allí, pues nos sentíamos relativamente seguros. Hicimos una lumbre y nos tumbamos a dormir. A Clemente se le enfriaba la espalda y se

dio vuelta. No tardó en levantarse aullando: su guerrera se quemaba por la espalda y ya había pasado el fuego a la camisa.

A la gente de los pueblos les decía: «Es un infierno. Llevamos días sin probar bocado. Y la aviación es criminal. Mira, mira, camarada, cómo tengo la guerrera. Salí ardiendo de un bombardeo. No sé cómo no me mataron.»

Bueno, pues al llegar a nuestra aldea lebaniega nos escondimos. No tardaron en llegar los nacionales. Y entonces apenas creí lo que veían mis ojos: A Clemente le abrazaban y él levantaba el brazo con la mano extendida. Yo intenté marcharme al monte, pero me detuvieron y me mandaron a un batallón de trabajadores. Con los años, a Clemente le

hicieron una visita una noche los emboscados de posguerra.»

Potes en el año 37, toda Liébana mejor dicho, se había llenado de historias como la de Niño o más sangrantes, como la de Bernabé, que después de la caminata por las brañas del Saja y Peña Sagra estuvo tres días escondido en el monte, sabiendo por el ir y venir ajetreado de las mujeres que algo grave sucedía en su casa. Presenció Bernabé el entierro de su hijuco del alma, que murió nada más nacer, sin poder verlo, ni darle un beso, ni ponerle un nombre. Cuando al fin se decidió a bajar a casa, fue denunciado por un vecino suyo y enviado a una lejana cárcel.

En el año 57, el día que mataron a Juanín, todas estas historias se habían

olvidado ya. La gente vivía preocupada por otros temas, dando al olvido rencores y tragedias. Bástale a cada día su propia miseria. Avergonzados unos y otros, salvo rabiosas excepciones, los lebaniegos convivían en los montes, en los mercados y en las cantinas; habían ido juntos al estraperlo, y si las heridas no estaban aún suficientemente cicatrizadas, ya no dolía tanto la sangre...

«Como después de una detonación
cambia el silencio, así la guerra
nos dejó ensordecidos muchos años
Y cada pobre vida individual
era desgañitarse contra un

muro
de un espeso silencio de papel de periódico.»

(Jaime Gil de Viedma.)

Por eso, todo el mundo vio en Juanín muerto a una víctima más de aquella guerra, de trayectoria más larga que la de nadie, muerto extemporáneo, al que las terribles circunstancias habían matado. Fue el último lebaniego caído en aquella guerra feroz entre hermanos de la que nadie quería ya acordarse, pero que a todo el mundo había dejado marcado.

2. LA TABACALERA

«Liberada» la provincia de Santander, todos los edificios grandes se habilitaron para cárceles: los Salesianos, los Escolapios, las Salesas, Monte Corbán, las caballerizas del Palacio de la Magdalena..., miles de hombres montañeses llenaban los colegios y conventos convertidos ahora en prisiones. Las mujeres estaban concentradas en el Grupo Ramón Pelayo y en las Oblatas. Si hoy, casi cuarenta años después, un pastor, un minero, un labrador pobre y analfabeto de Cabuérniga, el Arrudo, Pesaguero o Tresviso oye hablar de Santander, es posible que diga:

—*Yo estuve allá cuatro años.*

—¿ Trabajando?

—No, en el colegio de los Escolapios.

—¿Bachillerato...?

—Sí, un bachillerato cojonudo.

La cárcel. Es muy difícil encontrar gente en toda la Montaña que ronden los sesenta años y que no haya pasado por la cárcel.

El 9 de febrero de 1939 se decretó la ley de responsabilidades políticas, que extendía su retroactividad hasta el 1 de octubre de 1934, y que castigaba también un delito llamado de «grave pasividad». Esta ley podía castigar a una persona o a diez mil personas por el simple hecho de haber vivido en zona republicana. En 1940 existían, según fuentes oficiales, 270.718 presos en España.

Si los presos eran jóvenes, se les obligaba a cavar trincheras en jornadas infernales. Si eran viejos, iban a caer a uno de tantos conventos-prisiones. Aquí se congregaban también los que estaban esperando sentencia inmediata.

Juanín cayó preso en las montañas épicas del norte de Burgos, donde la batalla fue más cruel para Cantabria.

No hubo una verdadera resistencia en la Montaña. Al principio se llenó de vascos huidos de Euzkadi, ya liberada, que, congregados en Santander, hacen un armisticio unilateral con los italianos según el cual Mancini se comprometía a embarcar a la población vasca, a no perseguir al pueblo de Euzkadi, y no obligarles a participar más en la guerra, así como dejar salir libres a sus dirigentes

nacionales.

Enterado Franco de este pacto, decretó desde Burgos, que no se moviera nadie de Santoña y que abandonaran inmediatamente los barcos las personas que ya habían subido para zarpar. Los italianos, descontentos del ridículo lugar en el que quedaban, emplazaron metralletas en el muelle y, pese a haber asegurado por su palabra de honor italiano que se cumpliría lo pactado, órdenes eran órdenes, y el penal del Dueso se llenó de vascos vencidos.

La más cruda ofensiva sobre Santander tuvo lugar por el suroeste y por el sur. Particular crueldad adquiere el puerto del Escudo, donde los italianos se batieron fieramente protegidos por un techo de 100 aviones (Tuñón de Lara,

Historia de España, siglo XX).

En una de estas matanzas cae prisionero Juanín. Los que no murieron, protagonizan durante los meses de agosto y septiembre una odisea hacia el oeste, una huida en la que miles de hombres iban cayendo prisioneros. La entrada de los vencedores supuso el éxodo, la huida precipitada de quienes no esperaban otra cosa que la represión o la muerte» (Vidal Sales, J. A.)

«En la casilla de peones camineros, se reúnen todas las tardes los responsables del Frente Popular. El caminero, Bartolo, era más rojo que el pimentón. Allí se decidía a qué «fachas» había que interrogar, a cuáles beatas había que dar un ejemplo y a quiénes había que dar el paseo. Los campesinos

reunidos allí compartían su odio de años. Unos con otros lo exacerbaban.

Detrás de un armario había un boquete^ horadado precisamente en la noche del 18 de julio, y en el boquete estaba escondido Julián, buscadísimo por todos los montes, ya que pasaba por ser el mayor fascista del valle. De este modo Julián asistió a todas las reuniones del Comité sin que nadie lo supiera. Sólo uno: Bartolo.

Cuando entran los nacionales, Bartolo, más rojo que el pimentón, se presenta, es detenido, pero queda libre en seguida, que de eso se encarga Julián. Los demás son fusilados o están aquí en la cárcel en espera de sentencia.»

En las cárceles se cuentan cosas como esta. Confraternizan los presos,

comparten sus biografías. A veces se reprochan sus recuerdos.

Juanín, en la Tabacalera, habla poco. Observador empedernido, sólo interviene de tarde en tarde para decir una frase, muy pensada, que llama la atención de todos. Juanín es un chaval y parece mentira su seriedad.

La Tabacalera de Santander está situada en la zona más próxima a la bahía. Durante la guerra había sido propuesta como local idóneo para ser dedicado a una cuadra del Regimiento de Caballería, con fines de formación y entrenamiento. La Comisión Veterinaria del Ejército denegó la autorización, pues, tras un detenido examen, se vio que carecía de la salubridad necesaria para albergar a los caballos.

Al entregar los colegios y seminarios a sus propietarios tradicionales, es decir, órdenes, congregaciones religiosas y otras entidades, los presos fueron concentrados en la Tabacalera. Y el edificio, que carecía de condiciones para albergar los caballos militares, iba a tener que acoger a 4.000 hombres prisioneros.

—*Cuando subía la marea* ya *no se podía dormir. La humedad era horrorosa. Había que agenciarse tablas o lo que fuera para poner debajo del petate*, dice uno de los supervivientes.

Cada preso tenía su problema jurídico pendiente. ¿ Qué responsabilidades se le pedirían?

Nadie podía elegir a sus defensores, que eran militares.

Muchas veces el destino de un prisionero descansaba en conocer a un sacerdote, en que se interesara por él un falangista, un teniente...

Las acusaciones eran de tipo colectivo: si uno era de Reinosa se le pedía cuentas por la muerte del hijo de Sanjurjo, muerto cuando veraneaba en Corconte.

Si uno era de Potes, se le pedía cuenta del incendio de la Villa.

Si uno era de Santander, se le acusaba de haber participado en la matanza del buque-prisión «Alfonso Pérez», cuando la represalia por el bombardeo del Barrio Obrero, en el mediodía del domingo 27 de diciembre del 36, con una horrible cantidad de mujeres y niños ametrallados.

Si uno era un simple pastor de cabrás de los valles altos, se le acusaba de haber quemado las sagradas imágenes del altar.

Si uno era maestro, se le podía pedir responsabilidad por haber quitado el Crucifijo de la Escuela o por haber enseñado a los niños a cantar «el Himno de Riego» y la «Internacional».

Si uno.había sido alcalde, se le acusaba de haber dañado seriamente los intereses de las personas de derechas, al querer reformar el sistema de pagos: pastos, leña, hogar, contribuciones.

A Lorenzo le preguntaron si era cierto que tenía un camión de su pertenencia.

—Tenía, sí, señor. Una camioneta era.

—¿Es cierto que usted transportó en ella los santos de la iglesia del pueblo para ser quemados?

—Sí, señor. Yo fui alquilado por unas personas para llevar los santos hasta el Soto.

—¿Y usted no sabía que eso era sacrilegio?

—Yo, verá usted... El camión mío es de servicio público. Si usted me lo alquila para transportar potros, se los llevo igual.

—Pero sus ideas rojas le indujeron a transportar las imágenes, a sabiendas de que iban a ser profanadas.

—A mí, señor, los santos del altar falta no me hacían para nada. Estorbar tampoco me estorbaban. Por mí, como usted comprenderá se podían haber

quedado en su sitio otros cien años. No era de santos y de imágenes de lo que nosotros queríamos limpiarnos.»

Los días de consejo de guerra, a las nueve de la mañana, salían de Tabacalera en un camión 40 hombres para ser juzgados. A las doce ya estaba de regreso con la sentencia. Los que habían sido condenados a muerte eran llevados a la Prisión Provincial.

La Prisión Provincial fue construida durante la República. En las Navidades de 1930, Bruno Alonso, líder famoso y diputado socialista de Santander, hombre de sentimientos humanitarios y de una conducta digna de Pablo Iglesias, había denunciado la triste vergüenza que suponía la cárcel de Santa María Egipcíaca, situada en el lugar que hoy

ocupan los juzgados.

«Aspiramos a que la cárcel sea en los tiempos futuros una escuela y una casa de salud. Pero mientras esta aspiración se hace realidad, tenemos que hacer más humana la vida de los que allí están pasando frío este invierno.»

La República construyó la actual Prisión Provincial. Sin llegar a ser una casa de salud y formación como soñaba el líder socialista, al menos era mejor que el horrible edificio de la Egipcíaca, digno de los tiempos oscuros de la Santa Inquisición.

La deferencia para los condenados a muerte era llevarlos al edificio nuevo de la Prisión Provincial.

Si uno había sido voluntario, tenía una fuerte pena. Si había pertenecido a

partidos, los malditos partidos ahora proscritos, esta pena era mayor. Y si se le encontraban responsabilidades durante la guerra o antes de ella, que pudieran resultar lesivas para los terratenientes, las instituciones de derechas o el ejército vencedor, fácilmente era condenado a muerte.

Un camión podía salir de la Tabacalera con 40 hombres camino del consejo de guerra y era fácil que de esos 40, quince, veinte, treinta de ellos se quedaran por el camino, ingresados en la Prisión Provincial.

Luego estaba el hambre. Al principio no fue una tragedia en la Tabacalera. Todos los presos prácticamente eran de la región, y los familiares podían traerles un poco de

borona, una lata de escabeche, algún chicharro y hasta torto preñado... Los presos lo compartían todo sin problemas. Lo malo fue después, cuando, para evitar estos contactos familiares, empezaron los traslados y se llenó la Tabacalera de andaluces, extremeños, gallegos, mientras los montañeses eran llevados Dios sabe con qué destinos.

No se podía vivir con aquella dieta carcelaria. La gente se volvía agresiva, desesperada.

—Tú ya me conoces ¡o escrupuloso y lo delicado que yo soy para comer. Que ni un pelo aguanto en la sopa. Pues cuántas veces me pasaba horas enteras acechando a ver si salía una rata de las alcantarillas para comerla como fuera.

Se lo decía un excarcelado a su

esposa mientras ella lloraba con ira.

Pronto se hizo presente una horrible enfermedad: la avitaminosis, encarnación de la desnutrición. La gente se hinchaba. Caras monstruosas, vientres como cestos.

Al atacado por la desnutrición se le alimentaba durante ocho días con la comida de enfermería.

Algunos lograban un aspecto de avitaminosis cuando conseguían una buena cantidad de sal, bebiendo después de ingerirla varios litros de agua. La sal podía sustituirse por tierra y cal de las paredes.

A las doce del día se cantaba, con el brazo extendido, el «Oriamendi» o el «Cara al Sol». Había que poner interés en el acto. Te podían llamar al centro, y mandarte cantarlo tú solo. El no saber la

letra era bastante delito para ser fieramente castigado.

Miembros del PCE, PSOE, UGT, FAI, CNT confraternizaban —como no habían sabido hacerlo cuando debían— en el patio de la prisión. Ni se fijaban en filosofías ni ahondaban en sus diferencias teóricas. Sólo les importaba mantener entre sí y con los demás una moral de futura victoria. Cuando la batalla del Ebro había emoción en el patio siguiendo las peripecias.

—*¡Estamos en la puta calle! ¡Esto ya se acaba!*.

Hombres casados y con varios hijos se acercaban a los militantes de los partidos, oyéndoles con los ojos arrasados, optimistas análisis de la situación:

—Nada, esto se acaba, camaradas. Hemos perdido una batalla, pero la guerra la ganaremos.

Había que mantener la moral de la gente costara lo que costara, no importaban los medios. Se hacían colectas para conseguir leche y dársela a un moribundo. Se escuchaba en silencio el altavoz que transmitía a gritos los lacónicos partes de guerra del ejército vencedor. Se organizaban clases de matemáticas, de geografía, de historia. Se explicaba a los mozos carmoniegos, purriegos, masoniegos, campurrianos la teoría marxista de la lucha de clases, la doctrina libertaria, los principios de Lenin, Bakunin y Rousseau.

Algunos, muchos, aprendieron a leer y a escribir: «Soy un libre pensador»,

garabateaban en las envolturas de las tabletas de chocolate.

Carpinteros pacientes que de una caja de tabaco sacaban una obra de arte con el único instrumento de una cuchilla de afeitar gastada y cientos de horas de rabiosa desesperación.

En las tripas de un chicharro, traído por la hermana de un preso, podía encontrarse un artículo del «Alerta», que devoraban los presos, ansiosos de noticias.

Cómo lograr información veraz era un problema obsesivo para ellos.

Juanín frecuentaba las reuniones del patio. Aprendía, lo escuchaba todo y no hablaba casi nunca. Los compañeros le llamaban Juan y todos dicen que pasó bastante desapercibido. En una ocasión

tuvo un arrebato de vehemencia inusitada:

Alguien había conseguido pasar un manifiesto comunista en una cesta de la comida. El Partido estaba perfectamente organizado por las distintas naves. Algunos de los enlaces cantaban en el coro de la prisión y durante los ensayos podían intercambiarse recortes, apuntes, consignas de una nave para otra.

A uno de los presos, en etapa de iniciación, le tocó leer el manifiesto a la hora de comer. Lo escondió en la cesta para luego entregarlo en el ensayo. Pero cuando llegó el momento de recogerlo se le olvidó. Vinieron los encargados a recoger las cestas y aquellos papeles que podían costar la vida de muchos compañeros estaban ya esperando la

revisión para salir.

—*Trae, pásame el manifiesto.*

—*¿Me ca! ¡Se me olvidó en la cesta!*

—*Vaya, ¿y dónde la tienes?*

—*Está en revisión para salir,* empezó a sudar el hombre.

—*¿Eh?*

Se oye la voz del guardia: «silencio ahí, ¿qué pasa?» El enlace de la otra nave, pálido, se acerca al hombre de la metralleta: «Por favor, ¿me permite salir un momento? He olvidado una cosa que no he metido en la cesta.

¿Me permite?» «Vaya usted, pero no tarde. El ensayo empieza ya. Si tarda, le castigamos, ya lo sabe.»

Corre el hombre hacia la salida. Y después de enrevesadas explicaciones consigue rescatar la cesta de mimbre que

pudo originar una tragedia.

El accidente fue revisado en el patio de la prisión. Sometido a juicio de todos.

Fue Juan el más enfurecido e intransigente.

—¡Fuera! *¡Ese, fuera!* ¡*No se pueden cometer errores así!*

El hombre que más astutamente burló toda vigilancia en montes y aldeas durante casi quince años empezaba a no permitirse ni permitir a ninguno de sus compañeros el más mínimo error o descuido.

También estaban las «sacas». Estas venían a hacerlas algunos espontáneos. Consistían en ejecuciones sin juicio. De esto no estaba enterado el director.

Dos anécdotas:

Un día llamaron a grandes voces

preguntando por Pedro Sánchez Gracia. «¡Pedro Sánchez Gracia!» Nadie responde. Le llaman dos, tres, cuatro veces. Se levanta un mozo: «Ese señor es mi padre.» «¿Y dónde está metido?» «No lo sé. Le fusilaron hace tres días.» «Pues no puede ser, que aquí viene dado como libre.».

Había sido una ejecución sin juicio, realizada por un grupo de espontáneos. Pero nunca más se supo.

Un día viene el cura de las conferencias. Da unas charlas brillantes. No le convencen las doctrinas liberales y marxistas. Discute toda ventaja que pudieran tener las teorías materialistas. El tiene una doctrina mejor: la cristiana del amor y la verdad.

Tiene el sacerdote un mediano grado

militar. Maestros, catedráticos, médicos, canteros, pastores, albarqueros, pescadores le escuchan en silencio.

—*¿Alguna pregunta?*

—*Señor cura, mi teniente, eso está todo muy bien explicado. Estamos de acuerdo y nos parece que hay que pensarlo más. A veces no sabemos enfocar las cosas y nos equivocamos en el pensamiento.* (El que habla era un miembro del antiguo FUE). *Lo que quiero preguntar a usted, si me lo permite, pertenece al terreno de lo concreto: ¿qué opina usted de esto, señor cura?*

Le presentan un anciano con las espaldas negras de golpes. Se retrae el hombruco lloroso. Se alza un griterío horrible. Palidece el conferenciante.

—*¿Quién se lo ha hecho?*

No contesta el anciano. Varios presos señalan a un guardia: «Ese, ése fue.»

—*Ven acá, canalla,* ruge el sacerdote.

Le agarra por las solapas. Se llena de electricidad el ambiente. El cura piensa qué ha de hacer. Hay un silencio de expectación. De repente le da un empellón que lo arroja al suelo:

—*Aquí lo tenéis, dadle hasta que pida perdón, este miserable.*

Era muy distinto el tono de la conferencia y el tono militar de un teniente del ejército.

Ningún viejo militante ha podido olvidar otro episodio sucedido en la Tabacalera en el tiempo en que estuvo allí

Juanín:

Un día, desde Argentina, enviado por camaradas del exilio en un barco que acababa de arribar a Santander, un marinero arriesgado logra traer un número de «Mundo Obrero» con destino a los presos de Tabacalera.

La emoción fue indescriptible. No sólo los comunistas leyeron el periódico. Todos los presos. En aquel ambiente, el diario de un partido parecía una bandera de otro mundo, irreal y lejano. En una esquina de página, escrito a mano, un lema: «camarada, ayuda a Mundo Obrero». De aquella miseria concentrada, Dios sabe a costa de cuántos sacrificios, salieron varios miles de pesetas para responder a aquella llamada.

Muchos presos fueron transportados

al final del año 41 a Valencia, al Puerto de Santa María, al penal de Alicante. La tuberculosis había hecho estragos entre aquellos hombres acostumbrados a tumbar hayas y pelearse con lobos y nevadas.

Otros muchos salieron, ya en libertad vigilada.

Y otros, muchísimos otros, a redimir penas por el trabajo: abrir túneles, cavar zanjas, reconstruir pueblos y ciudades, levantar basílicas, explanar aeropuertos, allanar carreteras, activar minas, limpiar bosques, construir diques, alzar presas, restaurar catedrales y chalets privados.

En los traslados de zona a zona eran llevados en camiones y barcos sin ninguna ventilación, obligados a comer, beber, orinar y cagar en el mismo bote.

«España entera estaba en presidio o en libertad vigilada en esta posguerra» (Max Gallo, «Histoire de l'Espagne Franquiste») y miles y miles de sus hombres trabajaban como mano de obra gratuita en los comienzos de reconstrucción de un país sangrado por el sufrimiento y la rabia.

A principios de 1941 arde, con viento Sur, medio Santander. Hay terror en la gente de la calle. Un incendio de este tipo impresiona siempre a todo el mundo. Pero a nadie como a los presos, que lo veían acercarse desde las ventanas de su cárcel, amarrados, sin saber dónde se iban a detener las llamas, cuándo los iban a soltar. Para algunos de aquellos presos, este espectáculo dantesco es la única obsesión de su ancianidad, en el

manicomio, a donde varios de ellos han ido a parar. Gracias al esfuerzo denodado del ejército no se quemaron los archivos militares y políticos, que entonces estaban situados en Tantín, frente al Cine Roxy.

Juan Fernández Ayala, Juanín, fue trasladado a Levante a finales del año 41. Y no tardó en salir libre, o mejor dicho, bajo ese régimen especial de libertad vigilada que consiste en presentarse en el cuartel más próximo cada cierto tiempo. Juanín regresa a su Liébana natal, como uno de tantos prisioneros, que en estos años dificilísimos y hambrientos salen de las cárceles terribles de los vencedores y se incorporan a la vida ciudadana de su pueblo, si el alcalde y el jefe de Falange respectivo consideran que pueden

presentar ya poco peligro para el orden público y la tranquilidad general.

Don Eduardo Sánchez Cueto, actual magistrado de la audiencia de Oviedo, lebaniego de abolengo y perras, quizá a petición de la madre de Juanín, gestionó la salida de éste de la cárcel y su incorporación al municipio de Vega de Liébana en libertad vigilada. Poco más tarde, su hermano Pepe, cantero del Ayuntamiento, falangista, camisa vieja, capataz de los presos en el Batallón de Trabajadores, que actuaba en Potes bajo la tutela del Patronato de Regiones Devastadas, recomendó a Juanín para que Dudiera ejercer su antiguo oficio de cantero, el oficio familiar, o al menos de peón, en las obras de reconstrucción de la villa.

La vida en el batallón de trabajadores no era tan aburrida como en la cárcel. Se podía tener contacto con la gente de fuera. No había grandes naves, sino pequeños barracones. El trabajo, aunque pesado y duro, no lo era especialmente para aquellos hombres acostumbrados a él desde niños. La comida era mejor que en la cárcel, la familia podía traer algo de su propio racionamiento. Era época de hambre en los campos de concentración y fuera de ellos.

Si las cosas iban bien, los problemas disminuían. Si las cosas se complicaban o había alguna indisciplina, se complicaba la situación y cundía la desesperación entre el personal.

Un hombre podía ser castigado a

labrar una piedra o abrir una zanja llevando colgado a la espalda un saco de arena, sujeto a los hombros con dos alambres, que abrían unos terribles surcos en la carne machacada.

Felipe cumplió la condena. Podía haberse marchado a casa. Pero prefirió quedarse allí, en el batallón, hasta que se terminara la obra. ¡Era tan poco lo que en la casa se podía hacer! ¡Eran tan buenos para él los compañeros!

«Esto pasará pronto. Los alemanes están ya al caer. Lo ha dicho la radio de Londres...»

Los hombres se sentían orgullosos de la solidez que iban adquiriendo las obras. «Estamos dejando Potes como nuevo.» «No habrá un pueblo mejor hecho en toda la provincia.» «Todo de

piedra para que no se pueda volver a quemar.»

Hay pequeñas alegrías, orgullos honrados, ganas de vivir, un poco de ilusión y de importancia cada día.

El sufrimiento lo mata todo. Mata hasta el rencor y la necesidad de venganza.

Algunos hombres están secretísimamente organizados. Tienen reuniones y se ayudan unos a otros. Hablan de los alemanes, de la alianza de las democracias con Rusia, de la libertad. Brillan los ojos con una alegría demorada; hay fe y confianza en la próxima liberación. Algunos compañeros de trabajo, los que están en libertad provisional o simples paisanos de la calle, les cuentan lo que dicen los papeles y las

emisoras clandestinas, Radio Londres, y la recién estrenada Pirenaica, que en 1943 transmite desde Toulouse.

Estos hombres organizados, se dice, pertenecen al Socorro Rojo Internacional, una de las cosas más severamente organizadas y clandestinas que existen en España.

Juanín tiene que presentarse todos los domingos en el cuartel, como muchos de los hombres que van quedando libres. Se le interroga: «¿Qué sabe usted de Socorro Rojo Internacional en Potes? ¿Quiénes son sus afiliados? ¿Conoce usted sus consignas?» Y luego un tono mucho más agresivo: «No nos vas a engañar, miserable.» Juanín niega todo. El no sabe nada.

—*Yo no sé nada, se lo aseguro.*

Se multiplican las palizas. Le machacan la cabeza. «Juanín, te han vuelto a denunciar. Ahora te la cargaste.» Siempre que se presenta, todos los domingos, le muelen a palos en el cuartel. Es un hombre menuduco, ruinuco, flaco, enfermo. Duda. Se habla de uno que murió después de un interrogatorio como aquellos. Uno de los valles altos; había estado con él en la Tabacalera.

Hay que escoger: volver al cuartel el próximo domingo o escapar. ¿Escapar a dónde? Escapar al monte, a donde sienipre han huido los perseguidos de los valles. Pero hay que pensarlo bien antes.

Es seguro que Alemania caerá cualquier día. Franco y su régimen de terror caerán después. Inmediatamente después. Pero si te matan antes, ya no hay

libertad que pueda consolarte.

Hay muchos hombres huidos por los Picos de Europa. Están los de Tresviso, los de Sotres, los de Bejes, los asturianos. Ellos conocen bien la zona. Juanín conoce bien el Valle de Cereceda. No es que haya sido pastor mucho tiempo, pero a veces ha ido con las ovejas de algún vecino y ya sabría esconderse por los puertos.

Unos meses se aguantan fácilmente en el monte con experimentados compañeros como aquéllos. Lo importante es salvar la vida, salir de este aprieto, huir. Después, Dios dirá.

Lo mismo habían hecho los lebaniegos visigodos frente a los árabes, los lebaniegos de la Independencia contra los franceses, los lebaniegos del tiempo

de los carlistas y los falangistas del 36.

3. TRESVISO, SOTRES, BEJES

Tresviso tiene categoría de Ayuntamiento, aunque sea el más pequeño de la provincia de Santander. Tiene también rango de Real Villa, desde que se lo concediera Alfonso XIII, con motivo de su paso por estos montes en uña real cacería.

Se halla este pueblo situado a 900 metros sobre el nivel del mar, enclavado en plenos Picos de Europa, en un increíble nido de águilas... El punto más bajo de su territorio está a 70 metros y se eleva el más alto a 1.500.

Al norte limita 'con Cabrales, al sur

queda el imponente macizo oriental de los Picos de Europa, al este el desfiladero de la Hermida. Esta garganta, visitada hoy por miles de turistas, puede dar una idea de los barrancos, de los picachos que se desarrollan a su izquierda y a su derecha. Poca gente se atreve a recorrerlos.

Galdós decía que al desfiladero de la Hermida se le debía llamar Esófago de la Hermida, no Garganta de la Hermida, por lo largo, lo sinuoso, lo profundo. Al oeste los pueblos de Tielve y Sotres. Este último, «que no viene en diccionario alguno, perdido entre avalanchas de nieve que amenazan con sepultar a sus habitantes, fue un reducto guerrillero y un campamento de seguridad...» (André Sorel).

La naturaleza aquí debiera llamarse naturalezo —razona también Galdós—, por lo masculina, por lo fuerte, por lo brutal. Y Unamuno, creyendo encontrar tales parajes como en los primeros días provisionales y solitarios que siguieron a la creación, hace una meditación sobre la historia, la metahistoria, la intrahistoria, la prehistoria: «Estos son ríos prehistóricos», escribe en sus viajes por tierras de Portugal y de España.

Hacia el kilómetro 22 de la carretera que viene de Unquera, en pleno desfiladero, encontramos la central de Urdón, perteneciente a la Electra de Viesgo. Aquí, a 70 metros sobre el nivel del mar, empieza un camino de herradura que conduce a Tresviso. Metido durante largo rato entre dos inmensos paredones

calcáreos, sigue su curso el río Urdón, que baja frío y límpido entre las rocas. De repente, el camino se aparta, y encara brutalmente la canal de Cerrosa y después la Vargona, en increíbles serpenteos. Cuando después del zigzagueo más cu rioso sobre piedras sueltas y precipicios impensables se llega a dar vista al pueblo, han pasado ya dos horas de penosa andadura. Una salida del camino, un desliz por la roca significa casi inevitablemente la muerte.

—*Tresviso es un pueblo de joyeros*, dice una moza de rasgos orientales muy segura de sí misma.

—*¡Joyeros!*, nuestra sorpresa no puede ser mayor.

—*Sí, de los que hacen joyos para plantar pinos*, ríe francamente la pastora.

Aquí se aspira la hache, con un ancestral espíritu cántabro.

Tresviso es un pueblo de pastores. Incomunicado, endógamo —Campo, López, Sánchez son las tres ramas que forman su población—, hospitalario, noble y alegre.

Hay quien sitúa sus orígenes en una especie de campo de concentración y exterminio moro. Pero lo más probable es que hayan sido pastores de puerto de verano los que se establecieron allí permanentemente por sepa Dios qué motivaciones antiguas.

Podría ser un ejemplo de belleza y bucolismo, de no haber llegado a sus ásperas callejas, dividiendo y envenenando, la guerra civil.

Los dos bandos rivales que se

mataron por toda la patria empezaron a tiros en Tresviso —temprano levantó la muerte el vuelo— cuando las elecciones del Frente Popular de 1936.

En toda la región oeste de Cantabria, Tresviso es sinónimo de queso picón, y tresvisana es la mujer que vende el queso en la plaza de Potes, los lunes, envuelto en hojas de plágano.

El queso picón o queso Cabrales es la principal riqueza de estos pastores. Necesitan 10 litros de leche para sacar un kilo, pero todos tienen rebaños de cabras y ovejas cuyas crías venden al llegar la primavera.

Cuajada la leche, eliminada la «vira» o suero, hecha ya la forma del queso por medio del arno —molde de una lata grande de sardina—, puesta a secar

en la ventana quince días, la masa del queso es sepultada después en la bodega, herméticamente cerrada, a la que por ningún motivo se permite la entrada de nadie.

Hoy un kilo de queso vale buenas perras, pero en los años de nuestra historia la venta era dura y difícil.

En los pueblos del valle no se sabe las secretas fórmulas del queso picón. Es algo que pertenece al acervo cultural cerrado de los pueblos de alta montaña. Por eso, en los pueblos del valle se hacen muchas leyendas sobre el modo de elaborarlo. Dicen que echan al arno patatas podridas y que en las cuevas ló meten entre boñigas frescas. Dicen que las ancianas mean sobre la cuajada blanca. Pero les gusta a todos y en

ninguna casa faltan unos gramos del exquisito queso los días de romería y el día ritual de la matanza del cerdo.

No hace mucho Xavier Domingo recordaba a los españoles que el origen del queso de Roquefort había que buscarlo en estos quesos tresvisanos. Algún peregrino de Santiago de Compostela, perdido por nuestros montes, aprendería de los pastores cantábricos la secreta fórmula que después le hizo rico en su tierra francesa.

Describiendo Tresviso, se describe Sotres, Bejes, Tielve. Ninguna zona de la provincia, de estas provincias del norte, tuvo una guerra tan larga y violenta como estas aldeas empicotadas. Una guerra que empezó en las elecciones de 1936 y que terminó con la muerte de los últimos

emboscados del año 1957.

Antiguamente las elecciones que hubo por estas alturas, 1931, etc., las ganaba siempre don Pablo Garnica, mandamás de las minas de Andará. Estas minas cerraban y abrían a capricho de los amos, pero cuando se aproximaban las elecciones todo eran sueldos altos y exquisiteces de trato.

Antes de conocerse el resultado de las elecciones de 1936, hubo una reyerta en las callejas del pueblo, y se liaron a tiros mozos contra mozos. Por increíble que hubiera podido parecer esto unos años antes, los motivos fueron políticos.

El 6 de agosto de 1936 se forma un Comité del Frente Popular, cuyos miembros principales son del mismo Tresviso. Montan su sede primero en la

escuela, luego en la casa rectoral y por último en la iglesia; los libros históricos y del culto fueron escrupulosamente respetados, cosa que no sucedió con alguna que otra imagen. Los empleados de la Electra de Viesgo, pastores de aquellos montes empleados en la central, los mineros y los campesinos cooperaban con una cuota mensual para el mantenimiento del Comité.

El 7 de marzo de 1937 se disuelve el Comité y se forma una Gestora de la UGT, fuerza política muy presente en todo el valle, cuya casa social en Potes mantenía aquellos años actividades políticas, culturales, recreativas, dirigidas desde el Partido Socialista y a través de una institución muy viva en Potes llamada «La Unión». La institución de

que hablamos tenía actividades semanalmente en la Casa del Pueblo de Potes. Hay títulos de conferencias dadas en aquellos años, verdaderamente significativas: «La mujer en el campo. Cómo organizar su liberación», «Enfermedades hereditarias: cómo luchar contra ellas», «Instituciones penitenciarias modernas: cómo reformar las cárceles de un modo humanitario»...

Miembros de la UGT venidos de Potes, de la Hermida y de los mismos pueblos de alta montaña se encargan de regular los suministros del pueblo y de mantener una situación de orden en los mismos.

El 17 de septiembre entran los nacionales. Se suprime la Gestora y se forma una Centuria de Falange con

hombres lebaniegos. Su misión principal era hacer prisioneros a los rojos que se pasaban de Asturias al valle ya liberado, camino de sus hogares. Se estableció una cuota que todos los municipios lebaniegos debían aportar para resarcir a los pastores tresvisanos del manteni—. miento de la Centuria. Quizá por las dificultades administrativas de aquel primer momento, esa cuota aún no ha sido pagada.

La Centuria logró apresar a masoniegos, purriegos, lebaniegos, cabuérnigos, campurrianos y pasiegos. Pero no consiguió detener a los diez mozos de Sotres, Tresviso, Bejes y la Hermida, que conocían aquel monte como la palma de su mano y habían decidido aguantar allí hasta el próximo

triunfo de la República.

En tiempos de la Gestora y el Comité del Frente Popular hubo tres presos en Tresviso. Un día cada uno.

A partir de septiembre del 37 hubo 23 hombres presos en el mismo pueblo. Fueron llevados a Potes y allí estuvieron una media de cuatro años cada uno. Después de puestos en libertad, hubieron de presentarse semanalmente en los cuarteles de la Hermida, Potes, Bejes... Era lo que se llamaba una libertad vigilada.

En mayo de 1939 fueron detenidas 17 tresvisanas y tres hombres por cantar unas coplas que a los miembros de la Centuria les parecieron irrespetuosas para el nuevo Régimen. Si hay algo de arte posible para pastores de alta montaña, si

de algún modo pueden expresar sus sentimientos íntimos de una manera llamativa, es precisamente, lo ha sido siempre, a través de toscas tallas de madera, primitivos arabescos en los cayados y fundamentalmente a través de las coplas. Las coplas de estas sociedades primitivas, en las que todos los miembros de la comunidad se conocen perfectamente, tienen mordacidad, son aceradas, van dirigidas directamente al corazón crítico de los problemas: canciones de boda, canciones de siega, canciones de hila, canciones de vaquero. Catálogos riquísimos para comprender a fondo la personalidad original de estas gentes únicas Y para entonces, canciones de cárcel.

Quince hombres pasaron más de un

año cada uno en batallones de trabajadores.

O sea: que a partir de 1937, el pueblo de Tresviso padeció por una o por otra razón 137 años de cárcel en total. Pueblo castigado, pueblo en el que se practicó el crimen político, la táctica de «térra queimada», pueblo de represión feroces y de brutal división. El 15 de junio de 1977, votó Tresviso a comunistas y socialistas en mayor proporción que cualquier otro Ayuntamiento de la provincia.

Fruto de la guerra son los emboscados, los huidos. Lo que decimos de Tresviso se puede decir también de Sotres y Bejes.

Bejes, durante los años de la República, tuvo un maestro nacional que

todas las tardes organizaba reuniones con los mozos de la pequeña aldea. Venían de ordeñar, venían de echar un vistazo al pequeño rebaño en los riscos más altos y volvían todos corriendo para la reunión. Había verdadera avidez de estudiar los problemas, de mentalizarse, de conocer y de saber. Pronto se creó un ambiente politizado y entusiasta que a través de los muchachos llegó a las casas, a los mayores, interesando y transformando las viejas mentalidades de todos. Con la sublevación de julio, varios falangistas tomaron con pistolas el Ayuntamiento de Potes. Los muchachos de Bejes, ni cortos ni perezosos, tomaron sus escopetas de caza, requisaron otras para quien no las tenía y tomaron por su cuenta el Ayuntamiento de Cillorigo, donde

organizaron un Comité para la defensa de la República. Consolidado éste, se dirigieron a Potes y allí sostuvieron un tiroteo con los falangistas. Estos últimos acabaron echándose al monte. Los de Bejes, Tresviso y la Hermida enviaron a sus vecinos con armas, pequeños rifles y escopetas, a defender los puestos frontales en Piedraslenguas, Caloca y San Glorio.

Un día, muy poco después del alzamiento, bajan a la carretera, echan el alto al autobús de línea, mandan apearse a la gente y se incautan del automóvil. Ceferino Campo, que habría de pasar a la historia de la guerrilla con el nombre de Machado, quizá en honor del poeta sevillano, favorito del maestro de Bejes, se pone al volante y conduce a sus

compañeros hasta Santander para ponerse a las órdenes directas del Comité Provincial.

Ceferino Campo, antiguo dirigente ugetista de Urdón, había estado en América y era inteligente y culto. No habría mucha gente entonces por aquellos valles y montes capaces de conducir un autobús. También tiene el apellido Roiz. Los periódicos de posguerra confunden los dos apellidos y el nombre de guerra. Y confunden también su filiación política no aclarando mucho si es siempre socialista, anarquista o comunista. La manera de resolverlo es concluir llamándole vulgar y sanguinario asesino, como hacen «El Diario Montañés», «Alerta» y demás.

Ceferino dio nombre enseguida a la

brigada de emboscados que le acompañaban, y que de llamarse brigada Machado, pasó con el tiempo a denominarse «Brigada Guerrillera de los Picos de Europa», en honor de los blancos montes que les dieron refugio.

No tardaron en hacerse notar los emboscados de Machado por toda la comarca, desde Lamasón y Peñarrubia, donde realizaron algunos robos, hasta Cabrales; desde Cereceda, donde se aprovisionaron de mantas y ropa de invierno, a Pernia y Polaciones, donde realizaron varios atracos y algunos secuestros.

La gente los llamaba «los de Tresviso», «los de Bejes», o más simplemente «los del monte».

En busca de ellos, para unirse a

ellos, y por análogos motivos que ellos, atravesó de noche el río Juan Fernández Ayala, «El Juanín».

Llevaba las espaldas rotas y un difícil sentimiento en el alma. No era odio ni rencor ni ansia de venganza; entonces aún se consideraba superior a las condiciones que le obligaban a dar aquel paso crucial. Y estaba seguro de que muy pronto las cosas iban a cambiar. Volvería la justicia. Cesarían los atropellos y en las tierras calcinadas volvería a injertarse el orden.

Nadie de los que conocieron a Juanín dice que se echó al monte por sanguinario, ni por encarnizamiento contra sus enemigos. Antes bien, todos los testigos de su vida mitológica y de su vida real piensan que lo hizo acorralado

por unas circunstancias frente a las que la capacidad de decidir se anula.

En parecidas condiciones otros miles de españoles eligieron la sumisión y el acatamiento. O por lo menos el silencio. Sufrieron en su carne y en su alma. Se conformaron con su destino de vencidos, cultivaron sus pocas tierras, hicieron un pequeño rebaño, criaron unos cuantos hijos y todas las noches de su vida trataron de olvidar como una pesadilla los horrores vividos.

La decisión de Juanín y de tantos otros cientos de hombres que prefirieron el monte al rebaño pareció con el tiempo a todo el mundo lamentable y equivocada. Colectivamente no se recuerdan ya las circunstancias que la motivaron. Y se ha preferido hacer de él

una excepción trágica.

Es indudable la «vocación» que la vida libre del monte puede ejercer sobre los jóvenes oprimidos en el valle, sobre todo si esa vida se comparte con un grupo de compañeros valerosos, ante quienes los problemas se hacen pequeños y entre los que uno se siente alguien.

> « Quien quiera convertirse en un "haiduk"
> que se una a nosotros,
> que venga a nuestro lado.
> ¡Veinte hombres jóvenes juntos!
> ¿Quién se nos pondrá delante?
> Las espadas de los soldados
> son para nosotros varitas de

avellano.»

A. Strausz cita esta canción popular búlgara. A nuestro entender demuestra la fascinación que sobre un joven acongojado, en solitario, puede suponer la liberación al unirse a un grupo y recobrar la fuerza de todos en la fratría. «Haiduk» es, recordemos, el bandido que opta por echarse al monte, olvidándose de las estructuras, de las leyes que rigen en las llanuras.

La fascinación que el bandido ejerce sobre las gentes que se quedan en el llano la explica Bakunin al describirlo como «un revolucionario único y genuino, sin frases exquisitas y sin retórica culta,

irreconciliable, infatigable, indomable, un revolucionario popular y social, no político, independiente de todo estado».

—*Juanín nunca se hubiera echado al monte si no le pegan aquellas palizas a lo bestia.*

Esta idea es común en todos sus coterráneos. Juanín no era un hombre nacido para bandolero ni para revolucionario. Podía haber llevado una vida sencilla, callada, aldeana. Casarse con una moza del contorno y, como tantos otros, emigrar en los años 60 a Bilbao o a Torrelavega. Era inteligente y podía haber sobrevivido. Pero cuando llegaron esos años 60, Juanín ya estaba muerto.

Nadie piense que la educación política recibida en la Tabacalera era un

virus tan insoportable que necesariamente le impediría conformarse con el oscuro ciclo de «pobre campesino —› pobre emigrante —› obrero explotado en la ciudad —› padre de varios jóvenes obreros explotados en la ciudad».

Otros muchos hombres que pasaron por sus mismas circunstancias se adaptaron al silencio, y tan sólo en conversaciones muy privadas o en momentos especiales como en el año 1962, en el que empezaron los cursillos de la HOAC, de influencia masiva en las aldeas de la región occidental de la Montaña, se atrevieron a manifestar de una manera tímida su desacuerdo con las brutales condiciones a las que se veían sometidos.

Pero para echarse al monte,

concluye Hobsbawn, tras hacer un estudio comparativo de bandidos en todo el mundo, hace falta:

Primero: ser joven, sin demasiadas responsabilidades familiares; no tener esposa e hijos que aten a un terruño y a un trabajo fijo, fáciles presas para la represión.

Segundo: no tener una tierra propia. En el caso de Juanín, su familia carecía de tierras, de cuadras, de vacas, de prados. Incorporarse a la vida normal después de su encarcelamiento significaba para Juanín ser un jornalero, como su padre y hermanos, trabajando de cantero con sueldos muy malos e irregulares en aquella época excepcional. Coinciden las personas que le conocieron en su adolescencia en afirmar que Juanín

rechazaba los trabajos duros y reventadores: labrar piedras, hacer paredes de invernales, poner tejados, hacer hornos...; le gustaba el ganado, pero nunca lo tuvo. Hubiera apetecido un oficio más acorde con su contextura física, pero no se le presentó ocasión propicia para adquirirlo.

Tercero: verse en una situación de encrucijada: perseguido al haber cometido un acto delictivo, ser desertor del ejército, estar recién salido de la cárcel, venir de una guerra y no saber a qué dedicarse, encontrarse en dificultades para encajar en el engranaje social.

La mayor parte de los compañeros de Juanín en la Tabacalera no se encontraron en las mismas circunstancias que él al salir a la calle. De haber tenido

otra acogida, otras perspectivas sociales, no hubiera dado un paso que tantas consecuencias trajo a toda la región durante veinte años; José Angel Valente, como si estuviera pensando en él, dice:

«Debíais protegerlo.
No lo hicisteis.
Temblad.
Porque debió crecer
para la luz, no para
la sombra, el odio, para
Id negación.
La tierra había sido
removida y arada
con la sangre de todos.
Con la sangre. Era
difícil la alegría.

Necesitábamos primero
la verdad.»

Hubo muchos incapaces de resignarse a pensar que tanta sangre fuera inútil. Ya tenemos a Juanín en los montes. Ya sabemos todos los motivos o creemos saberlos. A partir de ahora, como una bola de nieve que al final es un alud, el mito que en este punto empieza no parará de crecer.

El mito del hombre escurridizo e inaprehensible:

«Por donde le ve la gente
pasito a pasito va;
por donde no le ve nadie

corre como un gavilán.»

El mito del hombre bondadoso, humilde y emocionantemente cariñoso con la gente necesitada, con los aldeanos de los valles. Y siempre alerta ante el peligro:

«Cuando iba por los bajos
no cesaba de llorar.
Cuando iba por los altos
no cesaba de mirar.»
(Cossío, J. M., «Romancero montañés».)

«Es esta una vida bien triste. Pero es que siempre nos hemos visto perseguidos por ellos —dice un bandido viejo de Roccamandolfi, en Italia—. Ellos usan la pluma en contra nuestra y nosotros nos defendemos con el fusil. Ellos son los amos de la tierra. Nosotros los amos del monte.»

III. Por esos montes de Dios.

1. CANTABRIA INSURGENTE

La década de los 40 vio convulsionada toda Cantabria con la presencia en sus montes de guerrilleros, emboscados o simples bandidos. No sólo en la región oeste, en la que podríamos incluir Liébana, Peñarrubia, Lamasón, Polaciones, Val de San Vicente, Ruiloba, Saja, Montes de Comillas y Cabezón de la Sal, con expansiones al norte de Falencia, norte de León y Asturias.

Aquí se escondió la primera partida, brigada o agrupación —los tres nombres recibió a través de los años— que nació en Cantabria. Ya hemos explicado sus

orígenes a partir de hombres no capturados por los vencedores, evadidos de los campos de concentración y huidos de la represión subsiguiente. Hubo también casos de aventurismo ingenuo de escaso relieve.

Esta primera partida se llamó al principio «Brigada Machado», luego «Brigada Picos de Europa», más tarde «Brigada Guerrillera de los valles de Llaneda». Pero esos nombres sólo tuvieron repercusión para firmar octavillas o en los actos de propaganda. La gente siempre los conoció como los del monte, «los maquis» o, por ser los últimos supervivientes y asumir de un modo completo toda la historia anterior, «Juanín y Bedoya».

Por los bosques de Reinosa actuaron

los miembros de la «Brigada del Gitano», llamada posteriormente «Brigada Cristino», cuando en febrero de 1946 Cristino García Granda, héroe de la resistencia francesa contra Alemanía, es ajusticiado en Madrid junto con otros compañeros.

Empalmando con los límites de Burgos y las tierras que rodean el Ebro en sus primeros cien kilómetros de recorrido, se hizo famoso por entonces un grupo de jóvenes de la zona, encabezados por Santiago y el hijo del practicante de Carabeos, que decían actuar en nombre del PCE, y que se autobautizaron con el nombre político de «Guerrilla Azaña».

Una zona también de montes y valles abruptos, capaces de propiciar refugio a un grupo de emboscados, fue ya

desde el año 40 la zona que rodea a Liérganes. Aquí pasan su vida de perseguidos hombres famosos en toda la Montaña, algunos de ellos de gran prestigio político, como Tampa, Rada, Ferroviario, que actuaban en conjunto con el más famoso y popular de todos ellos: El Cariñoso.

Durante los últimos tres meses de 1945, según se refleja en «Nuestra Bandera», en carta abierta del Comité Central del PC a sus miembros y todos los antifranquistas, se forma la «Agrupación Guerrillera de Santander», al mismo tiempo que la de Galicia, Extremadura, Córdoba y Ciudad Real. Todas estas agrupaciones se sitúan bajo el mando estratégico de la Junta Suprema y se comprometen a realizar acciones

ofensivas contra el franquismo.

En la constitución de esta Agrupación Guerrillera de Santander participaron fervientemente Inocencio Aja, co nocido como «el Vasco», y otros tres comunistas aún vivos. Inocencio Aja tenía talla de activista y gran poder seductor para reclutar nuevos jóvenes. Con dos o tres compañeros se estableció en las márgenes del río Besaya con la misión de formar una red que enlazara políticamente a todos los insurgentes montañeses, desde Reinosa. Puente Viesgo, Liérganes, hasta el Saja y Cabrales.

+Otro hombre famoso fue Joselón, cuya biografía, al igual que la de todos los que vamos nombrando, nos gustaría poder estudiar más detenidamente.

La Agrupación Guerrillera de Santander tuvo varias acciones político-económicas. En agosto de 1945 o a primeros de 1946 —dos fechas proporcionadas en el mismo libro por don Francisco Aguado Sánchez, teniente coronel de la guardia civil— se les unieron ocho fugados del destacamento penal de Arroyo. La Agrupación, con estas nuevas incorporacipnes, decide dividirse en dos nuevos grupos: el que se denominará Agrupación Guerrillera del Noroeste de España y el que llevará el nombre de Brigada Malumbres. Este último nombre sin duda fue escogido en honor del gran batallador montañés Luciano Malumbres, director del periódico local «La Región», encarcelado cuando la huelga general de agosto,

liberado después con don Manuel Llano el día 14 de abril de 1931, en medio de una apoteosis popular. Malumbres fue asesinado por un falangista en el bar «La Zanguina», hoy «Tívoli», quizá por su constante labor crítica y de denuncia sobre las irregularidades y los abusos que descubría en los entresijos de la SAM.

Decenas de nombres propios de emboscados pueblan la geografía montañesa. Su historia la conocen bien los campesinos de la zona por la que cada uno actuó. Centenares de «hechos delictivos», que diría la guardia civil, o de «operaciones guerrilleras y punitivas», que dirían ellos, fueron realizados por toda la provincia. Sería interesante estudiar a fondo la vida y acciones de cada uno de ellos. Sin embargo,

carecemos de los medios de la guardia civil: completísimos archivos donde, según Ricardo de la Cierva, «miles de partes cada semana van a parar, constituyendo una mina para la auténtica historia social de la España real»; carecemos también de una prensa fidedigna para repasar estos hechos. Nos guiamos de los testimonios directos de la gente que los vivió, que los protagonizó y que los recuerda vivos y con todo el colorido fresco de la memoria popular.

Sin embargo, los datos extraídos de los partes que la guardia civil compone cada día han servido al teniente coronel don Francisco Aguado Sánchez para elaborar un libro, «El maquis en España», rico en detalles, que nosotros hemos utilizado ampliamente.

A la vista de las estadísticas que publica dicho estudio, y para hacernos una idea del índice de operaciones armadas en esta provincia, tomamos un período concreto, el comprendido entre 1943 y 1952, y vemos en la tabla siguiente la desviación sobre la media nacional, tomada de un total de 47 provincias, que nos permitirá darnos cuenta de la virulencia del movimiento guerrillero.

Observamos en el esquema anterior que las guerrillas tuvieron en Cantabria una vida activa similar al resto del país. Sabotajes, atracos, guerrilleros detenidos, guerrilleros muertos arrojan un número superior al de la media nacional. Los asesinatos, la presentación voluntaria y

los enlaces detenidos son menos numerosos que en el resto de España.

Si hacia el año 48 se dio por terminada la actividad guerrillera en casi toda España, no podemos decir lo mismo en Santander, donde se mantuvo su eco durante nueve años más con la presencia en sus montes de Juanín y de Bedoya.

Llama la atención la desorbitada cantidad de muertos en toda España. Igual sucede con la de enlaces detenidos. Sobre este último punto, Pérez Limia y Aguado Sánchez coinciden en que no se detuvo a todos los detenidos que en la realidad fueron enlaces y que para hacer una cifra aproximativa a su número real habría que multiplicar los 19.444 registrados en sus archivos por cuatro o por cinco.

Sólo una prensa enmudecida y un cinismo profundo ante la verdad real de la historia puede permitir a los gobernantes de 1965 lanzar una campaña propagandística sobre los «25 años de paz», olvidando los 3.406 muertos por los montes y ciudades de España, entre guerrilleros, guardias civiles, policías armados y soldados en tan sólo nueve años de la larga posguerra.

De esos muertos, 72 cayeron en Cantabria. No es un número tan elevado como en Asturias por ejemplo, con 321, ni como en Granada, con 263, o en Galicia, con 548. Pero 72 muertos políticos violentamente en una provincia cuyas fuerzas derechistas se jactan con frecuencia de que apenas presentó resistencia a los ejércitos de Franco da

idea de la batalla feroz que se libró entre los Picos de Europa y los límites con Vizcaya.

No añadimos a esta lista de muertos los que expiraron después de ser torturados en las cárceles por haber prestado ayuda a los emboscados. Tampoco se cuentan algunas ejecuciones realizadas en Palencia y Asturias por guerrilleros de Santander, ni un número elevado de guerrilleros caídos en provincias vecinas o al atravesar la frontera francesa, cuya actividad subversiva la realizaron en Cantabria.

Si alguna significación tiene el número bajo de muertos y el alto número de atracos es el de que la guerrilla en Santander fue más de «huidos» que de auténticos guerrilleros. Hubo más deseo

de sobrevivir que de atacar. Se trataba más de evitar encuentros que de provocarlos «para castigar los abusos de los caciques, corregir los malos tratos de las fuerzas represivas, liberar los campesinos de las arbitrariedades y las vejaciones a que son sometidos por los jerifaltes de la política, ser en definitiva el brazo armado del pueblo», como se autodefinen los guerrilleros de la Agrupación de Levante y Aragón.

En general, en Cantabria se trataba de sobrevivir. Se hacía un atraco o un secuestro cuando apremiaba la necesidad de dinero o cuando se acercaban los meses duros del invierno. Sólo se ejecutaba a alguien si sus antecedentes en la guerra habían sido muy crudos; si traicionaba a los emboscados o si el golpe

iba a tener efectos inmediatos.

También hubo en la Montaña actos políticos, coincidiendo con la efervescencia que el Partido Comunista consiguió crear el año 45 y el año 46. Hubo mítines, siembra de octavillas, pintadas, sabotajes: voladuras de conducción eléctrica, vías férreas... Sin embargo, estos actos políticos tuvieron poca repercusión en la población.

Fue el trato personal en las cocinas de pueblo, el encuentro directo con antiguos compañeros de cárcel, en las sobresalas llenas de manzanas, en los refugios excavados a veces bajo un estercolero, donde los comunistas, socialistas y anarquistas trataban de contagiar sus ideales y mantenerlos vivos en las gentes que aún los poseían.

«Muchas aldeas y pequeños lugares conocerían el paso de los guerrilleros, que les hablaban a las gentes con un lenguaje insólito y desusado que no acababan de comprender. Hombres y mujeres apegados a la casuca chata al pie del monte, dando vistas a los verdes, interminables pastos que se perdían a lo lejos como un mar de hierba. Hombres y mujeres andando tras las huellas de las vacas, sin otro horizonte, sin otra idea, sin otro consuelo, sin otro aliciente que su propia alienación ignorante o egoísta, por todo lo cual se cerraban herméticamente a todo cuanto no fuera aquel pequeño y mezquino universo gris que no estaban dispuestos a arriesgar por nada ni por nadie. ¡Tierra difícil la de la Montaña, hoscos los campesinos

cántabros! A diferencia de los de la tierra gallega o andaluza, aceptaron inmediatamente las reglas del juego siniestro impuesto por el miedo y la represión» (José Antonio Vidal Salas).

¿ Y si lo comprendían todo? ¿ Y si ese aceptar el juego de la represión y encerrarse en sus valles, en su cuadra, en su pequeña cosecha de hierba era lo más realista y lo único posible en aquellos momentos? ¿Y si los planes de los partidos políticos que organizaron la guerrilla al estilo francés, imposible aquí, fueron detectados inmediatamente por el pueblo montañés como simples voluntarismos ineficaces?

El pueblo cántabro estaba escaldado de la historia inmediata. Lo había dado todo —sus mejores hombres, sus más

grandes ilusiones—, y entre partidos políticos y jefes militares le dejaron desamparado, inerme, frente a la bestial mano negra de la pobreza y la represión.

A nadie debe extrañar que cuando las heridas están aún sangrando, el pueblo, acogotado por la decepción, se repliegue en sí mismo y no quiera saber nada de teorías ni de nuevas aventuras. El terruño, la casuca chata, la senda que tras de sí dejan las cuatro vacas entre los hierbazales no engañan, son verdad y vale la pena luchar por ellas.

Pero a los que vienen de fuera a explicar hermosas teorías revolucionarias, a proclamar más guerras, nuevas victorias, idénticas derrotas, el pueblo que vive al pie del monte se resiste a seguirlos. Los escuchan con

respeto, los ayudan en los apuros, con información, comida, escondrijos, pero no los siguen. Sólo los enlaces «quemados» o los que tienen miedo a morir a palos se echan con ellos al monte.

Era algo más difícil, más heroico, por más callado y de mayor renuncia, lo que el pueblo necesitaba. Los partidos políticos tardaron en darse cuenta. Por toda España su romanticismo y sus análisis equivocados había dejado tendidos miles de muertos, heridos y prisioneros.

Pero el pobre pueblo español necesitaba la paz. Hacer tabla rasa del pasado. Enterrarlo donde no oliera. Apretarse fuerte las manos unos a otros, los que salían del campo de concentración, los que se pasaron al otro

lado de las montañas y volvieron mano alzada, como vencedores de sus hermanos. Todos eran unos derrotados.

Lo único que aquellos hombres montañeses veían con recelo era a los políticos que habían hecho fronteras donde antes hubo puertos por donde los abuelos habían traído la harina, el vino, la miel y llevaban a cambio en grandes carretones troncos de haya para apeas o de roble para tinajas.

Nadie más humillado que los huidos del monte. En las casas del pueblo tendrán siempre acogida y amistad. Ahora bien: que no se empeñaran en sacar a los varones otra vez a hacer trincheras, porque ya las habían hecho por todas las tierras y no habían servido para nada.

«Nos equivocamos —dice ahora un alto dirigente santanderino del PCE—. Se tenía una idea romántica de la guerrilla. Contábamos con la ayuda de los demócratas europeos y nos fallaron. Creíamos que con una presencia nuestra armada, el pueblo se iba a levantar, sin darnos cuenta de que tenía una inamovible losa encima. Enviamos a los montes hombres extraordinarios que se quemarón allá, pudiendo haber hecho más tarde una labor encardinada en la vida del pueblo, que es lo que a la larga da resultado. Nuestra historia, llena de heroísmos, está también llena de errores. Nuestro mayor desafío al futuro radica en comprender la historia del pasado.»

«Si no hubiera sido por las luchas entre partidos —añade un viejo militante

del PSOE, emboscado durante años—, la guerrilla quizá hubiera dado resultado. Pero había mucho afán de protagonismo, concepciones muy diversas de lo que se debía hacer y hasta traiciones vergonzosas. La gente no se enteraba de esto, y si se enteraba, lo rechazaba con ira. Ellos te acogían siempre por bondad o porque se consideraban cercanos a lo que tú representabas.»

—La guerra fría, eso es lo que nos echó a perder.

Uno mira las grandes manazas del peón. Parece mentira que un hombre de aspecto tan grotesco sepa discernir cuestiones históricas de política internacional. Su escuela había sido el contacto clandestino con los guerrilleros.

—Si no es por la guerra fría —

añade—, ya hace veinticinco años que tenemos democracia y se hubiera evitado el sacrificio de la emigración, entre otras cosas.

En su casa de pueblo tenía una hornera. Debajo de la boca del horno, un rincón para la leña. Y debajo de la leña, un pasadizo excavado con paciencia. Allí se escondieron un invierno los emboscados.

—*Inglaterra es Inglaterra*, les decía el hombre. *Y no os hagáis ilusiones, que no van a dejar poner en España un régimen como el que vosotros queréis.*

Los guerrilleros estaban seguros de la voluntad anti fascista de todos los aliados. ¡Y está Rusia entre ellos!

—*Stalin no va a permitir que se ponga aquí una fantochada democrática*

como la que perdió la guerra. Y como otra cosa no le van a dejar, prefiere que siga Franco. Y si no ya lo veréis.

El peón antes no era peón. Tenía unas cuantas cabras. Tres vacas y varios conejos. En un arca desvencijada de su desván se conservan periódicos del «Cantábrico» hasta el año 37. El peón antes era un campesino montañés más, de minifundio y austeras comidas. Luego estuvo en la cárcel por enlace. Después fue desterrado a 250 kilómetros y por último volvió a su tierra. Buscó trabajo y le dijeron que se necesitaban peones en una obra. Participó en aquellas ilusiones. No le gustaba el modo como se hacían las cosas, pero le entusiasmaba que dieran resultado.

Hoy, a las muchas desilusiones de su

vida, hay que añadir también ésta, la de haber confiado en algo que no tenía base firme.

2. CERRO

Ningún lebaniego consultado por nosotros, ningún pastor de los pueblos de alta montaña ni tampoco los viejos comunistas y guerrilleros que aún quedan vivos recuerdan el episodio referente a Fierro, «en las cercanías de Sotres», contado por André Sorel y repetido por José Antonio Vidal Sales.

Hemos investigado este caso por su especial dramatismo y nos hemos encontrado con aspectos que coinciden con el caso de un militante del PCE santanderino llamado Alejandro del Cerro.

Veamos la narración de André Sorel:

«Fierro era uno de los más

nombrados guerrilleros del grupo. La falta de higiene, la continua vida en pajares le había infeccionado el rostro. Incurable, arrastraba cuatro años una pesada costra que ocupaba todo el espacio de la barba y deformaba su cara. Metido durante el día en su pajar^ bajaba en la noche a casa de un punto de apoyo para medicinarse. Más de cien kilómetros realizaba la mujer de la casa en busca de sus medicinas, ya que eran vigiladas las farmacias de la zona, conocedora la guardia civil de la infección de un guerrillero. En ocasiones, cuando las partidas iban en acción política, pasaban días, meses, en que Fierro consumía su soledad en el pajar.

Un día, tras una marcha, los guerrilleros acuden a visitarle. Siegan

hierba los campesinos. La choza... tiene un corral con vacas, dos caballos, algunas ovejas. Sobre el corral, el pajar que almacena la hierba segada. Allí se refugian los guerrilleros, Fierro con ellos. La noche posterior a su llegada, los guerrilleros bajan al pueblo en busca de provisiones. Dos naranjeros y un fusil ametrallador quedan a cargo del enfermo.

Y a la vuelta estalla la tragedia. Fierro, desde el pajar, les conmina a detenerse, disparando sobre ellos. Intentan entrar por el ventanuco de la escalera. Mas los disparos les hacen nuevamente retroceder. "No entréis, habéis ido a cavar la fosa para enterrarme", grita enloquecido Fierro. Transcurre la noche en un clima de angustia. Al fin, en la mañana, llega el

campesino dueño de la choza y el ganado, al que explican la situación. Su gestión tampoco tiene éxito. Es igualmente recibido a tires. Avanza el día sin conseguir acercarse al chozo. Mientras el campo se puebla de gentes que realizan su faena y al escuchar el retumbar de los disparos intuyen la presencia de un guerrillero en la zona. Por fin, tras largas deliberaciones y horas perdidas en intento de volver a la razón a Fierro, acuerdan dé el campesino cuenta a la guardia civil de su presencia. La llegada de la guardia civil fue saludada por el continuo disparar del fusil ametrallador y de los naranjeros que obraban en poder de Fierro. Rodeada la casa, dos días se sucederá el tiroteo...»

—¡Cerro, sabes que no tienes

escapatoria!. ¡Entrégate!.

—¡ De entregarme, nada!., contesta Cerro con voces estentóreas.

—Pues estás rodeado. ¡ No podrás escapar!. ¡ Si te entregas te podemos curar!.

—¡ A mí con vida no me ponéis las manos encima!

—¡ Vamos a prender fuego a la cabaña!.

—¡ Pues yo no me entrego vivo!.

En el mismo momento que empezó a arder la hierba se oyó un tiro seco dentro del pajar. Se había suicidado, o por lo menos así lo contaron entonces en todos los pueblos. «Yo sólo sé que tuvo una "maladía" incurable», nos dice un antiguo compañero suyo con acento de exilado. «Cayó en una profunda

depresión, semejante a la locura, y según me enteré después, fue ejecutado por sus propios compañeros valiéndose de la guardia civil.»

«Refugiados en el monte —sigue Sorel—, los guerrilleros acuerdan días después montar una operación económica para solucionar el estado del campesino cuya choza y cuadra habían utilizado, totalmente arruinado tras el hecho anterior. En la región existía un rico ganadero de apellido González. Solía viajar en camioneta. Esperaron el momento en que regresaba de una feria de ganado. Apostados en la carretera, dispararon sobre las ruedas, obligándole a detenerse. Doscientas setenta mil pesetas se le incautaron, que íntegras fueron al campesino, uno de los mejores puntos de

apoyo de la Agrupación.»

La narración que hace Vidal Sales seis años después de la de Sorel está evidentemente inspirada en la anterior.

Fierro o Cerro era panadero y vivía en Santander. Desde muy joven militó en las filas primero de UGT y después del PCE. Estaba muy preparado en cuestiones teóricas, llevaba la voz cantante en las reuniones y tenía mucha facilidad para redactar comunicados y octavillas vigorosas.

Cuando la Montaña fue ocupada por el ejército nacionalista, Alejandro del Cerro consiguió pasarse a la zona lebaniega y continuar allí la lucha.

Prisionero al acabar la guerra, le trajeron a la Tabacalera por ser santanderino. Actúa en la cárcel como

uno de los máximos dirigentes del Partido Comunista, levantando la moral de los presos, organizando actividades de alfabetización y mentalización hasta que sale libre más o menos por las mismas fechas que Juanín.

«Nosotros teníamos que presentarnos semanalmente al control, pues estábamos en libertad vigilada. Nos interrogaban y nos dejaban ir. Por supuesto, se rompía un plato en Cueto y nos echaban la culpa a nosotros, aunque estuviéramos en Torrelavega. Yo acabé diciéndoles a los guardias: si seguimos así voy a echarme al monte o a partirme la cabeza contra una pared. Por tanto, concédanme ir a trabajar a otro sitio. La junta estudió el caso y me permitió irme al país vasco.

La represión más espectacular contra los comunistas de Santander tuvo lugar en el año 1943, año que acabó con un expediente contra todos nosotros acusándonos de las más denigrantes salvajadas. Cerro pertenecía al Comité Provincial del Partido, y tanto intelectualmente como en sus actividades exteriores, era una personalidad muy conocida.

A todos nos aterrorizó la muerte del militante Adán Musí, casado, con cinco hijos, que acabó suicidándose al no poder aguantar ya más torturas. Adán era un extraordinario peluquero, y en la Tabacalera fue también responsable del Partido. Recuerdo que cortaba el pelo al director y a los oficiales de la prisión. Nos afectó tanto su muerte que decidimos

desaparecer de Santander. Cerro, tan conocido como Musi y de análoga responsabilidad orgánica dentro del Partido, decidió con el beneplácito de todos marcharse a la guerrilla. El poco dinero de que disponíamos se lo entregamos a él y a otro camarada que saldría con él. Cerro hizo el viaje hacia los Picos de Europa, pero el otro camarada, aprovechó el dinero que le dimos y se marchó por otros caminos que nunca hemos conocido.»

El que nos hace este relato es un antiguo miembro del Comité Provincial que conoció perfectamente a todas estas personas.

El viaje de Cerro hacia los Picos de Europa terminó en un caserío de las márgenes del río Deva. La casa tiene una

puerta negra por el humo de la hornera contigua. Al panadero santanderino se le llenó el alma del olor al pan que la anciana labradora acababa de meter al horno.

Pensaba en la fatalidad que supone abandonar un oficio, dominado y querido, para emprender una vida de perseguido y de maldito.

Pero ha dado un paso decisivo y ya no se puede volver atrás. Está en casa la dueña sola... ¿Llamar? Prefiere Cerro esperar un poco, hasta que la anciana saque el pan del horno y lo esconda, para que no se asuste demasiado. «Podría tomarme por uno de los sabuesos de abastos.y fiscalías que se dedican a confiscar estraperlos.»

Cuando considera que ya es

oportuno, golpea la puerta de la casa. La anciana ya está trajinando allá adentro, olvidada casi seguro del pan estraperlado. Cerro viene a esta casa porque dos hijos de la anciana estuvieron presos con él, y uno de los dos es hombre de confianza de Juanín, enlace de la organización en el llano.

—*¿Qué desea?*

La vieja se asoma recelosamente al cuarterón superior de la puerta.

—*Ver a Luciano y a Pedro. Pero no se asuste, mujer, es que les traigo un recado.*

—*No están en casa.*

—*Los esperaré.*

—*Luciano no vendrá hoy. Pedro fue a buscar un carro de leña al monte. Tardará en bajar. Llevó comida para todo*

el día.

Empieza a recelar la mujer enlutada. ¿ Quién será este hombre tan bien vestido, de manos finas y de cara pálida? «De la brigadilla, seguro. O acaso del monte... Mejor dar largas a la cosa.»

—¿Puedo pasar y esperarlos?

Se, avergüenza la anciana de lo que va a decir:

—No, señor. Créame que lo siento, pues una no está acostumbrada a dejar la gente a la puerta de casa, pero mis hijos me han dicho que no abra la puerta a ningún desconocido. ¡Corren unos tiempos tan malísimos!. Ya no se sabe quiénes son las personas y qué quiere cada cual. Primero que antiguamente se quedara un forastero fuera de casa... Así que si quiere esperarle, siéntese en ese

banco.

Es ya muy tarde cuando viene Pedro con un carro de leña. Se pone a descargarla y a soltar las vacas que le han ayudado a traerlo hasta aquí.

—*Buenas noches.*

—*Buenas.*

—*¿A mí no me conoces*

—Pues *no, señor, no caigo.*

—*Soy Alejandro del Cerro. Estuvimos juntos en la cárcel.*

—*Pues ahora no caigo. La cara sí me resulta conocida, pero entre cuatro mil que éramos...*

Pedro sigue descargando leña. Echa los troncos de matorro seco a un rimero junto a la pared.

—*Soy amigo de tu hermano Luciano. Quiero verlo.*

—No está en casa. Está muy lejos de aquí. Además, yo a usted no le conozco.

—Trátame de tú, coño. Y no seas tan desconfiado. ¿ No te acuerdas en la cárcel el día que entró «Mundo Obrero» y el revuelo que se armó?

— No sé de que me estás hablando, te lo juro. Yo estuve en la cárcel, pero de política ni entendí nada entonces ni entiendo nada ahora.

—Si te enseño una carta de Agustín San Emeterio para tu hermano, ¿conocerás la letra?

—Espera que voy a llevar las vacas a beber.

Pedro recuerda perfectamente a San Emeterio. Era un joven preparado, inteligente, amable. Comunista hasta los tuétanos. Había sido el alma de las

reuniones clandestinas en el patio de la cárcel, por lo menos en su nave. A muchos había enseñado a leer y escribir, todos conocían su letra original. Mientras beben las vacas, Pedro ve dibujarse ante él la imagen de aquel dinámico compañero de prisión.

Cuando vuelve a casa, Cerro está todavía con la carta en la mano.

—*Ya lo creo que conoceré la letra. Enséñamela.*

La carta llamaba a Luciano camarada y le decía que Cerro se encontraba en apuros. Que le atendiera.

—*Esmuy importante que lo vea hoy mismo.*

Pedro aún solicita otras pruebas. Cuando ya se da por convencido pasa a su huésped hasta la cocina. Cenará

patatas arregladas con sebo y torta recién hecha.

Después de cenar la conversación se prolonga largo rato. Recuerdos que se agolpan. Los muertos. Las maldiciones. En Santander ha quedado la novia y la madre. Hay mucho miedo en Santander, aunque no tanto como en el pequeño valle.

Y luego se hablaba de política.

—*También decíais entonces que ganaríamos la guerra. Ahora decís que pierde Alemania. No estoy tan seguro de que no os volváis a equivocar.*

Cerro no puede explicarle a Pedro la táctica del Partido porque tampoco él la sabe bien: primero la invasión del valle de Aran. Luego la infiltración masiva y clandestina por todo el país para, a una

señal, levantarse todos los infiltrados y dar la impresión de que el régimen de Franco era dinamitado por centenares de lugares. Las tropas democráticas en los Pirineos intervendrían en apoyo de las guerrillas. El pueblo entero enardecido se lanzaría al nuevo combate. Tampoco Cerro conoce muy bien esta estrategia que se elabora cuidadosamente en Toulouse. El lo que quiere es pasar la tormenta de esta persecución en el monte. Después ya vendrán nuevas instrucciones. Pero tampoco esto se lo puede contar a su anfitrión: a lo mejor le detienen, es interrogado, mejor que no sepa nada. Que lo intuya levemente.

—*No sé si aguantarás hasta donde tenemos que ir. Mi hermano está cortando una subasta de madera a*

muchos kilómetros de aquí, después de pasar aquellas montañas que ves. Si aguantas todo lo que hay que andar...

—Conviene que me vaya acostumbrando...

Hay una sonrisa en los labios de Cerro. Pedro entiende lo que quiere decir, pero no responde nada. Al otro lado del seto que separa la cocina de la sala, la anciana se ha dado cuenta de las intenciones del hombre: «Se echa al monte, el pobre. Dios quiera que tenga suerte.»

Fue dura la caminata. Cerro llevaba los pies deshechos. Ya no podía dar ni un paso sin dolor. Salieron de casa dos horas antes de amanecer. Ladraban algunos perros, pero ningún ser humano los vio.

Cuando llega el momento, los dos

hombres se dan a ver a Luciano, que está haciendo cortes a los maderos para dejarlos del mismo tamaño. Ya tiene más de seiscientos estéreos de madera apilada, que tendrá que bajar a la carretera por aquellos difíciles vericuetos.

Luciano se puso muy contento por la visita. Leyó detenidamente el mensaje de Agustín. Fumaron varios cigarros de petaca. Y de repente, sin saber cómo ni por dónde, apareció delante de los tres hombres la figura frágil y sonriente de Juanín.

Pedro no los volvió a ver más, ni a Juanín ni a Cerro. Su hermano Luciano no se sabe, porque poco después se embarcó rumbo a México, de donde aún no ha regresado.

Cerro y, Juanín anduvieron bastante

tiempo juntos, en pareja. A Juanín le gustaba más ir en pareja que en el grupo grande, porque las reacciones de un grupo grande son siempre difíciles de controlar. La gente les daba comida y no tenían que multiplicar los golpes económicos.

La novia de Cerro y su madre, en Santander —como las mujeres de la Ilíada—, hubieran llorado al ver la pira en la que se quemó el cadáver de Alejandro.

3. PEDRIN

La guerra supuso un desgarrón afectivo en la vida de miles de españoles y españolas. Las novelas que tienen como fondo histórico los tristes acontecimientos que durante tres años ensangrentaron esta tierra están llenas de ejemplos de amores frustrados y de vidas vacías de afecto. En aquella convulsión nacional, cuando todo se desmoronaba, las gentes se aferraron trágicamente al sexo, una posibilidad de seguir engarzados en la existencia.

Los milicianos santanderinos tenían vales y precios especiales en las casas de prostitución. Aún hoy, los vejetes de los pueblos recuerdan con lujo de detalles

coloristas las historias galantes que protagonizaron de soldados. «San Camilo 1936», de Cela; «Por quién doblan las campanas», de Hemingway, y alguna que otra obra menor, son el fiel reflejo de aquella convulsión erótica que a la par con la muerte revolucionaron las etnias del país.

Las mujeres vivieron también una experiencia única: se rompieron los clásicos lazos tradicionales que amarraban una comunidad aldeana a sí misma, y por los pequeños pueblos corrió sangre nueva, venida de lejos, traída por hombres de paso, dejando tras de sí una huella de hijos distintos a los tradicionales. Luego hubo que hacer un reajuste con los vivos, muchos de los cuales relevaron a los muertos en sus

lazos afectivos rotos.

Hubo algunos mozos que a su regreso de la guerra, de la cárcel y de los batallones de trabajadores no pudieron aceptar el cambio y se desesperaron.

Todo ha quedado diezmado con la guerra. Los vencedores se incautaron de las cosas más importantes, hay racionamiento del consumo y de la producción, hay hambre, hay pocas cosas a qué dedicarse para poder ganar un duro.

Muchos se aventuran a practicar el estraperlo.

Las carreteras se llenan de carros que van y vienen con cargamentos prohibidos.

Hay mujeres solas de maridos ausentes, que cuando consiguen reunir unas perras, uncen las vacas, ensobean el

carro, agarran en sus manos la aguijada de hombre, cogen alguna manta para pasar a la intemperie las noches castellanas, cargan las apeas que acaso han labrado ellas mismas con sus manos, encomiendan sus hijos a una vecina o a una hermana, lloran porque no les queda gran cosa que dejarles para que coman y se disponen a recorrer cientos de kilómetros con la única compañía de un hijito que arrea con un palo de avellano, el triste paso de las vacas uncidas.

Un camino cuyo final es difícil de asegurar. Van por Castilla adelante hasta Saldaña, hasta Quintanilla de las Torres, hasta donde alguien quiera venderles harina, trigo, garbanzos, aceite o arbejas del mercado negro, de lo no confiscado.

Luego hay que pasar

silenciosamente por los múltiples cuarteles que jalonan la ruta, por las oficinas de abastos y por los fielatos. Hay que untar las ruedas, que no canten; hay que mandar callar al perro, hay que saber mentir al guardia, que si no tiene mucho compromiso, posiblemente deje el paso franco, pues él también sabe lo que es el hambre. Hubiera sido bonito en el puerto de Piedrasluengas o en el de San Glorio un diálogo poético como el que cuenta Juan Ramón Jiménez en la historia de Platero:

«El guardia clava su hierro en el saco de harina del contrabandista: «¿Qué lleva usted?». «Mariposas blancas». Y la harina sigue su camino natural de juntarse con «El plato del pobre y con su boca», como deseaba Pablo Neruda.

Pero los diálogos de los puertos eran muy otros.

—¿Qué lleva usted ahí?

—Un saco de harina, señor.

—¿Tiene usted permiso para traficarlo?

No es para traficarlo, señor. Es para la casa.

—Debe entregarlo ahora mismo, o sea, dejarlo aquí.

—Vengo con ello tres noches andando. No me puede hacer eso. Tengo niños a los que dar de comer...

Llora la mujer, pero el guardia, generalmente, la mira impertérrito.

A veces se ponen de acuerdo dos mujeres y viajan juntas para compartir sus miedos. Por las noches mandan a los chiquillos dormir en un carro, mientras

ellas se acurrucan en otro y se cuentan apresuradamente las más tristes historias de mujeres que se hayan podido escuchar.

Cuando Pedrín salió de la cárcel, su mujer se la estaba jugando con otro. No se encorajinó Pedroo. Pero le empezó a consumir la pena.

—*Estás muy triste, Pedrín.*

No contestaba el ex recluso ni a los amigos íntimos. Los tiempos eran de poca alegría, pero su rostro melancólico llamaba la atención.

Un lunes de mercado se lo dijo claramente a un antiguo compañero, con el que coincidía siempre que iba a presentarse al cuartel:

—*¿Qué, ya te vas a casa?*

—*Sí. Pero a ver si levantas ese ánimo, hombre. Que no se ha hundido el*

mundo.

—Para mí, sí. Se hundió.

—No digas tochadas. Hemos tenido una desgracia muy grande. Pero hay que sobreponerse. Aunque sólo sea para que no se rían de nosotros, que no crean que nos machacaron del todo.

Hablaron mucho los dos hombres, y, al separarse, Pedrín le estrechó la mano fuertemente al compañero.

—Bueno, amigo, que haya salud. Esta es la última vez que te doy la mano. Me marcho al monte, a donde Juanín.

—¡ Pero hombrel

—Sí. Es una manera como otra cualquiera, de ir tirando. Yo así no sé qué hacer. Estoy desesperado y de lo único que tengo ganas es de marcharme a alguna parte. Así que adiós. Me voy al

monte, que es donde más cerca me pilla. Por lo menos comeremos tranquilos, y no me tropezaré con la gente esta indeseable.

No se hizo muy famoso Pedrín, porque apenas tuvo que actuar. Al principio eran muy sobrios los hombres del monte y nunca faltaba un cordero, una oveja extraviada que llevarse a los saladeros. La gente conocida les daba un saco de patatas, unos chorizos, cualquier cosa...

A veces pasaban por la carretera las mujeres del estraperlo y veían luciendo entre las rocas la linterna de los emboscados. Para nada se metían con ellas, aunque sus miedos se pasaban. «Con los pobres no se meten», se decían unas a otras para darse serenidad. Había

veces que parte de aquel estraperlo iba a parar a las cuevas de los bandoleros, pero no violentamente, sino porque antes lo habían pagado a buen precio. También, hay que decirlo, hubo por aquellos años algunas mujeres que subieron a las cuevas de los bandidos y consta que ninguna lo hizo forzada. Más frecuentemente los emboscados bajaban a las casas de sus queridas, donde se pasaban ocultos largas temporadas. Ellas eran todo solicitud, les daban información y compensaban someramente su desarraigo y soledad.

El destino más común de los hombres y de las mujeres de aquellos pueblos es estar juntos a temporadas y separados a temporadas. «Irse al monte» e «irse a la sierra» no son dos expresiones

sinónimas en los valles del Deva, del Nansa y del Saja. «Al monte» se fue Juanín, Machado, Mauro, Pedrín, Cerro, Gildo, en postura rebelde y libertaria. «A la sierra» se van temporalmente casi todos los demás varones de las aldeas a cortar madera, dejando a las mujeres el cuidado de las cuatro tierras y los cuatro hijos, en postura dócil y legal.

«Por San Jorge, bandidos al monte», dice un refrán balcánico. A la sierra, los hombres se van antes de San Jorge, cuando apenas ha pasado la Navidad. Van a los montes de Vizcaya, de Navarra, del Bierzo, del Pirineo, de todas partes. Trabajan a jornal o a destajo. Les pagan según los estéreos que hagan. El estéreo es una medida para la madera. Y se podría definir su unidad como la cantidad

de tabla que se puede amontonar para que mida un metro cúbico. Oscurecen serrando tablas o plantando pinos. Amanecen ya de nuevo en el aserradero. Llevan un tronzador largo, un hacha de dos cortes, una sierra desarmada y una cuerda de marcar. En el aserradero un hombre se coloca encima de la tabla y otro hombre debajo. Alternativamente levantan sus brazos al cielo como entregándose, y se agachan en profunda inclinación como si adoraran al serrín.

Así, un mes y otro hasta el verano, sin descansar más que los días de lluvia o de nieve. En Navarra, que son gente muy católica, no les dejan trabajar los domingos. Pero a veces, en compensación, les matan el hambre.

Levantan una chabola en medio del

monte, llevan un pinche de catorce años que les hace los recados y la comida —eternamente habas y tocino—y cuando al verano regresan al hogar con el fin de hacer la siega, traen unos cuantos duros ahorrados para encargar sacos de trigo, para traer a casa una cuba de vino, para pagar las deudas y las contribuciones, para mercar una novilla...

Los serradores viven más duramente que los bandoleros, comen peor, y sobre todo, trabajan. «Los del monte» viven una vida de señoritos comparada con sus paisanos. Sólo que éstos no tienen por qué tropezarse con una granizada de balas, pues están dentro de la ley. «Jodidos, pero dentro del orden.»

Excepto dos o tres de los compañeros de Juanín, todos los demás

hubieran preferido la vida del serrador a la vida del bandido.

Fueron las circunstancias las que condujeron a esto último a unos muchachos capaces de manejar el hacha, al dalle, la horca y la sierra.

El dinero era necesario para todos. Los de la sierra lo arrancaban duramente con sudor. Los del monte lo conseguían fácilmente con audacia. Llamaban de noche a una puerta, se colocaban frente a los paisanos que subían de la feria de Potes, de Puente Nansa o de Riaño, y allí estaba el dinero.

Tuvo gracia un emboscado de Bejes llamado Mauro. Era el día de la feria de los Santos. Los de Valdeprado habían mandado el dinero que valieron las vacas en el autobús de las cinco. Detrás venían

los mozos con la cabana no vendida.

En la Peña del Esgovio hace la carretera una curva impresionante donde se colocaron los emboscados, echando el alto a todo el mundo y poniéndoles manos arriba contra el terraplén. Dos bandidos apuntan con escopetas. Los demás se dedican a registrar los bolsillos minuciosamente.

Coincidencia: Mauro registraba a un muchacho que había estado con él en la guerra, habían batallado codo con codo. Haber estado con uno en la guerra, marca un código similar el que en México supone ser compadres.

—*¡Coño, Mauro! ¡ A mí me vas a robar tú, hombre! ¡Ya no te acuerdas que estuvimos juntos en el frente!*

Mauro se quedó mirando al joven

campesino detenidamente

—*Tienes razón*, acabó diciendo muy serio. *A ti yo no te puedo robar. Espera que cambio. ¡A ver, Daniel, roba tú a éste, que yo no puedo hacerlo!*

Y sin sonreír siquiera se fue a donde estaba Daniel y Daniel a donde estaba él. Mauro, para evitar ser reconocido más aquel día, o quizá por esos gestos de coquetería que a veces tienen los divos para deslumhrar a la gente, sacó del bolsillo una caja redonda de betún negro y empezó a maquillarse con cuidado la cara.

Poco dinero se llevaron en aquella emboscada. Pero porque no encontraron más en los bolsillos. Después de los Santos ya apenas hay bandidaje. El invierno está hecho para descansar y para

divertirse un poco, que en la nieve se ven muy claras las huellas de los guardias. La primavera y el otoño son las mejores fechas para los atracos. Sobre todo el otoño: hay más ferias y corre más el dinero. San Antolín, en Polaciones; el Pilar, en Camallero; la feria de Riaño, San Miguel en Puente Nansa, los Santos en Potes. En verano la gente no comercia. Sólo se dedica a trabajar. Y en el invierno está muerto todo.

Un bandido tiene que acomodar su ciclo vital al ciclo vital de los campesinos de quienes vive. No es un animal de monte que mata venados. Necesita de dinero para comer, para vestirse, para fumar, para conseguir armas y enlaces que le informen, le conecten con la familia de los secuestrados y le lleven los

productos de sus rapiñas a venderlos fuera de la comarca.

A la mayoría de la gente le hacen gracia los bandoleros. Les gusta su originalidad, su proclamada libertad. A la mayoría de la gente, en cambio, le fastidia no poco la ambigüedad de su vida:

El bandido es un pobre más entre los pobres, pero al mismo tiempo vive como los ricos, sin trabajar.

Es un pobre hombre, como cualquier otro; pero al mismo tiempo participa del poder del rico: periódicamente inciden sobre los pueblos y los caseríos a cobrarse su dinero, igual que los recaudadores de impuestos, que no son campesinos, pero viven de ellos. Lleva armas como las autoridades. Parlamenta

con los hacendados. No es un hacendado, pero se mide de igual a igual con ellos. Si un rico ganadero se niega a pagar su impuesto a los del monte, el acto tendrá para él peores consecuencias, puesto que tarde o temprano habrá de pagar un rescate por su vida. De hecho, muchos adinerados lebaniegos colaboraron con los emboscados dándoles dinero, lo que luego ETA y otros grupos políticos de acción violenta llamarían «impuesto revolucionario». Todos saben cómo entenderse con los emboscados. Tiene que ser por las buenas, como parlamentando con otra fuerza soberana. El cura de un pueblo de la ría del Nansa les invita a pasar, a cenar con él una comida especial, les da vino y habla con los emboscados de política, escuchando

sus opiniones, valorándolas. Y antes de que se lo pidan, el cura les ofrece el dinero que tiene. Los emboscados, ofendidos, se niegan terminantemente a aceptar ni un real de aquel señor tan bondadoso. La criada se fue de la lengua y el cura dio con sus huesos en la cárcel. Pero el tratar a los guerrilleros como a sus iguales evitó que éstos se llevaran ningún dinero.

Claro que difícilmente escapan los hacendados del valle a la tentación de llamar en su defensa otra fuerza armada de protección, tercera en discordia: la policía.

Entonces es cuando estalla la tragedia, porque se complica mucho el esquema. Los americanos en Vietnam hicieron ese papel de terceros, e

impidiendo un entendimiento directo de los afectados reales, envenenaron la situación hasta límites insospechados, sufriendo ellos también dolorosamente.

En los valles cantábricos suele decir la gente que conoció aquella época: «No sabíamos si eran peores los bandidos o los guardias.»

Un día de feria, Elias el de la línea, salió con su autobús cargado de lebaniegos camino de Riaño. Elias tiene una participación bien directa en esta historia, pero sufrió tanto por ella —cárcel, ruina, palos—, que hoy ya no quiere recordarla.

Cuando se va a las ferias hay que levantarse muy pronto para dejar atendido el ganado. Un campesino que vaya a la feria tiene que lavarse como

ningún día, afeitarse las barbas de una semana, colocar el traje de pana negra con chaleco, reloj de cadena plateada, camisa blanquísima de cuello abierto..., guardar bien la cartera en un bolsillo escondido o entre la faja y la camisa. Hechos estos menesteres, el campesino sale a la carretera con tiempo suficiente para esperar el autobús, mientras lía el primer cigarro de cuarterón de la mañana.

Cuando el campesino llega al autobús, ya hav más gente esperando y empiezan a intercambiar impresiones sobre el viento, el sol, el agua y la tierra, principios fundamentales de todo cuanto existe.

Allí está también don Marcial, el cura.

—Con que vamos a la feria, ¿ eh,

don Marcial?

—Como no me venda yo...

—Pero irá a comprar algo.

Don Marcial sólo va a Portilla de la Reina a ver a su madre. Liébana, riquísima en personalidades originales y profundas, tiene en don Marcial, el cura de la Vega, uno de los más genuinos representantes: simpático, profundamente humano, sencillo, popular y listo como el hambre. Dice la misa con salero y, cuando todas las estructuras eclesiales eras rígidas y envaradas, don Marcial significaba una primavera explicando la doctrina: «La misericordia divina, decía, es como las cagalitas de los corderos, que están esparcidas por toda la tierra.» «El tesoro de virtudes cristianas que adornan a la Santísima Virgen no tiene

desperdicio alguno para el alimento de nuestro espíritu. Deberíamos aprovecharlas nosotros con el mismo cuidado que aprovechamos, en el orden material, la matanza del cerdo, en la que nos sirve todo.»

Ejemplos y comparaciones campesinos, directos, vivos, llenos de gracia chispeante, como los de Berceo y el Conde Lucanor.

Al llegar al Puerto de San Glorio, los emboscados les echan el alto.

Don Marcial encontró una solución rápida: «Dadme a mí todo el dinero.» Se apresuran los feriantes a entregarle carteras y el cura las esconde en la bragueta, bajo el pantalón y la sotana.

—A ver, ¡ manos arriba!.

Empiezan los bandoleros a registrar

a todos.

—¿Dónde coños tenéis el dinero?

—Yo no llevo nada —contesta un viejo—, nadie lo llevamos. Si sólo íbamos a ver cómo estaba la feria, sin intención de comprar.

No por eso dejan de registrar a todo el mundo. Ven subir otro coche de punto, como entonces se decía. Esconden a los paisanos detrás de unas peñas. Detienen el coche y arrebatan a sus ocupantes varios miles de pesetas.

El interés de todos los paisanos manos arriba está concentrado bajo la sotana de don Marcial. El cura hace esfuerzos sobrenaturales para sujetar con las piernas los billetes que se le resbalan y que quieren caerse.

—¡Hola, don Marcial! ¿Qué cuenta

de bueno?

El joven bandido se le planta delante con una risa amistosa. «¿Cómo usted por aquí? No irá a la feria...»

—Yo sólo voy a Portilla a ver a mi madre y no llevo nada encima, si es eso lo que quieres.

—No hombre. Con usted no va nada. Pues no faltaba más.

—¿Y cómo vosotros por aquí, digo yo? ¿No os da vergüenza atracar así a la pobre gente que necesita para vivir esos cuartos?

—No empiece con sermones, no fastidie.

Hay en el aire reverberaciones de la historia de Juan Quinto y el señor prior, contada por Valle Inclán.

—¿Pero por qué no os entregáis de

una vez? Yo os conozco a todos y sé que sois buenos muchachos. Que estáis deseando empezar una vida normal.

—Esto también es una forma de vida, don Marcial.

—Pues vaya cosa. Exponer la vida así como así para no llevarse ni un céntimo como ahora. Yo me comprometo a ayudaros. Si os entregáis, yo salgo fiador ante las autoridades.

—No insista, señor cura, que va a ser igual.

—Os prometo que haré lo posible para que tengáis un juicio imparcial. A lo mejor os cae cárcel. Pero qué es eso comparado con andar toda la vida así, a lo tonto, sin sentar la cabeza.

—Lo que pasa, don Marcial, que usted cree que todos son buenos. Y se

equivoca.

El bandido jefe, quizá Machado, quizá Gildo, quizá Juanín, da una orden: «Todos al coche.» Arranca el autobús camino de Riaño con los hombres contentos.

Cuenta Ramón J. Sender en el «Réquiem por un campesino español», la historia de un emboscado adolescente y de un mosén que le convenció para que se entregase a los representantes de la ley. No puede el mosén evitar que su amigo fuera acribillado a balazos, sin juicio ni nada parecido.

Presentarse o tratar de estirar la vida en el monte mientras hubiera posibles: un dilema difícil de escoger.

Juanín no encontraba satisfacción en aquellos atracos del principio, ni políticos

ni verdaderamente económicos; a la larga, perjudiciales por el descrédito en que se caía.

—Lo único que conseguimos con esto es que la gente nos tenga manía y que nos odie.

—¿Pues qué esperas? ¿Qué nos quieran mucho?

—Eso sería lo mejor. Pero si no es posible que todos nos tengan cariño y nos protejan, por lo menos hay que conseguir con nuestra conducta que nos aprecie una mayoría y que nos respeten todos.

El resto de la cuadrilla no se mostraba muy de acuerdo. La gente tiene que tenerte sobre todo miedo; cariño, sólo los del pueblo de uno, en los Picos; pero en la llanura, cuanto más miedo mejor.

¡Si no, nos toman el pelo!

Juanín estuvo muy poco tiempo con los tresvisanos, pues en general no estaba de acuerdo con su modo de actuar.

—¡ Vamonos tú y yo solos, Pedrín!. Que esta gente compromete a uno. A ti y a mí no nos ha de faltar nada. Y de no poder hacer las cosas de una manera sensata, vale más separarnos y vivir por nuestra cuenta.

—Son buena gente, Juanín. Buenos compañeros.

—Pero somos muchos y no hay un control serio, una disciplina.

—Podemos ir por cuenta nuestra tú y yo, dejarles a ellos que actúen a su modo, pero estar en contacto con el fin de ayudarnos.

Lo expusieron. Al principio hubo

protestas. Gildo, el tresvisano que más admiraba a Juanín, se puso muy violento.

—*Si cada uno coge por su lado, nos apañan a todos como grillos en los agujeros. ¡ Todos juntos es como debemos permanecer!.*

Machado dijo que nadie estaba obligado a andar con nadie. Pero los que se separen de un grupo perseguido como aquel se exponen a peligros impensables.

—*Más que separarnos, es cooperar de otra manera: trabajar juntos alguna acción. Informarnos...*

Juanín y su compañero vivieron varios meses en el valle de la Vega. En los invernales altos tenían su refugio. Los paisanos los veían y les daban comida. No hacía falta atracar para sobrevivir entre vecinos, amigos, parientes.

Había caído una buena nevada. Muy cerca del Puerto de San Glorio, los invernales, llenos de hierba seca, cerrados de piedra desnuda y verdinosa, tienen sólo un pequeño boquerón y la puerta cerrada para guardar el calor. Las tejas están muy separadas. Entra frío por las rendijas y hay alguna gotera. Los dos emboscados duermen tapados con hierba y chaquetas. Al alba se monta una guardia estricta. Hoy le toca a Pedrín por la mañana y sale a la puerta. Juanín se va escondido por entre los acebos y las encinas.

Sube el camión de Regiones Devastadas con un escuadrón de presos a cortar leña para el Batallón de Trabajadores. Capataces y guardas, con fusiles ametralladores, para que nadie se

fugue. Van también algunos trabajadores no presos.

En las últimas curvas de la carretera uno de los trabajadores dijo que pararan el camión si hacían el favor, que iba a echar el pantalón un momento en aquellos espinos de la parte de abajo.

No tardó mucho en regresar, a la caja del camión. Un compañero de trabajo le mira con picardía.

—*¿A dónde fuiste?* —sonriendo y guiñando.

—*A cagar.*

—*Bah, hombre, a mí no me engañes.*

—*Tienes razón* (la voz es un susurro alegre), fui a llevar tabaco a Juanín, que estaba ahí abajo.

—*Ah, bueno. Ahora sí te lo creo.*

Mientras los presos van a buscar

leña para traerla al camión, los hombres de los fusiles dicen de ir a dar una batida por si aparece un corzo o acaso un jabalí. También puede salir un venado, una garduña, un lobo, un zorro o un oso. Todo es posible en estos valles apacibles. Munición llevan para matar cualquier tipo de animal de la rica fauna lebaniega que pudiera salirles al paso.

No sabemos quién fue el primero que vio a Pedrín en la puerta del invernal.

No sabemos quién fue el que dio la orden de disparar.

No sabemos si en la mente de aquellos hombres, deformada por la guerra, la muerte del jabalí y del emboscado tenía el mismo valor.

Juanín, que corrió doloridamente el bosque hacia otro refugio de otro valle,

de otra aldea, con los bolsillos llenos de tabaco, no tardó en enterarse de qué fusil salieron las balas que mataron a su amigo.

—Pues que se ande con cuidado ése. Le mataré.

Enseguida se corrió la voz por el valle. Enseguida se enteró el cazador, llenándose de miedo. Desde entonces, detrás de cada arbusto, cuando iba a beber agua, cuando entraba o salía de su casa, cuando tenía que hacer un viaje estraperlario, metida en cada sombra, disuelta en el temor del sueño, una sola idea: la venganza de Juanín.

El cazador certero que mató al emboscado decidió marcharse de la comarca y buscar un trabajo bien lejos de allí.

4. YO ESTUVE EN LA GUERRILLA CON JUANIN

Yo enlacé con Juanín en Cabrales, o en la zona de Cabrales para ser más exactos. Se trataba de encontrarse con todos los guerrilleros que operaban en la provincia de Santander. Teníamos varios campamentos. Uno de ellos en Matienzo. En los campamentos teníamos una estructura férrea y una disciplina a rajatabla. Al principio había bastante relajo y hasta 1945 los campamentos de montaña presentaban problemas de indisciplina, los huidos llevaban mujeres a dormir con ellos, no se hacía una vida política, se vivía de los pocos recursos

que los campesinos simpatizantes de la zona tenían a bien entregar a los emboscados. Era una vida cuya finalidad principal se cifraba en la simple supervivencia con las mayores comodidades posibles.

En la resistencia del Llano, en nuestro lenguaje en las ciudades y pueblos, las cosas se.veían de manera diferente: había que dar una respuesta política. Había que aglutinar a los luchadores de montaña c impulsarlos a participar en la lucha antifranquista.

Con este motivo, en los momentos en que se conmemoraban fechas importantes, como el Uno de Mayo, el Catorce de Abril o el Dieciocho de Julio, planteábamos golpes que pudieran ser lo bastante espectaculares como para que la

gente se diera cuenta de que la lucha por la libertad estaba viva, y que había gente dispuesta a no dejarla morir: volábamos torres de alta tensión, volábamos máquinas de ferrocarril, hacíamos reuniones, sembrábamos de octavillas las aldeas, quemábamos los archivos de Falange...

A estas actividades las considerábamos actos políticos, y así las valorábamos.

Cuando en las aldeas, en algunas aldeas, considerábamos que teníamos un grupo de gente suficiente como para dar un mitin, los reuníamos a todos en un sitio determinado del monte, bien custodiado por nuestros vigías. A una de estas asambleas recuerdo perfectamente que subieron dos maestros de pueblos

vecinos. Todos querían pasar a la acción. «¡Necesitamos armas! ¡Dadnos armas! Es la única manera de defendernos contra los falangistas y los somatenes. ¡Armad al pueblo!

A tal extremo llegó la represión sobre nuestros puntos de apoyo, campesinos que nos ayudaban, que nos vimos obligados a iniciar determinados golpes económicos para aliviar la situación.

Había gente que nos decía: «Debajo de la teja tal os dejamos la llave de la cabaña. Ordeñad las vacas o las ovejas y tomad la leche que queráis.» Hubo veces que la guardia civil, por chivatazos o por sospechas, iba a esas cuadras y ordeñaba las vacas, tirando la leche al suelo.

En los pueblos se conocen todos.

Los vecinos tienen que poner buena cara a la guardia civil, la misma que nos ponían a nosotros. Muchas tardes entran los guardias a una casa y se dejan invitar a merendar.

—Está muy buena esta cecina, Manuela.

—Sí señor, con estos aires...

—¿Es de alguna cabra vuestra?

—Sí, señor, una que se perniquebró y decidimos matarla. Ya no iba a valer para nada... Todavía la estábamos ordeñando, la pobre.

—¡Sacáis mucha leche «pa» el queso!

—Mucha, mucha no, señor. Pásale el porrón al cabo, Ricardo.

—Pues buena marmitada de leche bajabas ayer.

—Ayer, como todos los días. Los siete litros.

—Vaya, no te quejes. Siete litros cada día no está nada mal.

—Bueno, son siete, siete y medio, seis, cinco..., depende. Ayer, sin ir más lejos, dieron la marmita y el odre ese llenos, que cogieron por su cuenta un budañal, y como había llovido un poco, pues se hartaron como trompos.

—Ayer no sacó usted a las vacas ni un cuartillo, señor Ricardo, y ahora mismo se vienen con nosotros al cuartel; nos van a explicar qué juego es ese de traer la marmita llena de agua como si fuera leche. Que no están los tiempos como para juegos de mano.

A estos hombres, a estas familias había que ayudarlos. Había que sacarlas

de la cárcel, buscar abogados, pagar. Necesitábamos dinero. Aparte de un remanente que quedaba para el gasto de la guerrilla, el resto del dinero de los golpes económicos se destinaba casi totalmente a compensar a nuestros enlaces, a nuestros puntos de apoyo.

—¿Cuánto te va a valer tal ternero en el mercado?

—Dos mil pesetas.

—Toma cuatro mil y guárdanosle para nosotros.

Todo esto nos costaba dinero. En el campamento de invierno teníamos unas cuantas tinajas y allí salábamos la carne. Para todo el invierno. Eran sitios difíciles. Ni las ratas hubieran dado con ellos, entre rocas, peñascales, con entradas increíbles y una vigilancia

constante. Allá arriba éramos fuertes. Hay que tener en cuenta que en aquella época de hambre y racionamientos, a los campesinos, Abastos o Falange o quien fuera, les confiscaba sus productos, les ponía una tasa por ellos y había que entregárselos al precio que ellos querían: lo mismo lana que corderos que los becerros de las vacas. Nosotros les pagábamos el doble y procurábamos que el dinero saliera de los mismos que se lo querían robar por otro lado.

Ovejas, cabras, corderos, jatos, hasta cerdos llevan en el pueblo una señal para identificar el dueño al que pertenecen. Una oreja cortada, la izquierda, pertenece a Eusebio; la derecha, a Ambrosio; un tijeretazo en la derecha, a Enrique; dos, a Carlos. Un corte en forma de mosca, a

Pedro. Uno en cada lado, a Ignacio.

Nosotros nos aprendíamos bien las señales de cada casa. En el otoño, cuando todos los animales están pastando y se recogen en corrales comunes, buscábamos entre todos los que llevaban las señales de algún amo fascista o proclive a denunciar. Nosotros ya las sabíamos por los enlaces y arreábamos con seis o siete para nuestros saladeros.

En el refugio teníamos garbanzos, maíz, trigo, alubias que comprábamos a los estraperlistas a buenos precios. Cuando abandonábamos los campamentos, nos asegurábamos bien de que las bocas de todos los sacos quedaran bien amarradas con cuerda y poníamos una señal que sólo para nosotros era perceptible. Era una hierbuca, doblada de

una manera especial, la mitad de una hoja de árbol, un nudo a medio dar..., en fin, señales que al regreso nos servirían para saber si el campamento había sido visitado por intrusos, si había sido envenenada la comida, etc. Nunca tuvimos que lamentar nada de esto.

Había que tener también mucho cuidado con los lugares donde nos lavábamos. Al principio de esto no nos dimos cuenta, pero no tardamos en percibir que el jabón con el que uno se lava no desaparece del todo en el agua y era posible encontrar rastros en el arroyo varios kilómetros más abajo.

Una cosa esencial era preparar perfectamente las operaciones. Que no hubiera ningún cabo suelto. Cada uno tenía una misión encomendada. Y tenía

que cumplirla disciplinadamente.

Por otra parte, las cuevas estaban preparadas pata hacer lo más confortable posible la vida durante los terribles inviernos de aquellos Picos. Por muy interesados que estuviéramos en adecentarlas, no por eso era posible olvidar que estábamos en la guerrilla.

Un día decidimos dar un golpe económico en Reocín. Plantear esta acción nos llevó días de discusiones: qué objetivos se pretendían, qué táctica, qué matiz político darles...

Estábamos perfectamente informados y ningún cabo había quedado suelto. La paga de los mineros —era día de cobrar— subía carretera arriba en un viejo autobús: estábamos nosotros apostados tras un bardal, un poco más

arriba de Mercadal y bastante antes de llegar a la mina. Ibamos trajeados, con gabardinas, bien afeitados.

La señal convenida. El vigía había divisado ya el autobús a la hora prevista. Salimos a la carretera. Le echa mos el alto. «Llévenos a las oficinas de la mina.» Viéndonos tan guapos y tan alegres, la gente del autobús decía que seguramente éramos los nuevos ingenieros.

Ya teníamos cortados los teléfonos. Dos guardias civiles que estaban haciendo el servicio vigilados muv de cerca. Un empleado de las oficinas echa mano al bolsillo. Efectivamente lleva un revólver. Es tal el golpe que recibe que tardaría bastante rato en darse cuenta de qué había pasado.

Tenemos a todo el mundo manos

arriba. Sobre una gran mesa nos depositan todo el dinero. Lo metemos en un saco y dejamos una nota escrita para los obreros:

«Compañeros: Nos llevamos este dinero a sabiendas de que es vuestra paga. Vosotros nada perdéis por esto. Los patrones tienen más. Nosotros no. Somos los guerrilleros de la República y estamos luchando contra este sistema de opresión en el que todos vivimos. No tardaremos todos juntos en conseguir la libertad. ¡Viva la República!»

Salimos veloces. Era preciso remontar la carretera cuanto antes, la que sube a San Cipriano. Y justo cuando ya nos perdimos en los enormes montes de la cumbre es cuando empezaron a oírse los disparos de los guardias a lo lejos.

Después fue la marcha, cuidadosamente preparada, hacia nuestro refugio de invierno. Toda precaución era poca. No se podían dejar huellas. Ni pasar por los prados sin segar, pues se ve una senda sospechosa, ni pisar en un terreno blando, pues quedaban las pisadas marcadas. A veces se caminaba de espaldas, dando falsas pisadas, con los tarugos de las albarcas mirando al revés.

Juanín, y esto es lo que quiero decir de él, tenía unas iniciativas hermosas. Había por entonces mucha gente en la miseria. Familias con el padre en la cárcel, madres haciendo milagros para poder llevar un bocado de pan a un montón de hijos. De estos casos estaba magníficamente informado él, por ser el de más contactos y el que más gente

conocía.

Por la noche llamábamos a la puerta. Preguntábamos por el marido. «Pues ya le falta poco para salir, o todavía le queda...», nos decía una mujeruca. «Ahora está pendiente de revisión de causa...»

—Bueno, tenga, a ver si le puede servir de algo.

—Hombre, déjelo, que a usted también le hará falta.

—¡ Es una ayuda de parte de los guerrilleros de la República!

Del golpe de Reocín repartimos del modo anterior unas doscientas mil pesetas, que para aquellos tiempos no estaba nada mal.

El resto del dinero fue a parar al Llano para ayudar a la resistencia.

Nosotros nos quedábamos con poco porque ya era mayo y las necesidades eran bastante menos que en los meses de invierno.

Un compañero trajo el dinero al Llano. Yo me tuve que ocultar en Torrelavega, donde estuve seis meses emparedado: sin salir del escondrijo para nada. Ya ha leído usted el libro «Si te dicen que caí», de Juan Marsé. Pues ese tipo de vida que describe tan magistralmente este autor.

Nos llegó por entonces la consigna de asistir en Bilbao a una reunión mixta, guerrilleros-dirigentes del partido, para enfocar la formación de la Agrupación Guerrillera del Norte. De aquí mandamos al Vasco, Indalecio Aja, cuya heroica historia merece los mayores elogios, y a

otro compañero que aún vive y que no vamos a nombrar.

También los acompañó un joven de Campuzano, recientemente regresado del exilio.

Al regreso yo les había dado un comunicado para que lo leyeran en la reunión y la respuesta fue: «Nombrado por unanimidad como responsable de la guerrilla del Norte.»

Cada vez nuestro campo de operaciones era más reducido. Se nos habían quemado muchos enlaces. Yo también estaba quemado desde el momento en que me identificaron en un pueblecito por una foto que les presentó la guardia civil. Nuestros esfuerzos ahora se concretaban en no tener bajas. Dábamos con frecuencia golpes

económicos y políticos, pero extremadamente preparados.

El golpe al que ahora voy a referirme lo dimos en el pueblecito que antes dije. Ocupamos el pueblo, cercándolo. Llegamos a la cantina. Una de esas cantinas aldeanas que venden de todo: chorizo, albarcas, latas de conserva, cuadernos, linternas... Eran las diez de la noche. Los viejos juegan al mus. Ni siquiera se dieron cuenta de que habíamos entrado y habíamos dicho manos arriba. Sólo se enteraron cuando vieron que tenían el cañón de la pistola apuntándoles.

Pusimos a todos cara a la pared. En la cantina había un amigo nuestro enlace, y fue al único que pegamos. Lo teníamos todo planeado. Hizo como que no quería

ponerse contra la pared, como haciéndose el jaque, y entonces fue cuando cobró.

Pedimos dos o tres sacos y llevamos de todo: comida, latas, alpargatas, mantas, higos, tabaco. De todo menos bebidas.

Delante de la cantina hay una plaza. Al otro lado de la plaza, el Ayuntamiento. En el Ayuntamiento, la casa de Falange.

Dos compañeros armados quedaron custodiando a la gente para que nadie pudiera moverse. Los demás nos fuimos al Ayuntamiento, abrimos el balcón y empezamos a tirar a la plaza el retrato de Franco, el de José Antonio, la bandera de Falange, que bajó ardiendo, informes, ficheros, armarios...

Lo pusimos en mitad de la plaza y le prendimos fuego a todo ello junto.

Mientras ardía, desde el balcón explicábamos a los paisanos quiénes éramos nosotros y por qué hacíamos aquello.

Cogimos al veterinario y a otro, los dos falangistas, y, saco al hombro, les hicimos ir delante de nosotros monte arriba. Después de dos horas de camino les mandamos volverse. Ya estaba allí la Guardia Civil. Tiraron por el suelo un montón de fotografías y a mí me reconocieron. Por eso desde aquel momento estaba considerado como quemado...

No sabemos la opinión que los vecinos de aquel pueblo sacaron de nuestro acto. De ser positiva, nada se pudo decir en voz alta. Tan sólo el cura del pueblo se atrevió a darla: «No son tan

malos como se dice. Venían afeitados, «propios» —se le notan al narrador sus muchos años de exilio en Francia—. Y no quemaron la bandera nacional ni el crucifijo. Sólo símbolos políticos que ellos sabrán por qué.»

Solíamos discutir después la operación en largas sesiones de revisión. Cada uno tenía una tarea dentro del plan y había que cumplirla a rajatabla. Se revisaba el comportamiento con la gente. La incidencia política que pudiera tener. La capacidad educativa.

Juanín era muy respetado por todos. Tenía un temperamento muy violento. Daba unas respuestas aceradas. Se hacía respetar en el grupo.

Tenía Juanín una cierta vena anárquica. No era indisciplinado, pero ya

se le veía que estaba más a gusto sin recibir órdenes, sin tener que someterse a una disciplina de partido. No vibraba mucho con lo político: si se decía «Vamos a dar un golpe X, volar unas torres de alta tensión, puesto que se acerca el Catorce de Abril o el Uno de Mayo», ponía siempre mala cara. Lo hacía, cooperaba, pero se le veía que no era aquel tipo de cosas las que le gustaban. Tampoco era el dinero. No se quedaba con un real. Era un hombre que le gustaba el contacto con la gente en el orden a que antes he hecho referencia.

Un día nos fijamos en dos hermanos, indianos, que estaban en su pueblo natal. Venían con mucho dinero. Secuestramos a uno de ellos, le llevamos al monte y pedimos al otro medio millón de pesetas

como rescate. Al día siguiente se presentó con 250.000 pesetas en una caja de zapatos. Llora porque dice que no ha podido reunir el resto. Estudiamos el caso. ¿Qué hacer? Pasamos la noche entera discutiendo. Muchos camaradas opinaban que había que matarle. Si no se hacía un escarmiento, si no nos dábamos a respetar, nos tomarían al fin por el pito del sereno. Al día siguiente teníamos que dar la respuesta. Era un ultimátum. El vigía apostado por ver si venía el hermano de nuestro rehén nos llamó. «Mirad. Está todo lleno de guardias.»

El indiano se echó a llorar. «¿Qué le parece lo que ha hecho su hermano?» «Es una imprudencia y una insensatez. Si me van a matar, por favor, llévenme más al interior del monte.»

Otra reunión. Más discusiones.

Por una parte, había que dar ejemplo. Pero la pregunta era: ¿Es político matarlo?

Aquellos dos hombres iban a misa, jugaban a los bolos con los muchachos, habían repartido dinero en el pueblo, ayudaban a algunos jóvenes para ir a estudiar y habían tenido una vida dura, conocida por todos. Juanín se mostró muy contrario a ejecutarlos.

Fuimos a ver al rehén. Nos miró con ojos desorbitados. «¡Me vais a matar!»

—No olvides esto que vas a oír, compañero: mereces la muerte, pero el ejército de guerrilleros de la República te indulta. Es tu Hermano quien te ha condenado a muerte injustamente.

Un compañero juerguista añadió:

«Ganas de quedarse con tu mujer.»

Mandamos descalzarse al indiano, le quitamos calcetines y zapatos y le enviamos para su casa. Lloraba como un niño. Nosotros nos fuimos al campamento de Sotres, imposible de encontrar. Descalzo, entre rocas, argomas, heléchos y espinos, tardaría más de dos horas en llegar a explicar a los guardias su aventura. Para entonces nosotros ya estábamos a buen recaudo.

Teníamos gente muy buena. Había hombres muy inteligentes y de grandes sentimientos.

Las mujeres de los pueblos nos ayudaban también. Nos hacían pasamontañas, uniformes. Debajo de la gabardina o del chaquetón, en un lugar visible sólo si nosotros queríamos,

llevábamos bordado un anagrama: «GUERRILLEROS DE LA REPUBLICA.» Las mujeres de los pueblos nos los bordaban.

A Juanín le querían mucho porque era muy del pueblo. También era muy bromista y hasta simpático. A la gente le caía muy bien.

Ayudaba también a su aureola una indudable audacia que fue adquiriendo con el tiempo. En una ocasión se presentó en el entierro de un ser querido contra el consejo de todos nosotros. No quiso que nadie le acompañara. Estuvo en el entierro y toda la gente se dio cuenta. Cuando a él le pareció que el peligro se acentuaba, escapó a la montaña, solo, sin cobertura de ninguna clase.

No sé por qué Juanín no marchó a

Francia cuando se decidió que las guerrillas había que abandonarlas. Pero es muy posible que le faltara ocasión. Debo decir que la retirada nuestra fue muy dificultosa. Se nos abandonó a nuestra suerte y cada uno tuvo que arreglárselas como sus luces le daban a entender.

Yo, por ejemplo, después de estar meses y meses emparedado, salí en taxi a Bilbao con mi compañera. De Bilbao, pasados unos días, fuimos a Viella y tardamos cuatro jornadas en atravesar la frontera hacia Luchon.

Una vez en Francia, el Partido me encargó hacer un informe. Lo escribí muy por encima y callándome las cosas que me convino. Pocos días después me visitó el comisario y me dijo: «No, camarada.

Queremos un informe veraz.» Me enseñó un número de «Mundo Obrero» donde venían bien tratadas algunas de las cosas que nosotros habíamos realizado en los montes, y fue entonces cuando ya me confié, al ver que se daba a las cosas la seriedad precisa. Redacté otro informe, el definitivo, para el Buró.

Por todo esto sospecho que quizá Juanín, audaz en terreno conocido siempre que él dominara la situación, prefirió quedarse en el monte a la desesperada antes que lanzarse a una aventura de consecuencias desconocidas.»

5. POLACIONES, BUENA TIERRA

Entre Peña Labra, Peña Sagra, Valdeprado y Tudanca se halla el nemoroso valle de Polaciones.

> «Polaciones, buena tierra,
> pero nieva de continuo,
> y el que no. mata lichón
> tampoco come tocino.»

Son copleros los hombres purriegos; copleros, bandurrieros, zamarroneros y trovadores. Gentes austeras a la vez y de

vivir encallecido.

Terribles nevadas en invierno, lejos los invernales, poca hierba almacenada, estratagemas atávicas para mantenerse vivos en una lucha desigual del hombre y la tierra, como se desprende de esta canción:

> «De Polaciones no fíes,
> aunque te den la palabra,
> porque engañaron al lobo
> en un corral de Lombraña.»

Orgullo por su historia y por sus hijos preclaros, como el padre Rábago, confesor de reyes:

«Del valle de Polaciones
sacó el Rey sus consejeros...»

Desprecio por los valles vecinos, a los que consideran inferiores, enemigos o simplemente distintos.

«... Del condado de Pernía
pastores y borregueros.»

O más cruelmente todavía:

«Ni río por lindero ni amigo lebaniego.»

Hay un anecdotario riquísimo sobre las bromas y vejaciones entre crueles y cariñosas que acostumbraban antiguamente a infligir a los visitantes que venían a cortejar sus hembras. A un lebaniego con novia purriega le cantaban esta indirecta en una romería:

«Hay que matalu,
hay que matalu
al lebaniegu
porque es mu malu.»

La música se adaptaba después a

cualquier necesidad crítica que se pudiera cantar coralmente. Se atacaba sin piedad. Es famoso el caso del cura de Lombraña, de quien se decía tuvo novia en Tudanca: machaconamente, monótonos, enronquecidos por el frío y el sueño, calleja arriba y calleja abajo, los mozos repiten una y otra vez la sentencia de la noche:

«Hay que matalu,
hay que matalu
al curón de Lombraña
porque es mu malu.»

Y luego, con una ironía fina y venenosa de indultadores, agregan:

«No se lu mata,
no se lu mata,
que lu tienen de chivu en Tudanca
y les hace falta.»

Un calendario de romerías veraniegas con final esperpéntico, cantado con música de la «tonaona», canción mayor purriega:

«La Magalena en Belmonte,
San Inacio en Tresabuela,
San Migueluco en Cotillos
y el ti Santiago en Salceda.»

El ti Santiago: cuando la gente del pueblo se refiera a los hombres mayores, a los «güelos», debe hacerlo con un signo de respeto, precediendo su nombre con el apócope de tío, «ti». El ti Cesáreo, el ti Faustino, el ti Celedonio. El apóstol Santiago, patrón de Salceda, merece en la copla el mismo tratamiento que los viejos del lugar.

De este valle, que, al decir de Unamuno, habla todavía con el tono del Romancero, nos gustaría citar sólo, hablar sólo de sus versos sabrosos y rudamente líricos:

«Tengo penas por Cotillos,

por Santolalla y Salceda,
y por lo que más penas tengo
es por la moza morena.»

Sólo versos, trovas, comparsas, zamarronadas, pero no tragedias. Sin embargo, la guerra civil y su posguerra fueron aquí terriblemente violentas. Se cometieron horrores que espeluznan. La posguerra fue tensa: más de mil hombres trabajaban en la presa del Salto del Nansa en condiciones inhumanas. Por lo menos la mitad procedían de campos de concentración y cárceles. Venían a redimir la pena por el trabajo. No se puede calcular el número exacto de hombres que dejaron su vida o su salud

en aquella obra. Esfuerzos bestiales, alimentación infrahumana, seguridad nula.

Cuando en el otoño del 76 fuimos nosotros a visitarlo, escuchamos esta conversación a tres viajeros que se detuvieron a contemplar la presa poco después que nosotros:

—Te digo que tu hermano se mató allí, donde nace aquel budaño.

—No, hombre, ahí se mataron Quico y Lecio. Mi hermano resbaló por un poco más allá. ¿No te acuerdas que por ahí habían caído ya antes dos gallegos?

—Sí, que subían un madero para el encofrado..., un madero a cuestas que se les vino encima.

Extrañados por tantas muertes, entramos en conversación con los

hombres:

—Aquí donde la ven, esta presa está hecha con sangre. Cientos de muertos hubo aquí. Mire: allá enfrente había un depósito grande como un almacén, hecho de piedra. Lo tenían lleno de grava. Una decena de hombres sentados a la sombra de la caseta comían el bocadillo, mientras descansaban un rato. El peso de la grava reventó las paredes, agarró a los hombres debajo y los mató a todos.

Muchos se despeñaron. Otros fueron atrapados por peñascos desprendidos de la roca y aplastados en el fondo del barranco. Había un ambiente tenso y difícil en el valle de los versos rudos.

«Los del monte» vivían por allí, recogidos en alguna casa. Venían camiones de Castilla con trigo y harina

para el consumo del Salto. Algunos de aquellos camiones fueron desviados por los emboscados para sí, pagando buenos dineros a los estraperlistas.

Era época propicia para el estraperlo y no faltó quien consiguió hacerse rico, llevando entre los sacos de cemento bidones de aceite, y entre unas cuantas cubas de vino, otras cuantas cubas llenas de lentejas, trigo, harina.

Los que tenían poderes políticos en el valle temblaban de miedo día y noche ante aquella fuerza inusitada concentrada allí y que sabían enemiga: los trabajadores del salto.

Uno de los hombres que con más terror vivió aquel momento fue el alcalde. A la presencia de los emboscados y de los trabajadores del Salto, había que añadir el

rencor con que se le miraba en muchas familias destrozadas por la guerra.

Acababan de dar un atraco en Pejanda. «Yo estaba convencido de que cualquier noche me iba a tocar a mí.» En Pejanda se llevaron víveres, tabaco, dinero, ropa... «Yo sabía que a mí, además de robarme —tenía comercio fuerte el alcalde—, tratarían de eliminarme también.»

El miedo era tan grande que una noche, apenas se veía, entró un hombre en casa sin llamar, y el alcalde le disparó a bocajarro, matándolo en el acto. Era primo suyo el muerto y sólo venía a visitarle. Un terrible accidente producido sólo por el amedrentamiento en que los políticos vivían. «Los emboscados vendrán por mí», un horroroso

presentimiento.

Era el día 15 de octubre de 1944. La mujer del alcalde estaba en aquel momento rezando a Santa Teresa de Jesús, santa del día y patrona de la Sección Femenina. Su marido acababa de llegar de Zamora con un cargamento de vino y otras cosas. En la tienda entraba mucho dinero.

Ya tarde, los hombres de la taberna habían marchado todos o casi todos, sólo queda un grupo muy reducido de íntimos. El alcalde no sale de noche ni abandona el comercio para nada un solo instante.

La idea fue del cabo de la guardia civil:

—*Vamos a jugar una partida.*

—*No, no, iros ya. Es tarde y no me gusta tener abierto a estas horas.*

—Vaya, hombre, sólo falta que tengas miedo estando aquí yo. ¡Con la guardia civil en tu casa!

Se echó la partida. Se bromeó. Todo rápido y bien. Dijeron adiós los guardias, y la puerta quedó cerrada por dentro.

No rodea el alcalde el mostrador para entrar en la vivienda. Salta por encima de él. Hay unas cuantas cartas del día. Un sobre de «Fiscalía de Tasas» llama la atención del comerciante y lo abre para enterarse en seguida de alguna flamante disposición sobre el comercio o acaso de alguna multa. Se oye un ruido fuera. Palidece el alcalde tendero. El ruido se hace más fuerte y entran catorce hombres armados rompiendo cerraduras y disparando sobre él. Corre el alcalde pasillo adelante. El quinto tiro que sale de

los fusiles lo acanza: entra la bala por el riñon derecho y sale por la ingle izquierda.

Cae el alcalde al suelo entre alaridos de dolor y borbotones de sangre. Su esposa, que estaba rezando a Santa Teresa, se arrodilla ante el cuerpo caído y grita pidiendo auxilio a todos los santos y santas.

Dijeron que había sido Juanín el que la golpeó con la metralleta y cayó rodando al suelo. En 1953, Juanín lo desmintió. No había sido él. El que golpeó a la mujer no fue otro que Santiago. Sea como sea, el alcalde juró más tarde escupir algún día la cara de Juanín, vivo o muerto. Lo juró en una cantina y pronto llegó a oídos de los emboscados.

Se llevaron los catorce hombres todo lo que pudieron agarrar: paraguas, botas, carretes de hilo, agujas, comida, botellas, dinero. Uno de ellos, rubio, se puso loco de contento cuando encontró en un cuarto la máquina de escribir...; el año próximo, cuando entrara la primavera, aquella máquina iba a llenar de propaganda toda la región. Ningún obsequio mejor para los guerrilleros del 45 y del 46 que una máquina de escribir. Ninguna necesidad mayor para los políticos de la organización que darse a conocer: quiénes eran, por qué estaban en el monte, porqué luchaban contra determinados fascistas y por qué tenían la vida a precio.

El alcalde-tendero, caído de un balazo, había sido falangista y también

«alférez provisional-cadáver efectivo», como decía un refrán de entonces. Se salvó de la guerra por milagro y por milagro se salvó también del atentado de octubre en Puente-Pumar. Fue llevado lo más rápidamente posible a Santander, al hospital de Valdecilla, donde ingresó a las dos de la mañana. Hubo que cortarle más de medio metro de intestino. Durante su enfermedad fue visitado repetidas veces por el gobernador civil de la provincia, que entonces era el señor Reguera Sevilla, con el que aún le unía fuerte amistad.

Durante el largo tiempo de su convalecencia el alcalde enfermo recibió numerosos comunicados, más o menos todos como éste: «Recibirás otra visita nuestra, pero entonces no fallaremos.»

Firmaba «La Banda». El alcalde opina, nosotros lo dejaremos a su elección, que no eran los emboscados quienes le mandaban esos anónimos, sino gente de Polaciones, resentida con su gestión dura en aquellos años virulentos.

Su amigo el gobernador, en vista de los acontecimientos, le recomendó abandonar el valle e irse a la ciudad, donde podría seguir su oficio de tendero sin tantos problemas.

Seis años más tarde marchó de Santander; y se estableció con su esposa en El Tejo, donde en 1953 protagonizará otro encuentro, esta vez con Juanín y Bedoya.

Con motivo de la Navidad le escribe siempre aquel gobernador amigo suyo, deseándole como este año «que los

democráticos reyes de 1977 sean generosos», no porque el gobernador y el alcalde hayan sido nunca democráticos, sino por puro, sencillo, y oportuno sentido del humor.

En Polaciones no actuaron mucho los emboscados. El episodio que acabamos de narrar, el robo en Pejanda y un oscuro asunto pasadas ya las peñas de la Cuhilla, donde aparecieron tres hombres muertos cuyos cadáveres fueron abandonados en el lugar que hoy señala una cruz de cemento, antes de llegar a Tudanca, la «Tablanca» del «Peñas Arriba». No se aclaró el asesinato múltiple. No eran épocas aquellas propicias para hacer justicia, pero hubo rumores sobre cierta persona, poderoso

encubridor de los emboscados, que al ser sorprendida por los tres hombres, los mató en evitación de que hablaran. Otros dicen que los motivos fueron feos asuntos del estraperlo.

De todos modos, el episodio da una idea, creemos que certera, de la violencia desatada y llevada a un inimaginable paroxismo, en una tierra de hombres buenos. Pero

> «... La guerra es mala y bárbara; la guerra
> odiada por las madres, las almas entigrece;
> mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra?
> ¿Quién sembrará la espiga que

junio amarillece?»

Esta «honda palpitación» del corazón de Machado no es más que recoger en versos imborrables el profundo hastío del pueblo hacia la violencia, hacia los carniceros de la violencia con alma y hechos de tigres.

Decíamos que «Polaciones, buena tierra», no tuvo por qué ser escenario de tanto odio encarnizado. Al lobo de la violencia con la que muchos miserables se enriquecieron, al Jobo de la violencia que cayó sobre el pequeño valle como una nevada que lo arrasara todo.

«... hay que matalu

porque es mu malu.»

IV. Mira cómo se pasea la Guardia Civil por la carretera.

1. GUARDIAS Y BANDIDOS

Tres de los emboscados de Tresviso decidieron entregarse. Los demás prefirieron esperar en el monte el advenimiento de la República. Las autoridades falangistas de la época, que formaban la Centuria, en el pueblo y cuya misión primera era, como hemos anticipado, hacer prisioneros a los que se pasaban de Asturias, conducen a los tres hombres hasta el pueblo. Para cuando llegan, la gente no está en el puerto. Eso es sólo en verano. Tampoco es tiempo de cuchar, ni de hacer leña, ni de traer hierba o la otoñada. Tresvisanos y tresvisanas están aquel día en el pueblo y algunas mujeres toman el sol charlando

amigablemente. De repente corre la voz como reguero de pólvora: «¡Se entregan tres! ¡Los traen custodiados al pueblo!» Al principio, revuelo por saber quiénes eran. Después, expectación. Silencio. ¡Que todo sea para bien!

Llegan los tres hombres pálidos, con barbas crecidas, greñudos, mirando a todas partes nerviosamente. Muchos les sonríen, pero nadie les dirige la palabra. Suben por la calleja camino de sus casas.

Las autoridades del pueblo, más que mirar a los emboscados, escrutan las caras de los vecinos: hay que descubrir a los enlaces. Son segundos y pasan terriblemente lentos.

De pronto, un grito de mujer:

—*¡Que los fusilen!*

El grito suena en el silencio

estridente y agudo como un rodar de piedras. La mujer repite:

—*¡Que los fusilen!*

La tensión sostenida se desborda. Se arma un inmenso revuelo. Insultos. Blasfeman los hombres y algunas mujeres amenazan con los puños a la provocadora.

En aquel ambiente electrizado, los tres hombres huyen. iGanar otra vez el monte! ¡Escapar!

Un falangista entra en casa y vuelve con la escopeta cargada, suenan disparos con ecos paralizantes. Cae muerto uno de los emboscados. Otro huye, escondiéndose tras las rocas. El tercero es apresado por algunos vecinos y arrojado al suelo, de piedras sueltas y barro. El silencio vuelve a apoderarse de todo.

—*¡Venga, me caguen tál!*, todo el mundo a casa.

El jefe de la Centuria de Falange da la orden con voz ronca. Lloran algunas mujeres. Ríen otras mujeres. Es encerrado el prisionero y un torvo mirar se apodera de algunos rostros.

Once años más tarde, la venganza caerá sobre el que disparó Ja escopeta y aparecerá muerto en un arroyo. Es el secretario del Ayuntamiento, vecino como los demás, natural del pueblo.

Dicen que lo mató Hermenegildo Campo, uno de los jefes de los emboscados. Gildo, tresvisano también, compañero de Juanín en solitario, cuando fueron muriendo Pedrín y Cerro.

Es el 2 de julio de 1952. Arrastran el cadáver del secretario a un torco, y lo

tapan con piedras, ramas y tierra. Hasta el día 11 no aparece el muerto.

Se echa la culpa a dos tresvisanos no emboscados, y a punto están de ser fusilados. Las cárceles se llenan entonces de gente de aquellos pueblos. A las mujeres más o menos sospechosas de colaborar con los del monte les cortan el pelo, las azotan y las encierran. Lo mismo sucede con los familiares y los parientes lejanos. Dos muchachas mueren por falta de atención, ya que tienen a su padre y a su madre en la cárcel.

Varios hombres se entregarán también en Bejes. Llevan muchos meses en el monte. Opinan que la guerra está perdida, el país entero pertenece a sus enemigos y se trata ahora de reconstruir la vida como a uno le dejen... Vuelven a

cuidar los rebaños en el puerto, a ordeñar las cabras, a fabricar el queso.

José, Santiago y Daniel se presentaban diariamente en el cuartel que entonces había en el pueblo y que iba a durar allí tanto tiempo como los emboscados en el monte. Doce o trece guardias para una población que en 1950 era de 286 personas de hecho, lo que significaba que cada 22 personas tenían un guardia civil velando su sueño. Para el año 1960 ya no quedaban más que 2Í3 personas (tales eran las incomodidades del lugar), pero cuando en 1956 pasaron por aquel término Juanín y Bedoya creció el número de civiles en la proporción 1 guardia/15 personas, lo que daba a la pequeña aldea de hayedos, robles y tejos un siniestro aspecto de ocupación.

Santiago y Daniel eran primos. Rey era su apellido común. Ya hemos dicho que en estos pueblos de alta montaña es frecuente que todos los vecinos sean familia en menor o mayor grado. «Villagómez» llamaban los forasteros a un pueblecito de la zona cuyos habitantes llevan todos en primero, segundo, tercero o cuarto grado el apellido Gómez. Tal familiaridad concentrada tiene ventajas, pero menos que inconvenientes, cuando todo el mundo se conoce al dedillo desde niños, y todos los movimientos de la persona, fiscalizados por la comunidad, tienen una aceptación o un rechazo inmediatos y permanentes.

«Pueblo pequeño, infierno

grande.»

Refrán. Lo suelen decir amargamente en las aldeas aquellas personas, muchas en proporción, más marginadas por sus convecinos: sufren por su modo de andar, por sus creencias, por su trato, por las cosas que tienen o que les faltan, por la biografía de sus abuelos y padres, por su conducta.

Santiago y Daniel bajaban un día de las vacas, cuando estaban en régimen de libertad provisional. Por el largo camino, los jóvenes vienen comentando cosas muy variadas. Cerca del pueblo bajan la voz para censurar con amargura lo que ellos llaman atropellos de algunos

guardias: «Se creen que somos fieras todos los vecinos.» «Vienen aquí y nos consideran enemigos a todos.» «Algún día recibirán su merecido.» «Son unos desertores del arado y del rebaño, muertos de hambre como nosotros, pero con autoridad.»

De repente la pareja tricorniada, al frente el cabo, que les estuvo escuchando un rato, sale de unos matorros y se planta delante.

—*Buenas noches.*

—*Buenas.*

—*¿De dónde vienen?*

—*Del invernal, de las vacas.*

—*Nombre.*

—*Daniel Rey.*

—*El suyo.*

—*Santiago Rey.*

—¿De qué hablaban ustedes?

—Bueno..., de unos muchachos de Segovia que conocimos én la guerra... —dice Santiago, imaginativo.

—¡Pero ya han muerto, no crea...! —sigue Daniel.

—De acuerdo. Después se pasan por el cuartel. Les vamos a pedir unos datos.

Después van los dos hombres al cuartel, y al salir se tambalean entre las paredes de las callejas como borrachos o como sonámbulos. Traen la camisa pegada a la piel, y cuando les quiten la camiseta presentarán sus espaldas una sanguinolenta mancha morada de carne viva.

—Mañana, aquí, a la misma hora —les habían ordenado.

Blasfeman los dos hombres de rabia

y de vergüenza.

—¡Nos van a matar a golpes!

Santiago brama. Es un convencido desde la escuela. Pero es un hombre decidido.

—A mí me tienen que matar a tiros. A golpes, no. Yo mañana, antes del amanecer, me vuelvo al monte.

—Y yo contigo.

Los guardias consumían mucha leña. Pero no iban ellos a buscarla. Tenían que traerla los vecinos de Bejes, y cuando se acabó la de Bejes, los de Tresviso. El acuerdo era así: los vecinos de Tresviso la sacaban de su monte y la dejaban a mitad del camino, donde el río Urdón recoge las aguas de las alineaciones septentrionales del macizo de Andará, en los antiguos valles glaciales de suelo

calizo. De allí la trasladaban los hombres de Bejes hasta el cuartel. Una tarde, recuerdan, irrumpieron en el animado baile del pueblo, que entonces se realizaba en un portal —cuando hacía más frío en una cuadra— y se llevaron a todos los mozos a partirles la leña en pequeños trozos como Dios manda, para meterla en el hornillo.

Los guardias hubieran preferido no gastar tanta leña y dormir más. Pero desde Potes los controlaban por radio, a caballo, con moto-sidecar, y finalmente con un «jeep».

No permitían que nadie anduviera de noche por las calles ni por los campos. Si un hombre, buscando acaso una cabra extraviada, notaba que la noche le caía encima, tenía que correr a casa,

abandonando la tarea hasta el día siguiente, o si no, ir hablando solo o cantando fuerte, pues no se andaban con bromas en las identificaciones.

Tampoco estaba permitido llevar al monte comida. Quizá para la mayor parte de los lectores este dato no tenga importancia, pero para un pastor de la zona que sale al romper el alba de su casa, que no para de caminar en todo el día y que hasta la noche no vuelve a la aldea, el problema es arduo. Claro que para eso se valían de estratagemas ingeniosas.

El que habla es un viejo pastor:

«Tenía que ir al ganado a la Jazuca y tenía que estar allí todo el día. Debo llevar comida, le dije a la parienta. iAh, sí hombre, para que te la quiten y te zurren

la badana!, me contestó. Desayuna fuerte y te aguantas hasta la noche. Pero a mí se me ocurrió una picardía: cosí un trozo de hogaza de pan, queso y chorizo en el fondo del zurrón. Lo llené después de panojos de maíz y salí de casa.

Se me acerca un guardia:

—¿Qué lleva, Foro?

Puse cara de estar ya harto de tantas molestias.

—Maíz, pienso para un becerro, demonios encarnados, ¿no lo ve?

—No, no lo tire, hombre. Ya había tirado lejos el contenido del zurrón, que en el fondo llevaba cosido el bocadillo del día, y que no salió disparado detrás de los panojos.

—Es que está ya uno hasta los mismísimos de que no se le deje trabajar

en paz.

—Hay que disculpar las molestias, Foro.

—Sí, sí, qué remedio. A ver cuándo acabáis con ellos de una vez para que podamos vivir tranquilos.

Ningún otro día me volvieron a registrar al salir de casa y siempre llevé comida al monte. Para mí, desde luego.»

Exigían por entonces los guardias colchones, camas, mantas y vivienda para todos. En Tresviso echan de casa un vecino para alojarse ellos, disponiendo de todo lo que había durante diez meses. Cuando el hombre se hace cargo de su casa ya no tiene ropa de las camas; ha desaparecido o está completamente destrozada.

Una chica queda embarazada de un

guardia andaluz.

Es el año 1945. No resulta extraño un hijo natural en aquellas alturas. De cada casa una persona tiene que pasarse el verano en el puerto, de excelentes pastos veraniegos, aunque en el invierno impresionen las nevadas. En Pineda, Picorvillo, Riofrío, Cortes, Aliva y otros puertos de alta montaña, el ganado en verano se deja suelto al cuidado de uno o dos guardas que responden de él. Pero en Tresviso, Sotres, Bejes, Tielve no se puede hacer así, porque la elaboración del queso picón exige un esmerado cuidado. Jóvenes de ambos sexos conviven dos o más meses, en las cuevas, al abrigo de los grandes bloques de piedra desprendidos de las cimas, y andan constantemente por cumbres que pasan con facilidad los

2.000 metros de altura. Por este motivo precisamente es por lo que el 20 por 100 de los niños nacidos desde la guerra civil al año 1965 eran hijos naturales.

Nadie, pues, iba a escandalizarse del desliz de la pastora con el andaluz, pero este guardia le dio a la moza durante ocho días ciertas pastillas para provocarle el aborto. Cansado quizá de esperar y que el efecto no se hubiera conseguido, el último día le dio tres pastillas juntas, con lo que la muchacha muere envenenada.

La indignación es inmensa, aunque por supuesto con sordina.

Los guardias comían también. Pagaban lo que consumían, aunque no tan generosamente como ellos hubieran deseado, porque sus sueldos eran más bien míseros. Así, con pena seguramente,

dejaron deudas de queso, leche, carne que consumieron durante su estancia allí a varios vecinos.

Una mujer amasaba para ellos. Al principio, una vez cada semana. Más tarde, dos veces, ya que el pan duro les resultaba una molestia más que añadir a las muchas de su oficio.

A media noche llamaban a una puerta. Golpes recios que sobresaltaban a los paisanos, hartos de correr por riscos increíbles todo el día para ordeñar las cabras dispersas.

—*¿ Quién?*

—*La Guardia civil, pronto.*

Sale el hombre pálido de sueño y abre la puerta de par en par: que se vea bien lo de adentro.

—*¿Qué desean?*

—*Registro.*

Precedidos por el dueño recorren la humildísima vivienda de piedra y de madera, con habitaciones de zarzo o seto (varas de avellano entretejidas, entremezcladas con arcilla y revocadas a veces de cal). Husmeando bajo las camas, en los desvanes, entre los sacos, por los pajares y por las cuadras.

—*Hasta mañana, si Dios quiere.*

—*Que descansen.*

Otras veces vienen también a media noche, o antes, o después...

—*¿Qué desean?*

—*Descubierta.*

Van llamando a todos los hombres y los reúnen junto a una pared, donde se suelen celebrar los concejos.

—*Les hemos llamado porque hay*

que ir a dar una «descubierta».

—¿Para dónde?

—A la Jazuca, al Tojo, o a las Canales, o a tal cueva.

Un joven vecino ha querido pasarse de listo: «Oiga, cabo, déme permiso usted para quedarme, que hay una enferma en casa, y alguien tiene que ir a cuidarla.»

El cabo no cree la historia y pregunta dónde estaba la enferma y qué tiene. Hay contradicciones. Nadie está enfermo. El hombre acaba en el suelo y recibe patadas en todas las partes del cuerpo.

—No se puede bromear con estas cosas, majadero.

La gente reunida pregunta a dónde hay que ir:

—A la cueva de la Peñona. Parece

ser que están allí los emboscados.

Van los hombres del pueblo delante. Detrás, los guardias armados. Si hay que entrar en una cueva o en un pajar, los primeros en franquear la puerta serán los vecinos. Luego, los guardias.

—*Numérense.*

Se numeran los hombres como en la mili.

—*El veinte y el uno, ¡adelante, vayan deprisa!*

Se alejan los dos señalados y llegan hasta la cueva en la que, según informaciones recibidas, sabían los guardias que estaban los bandoleros.

—*El diecinueve y el dos.*

Los campesinos van desarmados. Los hay partidarios de los emboscados y los hay partidarios de los guardias. Pero

en momentos como éste nadie da a conocer sus predilecciones.

—*El dieciocho y el tres.*

La cueva está en plena roca. Su boca es difícil de escalar.

—*El diecisiete y el cuatro.*

Si las descubiertas tienen resultado o cae algún maqui, los periódicos suelen poner: «Un extraordinario servicio de la guardia civil, ayudados por campesinos (naturales, habitantes, civiles, indígenas...) de aquella zona, que ofrecieron su cooperación más decidida para acabar con el terror comunista.»

—*El catorce y el siete.*

El siete quiere decir algo:

—*Mi cabo, yo soy el siete.*

—*Sí, diga usted.*

—*¿ No le parece más oportuno*

esperar a que nos manden alguna noticia de la cueva? Ya han ido diez hombres. *¿Pero saben cuántos emboscados hay, en qué condiciones están, qué intenciones tienen? Además, como ustedes mismos dicen siempre en estos pueblos, no falta quien sea partidario de los del monte. El otro día, cabo, dijo usted que todos. Aunque eso sea exagerado, lo cierto es que tienen familia, y amigos. Por tanto, me temo que alguien dé aviso a los demás emboscados, vengan por detrás* y *nos cojan entre dos fuegos...*

—*Tiene usted razón, Jesús.*

El cabo pide información de la cueva. «Sólo está Mauro», le dicen.

—*Vamos a rodearle.*

Habían concentrado frente a la cueva a todos los cabezas de familia de

Bejes y algunos de Tresviso y algunos de la Hermida.

De repente salta Mauro, rápido como el rayo, intentando ganar las sombras y ocultarse en ellas. Fue un salto suicida, a la desesperada. Muchas balas se pierden o van a dar, panda abajo, en algún pedrusco blanquecino. Una de ellas atraviesa el cuerpo perseguido de Mauro de costado a hombral y el bandido es hecho prisionero.

Algún exaltado habla de rematarle, pero, con mejor criterio, se le extrae la bala, se le cura ligeramente, se le hace pasar agunos años de cárcel y se le destierra hasta el día de hoy.

A Daniel Rey le matan en Labarces. Hay un guardia civil arriesgado, nacido en aquellos pueblos, conocedor del

terreno palmo a palmo, que había trabajado anteriormente en la mina «La Florida» y se llama Torre.

Escurridizo, inteligente, si Torre hubiera resultado bandolero en vez de guardia, habría sido tan famoso como Juanín.

Una tarde consigue colocarse, arriesgando el pellejo, muy cerca de la cabaña en la que él sospecha, o acaso sabe, que se oculta un maqui, como entonces se empezaba ya a decir.

La ocasión es óptima, pues los miembros de la familia propietaria del pequeño invernal están dentro atendiendo al ganado. Al parecer le dicen a Daniel que Torre le está ya pisando los talones.

—*A ese le voy a afeitar yo el bigote*, dice el emboscado.

A la mañana hay muchos guardias cubriendo la cabaña. Torre, al frente de todos. Daniel sale a lavarse la cabeza en un pozo que hay al lado del chozo donde beben las vacas. Sumerge la cabeza. De repente, por detrás, le apuntan con varias armas.

—Levanta las manos y no te muevas, cabrón.

Daniel, chorreando agua, se vuelve lentamente y echa mano al cinto, a la pistola. No le da tiempo de empuñarla, pues cae acribillado. Pero antes ha levantado sus puños, en breves segundos, para gritar con la muerte a cuestas:

—¡Viva la República!.

A Santiago Rey no le mataron. Logró huir a Francia. Antes había participado en varias operaciones.

La más famosa de todas fue por entonces la operación de Valmaseda, donde se presentó como encargado de una cuadrilla de serradores, vivió allí bastante tiempo como tal, yendo al monte, a ver los árboles, inspeccionando todas las casas del pueblo, jugando, según leyenda, al mus con los guardias civiles. Cuando lo creyó oportuno se hizo con un millón de pesetas, o un millón y medio, según otros, y se fue a Francia.

Acontecimiento decisivo de esta narración, tanto por sus consecuencias políticas dentro de la estructura guerrillera, al menos en lo tocante a la organización de los Picos de Europa, cuanto por el especial dramatismo que el hecho reviste en sí mismo, fue la muerte de Machado, en Pandébano, término

municipal de Sotres:

Iban a celebrar los emboscados-guerrilleros la caída de Berlín en manos democráticas, prefiguración de la caída del franquismo, tal como ellos entendían el momento político.

Tanto por el acontecimiento festivo, como por «llevar largos días alimentándose sólo de queso de Cabrales, dejando un penetrante olor a su paso» (André Sorel) deciden matar un cordero y tener una comida de hermandad con todos los guerrilleros de la zona, para lo cual los convoca Machado, a través del servicio de estafetas, perfectamente organizado.

Acababan de dar al golpe de Reocín, tenían varias botellas en los refugios. Los Picos presentaban la esplendorosa

primavera de 1945. Por Pandébano y los puertos altos se podía andar a la luz del día sin excesivas precauciones. Hasta allí no se aventuraban las contrapartidas. Uno de los guerrilleros más jóvenes estaba naciendo aquella primavera la clasificación de aves que en los Picos, tenían su «habitat». Lleva ya el muchacho dos libretas llenas de nombres de pájaros, características de cada uno, frecuencia con que se les ve, y cuando le era posible su nombre científico, así como un dibujo bastante parecido. La vida en el campamento tiene muchas horas dedicadas al estudio, no sólo político. Sentados en una sombra, esperando a que vayan reuniéndose todos los guerrilleros, al mismo tiempo que vigilaban sin demasiado interés uno de

los accesos a Pandébano, el muchacho ornitólogo explica a su compañero asturiano que ha clasificado hasta doce tipos de «accipitridae», rapaces: el halcón abejero, el ratonero, el azor, el gavilán, el águila calzada, el águila real, el águila culebrera, el aguilucho pálido, el aguilucho cenizo, el alimoche, el quebrantahuesos y el buitre común. Además, cinco clases de rapaces nocturnas: el buho real, el buho chico, el autillo, el mochuelo y el cárabo.

El asturiano se había comprometido también a estudiar la fauna y dice que entre múridos de un tipo u otro ha conocido nueve: el topillo rojo, el topo de monte, la rata de agua, el topillo común, el topillo de nieves, el ratón leonado, la rata negra, la rata común y el ratón

casero.

—*Por cierto*, dice el asturiano. *Son cojonudos todos para esconderse. Yo voy a preparar para el verano un dossier sobre la estrategia de ocultación de los múridos. ¡Nosotros tenemos mucho que aprender de ellos!*

—*Yo aún estoy clasificándolos y aún no tengo una teoría sobre las rapaces y sus modos de caza, pero sería interesante estudiarlas. Se lo dije el otro día a éstos, y se rieron mucho de mí. Me decían que si iba a clasificar los cárabos por brigadas, cuartelillos, cabos y números como los guardias civiles. Estos son muy brutos, no te creas. Juanín fue el único que me dio la razón y me animó a preparar ese informe.*

Machado, dos compañeros y una

campesina suben hacia la pequeña cabaña arreando el cordero que va a ser sacrificado. La campesina hará las morcillas, al estilo pastor, que son de chuparse los dedos, y después guisará la carne.

De repente empieza el sordo retumbar de las armas de la guardia civil. Alguien ha delatado a los guerrilleros. Saben los guardias la ceremonia con antelación y, guiados por la columna de humo que sale de la choza, dan con los emboscados. «La primera ráfaga de un fusil ametrallador, asegura Sorel, parte en dos a Machado, el jefe de la Agrupación...»

El tiroteo es feroz. Ya dura varias horas. Todos están parapetados y se consume munición sin hacer blanco.

Hermenegildo Campo, el tresvisano, no ha subido a Pandébano todavía. No piensa ni subir. Está algo malo y le tratan de curar en el pueblecito. Tiene allí buenos amigos y se dice que también una novia que, cariñosamente, hace lo posible porque sane.

Gildo se tira de la cama. Es un buen mozo. Se viste en un santiamén. Agarra todo su armamento, y "a grandes zancadas llega al lugar de la refriega.

Delante de él, los guardias. Los ha pillado por la espalda y aún no se han dado cuenta. Asegura el ángulo de tiro y caen, según Agudo Sánchez, dos guardias muertos y uno herido; Sorel levanta el número a echo, mientras los testimonios que nosotros hemos escuchado en las cercanías de Pandébano aseveran que

fueron dos guardias muertos. En lo que sí coinciden todos es que el. resto de la contrapartida abandonó el lugar a todo correr y se refugió en la aldea de Tielve, «tardando algunos dos días en llegar al cuartel», dice Sorel. Más adentrados en los Picos de Europa, en lugares cuya seguridad no podía ofrecer dudas, se revisa el hecho y se buscan responsabilidades. Hay gente del pueblo que estaba invitada a la comida y a la fiesta. Analizan uno por uno quién pudo haber sido el denunciante. Se sigue un método de tipo dialéctico en que cada circunstancia, por leve y remota que parezca, es tenida en cuenta y relacionada con el problema. La reunión se hace densa y larga. Dura la investigación mucho tiempo y al final se vota y se

decide. Recaen todas las sospechas sobre el guardia jurado o guardamontes, a quien deciden interrogar, y en caso afirmativo, ejecutar.

A Sorel se lo ha contado J., que llegó a la zona de los Picos de Europa a finales de 1944 y que estuvo presente en éste y en otros acontecimientos de la Agrupación. Dejemos, pues, que sea el mismo Sorel quien nos lo cuente a nosotros:

«El guardamontes hacía el servicio muchas veces con los guerrilleros y con frecuencia comía en su compañía. Acuerdan ir a su casa. Apenas hablan en el camino. Vive éste con una mujer y tres hijos. Al recibirles, palidece conforme avanzan las explicaciones, conforme las insinuaciones tienen un tono

intimidatorio. ¿Cómo podéis sospechar de mí, por qué, a santo de qué venís ahora con esto? Aunque falta franqueza en sus palabras y un apenas contenido temblor le delata. Registran la casa, encontrando en su mesilla de noche una nota del sargento de la guardia civil de Arenas de Cabrales en la que se explica cómo, de acuerdo a lo convenido, no interesa la presencia de un solo bandido, sino la señalización del grueso del grupo, teniendo sólo entonces la recompensa.

La presencia de la misiva impide la negativa del guardamontes. Su única justificación consiste en repetir que le obligaron a ello, fue una amenaza del cuartelillo. Comprendiendo la gravedad de la situación, su mujer implora, suplica, se arrodilla, se arrastra ante los

guerrilleros.

Lágrimas y gritos fueron inútiles. Conducido entre hombres y fusiles, fue llevado hasta un pueblecillo cercano a Sotres, donde se buscó la presencia de algún vecino que testimoniara la ejecución. Su cuerpo, cosido a balazos, fue arrojado a un pozo de agua.»

Si la memoria pastoril es fiel, y hasta el momento no hay motivos para dudarlo, el día de Pascua de Pentecostés de 1945, por miedo a las represalias que sin duda lo de Pandébano iba a desencadenar, doce hombres y mujeres de este pueblo y de varios de los alrededores, dice André Sorel, soltaron el ganado y marcharon al monte. Un pesado silencio cayó sobre las aldeas, hasta la llegada de las fuerzas de la guardia civil.

La tropa saqueó de norte a sur y de este a oeste la zona: nada quedó en las casas; una plena devastación. Mientras las familias campesinas buscaron pastores en la montaña para juntarse a ellos, y en vida aparte, consumir, durante algún tiempo su miseria.

Siguió una etapa de desánimo con la muerte del jefe. Pero había que seguir. La vida no se había detenido y tampoco los guardias se detenían en sus búsquedas e interrogatorios.

Mala época para todos.

—Nosotros llevamos la peor parte. Bailábamos con la más fea. Siete horas ininterrumpidas en un puesto de vigilancia. Después, mala comida y poco sueldo. La gente, en su mayoría, salía por los emboscados, era partidaria de

ellos. Nosotros éramos forasteros. Por más que se empeñaban en decirnos cosas y en volvernos la cabeza loca, nosotros éramos de la clase de aquella gente. Habíamos dejado atrás un pueblecito como Sotres, teníamos una madre como la de Juanín, la de Gildo o la de cualquiera. La pobreza nos llevó a ese trabajo, ingrato en muchos casos. Muchos compañeros dejaron las armas por miedo o por decepción. Otros seguimos adelante. Una vez metidos en una rutina, es difícil salir de ella. ¡Sólo Dios sabe la de mojaduras que yo he agarrado a lo tonto y la de miedos que pasé por los montes!. La vida en un hilo. Ahora tengo un retiro y este puesto de conserje en la Facultad, pero de aquellos años no quiero ni acordarme, la verdad.

Los emboscados. Los guardias. Proletarios de una época proletarizada al máximo, enfrentados sin tener por qué. Y, al fondo, el pueblo padeciéndolo todo en silencio y con llanto. Un pueblo cuyo modo de vida es el monte, del que nace la lana, la leche, la carne, el queso, la poesía, convertido por mandamases invisibes en campo de batalla. Gentes que sobre sus cabezas, ajenas a lo que pasa, contemplan el ir y venir de las balas que espantan los rebaños, rompen el sosiego y matan la vida pacífica del pastoreo.

La muerte de Machado y de los guardias en la refriega de Pandébano produce una seria crisis de moral y de organización en la partida y en la contrapartida de los Picos de Europa.

Los emboscados tienen que elegir

otro jefe, y esto es difícil. El más adecuado parece Juanín. Pero Juanín es muy suyo, muy independiente. Por otra parte, Gildo, orgulloso de su actuación en Pandébano, y Antonio Guerrero, el Tuerto, descuellan también por su audacia. Hay un tiempo de luchas internas por el liderazgo de la Agrupación. Juanín tiene a su favor el buen cartel entre la gente, su seriedad, la meticulosidad y prudencia con que llevaba a cabo sus acciones. Y, en contra, una cierta frialdad de carácter y su afán excesivo de independencia.

Una mañana, muy pronto, en el portal de la Iglesia, se oyeron llantos de niño. Ya nada extrañaba a las gentes de aquellos pueblos, que llevaban diez años de pesadilla y de incertidumbre. Era una

niña recién nacida que abandonaron los emboscados de Sotres, huidos de sus casas con lo que llevaban puesto, tras los acontecimientos de Pandébano. Una joven embarazada dio a luz entre las rocas del monte y, por miedo a que su hijita muriera en aquellas incomodidades del monte y la persecución, acepta entregarla al pueblo, con la seguridad de que la cuidarían como cosa suya, en tanto los ánimos se tranquilizaran.

Nadie quedó comprometido por haber visto o parlamentado con la madre huida. La niña apareció al amanecer en la puerta de la Iglesia, la casa de todos.

2. INVASION EN CAMIONES DE PESCADO

Entretanto, en el resto de Cantabria se hacía lo que se podía. La Agrupación de Guerrilleros de Santander, fundada en 1945 por el PCE, de muy corta duración y de escasa importancia, comparada con el resto de las agrupaciones guerrilleras del país, que en estos dos años, 45 y 46, tuvieron sus momentos de mayor actividad, experimentó un climax político desusado.

El 18 de julio de 1945, aprovechando la fecha histórica, aniversario del Alzamiento Nacional, hacía un llamamiento a los jóvenes, a los

campesinos, a las mujeres, a los trabajadores, patriotas en general, invitando a todos a la lucha contra Franco. Llenan de propaganda las callejas de las aldeas más apartadas, ponen pegatinas en esquinas y paredes, siembran de octavillas los centros mineros e industriales de Torrelavega y Reocín.

Aguado Sánchez, director jefe del Centro de Estudios Históricos de la Guardia Civil, elige al azar dos octavillas, que se conservan en el completísimo archivo del Instituto:

«Santanderinos: en esta fecha memorable, los guerrilleros de nuestras montañas os saludan. Aportar vuestra ayuda a los que defienden vuestros intereses y luchan por el derrocamiento

del régimen actual y por liberar a España de sus verdugos. 18 de julio de 1945. Agrupación Guerrillera de Santander.»

La otra va dirigida especialmente a la juventud.

«Joven patriota: tú que supiste en el 18 de julio de 1936 luchar contra los traidores de la República, no puedes estar pasivo a la lucha y olvidar la lucha titánica de los guerrilleros; ellos te llaman para liberar a España del verdugo Franco, incorporándote a las guerrillas. 18 de julio de 1945. Agrupación Guerrillera de Santander.»

Realizan varios atracos y asaltan el polvorín Dolomitas, S. A., llevándose todas las existencias. Con el material recogido vuelan veinte postes de alta tensión y varias torres. Hacen saltar por

los aires en Marrón parte del depósito de locomotoras de los trenes Cantábricos de vía estrecha. Por medio de «Vasco», o sea Inocencio Aja, liberado para estos menesteres, se consigue una amplia red de enlaces y colaboradores por Ontaneda, Cotillo, Borleña, Los Corrales, Santibáñez, Villafufre, San Román de Cayón, Puente Viesgo, Torrelavega, Liérganes, hasta Reinosa y los Picos de Europa.

Ferroviario, Arce, Tampa, Aja dan vida y movimiento a las labores de propaganda política y sabotaje.

Aquella actividad política prende en todas las agrupaciones de la región, arrastra también a la partida de los Picos de Europa, sacándolos de su estilo habitual y de la zona donde solían actuar.

Juanín es ahora el jefe indiscutible de esta cuadrilla. Se llamará en adelante a todos los efectos «Brigada Guerrillera de los Valles de Llaneda», y tiene tres grupos articulados entre sí a las órdenes el primero de Juanín, el segundo de Gildo y el tercero del Tuerto, que había venido de Francia.

De Francia les llegó también un guerrillero que consiguió unirse a la Brigada de los Valles de Llaneda, aportando consignas frescas del Buró Político, por lo que fue durante todo el año 1946 el inspirador de la actividad guerrillera en eioeste cantábrico.

En un pueblo del Saja se retiene a toda la gente en la iglesia después de terminada la misa, y, ocupando el presbiterio, se explica al vecindario

quiénes son los guerrilleros, qué pretenden y porqué están allí.

En una aldea, próxima a Potes, «el 14 de abril, aniversario de la proclamación de la República, la Agrupación de los Picos de Europa montó una operación política... Han concentrado a todos los campesinos, y desde el balcón de la casa, Saturnino López, veintiún años, que tendrá después hasta ocho penas de muerte y será fusilado junto a Miñón y Mateo Obra en 1949, lanza una arenga explicando qué supuso el 14 de abril, cuál es su significado actual, en qué medida informa el contenido de la propia acción que ahora vive la aldea. Con una armónica interpreta el Himno de Riego y la Internacional. En la noche, los

campesinos tiemblan, no de frío, sino del miedo a las posteriores represalias, mientras reciben un número especial de la revista «El Combatiente».

Un campesino ha logrado escaparse marchando a dar aviso a los civiles. Antes de que éstos lleguen a la aldea, ya se escucha el disparar de sus armas, que eluden en la noche el combate. Los guerrilleros logran huir sin una sola baja» (André Sorel).

Venían los mozos del baile de Cabanzón. Hacía luna, y entre bromas, cantos y chistes verdes, los jóvenes regresaban a sus casas. Pasando Comijares, en la revuelta de la Cotria, un hombre armado con metralleta se planta delante del alegre grupo.

—*¡Alto al Ejército Guerrillero de la*

República!

Los muchachos se quedan inmóviles. Se les secan las risas y las bromas.

—*No se muevan. No griten.*

Los mozos miran alrededor, desconfiados y temerosos.

—*No les va a pasar nada. Pero por si se les ocurre alguna tontería, les ruego que miren hacia allá.*

Otro guerrillero apunta desde la roca.

—*Y allí hay otros camaradas, miren.*

Estaban rodeados. No se podía hacer nada, ni intentar huir, ni decir bromas graciosas, como a más de uno se le ocurrían.

Acertó a pasar un coche de indianos, al que sin duda estaban esperando, le

echaron el alto, registraron a sus ocupantes, les quitaron lo que llevaban encinta y les ordenaron seguir.

A los mozos les entregaron un documento firmado por la Agrupación Guerrillera de los Valles de Llaneda, un papel como media cuartilla, en la que con letra arrugada y borrosa intentaban explicar los guerrilleros la situación política del momento.

La hoja aseguraba la caída fulminante del fascismo, y la llegada de una nueva era de justicia y libertad. Acababa pidiendo al bravo pueblo montañés que se uniera a ellos en la lucha contra la Falange y las fuerzas represivas de Franco.

Luego de leerles a todos la octavilla o recitársela de memoria en la oscuridad,

dejan a los chavales irse a sus casas sin más problemas.

Al día siguiente llegan los guardias al pequeño pueblo de prados verdísimos. Van notificando a todos los vecinos cuyos hijos habían participado en el improvisado mitin de la noche anterior, que se presentaran sus hijos en el plazo de veinticuatro horas a entregar a las autoridades el escrito subversivo que se les entregó la víspera.

—¿Qué hiciste con la octavilla?, pregunta el padre a su hijo al llegar éste con un carro de verde.

—¿Qué octavilla?

El mozo no sabe qué es una octavilla ni nada.que se le parezca.

—El papeluco que te dieron tos maquis.

—¡Ah! ¿El papeluco? Lo llevaba en el bolso, y esta mañana, cuando fui a segar, me limpié el culo con él.

—O sea que no lo tienes...

—Ya le digo que me limpié el culo con él, padre.

—Pues entonces icómo vas a ir a entregárselo a los guardias!.

En la lista de mozos que recibieron de los maquis propaganda faltó a presentarse en el cuartel este muchacho. No tardaron en venir dos números de la Benemérita buscándole para conducirle al cuartel.

Interrogatorio al estilo de la época. Ya le van a calentar al chaval el aparejo, como se dice coloquialmente en la región, cuando cierto personaje influyente intercede por él y queda libre,

no sin antes ser seriamente advertido de que a partir de este momento tenga mucho cuidado. Está prohibido escuchar o leer cualquier tipo de propaganda de aquellos bandoleros.

En marzo de 1946, un guerrillero procedente de Francia se incorporaba a los grupos que mandaban Juanín, el Tuerto y Gildo. Ya nos hemos referido a él anteriormente. Hemos dicho que se encargó de dar vida a la campaña política de ese año, superior a todas las demás. Adoptó el nombre guerrero de «El Maqui» y llegó a Sotres, campamento de invierno, tras increíbles peripecias. A repasar estas peripecias vamos a dedicarnos a continuación.

El 24 de febrero de 1946 en Sant Jean de Fied de Port, en el Pirineo

Francés, se reúnen cuarenta maquis para organizar una marcha hasta Santander. Llevan algunos diez años peleando: primero, la guerra de España, luego la guerra mundial contra Alemania. Hay experiencia de lucha, de sabotaje, de propaganda política. Los franceses se dedican a reconstruir su tierra calcinada. Los españoles del exilio, «maquis», empiezan a notar que no son tenidos muy en cuenta a la hora de repartir agradecimientos. Toda la victoria había sido francesa, aliada y los «étrangers», apenas aparecían en el recuento oficial de heroicidades. El silencio era la recompensa. Y ya empezaba a oírse la idea que años más tarde iba a cuajar en opinión histórica:

«Dans le sud, il y eut des coins turbulents. Des brigades espagnoles y commirent nombre excés». Dos líneas dedicadas a los españoles, en un libro de 772 páginas, cuyo título, «Histoire de la Liberation de France», haría pensar que su autor trataría con más consideración a los 3.000 españoles que en Chad se incorporaron a la Segunda División Blindada Leclerc, a los 8.000 que participaron en la campaña de Italia en el Ejército Laltre de Tassigny, a los 1.500 que en Túnez lucharon codo a codo al lado de los franceses, 425 de los cuales murieron por la nación que un día aceptó darles refugio. De los 500 paracaidistas españoles que fueron lanzados en Chipre, sólo 17 volvieron con vida. En la liberación de Auch, Foix,. Toulouse,

Mende, Ales, Nimes, Valence, Rodez, Albi, Clermond-Ferrand, Marsella y otras importantes poblaciones francesas se vertió mucha sangre española» (Antoni Téllez.)

Tratados como segundones en el festín del triunfo, los guerrilleros españoles vuelven sus ojos a España, de donde nunca habían apartado su pensamiento. Ya otros guerrilleros en los años 44 y 45 habían atravesado los Pirineos para luchar contra el fascismo en su propia tierra. El valle de Aran, el Pirineo, Aragón y Valencia contemplaron la llegada y los combates de los primeros «maquis», de los que hay descripciones bastante completas. La Jefatura del Estado Mayor del Ejército Republicano de Liberación confeccionó una orden

general con la siguiente consigna que todo guerrillero debería tener presente en su lucha en tierra de España:

1.° Respeta las costumbres, el idioma, las creencias y los sentimientos de tus compatriotas. Tu lucha es contra Franco, los falangistas y su régimen de miseria y opresión.

2.° No permitas que se robe a los campesinos sus productos. Sólo los falangistas requisan y roban. Págales todo lo que te proporcionen: ellos deben ser tus aliados v señalarte quiénes son los falangistas más odiados de tu pueblo. Explícales que Unión Nacional respeta sus ideas, creencias, sentimientos y propiedad.

3.° En tus ataques contra los cuerpos armados no olvides que en ellos hay

patriotas e hijos de España. Sé implacable contra los falangistas. Ni tregua ni cuartel para los que perpetúan con las armas la traición de una Patria sojuzgada.

4.° No permitas atentados ni saqueos en las vidas y haciendas de los antifalangistas; castiga a los incontrolados como enemigos y perturbadores que son. Sé intransigente con los falangistas recalcitrantes; éstos deben ser el blanco de tu fusil.

5.° No te comportes como ocupante, sino como liberador. Respeta todas las ideas, sentimientos y creencias de los españoles enemigos del falangismo.

6.° Sé implacable con el enemigo y justo con el verdadero patriota.

7.° El falangista significa pillaje, bandalismo y antiEspaña. El guerrillero

es respeto, hidalguía, honradez y patriotismo.

8.° La liberación de España debe ser obra de todos los españoles; en la lucha de liberación caben obreros, campesinos, burgueses, sacerdotes, militares y todos aquellos que odien a Franco y a Falange.

9.° No olvides que la «Unión Nacional de todos los españoles es la salvación de España». Organiza juntas y grupos de Unión Nacional en pueblos y villorrios. Sé un orientador de los españoles. Infórmales del programa de U. N., que a todos interesa por igual. La Junta Suprema de Unión Nacional es la suprema autoridad en la lucha contra Franco y Falange, popularizada en todas partes.

10.°Haz comprender que para ser

libre hay que luchar; que el guerrillero es el brazo armado de U. N. y, por tanto, de España; que todos los amantes de la libertad deben movilizarse para la lucha, y que los jóvenes amantes de España deben ir a «guerrilleros». Haz conocer las acciones de los guerrilleros en Francia.

11.° No engañes a nadie, tu lucha es por España y para España. Defiende los intereses, ideas, costumbres, sentimientos y libertades de todos los españoles.

12.° Estudia tus acciones antes de realizarlas, lleva siempre una buena información.»

La reunión de Sant Jean de Pied de Port fue larga y sus decisiones muy concretas. Se trataba de reforzar y potenciar el movimiento revolucionario

en las montañas santanderinas que, según les dijeron, era cada vez más boyante y más rico en hombres, aunque necesitaba una inyección técnica y política. De esta inyección se encargaron los cuarenta maquis que, con una nevada impresionante, atraviesan los Pirineos por la región de Valcarlos el día 3 de marzo.

Los cardenales españoles y portugueses que Su Santidad acaba de proclamar en Roma no pueden regresar a España estos días primeros de marzo por el recio temporal de nieve que está cayendo. Pero ninguna cellisca es capaz de detener la marcha de los guerrilleros, que atraviesan los Pirineos a pie con muchos grados bajo cero y con mucha moral. Una idea del espíritu que animaba a este grupo de hombres llevados al

matadero nos la da la vibrante alocución que el Alto Mando del Ejército Guerrillero de la República publica en «Ataque» el día 1 de marzo, cuando ya los cuarenta de Sant Jean están de camino hacia las cumbres pirenaicas. Se trata de un manifiesto en el que se dice cuál es el fundamental objetivo de las invasiones maquis en España: «Crear un amplio y potente Ejército Guerrillero en el seno de las masas proletarias, obreras y campesinas.» «La guerrilla, sigue diciendo «Ataque», es un camino duro, enérgico, que deja sangre a su paso, pero esa sangre no muere, sino que es semilla de nuevas victorias. Aunque el Ejército Republicano fue temporalmente derrotado en 1939, la lucha continúa, hasta la victoria definitiva. El pueblo

español necesita el aliento, el valor que le inspiran aquellos hombres armados, «sus guerrilleros», para alzarse unánimemente frente al invasor. La presencia de los guerrilleros en los montes y ciudades es un «mentís» a los cobardes y a los derrotistas que dan todo por perdido, en un momento en que todo puede renacer. Cierto que el Ejército de Franco tiene contra los guerrilleros su artillería, sus carros de combate, su aviación. Pero los guerrilleros son invencibles, porque son hijos del pueblo, y el pueblo nunca muere.» «Somos el embrión de un poderoso ejército liberador, continúa «Ataque». Se trata de formar millones de grupos «de Llano», que se rebelen y que se alcen contra la pesada losa del franquismo, para lograr la liberación. El

único peligro es no saber injertarse en las masas! Ligados a las masas, contando con su apoyo, solidaridad y protección no hay fuerza capaz de vencer a los hijos predilectos del pueblo: sus guerrilleros.»

Si no fuera demasiado ingenua e idealista la moral con la que desde Francia se contemplaba el panorama español, tendríamos que calificar de sarcasmo el vibrante llamamiento de los jefes comunistas a los jóvenes que venían a la matanza.

En la reunión de Sant Jean de Pied de Port fue entregado a cada hombre un billete de cien pesetas, y al grupo, una emisora de radio, 38 metralletas inglesas, dos fusiles ametralladores americanos, cinco revólveres, seis pistolas de diversos calibres, varias brújulas, cincuenta y

cuatro bombas de mano, dos cajas con doce minas del ejército alemán, fulminantes camuflados de lapiceros, dos cajas pequeñas con veinte aparatos de percusión, cuatrocientos metros de mecha, ciento cincuenta cargadores para metralletas y cuatro mil cartuchos; además de los cien asignados a cada uno; raciones de vitaminas para siete días, pastillas contra el agotamiento físico y cuatro uniformes completos de la guardia civil, confeccionados en París. También traían a cuestas una buena carga de «Unidad», «Lucha», «Nuestra Bandera», impresos en Toulouse, para ser distribuidos entre los montañeses.

La noche del 25 inician desde Banca su penetración en España. Atraviesan la frontera por encima del caserío de Pablo,

hacia Valcarlos, siguen por Roncesvalles y Burguete; pasan la alambrada de Espinal hacia el monte Ecolegui. Se meten en el paraje Dondoro, cruzan la carretera de Burguete a Pamplona para salir a la barracada entre Mezquíriz y Ureta; por Olóndriz, pasan el río Ebro y ascienden por Gurbízar al monte Meascoiz. Desde este punto continúan por la margen derecha del Ebro al valle de Arriazgoiti, utilizando el camino que une las aldeas de Elcano y Gorráiz hasta cruzar la carretera de Urroz, y de aquí a Tajonar y Noaín, al sur de Pamplona.

En la confluencia y paso a nivel de Noaín, cuatro de ellos se visten de guardias civiles y no tardan apenas tiempo en detener dos camiones cargados de pescado que, procedentes de Pasajes,

se dirigen a Zaragoza. Arrojan la carga a la cuneta, se apoderan de los vehículos, suben a las cajas entoldadas y por Tievas, Ucart, Puente la Reina, Logroño, Guimileo, Pancorbo y Curnudilla llegan a Soncillo, donde abandonan los vehículos al habérseles acabado la gasolina. Continúan a pie hasta Corconte. En las proximidades del Puerto del Escudo se fraccionan en grupos.

En la sierra del Escudo, donde el año 37 tuvo lugar una feroz batalla, se renueva la sangre por los matos y argomas.

El teniente general de la Guardia Civil de la Comandancia de Santander, señor Garrido, y el jefe de la Comandancia de Burgos, señor Salguero, con refuerzos de la Academia Regional

de Torrelavega, salen al encuentro de los invasores. El día 3 de marzo, con un tiempo de perros, «bueno para estarse en la cocina», la guardia civil, ayudada por «el entusiasmo del vecindario y los falangistas de la zona empeñados en su aniquilación», como dice la prensa santanderina, consiguen acabar con ellos. De los cuarenta que el sábado 2 de febrero llegan al Escudo, al mando de Gabriel Pérez, Palomo, Mediometro, Paco y Santamaría, dos caen en Venta Nueva. Cae prisionero el jete de la expedición, Gabriel Pérez, en Resconorio, y siete más son apresados. En San Miguel de Aguayo, rodeados por un impresionante número de guardias civiles, catorce maquis se entregan sin resistencia; otros dos son apresados y tres

muertos.

Los restantes pretenden llegar a los Picos de Europa, siguiendo el tendido eléctrico de Electra de Viesgo, pero sólo uno consiguió encontrarse con las partidas de Juanín: «el Maqui», que, como ya dijimos, tiene una seria importancia política los años 46 y 47.

Treinta y tres detenidos, cinco muertos, un herido y un emboscado fue el balance final de la aventura iniciada más allá del Pirineo por un grupo de valientes ilusos.

«El Maqui» llegó a Bejes. Llamó a una puerta y pidió comida. De los dos barrios que tiene el pueblo acertó a presentarse en el que no hay cuartel de la Guardia Civil. La gente le recuerda con su aspecto lamentable, agotado, con la

mano izquierda comía lo que le daban y con la derecha mantenía la metralleta.

—*¿Por dónde se va a la Hermida?*

Se lo explicaron.

—*¿ Por dónde se va a Potes?*

Se lo explicaron.

—*¿Y por dónde se va a Cabrales?*

Le mostraron la dura roca nevada. Luego desapareció. Y cuando le buscaron por todos los caminos posibles, no encontraron más que rastrajos que había dejado a su paso. En las cumbres del monte se llevó un zurrón de pastores. Más arriba vieron que había asado un cabrito, y que se lo había comido: estaban los huesos por el suelo dispersos.

Los emboscados le recibieron con entusiasmo. Todo eran preguntas. Días y días de sesiones ininterrumpidas le llevó

«al Maqui» ponerles al corriente de lo que pasaba en Europa y de lo que pasaba en España, según los análisis que se hacían en Francia.

Los emboscados le debatían muchas de las cosas que decía.

«... y todo el pueblo —les decía— está esperando la presencia vuestra que encabece su levantamiento y destruya el régimen. Francia, Estados Unidos, Inglaterra y Rusia enviarán sus tropas para ayudar vuestro movimiento y castigar a Franco, no sólo por haber enviado la División Azul en ayuda de Hitler, sino porque todo lo que él es se lo debe a los sistemas totalitarios vencidos ahora en Europa...»

Intervinieron algunos de los bandidos cántabros. Le discutían sus

palabras. No estaban seguros de que el pueblo quisiera más guerra.

—El pueblo lo que quiere es trabajo, pan blanco y paz.

—Pero quiere castigar a sus verdugos.

—Bah, se han olvidado ya de los verdugos. El pueblo quiere perdonarles con tal de que les dejen seguir viviendo.

—Os veo derrotistas, quemados.

—¿Pero qué coños sabéis vosotros desde Francia?

—Os veo agotados.

—Sabemos lo que la gente quiere: paz, trabajo, pan que comer, olvidar todo lo de la guerra y vivir.

—Pero para olvidar lo de la guerra hay que hacer un juicio a Franco, cumplir una tabla mínima política,

recuperar el gobierno legal de la República...

—¡Alto ahí!, Juanín permanece callado mucho rato. Lleva dos días en silencio. Meditando lo que decía el francés.

—Mira, compañero. Nosotros vemos las cosas de un modo muy distinto. Tú crees que la gente está deseando armas para acabar con los falangistas y con los guardias. Yo te digo que no. Yo tengo un hermano falangista. Tengo amigos de la escuela guardias. Ellos trabajan duramente, pasan hambre como nosotros, viven una opresión semejante a la nuestra.

—¡Son la defensa del fascismo!.

—Todos hemos perdido en esta cabrona guerra. No te excites, pero es así

como te lo digo. Han perdido ellos y nosotros. Aquí, en estos pueblos, los únicos que han sacado tajada son algunos estraperlistas de mala madre y algunos imbéciles, que porque llevan la camisa azul ya esperan vivir toda su vida del cuento. Nadie quiere más guerra, porque nadie quiere más muertes. Te lo digo como lo siento.

—¿Entonces...?

—Necesitamos olvidar, eso es lo único que sabemos.

—Pero hace falta una limpieza política. La intervención de las democracias sólo se dará si se ve respaldada por un alto movimiento de masas.

—¡Ah, eso no sé! Yo sólo sé lo que quiere la gente de aquí, de estos pueblos,

vamos. ¿Te lo repito? Pan, trabajo, olvidar la guerra y que les dejen en paz. Si el Partido en Francia no entiende esto, está meando fuera del cacharro. Te lo digo yo.

Acabó dándose cuenta de que es así. «El Maqui» tiene que cambiar algún punto de su esquema. Hacen falta acciones políticas, pero no punitivas, sino educativas. «Mítines, octavillas, contacto con la gente, sabotajes a los monopolios...»

No tardaría mucho tiempo el PCE en iniciar una campaña de amnistía, reconciliación nacional y unidad, que era traducida al lenguaje político las palabras de los emboscados, palabras también del pueblo.

«El Maqui» da la razón a Juanín y le

apoya. Pronto se convierte este último en el jefe de la organización. «El Maqui» se reserva el cargo de jefe político de la misma. Por eso dijimos antes que fue el alma de la actividad propagandística de la Agrupación.

Una tarde estaban los guerrilleros en el monte, y un pastor, desde el valle, vio a uno de ellos.

—*¡Eheeee!*

Es el grito de llamada de los montes.

—*¡Eeeuuu!*

Es la respuesta que se pierde en el eco.

—¡Oye! *¿Viste por ahí una vaca?* Las frases tienen que ser cortas para que se entiendan bien de colina a colina.

—*¡Aquí hay una!*

—*¿ Tudanca?*

—*Sí.*

Sube el hombre hasta la cima, pensando quién podría ser aquel paisano. Del pueblo no es, seguro, acaso algún mozo de otro valle que anda buscando colmenas salvajes o setas. Jadea el pastor cuando llega a la cumbre. Y de repente, alrededor de una perola, ocho hombres comiendo

—*Acércate, compañero.* Es el Maqui quien habla.

—*¿Quieres un poco?*

—*No, no señor, gracias.*

—*Hombre, no nos llames señor. Somos los guerrilleros del Ejército de la República.*

Los mozos ríen de la cara que pone el buen hombre, le muestran orgullosos la insignia bordada sobre la camisa.

Dicen que son el embrión de un potente ejército que se va a formar. Que hay que estar dispuestos a secundarle desde el llano. Que en Francia esperan miles de compatriotas y de amigos para ayudarles.

—Lo de Aran fue sólo un ensayo, bah, un acto de presencia.

El campesino tiene una voz muy bonita. El Maqui lo nota en seguida y le pide que cante una canción de la tierra. Ya hace mucho que no las oyen cantar. Se hace de rogar el hombre, pero luego se arranca por la tona de Carmona, y sigue con la de Polaciones, y por último, no sin cierta sorna,

«Estudié para ladrón

no terminé la carrera,
y lo primero que robé
fueron tus ojos, morena.»

El Maqui le enseña el Himno de los Guerrilleros, le entrega algunos panfletos, le pregunta ciertos detalles sobre la guardia civil y le deja irse arreando la vaca monte abajo.

Los compañeros del Maqui en su odisea desde Francia convivieron en la Prisión Provincial de Santander con muchos otros presos políticos montañeses.

«De los que yo conocí, nos cuenta un viejo socialista, dos eran asturianos. Uno, de Torrelavega, se apellidaba

Argumosa. Otro de Madrid y otro de Castro. Vivían una auténtica tragedia. La disciplina del Partido Comunista era férrea, y ellos, por salvar el pellejo acaso, o porque quizá fuera verdad, hicieron unas declaraciones que, fíjense cómo serían, salieron en los periódicos. Estas declaraciones sentaron muy mal a los responsables del Partido.»

«Porque nos han condenado a muerte éstos, que si no se nos cae el pelo», nos decían a los compañeros de cárcel.

Causa un cierto rubor leer la crónica que los periódicos santanderinos sacaron con motivo de los acontecimientos del Escudo.

Según éstos, los maquis vinieron engañados a la Montaña. Habían

demostrado no saber siquiera a qué venían.

«Les dijeron que aquí estaba «planta» la Monarquía con un rey que nadie conoce. Que aquí había mucho movimiento republicano, que tenían que venir a echar una mano como españoles valientes, a la guerrilla. De lo contrario, merecían el nombre de cobardes. La verdad es que en Francia se está peor que en España. Los escaparates de allí están vacíos y no atan los perros con longaniza. En los republicanos españoles manda Giral, y todos hacen lo que él diga. Y por orden de éste vinieron a «poner» la democracia en España. En Francia ellos vivían en barracones trabajando la madera, como aserradores, en los «chantiers» de Cinclen y otros lugares, en

una empresa que se llamaba «Valledor y Compañía». Que ignoraban si esa empresa era o no un campo de entrenamiento del Partido Comunista, que ellos de eso no sabían ni palabra.»

3. YO ANDUVE PERSIGUIENDO A LOS DEL MONTE

Fácilmente pueden caer ustedes en el maniqueísmo de convertir nuestra historia en una novela de buenos y malos.

Yo era guardia civil. Tenía diecinueve años cuando me mandaron a la zona de Liébana a la búsqueda y captura de los bandoleros. A los diecinueve años no se tiene miedo a nada. Había por parte nuestra un poco de romanticismo y muchos de los jóvenes tenían la ilusión de conseguir una medalla, algún ascenso, algo. El sueldo, 13 pesetas diarias, no era superior al de

nadie de nuestra categoría. Juanín mismo, cuando estaba en Regiones Devastadas, ganaba 16 pesetas, por ser cantero oficial de segunda; un oficial de primera ganaba 18, y el año 43, un hombre podía trabajar por ocho y once pesetas.

El primer destino que tuve en Potes fue conducir a los presos desde la cárcel hasta los lugares de trabajo. La cárcel aquella temporada era un antiguo convento de dominicos que ahora es internado de chicos estudiantes. Yo a Juanín tuve que conocerle por fuerza, pues no había tanto personal en Potes como para que se traspintara nadie. Pero no me doy cuenta de haberle visto.

Había mucho trabajo para todo el mundo. Mucho personal en las cárceles, muchos muertos y, claro, trabajo era lo

que sobraba.

Nosotros, en general, llevábamos una vida dura. Pequeñas alegrías no te faltaban, pero el monte mata mucho, los compañeros casados contagiaban a uno su miedo y mucha gente te miraba mal, con desconfianza y hasta con odio.

No puedo negar que la guardia civil dio leña. Negarlo sería una tontería, pues todo el mundo sabe que lo hizo. Lo que hace falta es no perder de vista las circunstancias: nadie soltaba prenda. En los pueblos aquellos estaban atemorizados por los bandidos; su amenaza era matar a los chivatos y no se andaban con chiquitas. Teníamos, ya digo, el rechazo de la gente. Había veces que nos constaba positivamente la presencia de los bandidos en un

determinado pueblo; mucha gente tenía que haberlos visto; indagábamos y nadie sabía nada. Pero la denuncia estaba hecha y había que presentar resultados de la gestión. Los superiores a nadie preguntaban los métodos cómo se conseguían las informaciones y, por eso, si no las lográbamos por las buenas, tenía que ser por las malas.

En algunos aspectos concretos, los bandoleros vivían mejor que nosotros. A veces yo los envidiaba. No era más fácil su vida en los montes, pero por lo menos tenían el apoyo del pueblo.

Nosotros no queríamos complicarnos la vida. Lo único que deseábamos era ver el fin de esta situación. Tengan ustedes presente que en Santander se echaron al monte entre

doscientos y doscientos cincuenta hombres: de éstos, la mayoría se pasó a Francia; otros, después de unos años de cárcel, se reincorporaron a la vida normal; nosotros hacíamos la vista gorda y procurábamos facilitarles la huida al extranjero, pues teníamos la idea de que muchos marcharon a *los* montes engañados. Se habían formado la opinión de los nacionales como verdugos de todos los que pensaran distinto. A la larga, se nos hacía inexplicable la cabezonería de los emboscados de nuestra demarcación, los últimos que quedaron en España, ya sin esperanza política de ninguna clase, y dándonos disgustos constantes a nosotros.

Muchos guardias murieron. En Lebeña mataron a Félix, un guardia que

estaba casado allí. En Bejes mataron al Leonés, otro guardia muy querido por la gente y más por los compañeros. En nuestras casas las madres, las novias, las esposas no vivían de pena por nosotros. En los cuarteles altos nos moríamos de aburrimiento, pues no había bastantes muchachas para nosotros y para los mozos. No conocíamos el terreno, ni las costumbres ni las personas.

Una tarde hacía la ronda una pareja de guardias gallegos por un camino que ellos llamaban «corredoira». Un muchacho campesino estaba limpiando su prado cuesto de al lado del río. Acaso se dio cuenta de que era observado por los guardias, o quién sabe por qué decidió cantar una canción dedicada a ellos. Amontonó las hojas secas, los troncos y

ramas arrastradas por la nieve en el invierno. Lio un cigarrillo, prendió fuego a la maleza y, acaso adivinando la presencia de los guardias, se apoyó en el rastrillo entonando una antigua canción de la tierra muy despacio y mirando sólo a la lumbre.

Mira cómo se pasea.
la guardia civil
por la carretera.
Así me paseo yo
por si te veo
con otro, morena.
Mira cómo se pasea
la guardia civil
por los andurriales;
así me paseo yo

por si te veo
con el que tú sabes...

Cuando se dio cuenta tenía a los guardias detrás de él.

—¿Qué decía usted de la guardia civil?

—¿De la guardia civil? Oiga, nada.

Los dos números no habían podido entender bien la letra completa. Eran forasteros y se les había advertido que los nativos de la zona odiaban a los guardias. Entendieron, quizá repentinamente, una falta de respeto en aquella canción.

—Usted ha cantado algo de la guardia civil.

—Es un cantar antiguo, señor.

—Repítalo.

—¿El cantar?

—Sí, el cantar.

—Pero no me sale muy bien.

—Vamos, rápido.

El mozo canta desentonadamente. Los guardias al final ríen. No es irrespetuosa ni tiene picardía ninguna aquella letra. El muchacho les mira desconfiado. Quieren congraciarse con él:

—¿Tienes permiso para hacer lumbre?

—La he encendido en mitad del prado, no junto a la cerca.

—¿Sí, pero tienes permiso?

—Pues no, señor.

—Bueno, pues hay que sacar permiso. Fíjate si salta un chispazo y arde todo el monte, el follón que armas.

Tendríamos que ponerte una multa, pero por esta vez que pase. Adiós.

—Adiós, cuida la lumbre.

Les cuento esto para que se hagan idea de la distancia que existía entre nosotros y la gente del pueblo. Si vivíamos una temporada en un pueblo, una vez que la gente llegaba a conocernos, nos empezaba a coger cariño y ese desconocimiento desaparecía.

Yo recuerdo a verdaderos amigos de las aldeas. Nos invitaban a merendar, se interesaban por nuestras familias, les contábamos nuestra vida y, evadiendo el tema político o de nuestra profesión, todos éramos amigos.

Muchos guardias se casaron con lebaniegas. Se dio el caso de entrar un guardia en casa de su suegra, y acabar de

salir Juanín de allí, después de haber cenado.

Los guardias querían a Juanín y respetaban a los demás bandoleros. Siempre que era posible, se trataba de eludir el combate por ambas partes.

Una vez estábamos haciendo guardia en un apostadero, en un puente del Deva, bajo un gran nogal que hay en la cuneta. Llevábamos siete horas sin movernos de allí. Teníamos que guardar silencio y los sentidos alerta. De repente empezaron a caernos piedras encima. Eran los bandoleros, que pasaban sobre nosotros. Alguien nos dijo que habían sido cabras, pero para nosotros estaba bien claro que no, que eran bandoleros de verdad, y que si no nos mataron fue porque no quisieron.

Había una muchacha bien bonita, aunque quizá un poco ligera de cascos. Era su pueblo una aldehuela al pie de los Picos de Europa. Estaba en la cabaña cuidando las vacas y atendiendo el pequeño rebaño de ovejas y cabras de un amo. Los dos que patrullábamos por allí éramos jóvenes y tratamos de cortejarla. La chica ni era esquiva ni dejaba de serlo. Nos llamaba la atención el cencerro de una oveja, «el campanucu», como ella decía, que arriba de la cumbre no dejó en toda la noche de sonar intermitentemente. Un rato de silencio y unas cuantas campanadas. Otro silencio y otras campanadas.

La moza nos explicó no sé qué de una oveja parida que no había venido al redil. Pero después, analizándolo entre

nosotros, nos dimos cuenta del significado de la escena: la moza se entendía íntimamente con alguno de los emboscados. Para encontrarse, el bandolero desde la cumbre tocaba un cencerro. La moza contestaba con otro si el camino estaba libre. Si había moros en la costa, como en esta ocasión, no respondía. Gracias a Dios que no respondió: pudimos haber caído en una trampa infalible.

Unas personas nos querían y otras no. Recuerdo una noche en Peña Sagra, con la nieve hasta la cintura. Nevaba «si Dios tenía qué», como dice la gente de la región. Estábamos ateridos. Inmóviles pasamos la noche metidos en unos chozos de piedra sin techo de ninguna clase. El servicio así lo requería. Ya al

alba vimos salir humo de una cabana de pastores en el valle. El vaquero había pasado en ella la noche, dormido entre la hierba. Y al amanecer encendió la lumbre para calentar su almuerzo. Nos volvió el alma al cuerpo y echamos monte abajo en dirección al invernal. Con seguridad el hombre nos vio bajar y apagó el fuego antes de que llegáramos.

—¿Podemos entrar a calentarnos un poco?

—Pues el caso es que acabo de apagar la lumbre.

Mira el pastor con recelo, como con odio, cierra la puerta y nos deja tiritando en la calle. Pudimos echarle la puerta abajo, pudimos darle un escarmiento, pero, viendo su ignorancia, su falta de sentido común o su odio, iquién lo sabe!,

seguimos adelante hasta otra choza donde fuimos recibidos con los brazos abiertos, donde el pastor buscó más leña, ordeñó una vaca para hacernos el desayuno, nos secó el calzado, nos atendió como un padre.

Ya ven: quinientos metros de distancia y dos actitudes enteramente diferentes hacia la guardia civil: la una nos pareció mal y creímos que estaba motivada por la política. La otra nos pareció bien, no porque nos atendiera, sino porque mostraba sentido común y ganas de ayudar al prójimo en un trance como aquél.

Les digo todos estos detalles para que entiendan que bajo nuestro tricornio también tenemos nuestros sentimientos y, aunque no podíamos corresponder a la

gente —el reglamento, las órdenes, las consignas no lo permitían—, como nosotros hubiéramos deseado, sabíamos distinguir a las personas bondadosas de las que no lo eran.

Para mí, una persona bondadosa valoraba a un hombre, a un trabajador, aunque estuviera debajo del uniforme. ¡Qué poco pueden ustedes imaginarse lo que se agradecía encontrar gente así en las condiciones en las que nos hallábamos, lejos de la familia, lejos de nuestros pueblos!

Muchas veces teníamos que actuar con motivo del estraperlo. Nosotros nos beneficiábamos del economato del cuerpo y teníamos cupos especiales en el racionamiento. No vayan a creerse que gozábamos quitándoles a la gente su saco

de harina, sus kilos de alubias que traían de Castilla para sembrar o para comer. Pero deben advertir que muchos sinvergüenzas se hicieron ricos con el estraperlo mientras había verdadera hambre en la población. Al principio fuimos nosotros los encargados de controlar a los estraperlistas, cuyas estratagemas para pasar mercancías del mercado negro dan material para escribir un libro extenso: a lo mejor te traían un camión de doble fondo, arriba vino, cemento o productos con guía de circulación, y la parte de abajo llena de lentejas, aceite, garbanzos... A veces se averiguaba en los accidentes: chocan dos carruajes y salía aceite no fiscalizado por todas partes. Sí, ya sé que para ustedes, los jóvenes, este tema de las fiscalías de

los cuarenta es de difícil comprensión. Yo se lo puedo explicar con absoluta sencillez, de un modo que se hagan una idea lo más aproximada posible: después de la guerra vino el hambre, pues se producía muy poco, no había qué comer. El Gobierno se planteó el problema y creó tres organismos para controlar los bienes de consumo de primera necesidad, uno de ellos, la Comisaría de Recursos, cuya finalidad era fiscalizar, registrar y recoger todo lo que se producía. Otro organismo, consecuente con éste, era la CAT, o sea Comisaría de Abastecimientos y Transportes, que repartía esos productos a la nación y les ponía precio. El tercero, en el que interveníamos nosotros y el Cuerpo General de Policía, al menos durante un

tiempo, era la Fiscalía de Tasas, cuya misión fue vigilar que se hiciese bien la operación. Muy pronto, sin embargo, quedamos relevados por agentes especiales nombrados a tenor de una ley sobre el servicio de vigilancia especial de tasas, que proponía un grupo de inspectores de mercado —en Santander, 18— cuyo cometido era vigilar, revisar las tiendas, hacerse pasar por compradores, averiguar, en fin, cómo se llevaban a cabo las actividades de comercio.

Ni que decir tiene —de esto ustedes podrán darse cuenta a poco que lo piensen— que engañando a la Comisaría de Recursos (si un hombre producía cien toneladas de trigo, declaraba cincuenta y el resto lo vendía al estraperlo),

beneficiándose de alguna posición de privilegio en la CAT (ustedes conocerán un libro, «Los negocios ejemplares», publicado en Francia, que se ocupa completamente de este tema) o incluso «untando» al servicio de vigilancia especial de tasas (que de todo hubo), se hicieron fortunas admirables. Sea por lo que sea, ni un dos por ciento de los delitos eran castigados.

No les extrañe, por tanto, como me acaban ustedes de comentar, la destrucción de todos los archivos, expedientes y sanciones por orden del mismo gobierno a principios de los años sesenta. Esos archivos tendrían que estar llenos hoy de nombres muy significativos y comprometedores.

La lucha contra los estraperlistas se

llevaba a cabo con el arma fundamental de las multas. Pero mucha gente se había ganado un millón o diez de pesetas con el estraperlo y se le obligaba a pagar una multa de diez mil duros; fíjense ustedes el negociazo.

Esta era una de las cosas que a mí personalmente más me encoraginaba. Porque luego había otros que se negaban a pagar su multa y eran llevados a un campo de castigo a Alava, Montes de Oca creo que se llamaba, en donde la máxima pena era un año de trabajos forzados. iRíanse ustedes, y compárenlo con los otros pobres hombres, a quienes les había caído una pena de siete o diez o treinta años por haber estado en algún Comité del Frente Popular o ser concejales de la República! Cuando la

multa era grande, muchos estafadores preferían el campo de trabajo; una vez allí ya se encargaban de «untar» a los vigilantes para no dar golpe.

Los guardias nos dábamos cuenta de todo esto, y nos parecía injusto, ¿o ustedes qué creen, que éramos imbéciles? Lo que pasa es que, ante ellos, nosotros estábamos tan desarmados como los campesinos ante otros problemas.

Acomodaticios, o lo que ustedes quieran, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

No creo que Juanín y los demás bandoleros tuvieran muchos tratos con los estraperlistas gordos. (¡Hombre, no hablo de los campesinos que iban con su carro y se traían unos kilos de lentejas!) Aparte de la repugnancia que les

produciría sin duda tratar con gentuza semejante, no les hacía falta: los labriegos les daban gratis las cosas que necesitaban.

Yo tenía un compañero de Cáceres que hizo muchas veces pareja conmigo. Había perdido la familia en la guerra y, creo, también lo que tenía. No he visto nunca mayor afición por el ganado que la de aquel hombre. Siempre se fijaba en las vacas de los ganaderos. «¿Cuánto le farta pa parir a la Tazuga, zeñó 'Ulian?» Tenía realmente un fichero de cada cabeza de ganado del valle. «¿Cómo va la co'éra de la Ma'íta?» Lo sabía todo. Un día me dijo: «En lo que va de zemana, trez schoto, ze han chevao loz der monte.» «¿Robaos?» Me explicaba que no: trataban con el aldeano: ¿En cuánto te

tasan los de Recursos el becerro? En tanto. Nosotros te damos el doble. Ahí lo tenéis. Que yo sepa, a nadie más que a mí dio cuenta nunca el cacereño de sus averiguaciones. Es lo que les quiero decir: por regla general, comprendíamos al campesino y, si podíamos, tratábamos de ayudarle.

Digo por regla general porque ya se sabe que «donde quiera que llueve se forma barro», y entre los guardias había gente muy preocupada de ascender, de promocionar, de que los hicieran cabos. El que a uno le hicieran cabo en la guardia civil era como sacar el título de ingeniero en la vida ciudadana: una fortuna. A partir de ahí te cogen los ascensos, ya eres otra persona, no un simple número. Para ascender era

necesario un talante duro, ya me entienden, no tener escrúpulos en castigar o en pegar si hacía falta. Y si no hacía falta, pues también. De todas maneras no olviden que nuestro Cuerpo, en esos años por los que ustedes preguntan, tuvo 257 muertos en España y 370 heridos. O sea 627 bajas en total, que como comprenderán no es moco de pavo. ¿Ascensos? Sí. Es posible que sea verídico el número que ustedes dicen. ¿Lo sacaron de Aguado Sánchez? Puede ser, sí, por qué no. Pero si hubo, como dicen, 126 ascensos de guardias a cabo, comparen ustedes números: resulta que justamente hay la mitad de cabos nuevos que de hombres muertos... ¡Y es que aquella vida era la hostia...! ¿Se dan cuenta de lo que quiero decir?

No me extraña en absoluto que los hombres que más tuvieron que ver en el asunto de la persecución de bandoleros se hayan negado a hablar con ustedes. Comprendo también la negativa a enseñarles los archivos. Yo les he oído a algunos de ellos que aún tienen pesadillas producidas por sus recuerdos. A lo mejor estamos un grupo de guardias charlando y sale la conversación de este tema; se acerca uno de aquellos tipos, ya digo, de las contrapartidas, que igual llevó el dinero en varios secuestros, o parlamentó con Machado, o se salvó por los pelos de Gildo, o estuvo en lo de Tama, vaya, en lo que sea... y siempre cortan la conversación: «¡Coño, dejar esas cosas! De eso vale más no acordarse...» O por el estilo.

Aparte de que algunos de ellos aún siguen en activo y, sin permiso de sus superiores, no pueden contar nada. Es muy complicado, por otro lado, que los superiores den permiso para una cosa así.

Yo anduve persiguiendo a los del monte, sí, pero como les digo, a ese aire. No fui un superguardia, como tampoco lo fueron la mayoría de mis compañeros. Alguno presume: «Yo maté a tantos bandoleros», otro «A mí Fulano me saca dos o tres muertos, yo soy el número dos». Pero esos son guardias, no sé cómo decirles, que, aunque pasaron los mismos fríos y las mismas hambres que uno, pues, es difícil explicarlo, esto..., no comprendieron, eso es, no entendieron la tragedia que vivíamos todos.

Juanín no era un gran bandolero. Era

un hombre corriente. Claro que si ustedes le echan literatura a la cosa, a lo mejor consiguen trocarle en un Diego Corrientes o en el Virginiano. Pero la vida que llevaba no era nada literaria, se lo aseguro. Dentro de cien años a lo mejor hay canciones y novelas sobre Juanín, un tipo cojonudo, que engañó a la guardia civil siempre, que era audaz hasta dejarlo de sobra..., no sé, cualquier película de esas. Lo que yo quiero decirles es que su vida no fue de película. Fue muy desgraciado. A lo mejor se pasaba tres días sin moverse debajo de un bardal, al que había entrado reptando como una culebra; o metido en una zanja con el agua tapándole entero, o soportando inmóvil la helada hasta averiguar si aquel bulto que se ve con la

luna es el tocón de un árbol, o un mojón, o un guardia. Las cuevas, por más que digan, las usaba poco, pues las cuevas eran conocidas. En el monte Corona tenía sitios destinados donde guardaba un poco de sal, aceite... En otro una lata de sardinas, chocolate..., cosas así, separadas.

Los guardias entraban reptando por los bardales, una vez, otra, otra, pero topar con un hombre agazapado de ese modo en los montes de esta provincia es como encontrar una aguja en un pajar. A los cuatro matos que entres, ya dices que busque su abuela, que para las cuatro perras que te pagan por un trabajo así...

Por otra parte, era un hombre que actuaba poco. Daba un golpe tal que hoy aquí, y a lo mejor tardaba seis u ocho

meses en volverse a oír hablar de él. Ya se le hacía en Francia o muerto, cuando te daba otro golpe en el lugar más opuesto. Y así siempre, sin dejar rastros.

Por eso tardó tanto tiempo en ser eliminado. Además había pistas falsas. Un día se robaba carne de una matanza y se le echaba la culpa a Juanín, aunque vaya usted a saber quién había sido. Igual pasaba con dinero, chorizos... Hasta de los picos y de las colodras de segar que faltaron de un invernal le echaron la culpa al pobre Juanín.

Luego es que estaba muy enfermo. Ustedes calculen, una constitución como la suya, no demasiado buena, y llevando esa vida que les digo. Nosotros sabemos que muchas temporadas las pasaba en una casa curándose. No en una casa sola.

En varias. Pero era imposible dar con ellas. En Andalucía la lucha antiguerrillera era más fácil porque a lo mejor eran diez, treinta bandidos que se refugiaban en un cortijo. Tantos hombres siempre dejan huellas; demasiada comida, ruidos..., en fin irregularidades. Aquí era más difícil, digo, porque ¿quién encuentra a un hombre solo? ¿Quién va a notar diferencia en nada? iImposible!

Por otra parte, era muy receloso. Tomaba precauciones extremas. Cuando andaba con sus compañeros, si ellos dormían juntos tal que aquí, él se iba a un kilómetro, a dormir solo, sin decir a nadie el lugar. En esto era igual que Pancho Villa: se separaba del grupo y a la mañana siguiente aparecía cabalgando por el lugar contrario al que se había

marchado.

A nadie decía sus intenciones.—Nosotros conocimos a alguna de sus mujeres, de sus queridas o como quieran llamarlas. Cierto día interrogamos a una de ellas: «¿Cuándo viste a Juanín?» «El sábado.» «¿Y la vez anterior?» «El martes.» «¿Y cuándo va a volver?» «No lo sé.» La pegaron, hasta la torturaron. Pero dijo siempre lo mismo: «Hagan lo que quieran. Juanín no dice nunca nada. A donde mí viene, ya lo saben. Pero no les puedo decir cuándo. Porque eso no se lo confía él ni a su madre.»

La pegaron más, pero todos estábamos seguros de que aquello era verdad.

Y eso es todo lo que les puedo contar. No digan mi nombre y, por favor,

no hagan una novela romántica de una historia tan dura. Yo no habré sido un brillante guardia, pero Juanín tampoco fue un bandolero de película. Los dos, como todos, sólo fuimos unos hombres corrientes y vulgares, que sufrimos más de la cuenta.»

4. LA PAREJA

El cabo Rollan y el número Agüero fueron los dos guardias que dieron muerte a Juanín, como ya hemos dicho, en aquel 24 de abril. Agüero, aunque estaba en Liébana castigado y tenía una mala enfermedad de estómago, consiguió con aquel servicio los galones de la Benemérita, con los que la muerte le iba a sorprender muchos años más tarde. No se puede decir que a Rollan y Agüero les faltaran felicitaciones y ditirambos.

A los pocos días de su brillante servicio, don Miguel Serrano Gómez, inspector del Cuerpo General de Policía, autor de una serie periódica de artículos, titulada «Sobre ruedas», habitualmente

dirigida a los automovilistas, escribe para la prensa local el siguiente entusiasmado artículo bajo el título de «La pareja». Empieza citando unos versos de Ruiz de Alarcón.

«Los nobles pechos
a quien obliga el honor
han de mostrar su valor
en los difíciles hechos.»

«Permitidme, mis queridos lectores, que hoy no agote vuestra paciencia con mi «Mundo sobre ruedas». Tiempo tendremos mañana de reanudar nuestras correrías automovilísticas por ciudades y caminos. En este momento no podría,

pues mi pluma quiere rendir un homenaje a la Guardia Civil, esa Institución Benemérita a la cual deseo rendir el tributo que merece por su altruismo. Su celo en el cumplimiento del deber, y lo que es más importante, su alto concepto del honor.

Y no hallaremos mejor ocasión que la que hoy nos brindan los periódicos con la noticia de la muerte de «El Juanín» por una PAREJA de la Guardia Civil.

Quienes de veras aman a la Guardia Civil deseaban que fuese la Benemérita la que capturase al tristemente célebre bandido Juan Fernández, pero nunca pudieron soñar que esa captura se produciría en circunstancias tan favorables para que se nos mostrasen en todo su esplendor las virtudes militares

que adornan a la Institución del acharolado tricornio. Este ha sido siempre el símbolo de la Guardia Civil, como la guerrera roja es el símbolo de la Policía Montada del Canadá.

Y el hecho de que los guardias civiles presten siempre sus servicios por parejas ha traído como consecuencia la consagración de otro símbolo tan conocido como el tradicional tricornio: la pareja.

En la zona de Liébana, del término de la Vega, en el caminó del pueblo de Señas, dos hombres uniformados cumplen con su deber. Vigilan, mientras las personas de buena voluntad descansan para reanudar al día siguiente la interrumpida labor.

Otros dos hombres, armados,

caminan en silencio con itinerario previamente escogido y con intenciones... las de siempre. Son dos bandoleros. Tienen atemorizada a toda la comarca y han demostrado en distintas ocasiones sangre fría suficiente para oprimir los gatillos de sus armas automáticas si alguien se les pone por delante. Con ellos hay que actuar rápidamente, pues saben aprovechar una indecisión del enemigo de una fracción de un segundo de duración, tienen magnífica puntería y, acostumbrados a violar la ley, no les remordería la conciencia si por una precipitación asesinasen a un inocente y pacífico caminante.

La pareja oye ruido. Guarda silencio para mejor distinguir la naturaleza de ese ruido. La arena del camino cruje

rítmicamente y ahora se perciben con claridad las pisadas de dos personas. Podrían ser Juanín y Bedoya, pero quizá se trata de dos que vienen o van al trabajo. Sea como fuera, han de identificarlos, y en esta obligación previa de los agentes del orden está la mayor ventaja de los delincuentes que saben aprovechar las milésimas de segundo para disparar.

Pero en esta ocasión, como tantas veces hemos visto en las películas del oeste, los bandidos encontraron alguien más rápido y de mejor puntería. Paran en seco ante la varonil presencia de la pareja del tricornio; pero no dudan en disparar. Mas de poco les sirve en esta ocasión su habilidad y rapidez. Son los otros más rápidos en el disparo, más serenos en la

puntería y, ¿ por qué no decirlo?, más valientes, pues disparan a pecho descubierto cuando bien pudieron protegerse ametrallándolos tras una irregularidad del camino.

Tenía que ser así: dos contra dps, fuerzas igualadas y aun con ventaja a favor de los bandoleros, que conocían por sus uniformes a sus contrarios, mientras que éstos supieron quiénes venían por el camino cuando ya los tenían encima y con las armas a punto.

Juanín cae mortalmente herido, y su compinche, que en esta ocasión no tiene delante a pobres ciudadanos desarmados, huye cobardemente hacia el monte.

Un caso más de heroísmo para la historia de la Guardia Civil. Y al calificar de héroes a los componentes de esta

pareja sólo hacemos justicia, no exageramos. No es poco el valor que se necesita para reaccionar brava y serenamente ante dos individuos como «Juanín» y «Bedoya».

Conozco y amo a la Guardia Civil, y no quiero dejar pasar la ocasión de manifestar que me sentiría muy honrado si pudiera estrechar las manos de ese cabo y ese guardia que en la ejecución de uno de los servicios más peligrosos e importantes de su vida han sabido demostrar que el honor es para ellos, como guardias civiles, la principal divisa, según les dice el artículo primero de su Reglamento.

Tampoco han olvidado el artículo quinto, pues han sido fieles a su deber, serenos en el peligro y han desempeñado

sus funciones con dignidad, prudencia y firmeza. Ni el sexto, que les obliga a hacerse temer únicamente por los malhechores y enemigos del orden. Y han dejado bien puesto el honor de las armas, de acuerdo con el artículo séptimo.

Con placer nos acogemos a lo dispuesto en el artículo noveno de su citado Reglamento, que nos permite dedicarles este modesto recuerdo de gratitud.»

Todo este articulado de felicitaciones pudiera venirse abajo si se demostrara algún día la tesis sostenida por algunos familiares de Juanín, según la cual, el tiro que mató al guerrillero salió de una simple escopeta de caza de pequeño calibre disparada sobre su nunca por una sombra misteriosa.

5. «USTED HA RECIBIDO DINERO DE LOS DEL MONTE...»

Las carreteras las dejan para los guardias. Y los valles.

Los emboscados en sus desplazamientos van por el monte, y cuanto más agrestes y escarpados, mejor. Cuando se hace una incursión al valle es para aprovisionarse de comida, de dinero, de tabaco. Quizá llevan unos días en Sierras Albas, ya en términos de la Abadía de Lebanza, a 1.500 metros sobre el nivel del mar («no es que en la Abadía de Lebanza den asilo a los criminales, dice Camilo José Cela, lo que pasa es que

no preguntan»). Acaso una tarde escondidos tras los jarales contemplan el espectáculo que, según Cela, es costumbre en aquellas aldeas de pastores: vigilan los mozalbetes del pueblo el acoplamiento del perro y de la perra. Cuando al final de la cópula, los dos animales quieran separarse, no pueden iograrlo, porque «quedan trabados», mirando indefensos a todas partes. Entonces la mocedad con una galga de carro o un largo garrote empiezan a darles entre los dos traseros acoplados golpes terribles, mientras el pobre macho aulla de dolor. En Santa María de Lebanza, sigue Cela, los mozos hacen puntería lanzando sus navajas afiladas, a ver quién es capaz de cortársela al pobre perro que acababa de cumplir

honradamente con su deber de especie. «Dios, cuando hizo el mundo no pudo calcular que las navajas llegaran a abrirse para cortar en seco el amor de los animales» ni que los tomillos y espliegos del pasto sirvieran para esconderse unos hombres de otros.

Es probable que este espectáculo fuera observado alguna vez por los bandidos desde lejos, y, acaso pensaran, que en cuestiones de crueldad unos cardan la lana y ellos llevan la fama.

De allí a Pineda. En Pineda buen agua, cabañas de pastores del valle de Pesaguero, de Cabezón, llanuras inmensas cubiertas de rebaños tranquilos en verano y vacías como desiertos en el invierno. Hay lugares trucheros, por Curavacas y Fuentes Carrionas. En

verano, pastores; en invierno y primavera, absolutamente nadie.

Y de Pineda, por Riofrío, por Aliva, por la Sierra de la Corta, a Sotres, campamento de seguridad bordeando las minas de blenda. Acaso incursiones a Cabrales, a Lebeña, a Valdeón, a Polaciones, a Pernía, los valles, donde siempre hay algún campesino más rico que los otros, al que no se le notan unos miles de pesetas más o menos.

La vida del bandolero ha cambiado la psicología del antiguo campesino que todos llevan dentro.

Se ha roto el binomio hombre-terruño, al que cada labriego se encuentra atado umbilicalmente desde el nacimiento hasta su muerte.

Se ha roto la idea de la pequeña

heredad, como algo que hay que continuar y proseguir para entregar a los descendientes.

Se ha roto el ambiente del hogar, y se cambia por otras pautas precarias, inciertas, dificultosas: la pandilla, en vez de padres, hermanos, esposa, hijos. El invernal, la cueva o la mata, en vez de la cocina, el cuarto, la sobresala.

Hay una ruptura afectiva, que en muchos casos, desemboca en patología sexual.

Se pierde la entrañable concepción de «camino», de «senda» por donde van todos, y se sustituye por el atajo, la serranía, el vericueto.

Esta descripción psicológica que el obispo Guzmán hace de los bandidos colombianos en 1964 puede aplicarse a la

psicología de los hombres que en la montaña santanderina se echaron al monte de un modo definitivo a partir de la guerra civil, como Gildo, Machado, Juanín, Santiago, Daniel, Bedoya y todos los demás cuyos orígenes campesinos fueron trocados por otros bien distintos.

Huyen de las carreteras y de los caminos. Por eso atraviesan barrancos impresionantes para trasladarse de los Picos de Europa a la zona de San Vicente de la Barquera. Por las Peñas de Lebeña, hasta Peñarrubia, hasta Lamasón, sin tropezar a nadie, siguiendo crestas, riachuelos y collados.

—Mire, por la orilla de aquellos eucaliptales, los vimos pasar un atardecer. Tenían por allí el paso.

El lobo, el jabalí, el oso, el corzo

tienen en los montes sus pasos habituales, casi nunca abundantes, a no ser que encuentren alguna trampa o motivos para desconfiar. Lo mismo hacen los bandidos, tratados al fin y al cabo como simples animales de monte.

Cuando se van de Liébana, que no falten las botellas de orujo del país, por si alguno se pone malo del vientre. Que no falten los ramos de flor de té cortados en los puertos, que no falte la manzanilla, la tila, buenas para los resfriados, las gripes, los dolores de cualquier tipo. Que no falte el talego con queso tresvisano, que no falte...

«Si las Peñas de Lebeña
fueran de queso picón,

las habrían derribado
Peñarrubia y Lamasón.»

Sobre todo, que no falte la mente despejada, en lugares forasteros. Bordean Casamaría y Cabanzón. Se descuelgan por los montes de Bielba, y de Labarces. Uno de estos pueblos ofrece buen sitio para asearse, afeitarse y descansar. Han dejado atrás El Trichoriu, Puente el Arrudo, Sierra de Arria. Un descanso de varios días entre Labarces, el Barcenal, Camijanes, Gandarillas, Serdio y la Acebosa, para continuar con circunstancias favorables hacia Valdáliga, donde se presentan muchas cosas que hacer: Roiz, Treceno, San Vicente, El

Tejo, son testigos, una temporada, de sus andanzas, hasta que se esconden en el inmenso Monte Corona, donde se sienten tranquilos y a gusto.

Con base en el Monte Corona operan en Cóbreces, Cerrazo, Novales, Cabezón, Ruiloba, Ibio, San Vicente del Monte.

En cierta ocasión se arriesgaron hasta llegar a Reocín, pero era ya una salida especial, al descubierto, que convenía no volver a repetir.

Por todos estos pueblos hay testimonios de su paso.

Al regreso, a lo mejor venían Nansa arriba, hacia Polaciones, y de allí a Peña Sagra, y de Peña Sagra a los Picos de Europa, otra vez repasando las cumbres al revés.

La guardia civil sabía el itinerario. Lo averiguaba después que los bandoleros pasaban por los pueblos. A veces los mismos emboscados ordenaban a sus familias y amigos que denunciasen su paso a la guardia civil.

—*Que nos persigan, que para eso están; van a morirse de viejos.* La mujer les había dado de cenar: patatas, tocino y leche con borona. ¡Hombres más raros! Ahora mandan que los denuncie. ¡A ver si a la postre, en vez de huidos, son guardias civiles que quieren probar si obedezco o no...!

—*Si los denunciabas, malo. Empezaba el interrogatorio: «¿Por qué fueron a su casa? ¿Cuántas veces los ha visto? ¡No mienta!. ¿Cuánto dinero le dieron? ¿Qué hablaban entre sí? ¡No sea*

cínico! iLe voy a partir la boca!. ¿Por qué no avisó usted en el acto?» Si no les denunciabas y se enteraban los guardias, entonces peor. Había leña a trisca. Cárcel. Destierro. Mire usted, a nosotros nos tuvieron año y medio en Valderredible. No, qué va, no habíamos ocultado nada: simplemente que no nos creyeron la declaración.

El hombre acaba de construir lo esencial de su casa, a orillas del monte de eucaliptus, un poco lejos del pueblo. Tiene unas gallinas, un par de vacas de leche, una vaca pequeña, y su esposa criando de nuevo. No tiene luz eléctrica; nadie del pueblo la tiene, y cuando la instalen, a él le tocará el último, por lo lejos que está de la aldea.

Pasa el hombre largas temporadas en

el Salto del Nansa trabajando y ha conseguido comprar un par de prados verdes, ruines y cuestos, pero capaces para añadir otra vaca más al pequeño rebaño.

La familia se acuesta al anochecer. ¿Qué se puede hacer sin luz en la cocina? Sabe la esposa que un matrimonio joven se va a vivir a Torrelavega.

—Podríamos comprarles el candil de carburo.

—No sé lo que pedirán por él.

—Nos hace falta algo de luz. Cuando llora la cría por la noche no hay manera de atenderla bien. Además necesito coser y lavar la ropa...

—Compra alguna vela, mujer.

—Las de espelma duran muy poco y las otras cuestan muy caras. Anda allá a

ver si te venden el candil, hombre.

Ya tarde, de regreso el esposo a casa, y para no meterse en los charcos hasta la rodilla, trae encendido el candil algunos ratos. Lo ha cambiado por una gallina que mañana entregará pronto a la pareja de emigrantes.

Al día siguiente madruga el hombre para irse a trabajar. Comprueba las ruedas de la bici. Se enrolla la bufanda al cuello y abre la puerta para echar un vistazo a la cuadra, que pronto atenderá su mujer.

—¡Alto!

Del tejado, de la tapia, del terraplén, empiezan a saltar guardias civiles armados hasta los dientes, serios como patatas.

El hombre pone arriba las manos llenas de callos.

—*¿Qué quieren ustedes?*

—*Registrarle la casa. Apártese.*

El hombre aún tiene sueño, no sabe a qué cuento viene aquello, pero despierta de repente:

—*Oiga, perdone, pero mi esposa está en la cama.*

—*Usted delante*, contesta el cabo, ¡*en marcha!.*

—*¡María!.*, el marido llama a su mujer para que se despierte, para que se levante. *¿No pueden esperar un momento a que se vista mi señora?*

— *No. Vamos.*

Lo registran todo, lo dan vuelta a todo. Cuando llegan a la puerta de la habitación, ya la mujer está de pie, vestida, con la niña llorando, en brazos.

—*¿Qué pasa?*

Miran por todas partes, debajo de las camas, en la hornilla, en el pajar.

—*Bien, vamos a ver: ¿Quién entró anoche aquí a las* 10,52 *con una luz en la mano?*

—*Servidor.*

—*¿Cómo que servidor?*

—*Sí, señor. Déjeme que se lo explico.*

El hombre es pródigo en detalles. «Y les debo una gallina, y si no lo creen, pregúntenselo a ellos y...»

El cabo sonríe como guardando una última arma.

—*Muy bien, muy bien. ¿Por qué no les pagó usted con dinero? Usted tiene dinero, no lo niegue...*

—*Yo...*

—*Usted ha recibido dinero de los*

del monte. ¿O se atreve a decir que no?

—Yo, cabo, en mi vida he visto a los del monte.

—Explíqueme si no con qué ha comprado usted esos dos prados, con qué ha hecho usted esta casa...

—Yo me levanto todos los días antes del amanecer, señor. Voy en bici al salto. Tengo un jornal. Mi mujer me ayuda en la casa. ¡Así he conseguido dinero!. ¡Trabajando como un burro!

—Bien, bien, bien. Todo se comprobará; pero tenga usted muchísimo cuidado. Si nos gasta una bromita, va a acordarse usted, hasta del día en que nació. Le advierto.

Indagaron en las oficinas pagadoras del Salto, en varias cocinas, en la villa, a quienes venden materiales de

construcción, a todo el mundo.

Dicen que después volvieron los guardias a visitar aquella casa y le pidieron al hombre que si veía algo en el pueblo, o sea si pasaba por allí la banda de Juanín, les avisara. Que le dejaban allí una escopeta. Y dicen también, que el hombre dijo que no, que prefería mantenerse al margen y que por favor no entendieran mal su negativa. Como le insistieron, aceptó a tenerles informados si veía algo. Pero sin armas ni nada de eso...

6. MUERTE DE LOS GUARDIAS DE CABRALES Y OTRAS AVENTURAS

Aún vivía Machado cuando matan a los guardias de Cabrales, un poco como venganza de las numerosas detenciones y otro poco por meter miedo a los guardias de la región. Se entregan en el verano los vecinos de Sotres. Atracan los emboscados en Cóbreces. A Juanín le es difícil mantener la disciplina. El Tuerto y Gildo actúan a su aire, no hay modo de llevar una acción coordenada.

El uno de marzo, Francia cierra las fronteras a cal y canto escandalizada por lo que los periódicos llaman «derniers

crimes fascistes» del general Franco con «l'assassinat de Cristino García et de ses compagnons». El 5 de marzo, Inglaterra, Francia y USA dan un comunicado en el que dicen que «mientras Franco siga gobernando España, el pueblo español no puede esperar una colaboración de las naciones del mundo, que, con su esfuerzo común, han provocado la caída del nazismo alemán y del fascismo italiano, los cuales han ayudado al Régimen español a llegar al poder y han servido de modelo a este Régimen». Sin querer intervenir en los asuntos internos de España, añade el comunicado, Francia, Inglaterra y USA anhelan que el pueblo español pueda expresar y dar forma a sus aspiraciones políticas; que los patriotas consigan la retirada pacífica de Franco, la

abolición de la Falange, el establecimiento de un gobierno provisional, la amnistía política, la vuelta de los españoles exiliados y las libertades básicas. Si se cumplen estas condiciones se establecerán relaciones diplomáticas plenas y se ayudará a España a solucionar sus problemas económicos.

Sigue el aislamiento político y el bloqueo económico decretado por la ONU al Régimen franquista.

Lo de Cabrales fue cruel:

Vienen un falangista, cuatro guardias y un sargento. Forman la contrapartida. Hay mucha gente detenida, muchos enlaces quemados, muchos desterrados y encarcelados por causa de aquella contrapartida.

Se cuenta que una mujer, denunciada por ellos, fue paseada desnuda por toda la prisión provincial, y obligaron a todos los presos a salir a verla desfilar desde las galerías.

Saben los guerrilleros que la contrapartida viene recorriendo las casas, registrándolas. Saben que por fuerza tienen que pasar por donde ellos han decidido su celada.

El río sólo puede ser atravesado por un puente, y deciden apostarse en él una noche; estar allí el tiempo que haga falta esperando a que pase la contrapartida. Los días son largos; las noches interminables.

Al fin asoma la patrulla. A una señal, el puente se llena de balas y de metralla. Mueren todos sin usar las

armas. Los bandoleros les arrebatan las pistolas, los correajes, las botas y hasta los tricornios. (No sabemos quién le contó a Sorel una noticia sobre Juanín imposible de creer: que tenía una cueva y que en la cueva tenía un museo de 28 tricornios de guardias matados por él, con el lugar y la fecha escritos en cada uno. Juanín era poco dado a liturgias de esta especie y nadie por estas montañas ha oído jamás semejante historia.)

—*Hombre, Juanín era un bromista. A lo mejor los robó por las cantinas o en el Cuartel de la Vega, o vete tú a saber. Pero no,* 28 *guardias muertos por él es un disparate.*

Esto lo dice un capitán. Y él no le cuenta más muertos personales a Juanín que el cabo García, en Ruiloba. Que él

sepa, ni uno más.

Cuando mataron a los guardias de Cabrales, corrieron monte arriba una noche entera. Ya en el refugio, descansaron. Más tarde, una vez relajados de aquella horrible y cansada aventura, hicieron, como siempre, revisión.

—*Nunca debieron cruzar juntos el puente.*

Los guerrilleros, que tenían su propia táctica montuna, jamás lo hubieran hecho así. Se apostaban una noche entera a la vista del puente que querían pasar. Al alba, uno de los hombres se acercaba a él. Observaba cada detalle. Si no había nada raro, cruzaba al otro lado del río, y allí, camuflado, se pasaba el día entero estudiando cada movimiento, por insignificante que pudiera parecer. Sus

compañeros, sin haber cruzado aún el puente, esperaban en silencio hasta la noche. Y entonces, a la hora exacta convenida, la señal del buho preguntaba al vigilante si se podía cruzar o no.

Una villa agrícola, con el mar al fondo. Un atraco en la cantina.

«Cuando sucedió eso, yo estaba navegando y sólo de oídas sé ese atraco. Pero mi hermano lo vio todo. El se lo puede contar con detalles.»

El marino hace ya años que está en tierra. Su hermano tiene una memoria prodigiosa.

«Venía Leocadio de encargar una misa al señor cura, que vive al lado de la taberna. Era entre día y noche y empezaba a lloviznar. Se cubre un poco la cabeza con la chaqueta y camina

rápido. Cuando ya llega a casa del cura, nota que tiene un hombre a su espalda; se vuelve y lo primero que ve es la pistola negra que le mira.

—A la cantina. Sin decir una palabra, porque aquí mismo te achicharro.

A la cantina llegaron los hombres armados dos minutos antes. Habían metido a todo el personal en el cuarto contiguo que se usa los días de feria para comedor.

Hay tres bandidos adentro y otros tres fuera, haciendo la vigilancia.

Aquella tarde había treinta hombres en la tienda, repartidos en varias mesas, jugando al mus. José Luis llevaba en el bolsillo 15.000 pesetas; don Gregorio, el falangista, también tenía varios miles en

la cartera, pero tuvo la picardía de tirarla detrás de la puerta entreabierta. Carlos había ido a comprar unas alpargatas. José estaba hablando con el cantinero sobre becerros y ferias. El cantinero, acababa de morir su padre, era un hombre joven, menudo, bastante nervioso y amable.

—*El dinero vamos.*

—*Está arriba. En la habitación.*

—*Sube delante de mí, por favor.*

El muchacho bandolero es rubio y tiene la mirada clara. Apunta con el revólver, pero su voz es digna y hasta educada.

La madre del cantinero está enferma y dolorida. Desde que murió su esposo apenas sale de la habitación, donde poco a poco la consume la pena.

—*Un favor le voy a pedir: no haga*

ruido. Tengo a mi madre muy enferma.

—Perdone las molestias que le podamos causar. ¿Qué le pasa a su madre?

—No sé. Pena, más que otra cosa.

El joven bandido iba de puntillas detrás del cantinero. Este abrió un armario y sacó un sobre de una caja.

—Es todo el dinero que hay en casa —dijo en un susurro.

Más imperceptible aún fue la voz del bandolero.

—Quiero que comprendas que nada va contra ti. Estamos en un momento difícil. Necesitamos dinero. Esta es una vida dura, que no elegimos nosotros, amigo...

—No, si yo comprendo, comprendo...

—... Que no elegimos nosotros y por la que acaso paguemos con la muerte. Tú eres joven, tienes que entenderlo...

—Yo os comprendo, cómo no. Yo también estuve en la guerra.

Bajaron los dos hombres a la tienda. Enseña el Rubio el contenido del sobre a su jefe.

—¡Tiene que haber más dinero!. ¡Aquí tiene que haber más dinero!. ¡A ver, otra vez arriba!. ¡Quédate tú aquí, Rubio!. ¡A mí no me vas a engañar, tabernero!.

Dijeron más tarde que el jefe era Juanín. Puso la metralleta sobre el mostrador, subió dando voces la escalera, se probó una chaqueta de un armario y pidió dinero, no calderilla, idinero! A grandes zancadas recorrió toda la casa,

blasfemando y dando portazos.

—*Los billetes están en el banco.*

—*Ya lo veremos.*

Registró todos los armarios, tiró la ropa por el suelo, deshizo camas, destrozó un comodín y blasfemó contra todos los santos.

La vieja, dueña de la casa, sale de su habitación.

—*¿Pero qué pasa, Lin? ¿Pero qué pasa aquí?*

Llora la anciana al ver la pistola, la guerrera y el gesto mudo de los dos hombres.

«Nunca podré perdonar a Juanín, si es que fue él, el disgusto de mi madre y la postración en que a raíz de esto cayó. Pero al otro muchacho, el joven, si lo encontrara hoy le daría un abrazo. Me

robó, pero con respeto; fue comprensivo, digno.»

Los bandidos que estaban en la tienda cogieron todo lo que pudieron. Abrieron una botella de sidra achampanada y a mí me obligaron a lomarme un vaso. No lo quería aceptar, pero lo bebí, por miedo a irritarles si me negaba. Dieron tabaco a todos los paisanos, un cigarro a cada uno. Los que no eran fumadores lo fumaron igual. Cargaron todo lo.que pudieron coger —conservas, cuchillos, botellas, galletas, ovillos de bramante, vino— y se fueron...» ¿Juanín, Gildo, el Tuerto? Con los años, en la memoria popular, el capitán, el responsable de todos estos hechos es Juanín.

—No salgan de aquí en dos horas.

Si alguno se atreve a salir de esta casa morirá.

«A mí me llevaron la gabardina», decía uno de los paisanos desconsoladamente.

Al día siguiente aparecieron botellas y latas vacías en el prado de la Pisada. Por los rastros que dejaron se averiguó que habían subido Cotero arriba hasta la Cortina y allí descansaron aquella noche.

Cantadas las Completas, los monjes del cercano monasterio inclinaban, mientras tanto, la cabeza, de uno en uno, ante el padre Abad y despaciosamente se dirigían hacia el dormitorio comunitario.

No había cuartel entonces en el pueblo. Pero a partir de aquellos días se estableció allí un destacamento de guardias.

En Sierra de Ibio —cuentan—, dieron los bandidos una soberana paliza a ciertas mujeres, que, acaso, intentaron traicionarles o acaso se negaron a colaborar, o acaso tenían preferencias por la guardia civil.

En Sierra de Ibio un ganadero acaba de entrar en su cuadra. Le vigilan los emboscados ocultos detrás de los avellanos.

—*¡Bernabé!*.

El hombre, que aún no había empezado a ordeñar, sale a la puerta mirando a todas partes a ver si averigua quién le llama.

—*¡Bernabé!*.

—*¿Qué pasa?*

—*Esto pasa.*

Y cae a tierra Bernabé. Ortiz

acribillado a tiros por una ráfaga de metralleta. Nadie sabe explicarnos los motivos. Ni siquiera remontándonos en las preguntas hasta el tiempo de la guerra civil.

Aquella misma noche vienen los guerrilleros desde Villanueva de la Peña. Aquí viven los Pérez Bustamante, los señoritos del valle, ricos, falangistas, mandamases.

Don Pepito estaba en el pueblo aquellos días.

La gente del contorno llama don Pepito a don José Pérez Bustamante, hoy delegado de Educación y Ciencia en Santander. En toda la provincia le llaman el señor delegado. En su pueblo, don Pepito.

—Nosotros le llamamos don

Pepito... Como es de aquí...

Los guerrilleros se acercan en silencio. Es de noche. Un hombre bien vestido camina hacia la estación. Es bajito, anda a lo señor, tose con elegancia.

—¡*Es él! ¡Fuego!*

Cae el hombre mortalmente herido, mientras los emboscados huyen hacia el monte. No fue don Pepito el muerto, sino el maestro nacional, un leonés casado, ignorante de todo tipo de políticas, a quien los niños respetaban mucho, a quien querían los vecinos.

Hay terror entre la gente laboriosa del pueblo. Nadie sabe explicar aquellas muertes. ¿Venganza? ¿Quién se atreve a salir de noche, aunque haya una vaca pariendo? Nadie sale de casa, todos

hablan en voz baja. Y cuando la guardia civil pone aquellos pueblos en estado de sitio, todo el mundo piensa que lo más probable es otra vez la guerra, aún no del todo terminada...

Aquellas muertes y el cerco internacional a Franco tenía desmoralizados a muchos guardias civiles, a muchos falangistas, al gobierno.

No descuidan los del monte su imagen pública. En la Acebosa, en la cantina al lado de la estación, robaron por dos veces. «Entréguenlo todo, ustedes también.» Campesinos, trabajadores de la vía, van depositando su dinero. Un hombre con la cara oculta recoge desde la puerta los sacos de comestibles, que le iban entregando Juanín y sus dos compañeros que saqueaban la tienda.

Se llevaron todo el tabaco. El tabaco es que les privaba.

—Mire, yo tengo 500 *pesetas. Acabo de cobrar hoy. Estoy aquí de pensión y mañana al trabajo otra vez.*

—Usted quédeselo. Usted es un obrero y nosotros no quitamos nada a los obreros.

Juanín habló muy pausadamente al personal reunido. Que si este se acaba en seguida, que si les disculparan los problemas que la vanguardia del ejército republicano les estaba causando, que esta abnegada vanguardia tenía que comer. Y que, desde luego, esos problemas no eran nada comparados con el gran daño causado a todo el pueblo por el ejército fascista y su dictadura.

—Hablaba muy bien y nos pareció

un hombre educado y amable.

En el puente de Cabrales, donde mataron a los cinco guardias, habían dejado los guerrilleros escrito: «El Ejército Guerrillero de la República ejecuta así a los verdugos del pueblo.» En todos los sitios donde atracan, dan un mitin, reparten una octavilla, ofrecen una explicación.

La gente que les escucha manos arriba sólo comprende una cosa: «Tienen que comer. Pero no deberían matar. Ni atemorizar al personal.»

El clima de violencia se hizo en algunos puntos insoportable, aunque no tanto como se llegó a imaginar Lucía desde San Sebastián.

Lucía estaba de criada en una casa rica, y cierta mañana, mientras fregaba el

pasillo en silencio, el señorito la observaba con extrañeza:

—*Lucía.*

—*Mande, señorito.*

—*Pase al despacho.*

Se apresura la criada a secarse las manos en el delantal.

—*Lucía, lee esto.*

Lucía mira en silencio el periódico. Lo primero, las fotos: «¡Ay, mira, qué ideal! ¡Potes!» Lucía lleva dos años sirviendo en San Sebastián y acaba de aprender a decir «ideal», y palabras así.

«Ay, mira, el templete de la música, la torre y los picos.» Suele mandar cada dos meses el sueldo entero a casa, menos si hay que comprar algo de ropa. ¡Y lo que hace ya que no ve a la familia! «Ay, mira, la carretera que sube al pueblo de

una.» Casi se le llenan de agua los ojos.

—Lee en voz alta.

El amo, el señorito no le quita los ojos de encima.

—Te-rroren los Pi-cos deu-ropa-los-te-rro-ris-tas-del-comu-nis-motie-nen-a-te-mo-atemo-ri-za-da-atemerizada la pa-cí-fi, la pacífica y la-bo-rio-sa po-bla-ción de

-Trae, Lucía, déjame a mí: «...de estos bucólicos valles santanderinos. Las gentes están desmoralizadas, su economía quebrantada, las mujeres ya no pueden salir solas al ganado ante el peligro de ser violadas y asesinadas por la feroz banda de forajidos comunistas...»

—Ay, Dios mío.

—...Comunistas que tienen amedrentados a grandes y pequeños, a

ricos y pobres. La heroica guardia civil, a pesar de sus esfuerzos, no consigue reducir la...»

—Virgen Santa de Brezo, madre mía.

—«... Reducir la cooperación que algunos labriegos sin escrúpulos, embaucados sin duda por una propaganda y unas promesas que sólo gente sin preparación moral ni intelectual puede creer, aceptan colaborar con los bandoleros más sanguinarios que recuerda la bella tierra de la Montaña.»

El señorito mira a Lucía con severidad.

—¿Cómo son capaces sus paisanos de una cosa así? ¿No han tenido ya bastante con la guerra? ¿Qué es lo que quieren ahora?

El padre de Lucía había muerto en aquella guerra y en su casa se pasa hambre. Dos muchachos hermanos suyos están malos del pulmón. Lucía calla porque no sabe qué contestar y llora desconsoladamente. Después, mientras sirve la comida, los niños del señorito le preguntan también que si conoce a los bandoleros, que cómo cree ella que se esconden, que si se atrevería a ir de vacaciones en verano.

A Lucía pronto le escribió su madre: «...y tú no te preocupes por eso que dices de los huidos, que con nosotros no se meten ni hasta la fecha nos han molestado para nada; los guardias sólo registraron la casa un día y Pepín va mucho mejor, pero Gerardo tiene la tos ferina; también tuvimos que subirle al

puerto para que le diera el aire envuelto en una manta le subió tu tío Gonzalo no sabemos cómo le sentará pero parece que un poco sí mejoró que anoche ya durmió el chiquillo de otra manera...»

Cuando Lucía oyó hablar muchos años más tarde de la ETA y del terror que vivía el pueblo vasco, siempre se acordó de aquel periódico que describía su tierra como un infierno. Y de la carta de su madre. Y del viaje de verano, cuando vino por San Pedro, para ayudar a la hierba, no para las vacaciones, que se pasó todo el viaje rezando el Santo Rosario, con el fin de que los bandoleros comunistas no le quitaran los cien duros que traía en el escote.

—Por lo menos, a los vascos su «terrorismo» les salió rentable, dice

ahora Lucía. *Les han dado todos los mimos para que se estén quietos. Nosotros, cada día más atrás.*

Decíamos que aquel verano se entregaron también los sotrianos que habían huido al monte a causa de los acontecimientos de Pandébano.

Mucho se alegró toda la gente del acontecimiento. Doce personas habían vuelto a la normalidad, y sobre todo nadie les molestaba con interrogatorios, ni con torturas, ni con cárceles.

Pero la vuelta a casa de aquel pueblo arriesgado no se hizo sin laboriosas gestiones de parlamentación negociadora. La guardia civil daba garantías.

—Queremos que venga para hablar con nosotros el cabo don Fulano. Sólo

nos entregaremos a él, y si él da las garantías.

—Ese cabo no está en Cabrales. Lo han ascendido.

—Pues si no es a él, no nos entregamos.

Este cabo había dejado una gran huella humana de seriedad y honradez en su convivencia con los vecinos de aquellos pueblos.

—Era un hombre comprensivo y justo. Lo demostró siempre cuando estuvo aquí.

El guardia vino desde lejos. La conversación tuvo lugar en una cotera, junto a los cimientos de una cabaña. El lugar estaba bien escogido. Los que vinieron con el guardia y el emboscado no se veían entre sí. Pero los dos grupos

vieron a sus representantes discutir hasta ponerse de acuerdo.

El guardia empeña su palabra, y trae autorización para empeñar también la del Benemérito Cuerpo de la Guardia Civil.

Cuando se va, el sotriano habla con los suyos.

—Que sí, que de acuerdo. Todo está arreglado. Que nadie se va a meter con nosotros.

—¡Volvemos a casa!

—¿Y si no lo cumplen? ¿Y si Se vuelven atrás?

—Entonces será la guerra. Y más pierden ellos. Pero eso es imposible.

Tirios y troyanos respetaron lo pactado.

Un caso de autoridad moral y política de los que, lamentablemente,

podemos encontrar muy pocos en esta historia.

La unidad, cada vez más difícil y complicada en los grupos de emboscados, acabó rompiéndose a fines de 1947. Gildo y Tuerto ya actúan cada uno a su aire. Juanín, enfermo, se refugia en casas amigas. Toda la organización se descompone. Algunos compañeros se pasan a la guerrilla de León. Otros preparan el modo de escapar a Francia; ya en la frontera cae entre otros José Robledo, un muchacho que participó en los atracos de Polaciones y que se había echado al monte por amor contrariado, por celos y porque no resistía la disciplina o el hambre de la mili. El mismo Maqui, al ver que su acción política no daba más de sí, quiso probar

en Asturias, donde murió al poco tiempo.

A finales de ese año 1946, tan rico en acontecimientos, Franco envió a los responsables de las contrapartidas un mensaje confidencial:

«Teniendo en cuenta la intervención de representantes diplomáticos de naciones acreditadas en España, con motivo de algunos juicios celebrados contra elementos detenidos por actividades comunistas, contra la seguridad del Estado y el buen nombre de la patria, se hace saber que en lo sucesivo las fuerzas de represión de actos de sabotaje y terrorismos aplicarán con rigor el castigo que corresponda a todo detenido con las armas en la mano o convicto por actos de esa naturaleza. No habrá, pues, prisioneros a menos que

haya testigos sospechosos o se produzcan circunstancias que puedan dar lugar a una posibilidad que aprovechen nuestros enemigos» (Andrés Sorel).

En Potes se entrega a la guardia civil un cuartel flamante construido por los presos de Regiones Devastadas. Hay otras obras terminadas ya, todas de piedra, del más brillante estilo franquista, que llaman la atención de la gente: el puente nuevo, la plaza con sus edificios, los portales con sus arcos, las casas de San Roque, el grupo del Campo, el matadero, las escuelas, el Preventorio, la Caseta, el ferial, el alcantarillado, los retretes públicos bajo la plaza, últimamente utilizados para exposiciones frutícolas, y algunas partes de la torre que tuvieron que ser reparadas.

Los acontecimientos de este período 1945-1946 que quedan reseñados son los más violentos que realizaron los guerrilleros antes de su destrucción. 1947 supuso una etapa previa a la eliminación del grupo guerrillero del occidente cántabro. Sus miembros se reunían únicamente para dar golpes aislados. Hartos de andar por montes, cada uno de ellos se había aclimatado a un punto donde encontraban la existencia más llevadera.

Juanín pasaba largas temporadas de reposo en casas de amigos. Todos estaban algo enfermos y cansados. Juanín, tanto como cualquier otro. «Cuídate, muchacho; cuídate que estás muy jodido», le había dicho el médico, que poco después de reconocerle, dio cuenta a

la guardia civil.

«Mi deber de médico es reconocerte, mi deber de ciudadano es denunciarte.» Le dieron la razón los emboscados. «Usted denuncie, sí, pero mañana por la mañana.»

Entretanto cientos de vecinos de los pueblos de Val de San Vicente estaban encarcelados, familias enteras detenidas. En un pueblecito llamado Gandarillas pocos quedaban libres.

Entre Serdio y Estrada, en el caserío de Las Carradas, habitaba una de tantas familias que acogieron a los emboscados. Gente hospitalaria, bondadosa y alegre. Doña Julia y su hermana trabajaban en Santander. Sus hijos e hijas, en el campo. Zoila, Quena y Teresa cosían para todas las gentes del contorno. Paco y Fidel se

encargaban de las cinco vacas de la cuadra. Fidel era un niño. Paco, fuerte como un toro, trabajador, juerguista, algo fanfarrón, hermoso y enamoradizo, atento siempre a ganar un sueldo, tenía dos o tres novias en el contorno. Tenía además bicicleta, y vivía despejadamente. Paco contaba con amigos por todas partes, y si alguien necesitaba un favor, lo que fuera, en «Las Carradas» tenían una cosa. «Si le pedías a Paco la camisa, la camisa te daba.»

Si los emboscados entraron en las Carras, no fue por simpatía política de sus moradores ni, como había sucedido otras veces, por coacción, sino por aquella espontánea liberalidad, salero y talante hospitalario de los Bedoya.

V. Aquel muchacho te daba hasta la camisa.

I. JUANIN DE LOS BOSQUES

Entre los años 1947 y 1952, la guerrilla decae, el desaliento político se apodera de todos y cada emboscado estudia el modo de ir sobreviviendo lo más escondida y confortablemente posible.

Juanín vive en solitario, cada temporada en un sitio. Se hace invisible; se pasan meses y meses sin oírse hablar de él, cuando vuelve a llenar las conversaciones lo hace míticamente, por haber burlado las vigilancias de un modo casi imposible. El mito va creciendo. Es sn su pueblo de la Vega donde más

tiempo reside. También en la zona de Udías. Y en Val de San Vicente. En Serdio se encariña Juanín con Paco Bedoya. Bedoya está impresionado por su vida y sus ideas. Juanín era un ídolo para muchos adolescentes, y Paco Bedoya no fue una excepción.

El mito mezclaba verdad y fantasía: aventuras novelescas y realidades sórdidas. Había dos Juanines: el pobre y tímido enfermo perseguido de la verdad, y el astuto, invisible e inmortal de la fantasía popular. Casi imposible resulta hoy separar el uno del otro, pues juntos convivieron hasta más allá de la muerte.

Imbuido de su propio mito, Juanín arriesgaba en un más difícil todavía encuentros novelescos con la guardia civil.

En Cabezón corre la pareja detrás de él, pisándole los talones. Juanín, ligero como un gamo, les saca cierta ventaja. De todos modos, le alcanzarán, pues está malo y se cansa pronto. De repente ve venir a su encuentro un anciano que trae pesadamente a cuestas un gran colono de hierba verde. El colono casi le tapa la cara.

—*Traiga, paisano. Yo se lo llevo.*

Los reflejos de Juanín son inmediatos y le sacan del apuro siempre.

—*Deja, hijo, deja.*

—*Traiga, he dicho. Ahora nos cruzarán los guardias. No se le ocurra a usted decir ni una palabra. Usted lleva sólo el dalle y el rastrillo. Y a callar.*

—*¿Pues quién eres tú?*

—*Juanín.*

—¡Me valga Dios!

Vienen los guardias sudorosos. Juanín se ha quitado las cosas que puedan identificarle. El viejo mira atónito hacia adelante y hacia atrás.

Antes de que los guardias digan una palabra, ya Juanín se dirige a ellos:

—Coño, ¿pos qué pasa hoy que to Cristo va corriendo? —finge la voz y le sale más bronca, más ruda. Los guardias se detienen.

—¿ Por dónde se ha tirado?

—¿Quién? ¿Ese que iba corriendo? ¿Igual van detrás de él?

—¡Es Juanín, maldita sea!.

—Pos perdía el culo, guardias. Iba que perdía el culo. Jadeaba, ¿verdad, padre? A lo mejor le alcanzan si corren mucho.

Cuando los tricornios se ocultan tras las curvas húmedas del camino, Juanín, sonriente, entregó la hierba a su dueño, que aún le miraba atónito, y se perdió entre los espinos para otra larga temporada.

Las paredes de Santo Toribio de Liébana aparecían con pintadas de Juanín, sobre el caciquismo, las ambiciones de algunos guardias y otros problemas del valle.

«Los galones de tu guerrera, Manolo, están colgados del cañón de mi pistola», escribió una vez en el mejor estilo western. Manolo era un guardia joven y había dicho que andaba a ver si, persiguiendo a Juanín, conseguía el ascenso a cabo.

Mucha gente le veía por el monte. O

al menos eso decían. En muchos pueblos de la provincia informan al viajero: «Aquí tuvo Juanín un hijo.» «Fulana era querida de Juanín», «En tal pueblo bailó con la hija del capitán y luego la acompañó hasta casa», «En Villapresente invitó a tomar el café al cabo de la guardia civil». Al cabo de la Vega le mandaba papelitos firmados.

«Querido cabo: ¿Dónde estabas anoche a la una y cuarto? Por si no lo recuerdas, te lo voy a decir. Tan cerca de la boca de mis pistolas que tuve que apartarlas para que no te rozaras con ellas. ¿No lo crees? Vete a la Peña del Seju y lo comprobarás. Tu amigo, Juanín.»

El mismo cabo trajo un perro adiestrado, de los primeros que empezaba

a tener la guardia civil.

«Querido cabo: Si estimas en algo a ese perro tan bonito que tienes, no andes sacándolo mucho de casa. Sentiría tener que matarlo. Juanín.»

Una noche —dormían las guardias— llaman a grandes golpes a la puerta del cuartel. Salen y no hay nadie. Sólo un papelito pegado en la puerta de madera verde:

«Queridos amigos: He venido a despertaros porque os estáis volviendo unos holgazanes. No pensáis más que en comer y en dormir, y eso es malo hasta para la salud.

Firma, vuestro amigo, Juanín.»

En otro pueblo cuentan que un mismo hombre tenía hospedados a los guardias en las habitaciones del segundo

piso y a Juanín en el pajar contiguo.

Por los montes de Tresviso, en las cuevas del queso picón, en las casas de los amigos y en los refugios aún no quemados, Gildo hacía una vida también muy poco aventurera y tranquila.

De cuando en cuando pensaban un atraco y se ponían de acuerdo para llevarlo a cabo juntos.

—Juan, vamos a por unos paisanos de Herrera de Ibio que tienen más dinero que Dios.

—¿Quiénes son?

—Los Pérez, ¿no te acuerdas? Tienen una casa despampanante.

—Sí, me acuerdo. Pero a esos ya los atracaron los del Gitano de Reinosa una vez.

—Todavía les queda munición para

nosotros, no te preocupes.

—La condición es la de siempre.

—De acuerdo.

La condición que ponía Juanín a Gildo siempre era que le dejara a él dirigir la acción. El tresvisano era impulsivo, reflexionaba poco, siempre hablaba a voces; todo lo quería hacer por la fuerza. Diez años en el monte y tanta muerte a su alrededor le habían hecho un hombre ya casi sin sensibilidad.

Juanín planea todo muy bien y con mucho detalle. Luego se lo explica a Gildo. A Gildo los detalles le traen sin cuidado.

—Tú me vas diciendo.

—No, te esperas y lo escuchas ahora. Hay que prevenir todo bien.

—Joder, qué paliza.

—Gildo, tiene que ser secuestro.

—¿Pero por qué? ¡Mira que tienes manía! Eso no es más que complicar las cosas.

—Tiene que ser secuestro, Gildo.

—Ya sabes que no me gusta.

—¿Tú crees que van a tener dinero en casa? Lo tendrán en el banco, ¿no?

—Esperamos a la feria de los Santos.

—Bien, lo haremos así: si tienen bastante dinero en casa, atraco. Si no, secuestro. Pero una vez allí me haces el favor de obedecer y de callar.

Hacía frío la noche víspera de Todos los Santos. Helaba. Los paisanos tenían pereza para salir de las cuadras donde se estaba caliente. Los tres hermanos Pérez, riquísimos ganaderos, dueños

prácticamente de todo el pueblo —casi todos los vecinos trabajaban para ellos—, llegan a su casa, y el más pequeño de los tres se queda el último para cerrar el gran portón de madera.

Saltan Juanín y Gildo, metralleta en mano, de las tapias del patio. El hermano pequeño huye. Los otros dos levantan los brazos y —«vamos adentro»—, son introducidos en la inmensa y rica casona para discutir el asunto.

Les enseñan el dinero que hay allí. No es bastante y Juanín señala al más joven de los dos: «Pues te vienes tú con nosotros, hasta que tu hermano Angel nos entregue las 50.000 pesetas.»

El mozo tiembla. Angel Pérez es mayor y estuvo toda la guerra combatiendo. Le agarró el Alzamiento en

Zaragoza y después hizo toda la campaña con los nacionales. Ya nada le asusta, pues ha visto la muerte muy cerca varias veces, aunque ninguna lo bastante como para acobardarle.

—¿Os da igual que vaya yo? Mi hermano es muy nervioso y todavía es muy joven para...

—Sí, hombre, ¿por qué no? Yo decía que fueses tú a llevarnos el dinero porque hay que ir hasta Comillas en bici y aguantarás mejor que él.

—Puede ir mi primo Angel.

—No —Gildo está nervioso—, *no, mecagüen tal, no se empiece la cosa a joder. Como estaba pensado al principio. El chaval, si tiene miedo, que se aguante.*

—Calla, Gildo. Tú, a callar. Aceptado: puede ir tu primo. Pero

entiende bien tú, chaval, cómo hay que hacerlo. Tienes que salir de aquí mañana por la noche en bici, con el dinero. Ir por Santa Lucía, a Comillas y luego volver por Mazcuerras. Ya estaremos nosotros en algún sitio.

El muchacho lo ha entendido muy bien y abraza a su hermano antes de partir.

—¡El dinero, en billetes de cien! Cincuenta mil pesetas, ¿eh? Ni una menos.

—Todo está entendido, no se preocupen.

Está cayendo una helada brutal. Juanín suda. Es el primer secuestro que organiza y está nervioso. Gildo jura a voces y esto enerva más al lebaniego. «*¡Que te calles, Gildo!* » Salta una cerca

y corre hasta la próxima. Gildo y el secuestrado van detrás. Si todo va bien hace una señal de que Gildo y Angel le sigan hasta allí. Hay que saltar una pared de piedra para atravesar un prado cerrado. Juanín ha debido de oír algún ruido porque se agazapa durante tres cuartos de hora hasta que está seguro de que no hay peligro.

—*¡Qué coños te pasa?* —Gildo ve que Angel va cojeando.

—*Se me rompió esta alpargata.*

—*Juan, esto ya es la leche. Pues vaya organización. Así no se puede. ¡Yo lo organizo todo, yo lo organizo todo...¡Mira, ha venido en alpargatas. ¿No tenías zapatos o botas, coño?*

—*No me disteis tiempo para calzarme.*

Se acerca Juanín con el dedo en la boca: «Te he dicho que te calles. Se te oye todo.» A continuación, con la tela de su propio zurrón, arregló en un momento la alpargata del secuestrado. Angel Pérez tirita y sus dientes castañetean.

—¿Tienes frío?

—Un poco, sí.

—Ponte esta gabardina mía.

—¿Y tú?

—Bah, yo estoy acostumbrado al frío y a todo.

Sin pájaros nocturnos, sin ladridos de perros, sin que las sensibilísimas orejas de las vacas y los bueyes de los establos despertaran, sólo se oía la verdinegra canción del río Saja, bajo la helada.

Atravesando el río, entran en una

cabaña. Se está bien en el pajar, todo lleno de hierba seca, olorosa, acogedora.

—*Vaya una vida cabrona la vuestra.*

Angel Pérez lo dijo por decir algo; sus palabras eran un modo de solidarización.

—*¿Quieres un poco de chocolate?*

Angel Pérez ni afirmó ni negó. Pero pronto empezó a engullir onzas hasta acabar una tableta él solo.

—*¿Por qué no os pasáis a Francia? No esperaréis que cambie aquí el Régimen, ¿eh?*

—*Cambiará, amigo, cambiará.*

Juanín, mientras Gildo echaba una cabezada, explicó a su secuestrado que, con aliados o sin ellos, Franco iba a durar muy poco, con todo el mundo en contra y con todos los trabajadores españoles a

disgusto.

A las dos horas, Juanín despertó a Gildo, dio la orden de abandonar la cabana y llegaron hasta una cantera en pleno monte de Santa Lucía. No había parado de sudar y se encontraba muy intranquilo.

Bajo unos árboles, al lado de la cantera, estuvieron controlando desde el amanecer todos los movimientos del valle. Era el día de los Santos y en Villanueva y Virgen de la Peña las mujeres ya desde la mañana estaban poniendo flores en los sepulcros de los cementerios. Juanín prestaba de vez en cuando sus prismáticos al secuestrado.

—Mira, por la carretera de Cabezón. En el cruce. ¿No son los guardias?

—Sí.

—A ver si tu hermano ha hecho el tonto y nos ha denunciado...

—No creo.

—Es que entonces tendríamos que matarte. Y eso...

—No te preocupes que a mí los guardias no me buscan ahora.

Desde el monte se ve a los chiquillos jugando al «esconderite», hay un rumor de aros rodando; de cuando en cuando braman las vacas en los pesebres. Doblan las campanas de las iglesias y, al atardecer, se pueblan los ementerios de cantos fúnebres. Comienza, melancólicamente, la noche de Animas, llena de prestigios antiguos.

La luz de una bicicleta sube despaciosamente desde Herrera.

—¿Será tu primo?

—Casi seguro. Viene despacio, como habéis mandado.

—Sí, es, sí. Escucha. Cada poco rato toca el timbre, como está convenido.

Bajan al puente de Santa Lucía los tres hombres. Paran al ciclista. «¿Traes el dinero?» «Sí, aquí está. ¿Y mi primo?» «Aquí le tienes.» «¿Estás bien, Lin?» «Sí, bien» «... Y yo que pensaba que tendría que ir hasta Comillas...» «Nada, hombre, para qué tan lejos.» Va Juanín recogiendo dinero en billetes de cien. «Venga, venga, más de prisa, trae pa'ca.» Interviene Gildo, metiendo dinero en el bolso. «Venga, de prisa, de prisa, que aquí no podemos estar.» Cogía billetes Gildo, cogía Juanín. Cuando se acabaron, dieron la orden de marchar.

Sólo se llevaron 30.000 pesetas. El resto hasta 50.000 no lo cogieron porque el primo lo llevaba en otro bolsillo. Parece ser que se pusieron nerviosos, cogiendo el uno y el otro sin contarlo.

—*Venga, iros.*

Montan los dos primos en la bicicleta y, cuando ya casi están dejando atrás el puente, les detiene la voz de Juanín.

—*¡Eh, Angel, espera!.*

—*¿Qué?*

—*Espera.*

Viene Juanín corriendo. «¿Qué querrá ahora? El resto del dinero, claro. Se habrá dado cuenta y se va a cabrear por no entregarlo todo.»

—*¿Qué quieres ahora?*

—*La gabardina, que es mía.*

—¡Ah, sí, la gabardina!. Ni me daba cuenta que la llevaba puesta.

—A mí me hará más falta que a vosotros, ¿o no?

Cuando llegaron a casa, Angel y su primo tocayo, recién liberado detrás, estaba esperándoles el teniente de la guardia civil. A petición de la familia se abstuvieron los guardias de intervenir en el asunto, mientras duró el secuestro y tan sólo actuaron cuando ya la víctima del mismo estaba en casa, con lo que resultó muy bien.

No usaron el mismo procedimiento para otro secuestro: el del indiano de Piedrasluengas. Y entonces todo salió mucho peor:

Cuando en las Peñas de la Hoz, el coche que tenía que traer el millón pedido

por el rescate del indiano se paró al encontrar la rama de chopo convenientemente cruzada en la carretera, el bandido que se acercó a recibir el dinero voceó desde la oscuridad: «¿Traéis los cuartos?» «Sí.» «Encended las luces de alante.» En el coche venían guardias civiles y traían un maletín con periódicos, no con dinero. No era eso lo convenido. Pero el tresvisano emboscado era también inteligentemente desconfiado: «¡Sal con el dinero y pasa despacio por delante de los faros! ¡Enséñame la bolsa!... ¡Bien, quédate ahí parado!» Los guardias, agazapados en el asiento trasero, aguzaban el oído y preparaban puntería. Todo estaba saliendo a pedir de boca, y los jóvenes guardias, creyendo que habían engañado a los del monte, ya

saboreaban el ascenso anticipadamente. «¡Quieto ahí delante de las luces! ¡A ver, las cuatro puertas del coche abiertas! iLas luces encendidas!» Silencio. Tensión. Un nudo en la garganta atenazaba a los ocupantes del coche. «iLuces encendidas, puertas abiertas!», tuvo que ordenar de nuevo el bandolero. Delante de los faros, al guardia le flaquearon las piernas y se tiró al suelo. El emboscado desapareció rápidamente en la noche, gritando: «¡Hijos de puta! ¡Mátale!» Un poco más arriba, en el Cotejón, la curva que da vista al pueblo más norteño de Palencia, al final de una enorme «ese» de carretera abierta, un golpe seco acabó con la vida del indiano rehén. Desde la ventanilla, uno de los guardias disparó a una silueta medio adivinada y, según les dijeron más

tarde, hizo blanco sobre el bandido que cuidaba al rehén, pues les consta que fue curado después en Toulouse.

El indiano fue enterrado provisionalmente en Piedrasluengas, en una caja metálica, pues sus familiares quisieron llevárselo después a su lejana tierra.

—Por un millón de pesetas, ihaber dejado morir así a mi hermano!

Lloraba una elegante señora en el cementerio. No estuvo de acuerdo la gente en el modo como se llevó a cabo esta operación por parte de la guardia civil. Y según hemos podido detectar dentro del mismo cuerpo, ya entonces hubo malestar entre compañeros y jefes. Esta táctica no daba resultado.

Un pastor extremeño, de los

llamados en aquellos contornos borregueros, pues cuidan en Peña Labra y Tres Mares hermosos rebaños de borregas de sus amos cacereños, cuenta que él, guiado por el mastín nervioso, se acercó hasta la misma boca de la cueva donde tuvieron al indiano, esperando el rescate.

—Me mandaron alejarme de allí. Me amenazaron si se me ocurría decir una sola palabra de lo que había visto. Yo marchaba a buen paso un poco asustado. Pero pronto me alcanzó uno de ellos y me invitó a tabaco, comida y vino. Se sentó a mi lado y empezó a contarme cosas de política. Me pidió que le describiera cómo era mi tierra. Hablé de los latifundios, de los señores, de la pobreza, de la emigración. Se interesó

mucho por todo lo que le estaba explicando y me preguntó si conocía la historia de Dionisio Tellado, un maestro madrileño, según me dijo, guerrillero en mi tierra, audaz e inteligente. Se llevó una gran sorpresa cuando le dije que nunca había oído hablar de él. Saqué la impresión de que aquel joven pensaba que toda España estaba ocupada por guerrilleros.

Pasaron muchos años antes de que yo contara nada a nadie de lo que había visto, en la cueva y de lo que me dijo aquel chaval.

No fueron estos los únicos días que en la montaña perniana, limítrofe de Santander, hubo secuestros como el que acabamos de narrar.

En San Salvador de Cantamuda, muy cerca de la abadía de Lebanza, fueron secuestrados en fechas y años distintos los dos hermanos propietarios de la panadería Campa, socios al mismo tiempo de la explotación de una mina en la zona de Areños.

Fue dificultoso su rescate. Se creyó ver implicaciones en las personas más extrañas, y a punto estuvieron de dar orden al Regimiento San Marcial de Burgos de que batiera toda la cordillera.

Los dos rescates restaron a la familia más del millón de pesetas. Entre las escobas de la Venta Pepín, o en el término de Areños, estuvieron ocultos hasta tanto que el rescate fue entregado.

Perdieron mucho dinero, pero al menos salvaron la vida.

En octubre del 48 «Nuestra Bandera» razona para los militantes del Partido Comunista la decisión dolorosa de abandonar la guerrilla. Dolorosa para un partido que había sacrificado sus mejores hombres en una lucha exigida por los tiempos. Si se puede reprochar algo al Partido, dice el escrito, es no haber puesto antes punto final a una experiencia fracasada. Las causas de este fracaso son antiguas: la terrible derrota del año 39, el perfeccionamiento a que ha llegado la represión, la pasividad de los otros demócratas no comunistas, la mala situación internacional.

2. YO ESTUVE EN LA CARCEL CON BEDOYA

«Lo recuerdo perfectamente. Venían a montones de aquellos pueblos del Bajo Nansa y del Medio Saja. Un delito común para todos: haber dado acogida a los maquis o ser simplemente sospechosos de ello.

Yo llevaba tres años en la cárcel. Yo podría hablarles a ustedes de toda la insurrección santanderina, si me permite llamarla así. Yo conocí a Ferroviario, a Tampa, a Rada, a Joselón, al Gitano, a Mateo Obra, al Cariñoso, al Vasco, a Carvallo, a todos. Estuve nueve años escondido en el monte. Yo había sido del

PSOE. Estaba condenado a muerte. Logré escapar diez horas antes de ser fusilado, pero ya me habían arrancado las uñas de las dos manos. De tanto andar escondido en las cabanas pasiegas me encontraba agotado/destruido. Cuando me lo propuso el partido, intenté tomar un barco en Laredo para pasar a Francia, pero me falló el enlace y no hubo manera de llegar a la costa. Fui detenido y encarcelado. Me llevaron a la Prisión Provincial, y fue así como conocí en los años 47 y 48 tantos hombres campesinos increíblemente maltratados.

Con esto quiero decirles que sé al pormenor la vida de los emboscados de la provincia.

Uno de los detenidos que llegaron en el año 48 fue Bedoya. Paco Bedoya.

Recuerdo mucho a ese muchacho porque yo hablé bastante con él. De su comarca había mucha gente con nosotros. A Bedoya, que entonces era un chaval, le gustaba mucho hablar de mujeres. De diecisiete años, había tenido un hijo con una chica de su tierra que se marchó después a la Argentina. Con su pelo ondulado, sus largas pestañas, su fortaleza, su gracia, ninguna chica se le resistía. Del hijo de Bedoya he oído decir que llegó en Buenos Aires a ser ingeniero agrícola y que además ignoró hasta el momento de su matrimonio quién había sido su padre real. Recuerdo que Bedoya se sentía orgulloso de su éxito con las mozas, y sus convecinos en la cárcel le decían: «Semental, Bedoyón, que eres un semental y las has hecho muy gordas.»

Por otra parte, era dicharachero y chistoso. Si se hablaba de política, no se andaba con bromas: «Hay que cortarles el cuello a estos cabrones.» Si acaso entre los presos hablábamos del futuro o contábamos nuestra historia a los compañeros, Bedoya se exaltaba: «¡Pues yo soy amigo íntimo de Juanín y del Maqui!» Sin ser fanfarrón, le gustaba mostrar que estaba en el ajo, que su andadura militante estaba a tono con todo lo que allí se decía. Yo creo que exageraba y, si no fuera por los palos que llevaba, pronto hubiéramos dejado de tomarle en serio.

Le pegaban mucho. Pero no más que a otros. Había un vecino suyo, un chico muy simpático, Iturbe creo recordar que se apellidaba—, chistoso, elegante, muy

bien visto en la prisión por los jefes. Le llamábamos pelota y todo lo peor, pero fue un chaval que con el grado de influencia que consiguió favoreció a sus paisanos todo lo que pudo. Estaba como de encargado en la enfermería y curaba las espaldas de los que eran machacados en los interrogatorios. Una vez me dijo que de todos los que había visto aporreados, ninguno le había impresionado tanto como Bedoya.

«Yo, cuando salga de aquí, me voy al monte con Juanín.» Este era el tema constante de Bedoya. Nosotros, los socialistas, y los mismos comunistas le hacíamos ver que eso era un disparate y que ya no quedaban guerrilleros en España. Le queríamos dar a entender que todo estaba perdido en cuanto a lucha

armada, que había que intentar otro tipo de estrategias: introducirse en el sindicato, en los barrios obreros, en las fábricas, pero él, necio: «Pues no sé vosotros, pero yo me voy al monte con Juanín.»

Un día, hablando con él, me explicó sus proyectos de lucha armada, aprendido a mi entender de los manifiestos y los programas guerrilleros de años antes.

Bedoya hablaba bastante de su familia.

-*Tengo dos primas que, por suerte, marcharon a Cuba antes de que empezara toda esta mierda de las detenciones. Si no estarían en la cárcel también, como todos nosotros.*

Hablaba y hablaba: «De aquí es difícil fugarse. Me gustaría que me

mandasen a otro lado para escapar al monte con Juanín.»

No es por despreciar a un muchacho tan noble y tan generoso, pero para mí y para la inmensa mayoría, era un pobre hombre, con excesiva buena voluntad, pero equivocado.

Se hablaba mucho en la cárcel. Cada uno contaba cómo fue detenido. Los de aquellos pueblos, ya digo, Luey, Abanillas, Serdio, Acebosa, Gandarillas, Camijanes lo pasaban muy bien charlando, pues hubo una temporada que estaban juntos cientos de convecinos. Entre las cosas que contaban recuerdo una que se me quedó enormemente grabada: en aquel valle había un maestro extraordinario, un tal Palma, muy querido por toda la gente, muy respetado por todo

el mundo, que tenía varios hijos —no recuerdo si dos o tres— subnormales. Había también un cura asturiano, don Santos, que por motivos de salud se había establecido allí con su sobrina. Este cura empezó a conseguir tierras, prados y cabezas de ganado y pronto se convirtió en uno de los ricos caciques del valle. La sobrina del cura asistía en casa de Bedoya a una especie de cursos de costura que daban sus primas y hermana. El cura escribía un libro sobre los horrores cometidos por los rojos en la cuenca minera de Asturias: Nembra, Caborana, Pola de Lena, Sama, Mieres...

El maestro se quejaba: «No sé qué puede pasar, pero me están poniendo denuncia tras denuncia por no enseñar bastante doctrina.» Los chavales sabían el

Astete de arriba a abajo. «No sé quién puede ser el que me denuncia.» Y los chicos, ¡más catecismo!

Un día, el maestro tuvo que marcharse. Le echaron. La gente lloraba en la despedida porque le querían mucho, y el pobre hombre quedaba tan desamparado, con aquellos hijos... La escuela estuvo unos días cerrada, pero muy pronto se hizo cargo de ella don Santos el cura, con su nombramiento oficial, con su título de licenciado, con su carrera de escritor. Como no la podía atender bien por las vacas y los escritos, en seguida se hizo cargo de ella su sobrina, que dejó la costura y ejerció como interina, valiéndose del título del sacerdote. A partir de este momento sí que hubo doctrina en la escuela. Todo,

prácticamente, se reducía a doctrina.

Un día, a las nueve, los niños en fila esperaban a la señorita sobrina. La señorita era puntual.

—*Buenos días, niños.*

—*Buenos días, señorita.*

—*Vamos, adentro.*

Mete la llave en la cerradura. Empuja la puerta. Abre. «¡Ay, ay, ay!» «¿Qué pasa, señorita? ¿Qué le sucede?»

Pálida, lívida, vuelve a cerrar la puerta y con paso menudo y nervioso regresa a donde su tío, el cura. No tardaron en volver, a zancadas, el sacerdote, y, meneando el busto, detrás, la sobrina. Entraron en el aula. Los chiquillos se miraban unos a otros sin comprender.

—*Vayanse inmediatamente a sus*

casas (la voz del cura era aterradora). ¡*Y aténganse a las consecuencias!*

Según más tarde supieron los chavales, en el encerado de la escuela aparecía escrito: «Fascistas, hijos de la gran puta, ya os quedan pocas. Os vamos a cortar el pescuezo.»

Ni media hora tardaron en llegar los guardias y se llevaron al cuartel de Muñodorrero a los que tenían ficha de republicanos, o de izquierdistas y a toda la chavalería.

La gente, al verlos pasar, decía: «¿Qué habrán hecho las criaturas? ¿Habrán robado algo?

En el calabozo, las pruebas... Iban desfilando de uno en uno y cada cual recibía su respectiva somanta:

—¿Dónde estuviste anoche?

—En la cama.

Bofetadas a mansalva. A otro:

—¿Dónde estuviste anoche?

—En la deshoja, en la casa de Valentín.

—¿Con quién?

Muchos de los jóvenes habían estado en la misma deshoja. Pereda describe maravillosamente en qué consiste este trabajo-diversión en «El sabor de la tierruca». Mozos y mozas mezclados alrededor del pilo de panojas, tirándose pellizcos, pasándose el porrón, contándose chistes, cantando y comiendo castañas asadas.

—¿Y con quién más?

—Y con Alfredo, y nadie más.

—¿Y después?

—Después, a casa me fui.

—¿ Sólo?

—No, señor, íbamos juntos todos.

—¿Andando?

—Sí, señor, no tenemos bicis.

—¿Pasaste por la escuela?

—Sí, señor.

—¿ Entraste?

—No, señor.

—¿ Entraste?

—No, señor.

—Mira que te arreo...

—Pasamos por delante de la escuela, pero no entramos.

Una paliza y el siguiente.

Del cuartel les llevaron esposados a Unquera, y desde allí, en tren, al calabozo de San Vicente. Iban juntos padres e hijos. Algunas mujeres que venían de

viaje se santiguaban: «¡Pero si no son más que unos chiquillos!» Lo gracioso es que ninguno se había enterado aún porqué estaban allí. «Lo más probable es que hayan cagado encima de la mesa de la maestra o alguna marranada así», decían los mayores... En San Vicente estuvieron tres días a sopa de ajo. La mujer del encargado del calabozo le dijo a éste que no se metiera con aquellos muchachos, que ella conocía a las familias y eran buena gente.

Entonces fue cuando supieron la causa de su detención. Les fueron pasando por un despacho uno por uno y les mandaron escribir la frase del encerado de la escuela. Querían sin duda comprobar la letra de cada uno: «Ahora otra vez, pero más deprisa. Ahora, con

mayúsculas.»

Recuerdo que uno de los chavales me contaba cómo lo había escrito él: «Ya os quedan pocas», todo junto y con hache.

Yo hice muchos amigos de aquel grupo en la Cárcel Provincial. Bedoya fue uno de ellos, aunque luego no le volviera a ver más.

Cuando me han dicho más tarde que Bedoya era un sanguinario, yo no me lo creo. Tampoco se lo creen los que le conocieron de chaval. Yo siempre contesto lo mismo que a ustedes les he dicho al principio de este relato: no sé lo que un hombre acorralado puede cambiar. Pero Paco era incapaz de hacer daño a nadie, por lo menos en el tiempo en que nosotros le conocimos. Pocos animales

hay tan dulces y mansos como un gato doméstico. Ahora bien, si le encierras en una habitación sin salida y le empiezas a azuzar hasta que se desespere, araña, muerde, y si puede, te saca los ojos. Un poco es, creo yo, lo que pasó con Bedoya.

Todos los vecinos que estuvieron conmigo y con Paco Bedoya en la cárcel coinciden en lo mismo. Le pedías la camisa y la camisa te daba. Por eso creo que la fama que más tarde tuvo de matón era más que nada una estrategia de Juanín, típica también de la policía. Juanín se reservaba el prestigio de bandolero, de inteligente, de comprensivo, mientras que a Bedoya le hacía representar el papel de hombre sin escrúpulos, sanguinario y brutal que no se detenía ante nada. Así quedaba

equilibrado el esquema amor-miedo necesario en este tipo de vidas: si sólo inspiran confianza y campechanía por donde pasan, puede la gente tomarlos a chirigota; si sólo inspiran miedo, la gente no les ayuda, nadie los apoya, el terror hará que el pueblo les cierre sus puertas y acabe con ellos. El equilibrio entre el terror y el cariño es rentable, con tal de que el elemento atemorizante aparezca subordinado a la inteligencia, a la prudencia y a la discrección, papel magníficamente representado por Juanín. Esa por lo menos es mi explicación.

Había en Santander por entonces un juez que acaso porque estuviera loco o acaso por ser un sinvergüenza, sentenciaba por sistema con más años de cárcel que los que pedía el fiscal.

Bedoya estaba contento, después de la sentencia, de doce años, pues le permitía salir a redimir penas por el trabajo y él, como trabajador, era algo fuera de serie, según me han dicho los que le habían conocido anteriormente. Además esto quizá le diera oportunidad de escaparse al monte con Juanín, su obsesión de chaval de diecinueve años.

Lo de redención de penas por el trabajo era una magnífica ocasión para hacer pantanos y carreteras con mano de obra gratuita para que los jerifaltes del sistema franquista se empavonaran del milagro español y de las deslumbrantes obras realizadas, sin decir nunca cómo esas obras fueron levantadas, especulando con el hambre y el sudor de miles de jóvenes, a quienes se obligaba a

pagar un altísimo precio por recuperar su libertad.»

3. VACAS Y HOMBRES EN HOLOCAUSTO

Embalse de la Cohilla, embalse de Palombera. Cuando unos presos acaban su condena, otros vienen a sustituirlos. La obra sigue. Mucho dinero ganarán los señores con aquellos dos pantanos. Muchos hombres dejarán allí la salud, las uñas, la vida. Siguen los guardias deteniendo a mocetones cántabros por colaboracionistas con los emboscados, sigue el juez echando condenas desmesuradas, sigue la presa creciendo a buen ritmo, siguen muriendo allí machos que podrían sujetar toros con sus manos, y cuando la presa está lista para empezar

a convertir sus aguas en pesetas, alguien, con la conciencia tranquila, la inaugurará solemnemente y dará gracias a Dios y al hombre providencial que hizo posible tanto progreso.

«Cuando nos enteramos de que Paco había sido llevado al Salto del Nansa, a trabajar, todos los chavales y chávalas de su edad agarramos las bicicletas y nos fuimos a verle a Cossío, el primer domingo que hizo sol. Nos abrazó, se puso contentísimo y aquel día el pueblo de las casonas parecía una romería.»

Paco preguntaba por todo el mundo. Había adelgazado mucho. Comió hasta reventar, bebió, abrazó a sus amigos, besó a sus amigas, rió con nervio, contó cosas de la cárcel y cuando los guardias echaron de allí a aquella tropa juvenil,

Paco se quedó mirándoles con ojos brillantes y emocionados.

El domingo siguiente ya no estaba Bedoya en el valle del Nansa. No debió de agradar a los jefes de su batallón de trabajadores tanta alegría y cachondeo, manifestados el domingo anterior. O acaso se había filtrado la frase obsesiva que el mozo repetía y repetía sin darse cuenta de quién pudiera oírle: «Yo, nada más pueda, me escapo al monte con Juanín.» Por eso, los jefes de su batallón de trabajadores tomaron la prudente decisión de trasladarle a Madrid, a Fuencarral, que allí también había trabajo bastante.

Otras personas de Serdio, Estrada, Abanillas, Luey, estaban aún en la cárcel, y otras habían tenido que ir al destierro

por un tiempo indeterminado. En Valderredible recogían patatas y trillaban el trigo, según la época, por muy poco dinero. Todo eran beneficios para los propietarios de grandes heredades. Era una bendición de Dios que aterrizara toda aquella tropa de trabajadores en un pueblo donde hacían falta brazos entendidos, pastores, aserradores, criados...

«Los desterrados de Juanín». La buena gente los trataba con generosidad, y escuchaba con respeto las penalidades que narraban. El señor cura de Pulientes llegó a decir: «Habéis hecho bien en recoger en vuestra casa a esos hombres, hijos míos. El deber de los cristianos es dar posada al peregrino y ayudar al prójimo en sus necesidades. Para

perseguir a los malhechores y entregarlos a la justicia están los guardias. Es su obligación, no la vuestra.»

Entretanto, en las aldeas castigadas, la vida seguía en silencio. Los habitantes de la finca de las Carradas, hermano, hermana y madre de Bedoya, fueron obligados a dejar el caserío durante las noches y hospedarse en Serdio. Sólo durante el día podían subir a trabajar en lo que el ganado precisara. Habían pasado ya muchos años, y, si la fecha que tenemos es de fiar, una noche del mes de febrero de 1952, cuando a Bedoya le quedaban en Fuencarral dos meses tan sólo para acabar de cumplir su sentencia, cuando ya sólo quedaban en los montes de Cantabria Juanín, Gildo, el Andaluz y el Tuerto, que había de morir muy pronto

entre Bejes y Sotres; cuando todos los habitantes de Val de San Vicente dormían, cuando las vacas estaban rumiando sus escasas raciones de heno, agriamente sudado en el verano; cuando las posesiones del señor conde Estrada empezaban a apuntar un nuevo brotar de hierba verde, que el lejano señor no vería crecer; cuando Juanín, en solitario, hacía unos vahos de eucaliptus para el catarro en una cocina cercana a la playa de Cóbreces,.los vecinos de Hortigal, Portillo, Serdio, Estrada, la Acebosa e incluso Pesués, oyeron, sobrecogidos, el homérico bramido de las vacas de las Carradas que estaban ardiendo entre gasolina y cerillas. Se aterrorizó la noche y las cinco reses del incomprensible sahumerio, bramando, casi aullando, casi

salmodiando, fueron estinguiendo sus vidas. Dicen que una de ellas, que se había quedado con la hebilla suelta, logró escapar. Pero todas las otras murieron sujetas a los peales de los pesebres.

Es posible que haya guernicas picassianos más espeluznantes, pero ningún espectáculo tan cainesco como la mirada humildemente amarrada de esas vacas sacrificadas ¿en holocausto de qué dios?

Se llenó el valle de rumores. Cuando los hombres ordeñaban, veían crisparse sus puños iracundos sobre las tetas blandas, las madres empezaron a narrarse sus temores, mientras raspaban sus párpados húmedos con el reseco mandil negro.

Tres días más tarde las emisoras de

radio difundieron la noticia: «Acaba de darse a la fuga desde el Destacamento Penitenciario de Fuencarral en Madrid el preso Francisco Bedoya, quien cumplía condena en el campo de trabajo de dicho destacamento. Se da la circunstancia de que Francisco Bedoya, de veintitrés años de edad, estaba a punto ya de terminar su condena.» Seguía después una descripción detallada del robusto mozo y, al final, una advertencia: es un deber ciudadano denunciarle en cualquier lugar en que sea visto.

Se dijo que Juanín, indignado por lo de las vacas, envió a buscarle a una persona de su entera confianza.

«Vente a Santander, Paco. Y si quieres, te ayudo a pasarte a Francia. O si lo prefieres, te vienes al monte conmigo.

Les vamos a enseñar a matar vacas a estos hijos de puta.»

Paco no lo pensó dos veces. «No, yo en Francia no tengo nada perdido.»

Se pasa la primavera y el verano sin problemas. Bedoya está con Juanín. Planifican. Es uno de esos larguísimos silencios de meses en los que parece como si la tierra se los hubiera tragado. «Estarán en Francia», se decía.

Entretanto se va perfilando la figura Bedoya-vengador, contrapeso de «Juanín-Hood».

La gente sabe que ya nadie se echa al monte el año 52 por motivos políticos. Hace más de cuatro años que la lucha armada fue desechada por los políticos. Si un hombre se va al monte en el año 52, es sólo por venganza. La gente así lo ha

decidido, así lo ha determinado también Juanín. Y el joven Bedoya, con su corpulencia hercúlea, no tiene más que fruncir el ceño, decir cuatro palabrotas, cuatro bravatas amenazadoras, cuatro juramentos, para confirmarlo. Cuando condenaron a Musolino, el famoso bandolero calabrés, las gentes sabían que aquella era una condena injusta:

> «Musolino es inocente
> y lo han condenado injustamente.
> Oh Madonna, oh San José,
> conservarlo siempre bajo vuestra protección.»

Todo el mundo estaba convencido de que Bedoya no merecía ser castigado como lo fue. Y todos aceptaron que la respuesta fuera la venganza.

Al contrario que el bandido Robin Hood, el bandido vengador tiene que jugar la baza de la crueldad. Su atractivo consiste en demostrar que los pobres también pueden ser terribles. No lleva el vengador ningún programa constructivo, positivo. Dada la imposibilidad de hacer este mundo bueno, hay que sumir el mundo en ruinas y aterrorizar a sus habitantes. Amargado, resentido, el vengador no se para ante la crueldad. Este es el papel que Bedoya se empeña en representar, pese a su nobleza de carácter y pese a su bondad natural.

Por el contrario, Juanín va perfilándose como el Robín de los Bosques en las Asturias de Santillana. De las nueve condiciones que pone Hobsbawn a los bandidos para aspirar al mítico y legendario título de Robín, el lebaniego las cumple todas, según el sentir popular.

1) Inicia su carrera de bandolero como víctima de una injusticia. 2) Corrige los abusos (Juanín atraca fundamentalmente a quienes habían cometido abusos en la guerra, en el estraperlo, en el mercado). 3) Roba al rico para dárselo al pobre (en el caso de Juanín eso lo hizo alguna vez, pero por lo menos siempre pagó generosamente los servicios y trató de reservar a los pobres de los perjuicios que su presencia les

causaba). 4) No mata nunca, sino es en defensa propia o justa venganza (en el caso de Juanín coinciden guardias, paisanos, ricos y pobres en aceptar su moderación en el uso de la violencia). 5) Si sobrevive, se reincorpora honradamente a su comunidad. 6) Apoyado, ayudado y admirado por su pueblo (en el caso de Juanín esto llegó al extremo de que Tomás Cossías propuso en su libro «La lucha contra el maquis en España» la necesidad de estudiar la estrategia de Juanín para ocultarse y de cómo una de las causas de su pervivencia en el monte fue el apoyo decidido de sus paisanos). 7) Su muerte obedece única y exclusivamente a la traición (en el caso de Juanín, la idea de que fue traicionado está viva en el pueblo, y la gente se aferra

a ella con tesón. Las sospechas de traición recaen en algunas personas vivas aún, a quienes no se puede acusar de una cosa así sin tener pruebas. Y las pruebas será muy difícil, por no decir imposible, conseguirlas, pues nadie cobró, que se sepa, el alto precio' ofrecido por su cabeza. Otras sospechas han recaído tradicionalmente sobre Bedoya, que le habría entregado a los guardias bajo la promesa de hallar paso libre hacia Francia... Esto huele bastante a romance viejo:

«...Dos mil escudos de plata
dan por su cabeza sola.
Muchos pretenden la empresa,
pero ninguno la logra,

si no fuera un camarada
que trae en su misma tropa.»

8) Es invisible e invulnerable (de cómo se camuflaba Juanín y salía de los lugares más peligrosos hay constancia en la memoria popular). 9) No es enemigo del rey o del emperador, sino sólo de los opresores locales (en el caso de Juanín no es enemigo del gobierno, sino que haber defendido fielmente al gobierno legal de España, la República, es el punto de partida de sus desdichas).

No eran los años 50 años propicios para robinismos. El que durara tanto tiempo Juanín aureolado con su prestigio se debe, en gran parte, al contrapeso de

Bedoya, que, aún sin serlo, hacía el papel de bandido violento, sanguinario, destructor.

4. EN TAMA, 20 DE OCTUBRE DE 1952

Tama es un pueblo hermoso. El Deva por allí baja ya crecido con las aguas del Quiviesa y del Bullón unidos a él pocos kilómetros antes. La carretera de Unquera consigue en Tama la recta más larga desde que dejó el desfiladero de la Hermida. Aún tiene hoy el pueblo 215 habitantes, lo que quiere decir que es relativamente grande, comparado con sus vecinos, Armaño, con 42; Cobeña, con 29; Trillayo, con 56. La emigración ha destruido esas aldeas y, por las callejas, tan sólo se ven ancianos con mirada triste, conversación lejana, boina y

albarcas descoloridas.

Tama, sin embargo, se mantiene con dos bares, gente joven, escuelas, médico, cura... Centenares de chiquillos, venidos de la ciudad, acampan en sus prados los meses de verano. Algunos hombres están empleados en la explotación frutícola que la Diputación Provincial de Santander experimenta en aquella vega, aprovechando los 885,5 mm. de pluviosidad anual, los doce grados de temperatura media y los terrenos donados en su día por don Luis de las Cuevas, señor del valle. No están hoy mal pagados los obreros que trabajan para la Diputación. En nada se puede comparar su sueldo y su medio de vida con el que en 1952 podía aspirar a conseguir Dominador Gómez, padre de tres hijos,

peón agrícola en el mismo terreno enorme de don Félix.

Dominador y su familia vivían muy humildemente. Su casa estaba en la cima del pueblo, en el Campillo, ya cerca del monte, aislada de todas las demás. Recuerdan los vecinos a Dominador con una picorra de las que tiene un pincho de hierro en la punta, recogiendo las colillas de los bares y del mercado de Potes y metiéndolas en el bolsillo como «Mi tío Jacinto» el de la película. Todo el mundo compadecía la pobreza del peón.

El 20 de octubre, lunes, por la mañana, la gente bajaba a Potes andando, como entonces era lo normal. De pronto se oyeron tiros en el Campillo, y todo el mundo corrió despavorido.

Alguien estaría con la mosca detrás

de la oreja, pero la mayor parte de los habitantes del pueblo no sabía a qué venía aquello.

Pronto llegó la explicación de todo: los emboscados estaban escondidos en la casa de Dominador. La guardia civil vino a realizar un registro. Descubiertos, los emboscados empezaron a tiros y mataron al sargento Sanz. Enfurecidos, los guardias empezaron a disparar y acabaron con Gildo el tresvisano y con otro emboscado llamado el Andaluz. Vienen refuerzos de guardias civiles.

Dos emboscados más había en la casa, pero consiguen escapar por la puerta trasera. Uno de ellos logra alcanzar la carretera y se mezcla entre el grupo de paisanos y paisanas que va al mercado.

En el puente hay un guardia que, al descubrir la presencia del emboscado, dispara sobre él; la bala rebota en el pavimento de la carretera. El emboscado da un salto, saca su pistola entre el griterío del paisanaje y empieza a disparar sobre el guardia, aunque no sale ni una bala del arma encasquillada. Por el contrario, el guardia apunta al corazón y acierta; acierta también su segundo tiro a la frente y el hombre cae muerto revolcado en un charco de sangre y grava. De la gente que hay alrededor nadie recibe ningún balazo, pero es un milagro.

Imposible describir el terror que se apodera de todo al pueblo.

Otro de los emboscados, muy malherido, consigue escapar en dirección

a Rases. Se está desangrando y a trancas y barrancas consigue esconderse y sentarse para anudar un trozo de camisa alrededor de su pierna.

También las mujeres de Rases bajan al mercado. Descubren al hombre que se está desangrando: «Pero qué le pasó, hiju, pa sangrar así?» Se sobresalta el bandolero: «Largúense de aquí, mecagüen tal, y no digan una palabra porque las dejo secas...»

Entretanto en Tama bajaron los guardias a buscar a Dominador, que estaba trabajando en la finca de don Félix y le subieron a casa, fusilándole inmediatamente delante de su mujer y de su hija de catorce años. Los gritos de las mujeres aterrorizan al pueblo. Un guardia señala a la mujer:

—*Ahora vas tú.*

La niña está fuertemente abrazada a su madre. «¡Ay, mama mía, ay Dios de misericordia y Virgen de la Luz bendita, sinvergüenzas!»

—*Tú, apártate, niña, que a ti no te matamos.*

—*¡No!*

El alarido estremece a toda la comarca.

—*Si matáis a mi madre, yo quiero morir con ella.*

No hay nadie en el pueblo que no esté llorando con las ventanas cerradas.

La orden de fuego salió nerviosa, madre e hija cayeron rodando muy abrazadas, los cuerpos muy juntos, mezclada la sangre.

Otros dos hijos tenía el matrimonio,

pero a éstos no les hicieron nada, pues no estaban en casa aquel día.

Cargaron los cadáveres de todos los muertos de la jornada en un carro de vacas y los llevaron amontonados todos hasta la villa de Potes, al depósito común. Ya se sabía la noticia y una multitud de rostros arrugados por el miedo y el trabajo se alineó en las aceras de piedra, hechas por prisioneros de guerra, para ver pasar en un silencio impresionante aquel montón de muerte.

El cadáver del sargento Sanz fue llevado a hombros de sus compañeros hasta la iglesia de Tama, a donde llegó inmediatamente el teniente general de la Benemérita, don Buenaventura Cano.

Unos chiquillos que se atrevieron a acercarse a la casa, por esa irresistible

curiosidad de los catorce años, fueron introducidos dentro de ella por los guardias y delante de la pareja recorrieron todas las habitaciones. Vieron que en cierto lugar reservado había muchas botellas, tabaco, comida y ropa.

Los guardias llevaron latas de gasolina, y después de haber rociado el edificio, le prendieron fuego y ardió con todo lo que tenía dentro. Hoy sólo quedan un par de metros de pared, como recuerdo de aquella tragedia.

El cadáver del sargento de Potes don José Sanz fue trasladado a Santander y la capilla ardiente quedó instalada en el cuartel de las Calzadas Altas. El gobernador civil interino, Soto Vanees; el alcalde de la ciudad, González Mesones; el gobernador militar, los presidentes de

la Audiencia, la Diputación y otras representaciones encabezaron lo que la prensa llamó «una impresionante manifestación de duelo y homenaje postumo al heroico sargento caído.en el cumplimiento de su deber».

Los otros muertos fueron: Dominador Gómez, su esposa, su hija, Hermenegildo Campo, el Andaluz, Bernardo Quintiliano Guerrero y Joaquín Sánchez, que fueron arrojados a una fosa común. Se les había encontrado un mosquetón, una metralleta, dos pistolas, municiones y 31.000 pesetas en efectivo.

El cura de Tama y el cura de Potes escribieron una enérgica protesta por los hechos y la enviaron a Madrid. Pero se echó tierra sobre el asunto y nunca más se supo de aquella denuncia.

Los guardias que participaron en la operación de Tama fueron inmediatamente trasladados muy lejos de allí.

Comenzaron los interrogatorios, y aquella vez algunos lebaniegos ricos fueron a parar a la cárcel, pues se descubrió que desde hacía tiempo venían pagando una cuota mensual a los guerrilleros.

Por entonces fue encarcelado otra vez don Jesús Diez, médico en Vega de Liébana durante la República, dirigente de la Casa del Pueblo de Potes, responsable en 1930 de la sociedad cultural y recreativa «La Unión», en cuyos locales pronunció ese año un par de conferencias sobre «La promoción de la mujer rural», «Reforma del sistema

penitenciario».

Encarcelado después de la guerra, fue llevado a prisión el 52 porque se supo que curó a un maqui. En la cárcel se abrió las venas para suicidarse, aunque no lo consiguió. Socarrón, humorista —todo el mundo recuerda sus chistes y ocurrencias —, comentaba su aventura cuando por fin quedó en libertad: «Hay que darse cuenta la de misterios que tiene la vida de médico: con la cantidad de gente que yo habré matado y nunca me han dicho las autoridades ni media palabra, pues, para una vez que se me ocurre curar a uno, me meten en la cárcel.»

Juanín y Bedoya no estaban en Tama el día 20 de octubre de 1952. Ya hacían vida aparte desde principios de año, y así iban a continuar hasta el día de

su muerte.

5. JUANIN Y BEDOYA, EN PAREJA

Después de los sangrientos episodios de Tama ya no quedan bandidos en el monte, a no ser Juanín y Bedoya.

Tardan mucho en actuar. La mayor parte de los montañeses creen sinceramente que se han ido a Francia con Santiago y con Marcos Campo. Se denuncian pequeños robos, se echa la culpa a Juanín y Bedoya, pero ¿ quién puede asegurar que eran ellos?, ¿no serían raterías entre vecinos?

Ruiloba. Barrio Pando. Cantina, comestibles, ultramarinos «La Perla».

Aquí ya conocen a Juanín y Bedoya porque se presentaron una noche a buscar dinero. Al mes o mes y medio volvieron. Estaba muy oscuro. Forzaron la puerta y entró Bedoya a llenar el saco, mientras que Juanín vigilaba el cruce de carreteras: la que va a Ruilobuca, la que va a Concha. Viene la pareja de la guardia civil. Juanín, pegado al depósito de agua, frente a «La Perla», escucha las pisadas de los guardias que se aproximan. Pasan de largo, doblan la esquina en dirección a Ruilobuca, pero deciden regresar, quizá han oído ruido en el interior del establecimiento y se acercan a verificar la cerradura de la puerta. De no disparar Juanín, de no caer muerto el cabo García, Bedoya hubiera sido sorprendido robando. Pero muere el cabo José García,

lebaniego, compañero de Juanín en la escuela y en las romerías de la Vega. El otro guardia, un jovencito gallego que después se suicidó, salió corriendo. Lo mismo hizo Bedoya. No supo Juanín a quién había matado, pero cuando se enteró («¿sabes a quién has matado?: a tu paisano García»), lloró amargamente y escribió una carta de pésame a la esposa del guardia. Mucha gente dijo que había sido una venganza. El cabo García, lebaniego, había matado al Tuerto, sorprendiéndole en los Picos de Europa. La carta escrita a la viuda, las lágrimas vertidas sinceramente en una cocina de amigos desmienten la hipótesis de venganza que muchos quisieron encontrar en aquella muerte.

Quienes ven en Juanín una especie

de Maquiavelo del Quiviesa han querido encontrar en aquella muerte de Ruiloba una maniobra para comprometer definitivamente a Bedoya, quizá indeciso después de su noviciado empezado en febrero. Quizá Juanín pudo haber evitado la muerte de García, aunque no lo sabemos.

Junto al depósito de agua, una cruz helicoidal y una inscripción: «Ruiloba al cabo de la guardia civil José Gómez, que cayó aquí en acto de servicio contra atracadores. ¡Presente!» A los pies del monumento hay un humilde rosal.

Al día siguiente Juanín y Bedoya atracaron al tendero de El Tejo, antiguo alcalde de Polaciones, a quien habían baleado en 1943 el día de Santa Teresa: «Necesitamos comida para dos hombres

para cuatro días.» El ex alcalde venía de la cuadra con un vecino. «Tú te quedas aquí mientras vuelve éste con el suministro, que además tenemos que hablar.» «¿Tenemos que hablar de qué?» «Creo que tú has andado por ahí diciendo que me ibas a escupir a la cara vivo o muerto.» El tendero ex alcalde se pone nervioso porque sí lo había dicho: en una cantina. «¿Quién habrá sido el. cabrón que se lo cantó? ¿Y qué digo yo ahora»? El ex alcalde se serena: «Oye, Juanín, ¿y no crees que tengo razón? ¿No te acuerdas cuando en Polaciones me pegaste dos tiros y luego golpeaste a mi mujer con la metralleta para que no me rezara?» «No fui yo, fue Santiago.» Siguieron discutiendo y sacando a relucir historias antiguas de crueldades y de

vergüenzas. Llega por fin el vecino con el suministro. No ha encontrado un saco en la tienda. Se ha puesto nervioso y no ha encontrado ni un saco. iEs la leche! Con la de sacos que tiene que haber en una tienda grande como aquella... Por eso lo ha traído en un almohadón blanco, amarrado con cuerdas por los extremos. Juanín se cabrea y empieza a jurar y a cagarse en todo lo barrido. Bedoya, más fuerte si cabe: «¿A dónde vamos con una cosa blanca? ¡Tú lo que quieres es que nos vean las fuerzas del orden!» Veinticinco años más tarde los dos paisanos recuerdan ese detalle: No dijo «guardias», como todo el mundo; dijo así, «fuerzas del orden». «Pero a las fuerzas del orden las voy a dar yo mucho que hacer.» Posiblemente lo consigas una

vez —contesta el ex alcalde—. o más, pero yo te aseguro que al final, cuando menos lo esperes, caes.» «Ya veremos quién es el que cae antes. Estáis sobre un volcán y cuando explote vais a tomar po'l culo con todo el invento. Venga, para casa. Sin mirar para atrás. iY a buen paso!» El ex alcalde corre a buscar una escopeta que siempre tiene cargada con postas. Los dos atracadores están aún acaldando la comida dentro del almohadón. El golpe ha sido audaz. Todo el valle estaba lleno de guardias desde la noche anterior en que había muerto el cabo García. «Es imposible que puedan escapar», pensaba todo el mundo. «Se han metido en la boca del lobo». Pero todo el mundo volvió a equivocarse en los métodos de Juanín.

La pareja Juanín y Bedoya desaparecían o aparecían en los lugares más increíbles. Los golpes eran de poca monta. Cuando robaban era sobre todo comida y tabaco. Golpes de 1.500, de 3.000, de 2.000 pesetas eran los más frecuentes. Hubo uno de 50.000, rescate exigido por el hijo de Diestro. Contabilizando todos los golpes económicos efectuados por Juanín y Bedoya mientras estuvieron juntos desde el año 53 al año 57, nos sale un total de 78.651 pesetas. No hablamos de comida, sino ahora sólo de dinero. 78.651, entre dos son 39.325 pesetas adquiridas por cada uno en ese tiempo. Lo cual viene a resultar unas 20 pesetas diarias «de sueldo». Claro que no tenían que comprar toda la comida, a veces la robaban, pero

tenían gastos muy especiales, como eran pagar a algunos enlaces, ayudar a algunos amigos, pagar algunos refugios. A Juanín, el día que le mataron se le encontraron encima 6.000 pesetas, todo lo que seguramente tenía.

Los encuentros con los guardias fueron pocos, pero todos ellos muy espectaculares, como el de la Peña Sancho, al lado de Bielba, donde pasaron el invierno metidos en una cueva, y, quizá denunciados, se vieron rodeados y obligados a salir disparando para romper el cerco. Hirieron a un guardia. En la Vega de Liébana, rodeados en una casa, salen lanzando una granada de humo y haciendo fuego de metralleta. Cayó herido Eleuterio Salcedo.

La más famosa de sus actuaciones

fue el secuestro del hijo de Diestro en el Turujal. Era un chico muy joven. Juanín le llena de colonia por si vienen perros de policía que no le descubran por el olor. En el monte el chico tirita de frío y de miedo. Juanín le pone su gabardina. El chaval dice que no, «No, no, que usted también tendrá frío». «Bah, no te preocupes, yo, para la vida que llevo, igual me da de morir hoy que mañana.» Cerca ya de los cuarenta años, Juanín se muestra paternal, comprensivo, cariñoso. Bedoya es como un hijo, pero también la otra gente. Una niña pejina estaba leyendo «Amor sublime» mientras cuidaba —las vacas. Juanín y Bedoya estuvieron tan cerca de ella que se enteraron del título y de la colección. No dijeron nada a la niña por no asustarla.

Pero por la noche fueron a cenar a su casa: «¿Qué tal estaba la novela que leías esta tarde, bonita?» «¿Cómo lo sabes?» «Estuvimos muy cerca, muy cerca de ti.» Bedoya exagera lo cerca. Juanín dice: «¿Y por qué no llevas a las vacas un libro instructivo? No sé. De historia, de literatura, de ciencias... Hay que formarse, guapina, para que no le engañen a uno.»

Otra vez, otro atraco, otra casa, otro pueblo, otra cena. Un muchachito, aún muy joven, escucha la conversación en silencio, muy abiertos los ojos. Ofrece Bedoya tabaco a todo el mundo después del tazón de leche con pan de borona. El chaval de la casa dice que él pasa. Y sonríe como disculpándose por ser tan pequeño. «¿Qué pasa, no fumas?» «No

señor, no.» «¿Cómo que no? Pues todas las noches te hemos visto nosotros que sales a echar un cigarro detrás de la cuadra.» Muy colorado se pone el crío. Y corre la voz: Juanín lo ve todo. Y sabe tratar a la gente: «¿Qué pasa, no te deja tu padre? Bah, por una vez..., ¿verdad que le deja echar un cigarro, Jacinto? Es mejor hacer las cosas a las claras que a escondidas.»

Al hijo de Diestro le cabía el corazón en un puño. Habían pedido 50.000 pesetas de rescate, y la contraseña para dejar el dinero era un paraguas tirado en la carretera. Pocos coches circulaban entonces entre Cabezón y Unquera. Pero un coche que pasó se detuvo. Alguien se apeó, y viendo que el paraguas no era malo, lo metió en el

coche y se fue. Detrás venía el camión de Diestro y siguió hacia Unquera. Los secuestradores bajaron a poner el otro paraguas que tenían, pero antes de que regresara el camión, se lo llevaron también. «Ahora me matarán, claro», se emocionaba el muchacho. «Cono, claro —decía Bedoya—. ¿Tú crees que estamos de cachondeo o qué?» Bedoya, siempre tan delicado. «Si me matan, ¿les da igual dejarme en la carretera...? Es que aquí, en mitad del monte, no sé qué me da.» Juanín, nervioso, le da una tableta de chocolate. «Come, anda.» Mientras, busca una solución práctica. «Mire, oiga, allí viene el camión. Lo conozco por las luces. Ahí vuelve ya. ¿Qué hacemos?» Juanín le propuso al muchacho un trato:

—Haz lo que te ha dicho Juanín —

añade Bedoya a gritos—. *Pero si nos engañas, mueres* (Bedoya se pone pesado). Nosotros no tenemos prisa. Así que más te vale no engañarnos porque el cachuco más pequeño de ti...

El chico baja a la carretera, detiene al camión, pide que le den el dinero y corre monte arriba a entregarlo a sus dos secuestradores, que están viendo la operación ansiosamente. «Muy bien, chaval.» Lo cuentan y está toda la cantidad pedida. Juanín aparta mil duros y se los entrega al chico: «Toma, majo. Esto para ti. Por las molestias. Pero no se lo des a tu padre, ¿eh?»

Contaba una vez el joven Diestro su aventura y todo el mundo se percató de la noble simpatía que Juanín había sabido despertar en él.

No todos los secuestros les salieron igual de bien a Juanín y Bedoya. Tasio Salces, cuando se presentaron en su casa, les dijo que no tenía dinero. Que lo tenía en el banco. Que se lo traía al día siguiente. Que se lo dejaba donde ellos quisieran.

—¡Uy, Tasio! Mira que te conozco desde niño. Que tú saliste muy bribón y nos la vas a armar.

—¡Hombre, coño, cómo crees eso, Juanín!

—Podemos llevar al niño hasta que nos des el dinero, si no, no me fío.

Tasio era uno de los poderosos del valle. Con él vivía Mingo, soltero, que, a pesar de ser el amo de la casa, trabajaba a las órdenes de Tasio, quien desde que se casó con su hermana, llevaba la iniciativa

de todo.

—*Mira, para que te fíes, se me ocurre una cosa. Llévate a ¡ni cuñado. El chiquillo igual con estos fríos me coje un catarro y... ¿Quieres, Mingo?*

—*Bueno, pues lo llevamos, de acuerdo.*

—*... Y si no entregas los cuartos, ya sabes que le cortamos el pasapán* —agrega Bedoya—. *Son* 25.000 *pesetas para mañana por la noche. Si no a éste...* —y hacía el gesto de rebanar la nuez.

—*Si, hombre, sí. Yo mañana mismo voy al banco y os doy el dinero.*

Acordaron el sitio, la hora, el modo.

En la cueva de Pineda comió chorizo, bebió vino, durmió a pierna suelta y descansó del mucho trabajo de la casa.

—No están mal estas vacaciones, ¿eh?

Pasó la noche fijada para el rescate y no hubo nada. La siguiente y la siguiente, tampoco. «Bueno, te vamos a matar.» Bedoya afilaba siniestramente la navajona. Juanín hizo ver a Mingo dos cosas: Una: que estaba siendo explotado por su cuñado. Dos: que su vida (la de Mingo) a su cuñado le importaba un rábano. «Ahí tienes la prueba: por 25.000 pesetas te dejaría morirte. iEres un esclavo!... Habían pasado cinco días. «¿Juanín, le mato?» «No, déjale que se vaya. Hala, vete, Mingo, esclavo, que le estás haciendo falta a tu cuñado para sembrar las patatas.»

Desde entonces los guardias se quedaron a vivir en casa de Tasio. «No

vaya a ser que a Juanín se le ocurra alguna tontería con el chiquillo.» Y a Mingo todo el personal le empezó a llamar desde entonces Minguco el esclavo, y así se le conoce hasta el día de hoy.

A Nisio Estébanez, de Los Casares, le esperaron una noche cuando éste volvía a casa. La casa de Nisio Estébanez está cerca del monte, y al parecer en ella se hospedaron los emboscados mucho tiempo. Pero de la noche a la mañana, a Nisio le empezó a entrar miedo y se hizo muy amigo de los guardias civiles. Juanín y Bedoya no tardaron en darse cuenta de que estaban vendidos. La noche que le esperaron en el camino no se dieron a conocer, pero le dijeron: «Oiga, por favor, ¿sabe usted cómo se llega antes al

cementerio?» Nisio echó a correr hacia el pueblo y la bala le entró en un brazo.

Ya se bromeaba con la pareja de emboscados por los montes. Se estaba volviendo algo cotidiano, como cosa habitual. Los niños jugaban a Juanín y Bedoya y todo el mundo decía en voz baja que los veía. En Camaleño, un chaval casi sufre un infarto: venía de las vacas ya de noche, y un compañero bromista le salió al paso y le dijo sin más: «¡Soy Juanín!» El chico llegó a casa sudando, jadeando, con los pelos de punta y tuvo que venir el médico a visitarle.

En Frama estaba una cuadrilla de hombres en el monte, plantando los primeros pinos de la comarca. Hacían los hoyos aquel día. El dueño del terreno

tenía un criado joven: Vidio. Y un burro envidiable que lo traía el criado con la comida para el obreraje y luego lo soltaba a pastar «por aquellas orillas». El burro se llamaba «Tolín». Los vecinos de aquel pueblo que tenían burras hacían lo posible por atraer a tan soberbio ejemplar para que les hiciera una cubierta gratis. Se lo robaban a Vidio un día, otro..., y cuando él iba a buscarlo no lo encontraba. Hasta que el gracioso muchacho decidió que ya estaba bien y se decidió a buscarlo por todas las cuadras del pueblo. Llevaba Vidio sombrero muy calado, andar sigiloso y exageraba un poco el aire de misterio.

Un diligente vecino, de los que siempre hay en todas las aldeas, se alarmó: «Es Juanín, seguro, mira qué

manera de andar.» Y llamó a los guardias que acudieron por docenas.

Los plantadores de pinos no salían de su asombro.

—¿Han visto a Juanín?

—No, por aquí, imposible.

—Llevaba sombrero blanco, muy calado, andaba así muy raro, por todas tas calles del pueblo.

—Pero bueno, ¡si ése es Vidio!, el criado mío, que andaba buscando el burro. ¡Ay, qué coño!

Rieron todos. Y los guardias que habían venido de varios cuarteles se volvieron por su camino: «Le debíamos de empaquetar a usté», decían al vecino alarmista. «Claro, como hay una recompensa de medio millón de pesetas para el que dé una pista. iHabría que

poner una multa al que dijera bobadas!»

Vidio tenía enseñado al burro «Tolín» a que hiciera monerías. Y siempre que el travieso muchacho pasaba por delante del cuartel le decía al animal: «Anda, "Tolín", saluda a estos señores con educación.» El burro levantaba la pata y bajaba la cabeza hasta el suelo tres veces como diciendo, «Usted siga bien.» Y el guardia de puertas era que se partía de risa.

Había como un clima de distensión con respecto a Juanín y Bedoya. Muchas veces los guardias sabían dónde estaban y ni iban a ver. Lo que querían es que se marcharan a Francia de una vez y los dejaran en paz. Como además no eran malos para la tropa, hasta sirvieron de entretenimiento y daban una oportunidad

para ascender.

Esta idea de que se fueran a Francia la compartían también los jefes políticos y militares de la provincia.

El cura don Desiderio veía a Juanín con frecuencia. Contaban por aquel valle que hasta iba y le confesaba en Santo Toribio. Cuando se lo preguntaba la gente, don Desiderio sonreía y cambiaba de conversación. Cuando se lo preguntó un alto cargo de la guardia civil, don Desiderio sonrió también: «Todos los cristianos tienen el derecho de practicar los sacramentos libremente. Pero la Iglesia no tiene la obligación de llevar un cómputo de los que lo hacen o no lo hacen.»

Don Desiderio era también lebaniego y, por tanto, tenía las

respuestas muy medidas.

Un día volvió a visitarle aquel guardia de alta graduación. «Hemos decidido hacer llegar a Juanín una oferta: que se pase a Francia. Así nos deja tranquilos, él puede curarse y Bedoya empezar a trabajar en algo útil. Sabemos que Juanín está malo. Usted es el encargado de proponérselo y de llevarlos a los dos a la frontera, caso de que acepten. Yendo con usted no desconfiarán.»

Fijaron una fecha para volverse a ver. El cura consultó con Juanín y Bedoya. Probablemente reflexionó mucho y la respuesta fue la siguiente: «De acuerdo. Los paso a Francia. Pero pido estas garantías: un escrito autorizándome a llevar a cabo tal acción

firmado y sellado por Franco, y una copia de dicho escrito depositada en una agencia extranjera, concretamente en United Press, por si pasa algo.»

—No creo que acepten esas condiciones.

—Pues yo tampoco creo que pueda hacer lo que me piden.

No se volvió a saber más del asunto, pero más tarde, Bedoya se lanzó a esa aventura sin exigir tantas garantías. Durante la larga noche invernal que estuvo agonizando probablemente se acordó más de una vez de la astucia y la desconfianza de los lebaniegos: Juanín y su compañero de escuela el cura Derio.

6. DESTERRADOS EN VALDERREDIBLE

Ya nos hemos referido a ellos multitud de veces. Los familiares de los embocados, zarandeados por un lado y por otro, tuvieron que sobrellevar el peso mayor de la tragedia. Así empezó el destierro de un humilde pastor de Pineda. Su delito era ser cuñado de Juanín. Cuidaba las vacas de todo el valle. Los guardias sospechaban que en el puerto podría encontrarse con él la pareja proscrita. Temían también los guardias que una niñita de nueve años, hija del pastor, sobrina del bandido, cuando subía a llevar la comida a su padre, acaso

subiera también algo para el tío. Solución: quitarle al pastor su trabajo, reducirle al barrio de Señas, donde pudiera dedicarse a la agricultura —no tenía fincas— y a la ganadería —no tenía animales—. Sólo tenía hijos. El cabo da la orden al alcalde:

Guardia Civil
142ª Comandancia
Puesto de
VEGA DE LIEBANA
Núm. 226

En virtud de orden verbal recibida el Cabo 1.° *que suscribe, a las* 11 *horas del día de la fecha, dimanante del Señor Coronel Jefe de los servicios; para que a partir de la presente cese en el cargo de*

vaquero que en la actualidad se halla desempeñando SEGUNDO BASCONES DIEZ y se reintegre al barrio de Señas de este Término Municipal, hasta nueva orden, donde podrá dedicarse a las faenas agrícolas y ganadería por dichas inmediaciones.

Lo que tengo el honor de participar a la respetable y superior Autoridad de V., para que si a bien la tiene, nombre un sustituto para la custodia del ganado que hasta ahora la tenía encomendada al referido Segundo Bascones.

Dios guarde a V. muchos años.

Vega de Liébana, 14 *agosto* 1956.

El Cabo 1.° *Comandante de Puesto.*

Sr. Presidente de la Junta Vecinal.

VEGA DE LIEBANA

El alcalde lo piensa despacio. Lo habla con sus convecinos, lo consulta después a su hijo cura. Dos días más tarde entrega el siguiente oficio al cabo de la guardia civil:

Alcalde-pedáneo

Vega de Liébana

EN CONTESTACION al Oficio núm. 226 *remitido por Vd. con fecha* 14 *de Agosto del presente año, sobre el cese en el cargo del vaquero en este pueblo de Vega de Liébana D. SEGUNDO BASCONES DIEZ, he de manifestar a Vd. que en virtud del art.* 1.586 *del Código Civil, que dice textualmente:*

«Los criados de labranza, artesanos, menestrales y demás trabajadores, asalariados por cierto

término para cierta obra, NO PUEDEN DESPEDIRSE NI SER DESPEDIDOS ANTES DEL CUMPLIMIENTO DEL CONTRATO, SIN JUSTA CAUSA.»

Y en virtud del art. 1.584 *del mismo Código Civil, que dice:*

«El criado doméstico destinado al servicio personal de su amo o de la familia de éste, por tiempo determinado, puede ser despedido y *despedirse antes de expirar el término; pero si el amo despide al criado, sin justa causa, debe indemnizarle, PAGANDOLE EL SALARIO DEVENGADO Y EL DE QUINCE DIAS MAS.»*

El citado D. SEGUNDO BASCONES DIEZ es un auténtico criado del Pueblo de Vega de Liébana, y como Alcalde Pedáneo que soy de dicho

pueblo, tengo obligación de estricta justicia de defender los derechos tanto del pueblo como de los criados al servicio del mismo pueblo, como es el caso que tratamos. Según los artículos anteriormente mencionados, el citado D. SEGUNDO BASCONES DIEZ HA CUMPLIDO FIELMENTE CON EL CONTRATO que ha firmado con los vecinos, por lo que no puedo ni debo despedirlo.

Obligaré al citado criado del pueblo a cumplir uno por uno los puntos del contrato y obligaciones por él firmadas para con el pueblo de Vega de Liébana.

En virtud de las atribuciones que me confiere el REGIMEN LOCAL, en sus diversos artículos ORDENO Y MANDO a las demás autoridades sujetas a mi

autoridad en el pueblo de Vega de Liébana que velen sin interrumpir el Orden Público. Y aso mismo ORDENO Y MANDO a D. SEGUNDO BASCONES DIEZ, criado en funciones del pueblo de Vega de Liébana que en virtud del Contrato por él firmado para con este pueblo, siga guardando fielmente la cabaña, o de lo contrario se atenga a las consecuencias legales.

Lo que tengo a bien manifestar a Vd. para los efectos oportunos.

Dios guarde a Vd. muchos años.

Vega de Liébana, 16 *de Agosto de* 1956.

El Alcalde Pedáneo.

Sr. Cabo 1.° Comandante del Puesto de Vega de Liébana.

El cabo Rollan, que ocho meses más

tarde iba a dar muerte personalmente a Juanín, no cree lo que leen sus ojos.

—O sea, que usted dice que no va a cumplir esa orden...

—En el oficio le digo a usted lo que he decidido hacer.

—Pero ¿quién le ha escrito a usted este oficio? ¡Ni el gobernador civil en persona se atreve a poner cosas así!

—Mire, yo..., bueno, como a mí me parecía una cosa injusta, pues fuimos a ver a un hijo que tengo yo, que es sacerdote y le encargamos que nos lo escribiese.

—Claro.

No era aquella una época de conflictos entre autoridad eclesiástica, autoridad civil, autoridad militar. El cabo tenía una orden que cumplir y, por eso, lo

mejor era hablar con el sacerdote, que como estaba mandado le ayudaría en vez de ponerle obstáculos en aquella desagradable misión.

LEOPOLDO ROLLAN ARENALES

Cabo 1.° de la Guardia Civil
Vega de Liébana (Santander)
17 Agosto de 1956
Sr. Dn. DESIDERIO GOMEZ
Potes

Muy Sr. mío v Reverendísimo Padre:

La presente solamente tiene por objeto el escribirle cuatro letras para comunicarle lo siguiente: Habiendo estado con su padre el cual traía un escrito consecuente a mi contestación de

escrito número 226 *de fecha del* 14, *referente a lo de Segundo Bastones Diez, que ordena el Sr. Coronel el cese de vaquero, pues si bien Vd. cita ciertos artículos del Vigente Código Civil que le ampara y pone trabas para lo ordenado, tenemos que tener en cuenta D. Desiderio que el presente caso no es juzgado por dicho Código, sino por un Decreto Ley especial de Bandidaje y Terrorismo, que si bien tanto su padre como el que suscribe sabe las consecuencias que al retirar al vaquero le trae al pueblo, pero sin embargo, tanto su padre como yo podemos no reprochar una orden de un Sr. Coronel y si bien le damos curso al oficio que me presentó el señor Celestino, pudiera ser que se le hubiera ocasionado algunas molestias y quizá disgustos que*

en el presente caso tenemos que evitarlos; por lo que acordamos, si a V. le parece, que se ponga de acuerdo bien con el Jefe de la Linea o Comandante de Puesto de esa localidad, para que le comuniquen a V. el día que venga por ésa el Sr. Coronel y a la vista del oficio que yo les envié, le exponga verbalmente los casos a la referida Autoridad, cosa que se podrá resolver más fácil que por escrito.

Rogándole mil perdones por el atrevimiento de dirigirme a V., pero todo lo hago para evitar molestias que su querido padre le pudiera acarrear.

Aprovechando la oportunidad, le saluda respetuosamente este s. s. q. b. s. m.

Cabo Rollan Arenales

Don Desiderio se sienta a la máquina de escribir. Antes ha reflexionado, ha rezado, ha hecho un pequeño esquema, siguiendo las virtudes teologales y las cardinales, ha tratado de dulcificar aún más que lo habitual su palabra y empieza a redactar una carta que ayude al cabo a resolver cristianamente tan delicado asunto.

El capellán del Monasterio de! Lignum Crucis buscó entre los libros alguna orientación. Poca cosa decían sobre un caso así los autores de la época. No estaba mal el artículo séptimo, capítulo IV, del tratado tercero de la «Teología Pastoral con práctica parroquial, obra ajustada al Código Canónico, al sínodo diocesano y a las

disposiciones de la disciplina española», de don Alejo Sánchez Torrado: «Cuidado de los obreros, de los pobres y miserables», era el título del citado artículo.

«Necesitamos un poco de Teología, un poco de reflexión personal, un poco de unción, sobre todo tacto, mucho tacto.»

Sto. Toribio de Liébana, 20 de Agosto de 1956.

Sr. D. Leopoldo Rollan
Cabo de la Guardia Civil
Vega de Liébana.

Mi buen amigo: He recibido la suya, con fecha del 17 *del actual con relación al vaquero del pueblo, D. SEGUNDO BASCONES.*

Antes de comenzar mi contestación, que hago con sumo gusto, he de manifestar a Vd. que he sentido siempre simpatía por ese cuerpo de la Guardia Civil, ya que he tenido y tengo varios familiares dentro de él. Al mismo tiempo he considerado siempre que llevan una vida muy sacrificada y acaso poco recompensada. Ahora, después de este pequeño preámbulo, que sólo es mi opinión particular sobre la Guardia Civil, vamos a la contestación del caso que se trata.

«El presente caso no es juzgado por dicho Código, sino por un decreto Ley de Bandidaje y Terrorismo.»

Es verdad, mi querido amigo, que esta comarca está atravesando hace años por una crisis que tanto perjudica a

todos y de manera especial a este Santuario, donde llegan menos peregrinos por esta causa.

Es verdad igualmente que se necesita una Ley y precaución especial para salir lo antes posible de este estado.

¿Medios? Ante todo método distinto. Para solucionar los problemas es siempre necesario tener en cuenta: a) *La Providencia que ordena y permite todas las cosas,* b) *La conciencia que es la norma de nuestra conducta particular y que nos hace cargo sobre la responsabilidad de nuestros actos,* c) *La justicia, sin la cual es totalmente imposible la vida humana,* d) *La caridad para perdonar y disimular los defectos del prójimo,* e) *Finalmente es completamente imposible ejercer la*

Autoridad olvidando la cualidad que tenemos de ser cristianos.

a) *«La Providencia». Toda autoridad emana de Dios, y el querer ejercerla como cosa propia, prescindiendo de que ha sido Dios el que me ha colocado en este lugar para representarle a El, conduce siempre a desequilibrios y multitud de errores, como se han dado muchos en esta comarca lebaniega y que Vd. no ignora, así como yo conozco, e igualmente el vecindario.*

b) *«La conciencia». Todos tenemos un alma donada por Dios y unida a este cuerpo, que nos da vida y capacita a cada uno para el bien y para el mal. Todos en conjunto y uno a uno en particular tenemos que dar cuenta*

estrecha de nuestros actos, primero a nosotros mismos y después a Dios, y esto desde el Jefe Supremo de una Nación al último picapedrero de la misma. Y traicionar a la propia conciencia es traicionarnos a nosotros mismos obrando mal, al mismo tiempo que todos nuestros actos repercuten en los demás.

c) «La justicia», que consiste en dar a cada uno lo suyo. Y si una persona —cualquiera que sea— por sus obras se hace digna de una afrentosa muerte..., y así mismo se debe premiar si se hace digna de premio, pero no se puede castigar por mera sospecha y mucho menos si este castigo se convierte en escándalo para los demás en lugar de servir de ejemplo.

d) «La caridad», que obliga en todo

momento a comprender y saber aminorar la mala conducta del prójimo y a interpretar rectamente y en el buen sentido la conducta dudosa de nuestros semejantes, mientras que no haya causa que nos obligue a lo contrario. No puede siempre la Autoridad dejarse llevar por esta cualidad, pero debe tenerla en cuenta.

e) *«Cristiano». Este título nos hace miembros de un mismo cuerpo místico y cuando un miembro del cuerpo se corrompe es necesario apartarle en bien del mismo cuerpo, pero no sin antes hacer todo lo que sea posible para salvar y conservar ese miembro corrompido y sólo se amputa cuando no queda otro camino posible.*

EN CUANTO AL CASO DE D. SEGUNDO

a) *«La Providencia». En este caso concreto desempeña Vd. la Autoridad que viene de Dios por mediación de su superior de Vd. Suponemos que el superior de Vd. ha obrado con muy buena voluntad, como Vd.*

b) *«La conciencia». Es muy posible, querido amigo, que recapacitando sobre el caso y meditando con madurez* v *aplomo, aconsejen las circunstancias solucionar el caso de otra manera muy distinta.*

c) «La justicia». Llegamos al punto clave. Se trata de un patrono, un amo (en este caso la AUTORIDAD DEL PUEBLO) que reclama unos derechos

AUTENTICOS según un contrato existente y amparado en una legislación vigente y detallada con precisión en los art. 1.584 y 1.586, *así como en otros varios. Es pues un caso de injusticia contra el patrono, que coincide al mismo tiempo con ser autoridad civil.*

Se trata igualmente de un criado al servicio de la autoridad y que cumple las obligaciones que él mismo ha contraído voluntariamente por medio de un contrato, y que al mismo tiempo puede exigir y DEBE EXIGIR PORQUE LO NECESITA PARA SUS HIJOS, su justa recompensa.

Se trata de unos perjuicios para ambos, criado y patrono, en especial para este último, no pequeños. Es problema de verdadera justicia.

d) «La caridad». Se trata de un padre que tiene varios hijos pequeños, que está manco de un brazo por habérselo roto y haber quedado mal arreglado, que por esta causa no puede defenderse en varios trabajos brutales. Se trata de un padre que por no tener fincas propias necesita mendigar en cualquier lugar que se halle para proporcionar pan para sus hijos, todos de edad escolar. Se trata de un padre, querido amigo cabo, que a pesar de sus esfuerzos cotidianos y de su vida sacrificada y económica, necesita también sacrificar la vida de sus hijos, no pudiendo ni siquiera mandarles a la escuela para aprender lo más fundamental, y a pesar de todos estos esfuerzos cotidianos y de su vida

sacrificada, apenas si consiguen entre todos mal comer.

Se trata de un padre que no tiene paz en el hogar. No tiene paz porque necesita preocuparse de la comida de sus hijos que no es capaz de solucionar sino a medias. No tiene paz porque vive abrumado. No tiene paz porque no le dejan dedicarse tranquilamente a su trabajo. No tiene paz porque siempre está riñendo con su esposa y maldiciendo el día que la conoció y todo esto por ser hermana de aquel que quizá no hubiera sido lo que es de haber topado con otras circunstancias.

Pido un poco de caridad para un hombre muy necesitado.

PROBLEMAS:

1. *EL ELEMENTO CIVIL NO*

COLABORA. Cierto, y es más, no puede colaborar. ¿Razón? Dos causas que no tendría yo inconveniente alguno en explicar con amplitud.

2. EL ELEMENTO CIVIL COLABORA EN CONTRA. Quizá sea cierto, pero para ser intermediario entre dos, ha de llegar a ambos; y siendo así es necesario atraer, no ahuyentar.

3. *ES QUE HAY APATIA HACIA EL CUERPO. No lo crea Vd. Existe apatía y algo más, pero no al Cuerpo, sino a la actuación de muchos miembros del cuerpo. ¿Con razón? ¿Sin ella? Lo cierto es que es muy lamentable que en esta Comarca esté tan desacreditado ese Cuerpo Benemérito que ha sabido defender fines muy nobles, que ha sabido sacrificarse y vive sacrificado.*

Yo personalmente me admiro muchas veces de la vida totalmente sacrificada, de absoluta entrega y heroísmo. Creo que los superiores estarán y tienen motivo para estarlo, plenamente satisfechos de sus subditos.

Con esto termino, mi buen amigo, y juzgo que es una obligación de Vd. dar cuenta de todo lo ocurrido a los Superiores, aunque sea en plan particular, pero dejando una copia en poder de Vd. Su buen amigo,

Desiderio Gómez

De nada iban a servir de todas maneras las amonestaciones del cura ni las zalameicas órdenes del alcalde. A finales de agosto la familia del pastor tuvo que salir desterrada hacia Valderredible, donde estaba aún cuando

murió Juanín.

7. ASI MATARON A BEDOYA

El día que mataron a Juanín, Bedoya iba doscientos metros rezagado. Esta era la manera que siempre tenían de caminar. Después de la muerte de su compañero, Bedoya anduvo errante por los montes, desamparado, solitario, y cada día que pasaba se sentía más acosado. Al principio estaba furibundo. Poco a poco le fue ganando el desaliento. Algún pastor le tropezó en el monte y dice que lloraba como un niño. «Si uno naciera dos veces yo no me encontraría en esta situación.»

Su única obsesión era salir de

Liébana, donde no tenía amigos, y llegar a su zona de Serdio y Monte Corona... Aunque era un joven noble, Bedoya se había quedado sólo con su inmerecida fama de sanguinario, de vengador, y sin el contrapeso de Juanín, hombre bondadoso y aceptado por el pueblo. Ya hemos dicho que la supervivencia de los bandidos ha de estribar en dos pilares: amor y miedo, aceptación y rechazo. Bedoya, que sólo colaboró con Juanín para meter miedo, se ve ahora rechazado por la gente o al menos no encuentra el calor con el que antes se le recibía en las casas. Todo el mundo pensaba que Juanín le tenía domesticado con su astucia y habilidad.

Bedoya no había desarrollado su inteligencia, pues de las cosas de cabeza

y organización se encargaba Juanín. El sólo obedecer y cumplir su desagradable tarea de malo.

La guardia civil, por otro lado, atesoraba una experiencia impresionante en la represión. Fueron muchos años, muchos partes, muchos guardias, muchos «bandidos». Bedoya se veía perdido y lo único que quería era irse, salir a Francia.

Por eso, cuando ya en Serdio y Monte Corona su cuñado Pepe San Miguel le propone pasarle a Francia en una moto, Bedoya ve los cielos abiertos y lo único de que se preocupa es de que se haga cuanto antes, sin que llegue del todo el invierno.

En Santander, al final de la calle Rualasal, hay una de las muchas zonas de bares que llenan la ciudad. «El Escorial»,

«Eguren», «Kinos», «Jauja». El bar «Kino's» antes se llamaba «Bar San José». Es un amplio local con muchas mesas, un tanto oscuro, atendido por un señor afable, pero que hoy se encuentra casi vacío.

En el bar «San José», que ahora se llama «Kino's», paraban todas las tardes el año 1957 un montón de policías que echaban su partida a la flor, a los dados, al dominó o al subastado. Confraternizaban entre ellos y a la vez con otros señores de trabajo sólo mañanero o sin trabajo de ninguna clase.

Allí se ultimaron los detalles más importante para la cacería de Francisco Bedoya: el jefe de la división provincial de policía le dice a Juanjo, un aficionado al motorismo, si le puede prestar el casco,

los guantes y la chaqueta de cuero: «Voy a ir al pueblo el domingo, y para un día, no me merece la pena comprar todas esas cosas. «¿Me lo dejas o no?» «Coño, claro, pa eso estamos. Cuenta con ello. Vete a buscarlo esta noche.» Cuando, a las nueve, se presentó un policía en el domicilio de Juanjo a recoger el recado, Juanjo no había llegado todavía. «Si le hace mucha falta —le sugiere un vecino —, puede ir a donde Esteban, el hermano de Juanjo, que también tiene cosas de esas, y basta que sea amigo de su hermano, pues se lo deja, no faltaría más.»

Esteban —cómo no— le entrega cazadora, casco y guantes al policía. Pero cuando, después de varios días, muertos ya a tiros Bedoya y San Miguel, reclama

sus cosas prestadas, el jefe de división le responde que lo siente, pero que él no sabe nada de su paradero; que se ha usado en la cacería de Bedoya y que vaya a reclamar en el Gobierno Civil.

Paco Bedoya, cuando le mataron, llevaba la chaqueta de cuero, que le estaba muy pequeña, y su cuñado llevaba puesto el casco.

En el Gobierno Civil nadie quiere saber nada. Nadie ha visto semejantes cosas, pero Esteban, hombre de carácter, no se da por vencido. Le hacen dar muchas vueltas, explicar su caso en múltiples sitios, le irritan, tiene casi que jurar, pero al final el gobernador Roldan Losada le dará un talón para cobrar 2.050 pesetas: 300 por los guantes, 250 por el casco y 1.500 por la cazadora de cuero.

Otro detalle que tenían bien organizado los policías era el de sacar a Bedoya del monte y llevarlo a un sitio propicio para acabar con él: se aprovechan para eso de José San Miguel Alvarez, de cuarenta y cuatro años, casado con la hermana de Bedoya.

San Miguel era un hombre misterioso y de pasado oscuro. Alguien le vio en una ocasión con pistola. De la cantina de Bielba sacó a la calle a varios paisanos dándoles puñetazos. La prensa de diciembre de 1957 da otros detalles muy confusos de tipo penal de este personaje, pero como no hemos podido confirmarlos, nos los reservamos. Voz común: que era un guardia civil disfrazado, infiltrado en la familia Bedoya para entregar a Paco y a Juanín.

Según algunos, Juanín había prohibido a Bedoya hablar o ver a su cuñado: «La próxima vez que se acerque a ti le pego dos tiros. Ese es un guardia y nos va a joder.» Otros dicen que San Miguel, por quitar a su cuñado de sufrir tantas penalidades y por devolver la paz a su familia destrozada, aceptó la propuesta de la policía de pasarle a Francia bajo la promesa formal de que no le iba a pasar nada.

Hay quien dice que fue sólo por dinero por lo que se arriesgó a llevar a cabo la operación. Pero eso quizá se deba al afán de mitificar también a Bedoya, necesidad que siente siempre el pueblo después de la muerte de sus héroes. Tampoco se sostiene en pie la idea tan difundida en la Montaña de que fue el

propio Bedoya quien remató a su cuñado al percatarse de la traición de éste. Demasiado literario, demasiado novelesco.

La policía entregó a San Miguel una motocicleta Derby,— marrón, de dos caballos y medio, que pertenecía a la Guardia de Franco y a la que le cambiaron la matrícula para este uso. José San Miguel estuvo utilizando la moto como si fuera suya y exhibiéndola por todas partes. Durante los últimos días del mes de noviembre, Fidel, el hermano pequeño de Paco, se paseaba de paquete en la moto de San Miguel para hacer sin duda habitual el hecho de que en la Derby fueran siempre dos personas.

De acuerdo por un lado con Bedoya y del otro con la Comisaría de Policía,

San Miguel fijó el día más oportuno para largarse a Bilbao: el primer día de diciembre, domingo, jornada futbolística en la que se enfrentaban el Racing y el Indauchu en el Sardinero, y a consecuencia del encuentro muchos aficionados bilbaínos iban o volvían de noche a sus hogares, con lo que la huida de Bedoya podría perfectamente pasar desapercibida.

La guardia civil no tenía mucha fe en que San Miguel iba a cumplir su promesa. Por eso acordonaron todas las posibles salidas en dirección contraria a la carretera de Bilbao. Todas las carreteras al oeste de Cabezón de la Sal quedaron interceptadas.

Puede decirse que desde San Vicente de la Barquera cada curva de la carretera,

cada chopo, escondía un guardia perfectamente camuflado para vigilar toda la ruta que la motocicleta recorriera.

A las cinco de la tarde la Derby salió del número 33 de la Avenida de los Infantes conducida por San Miguel y llevando de paquete a Fidel Bedoya. El «bandolero» Paco estaba esperando oportunamente escondido en una de las carreteras que salen del Monte Corona para empalmar con la general. Al llegar a este punto, la Derby se detuvo, Fidel dejó su puesto a su hermano Paco y a lomos de la motocicleta propiedad de la Guardia de Franco los dos hombres emprendieron el viaje en sentido contrario al que había traído.

Cuatro coches con miembros de la Brigadilla Social y Política se pusieron en

camino para seguir a los fugitivos. Uno de los coches llevaba matrícula francesa. Cada cierto tiempo, según el programa, uno de aquellos coches rebasaba a la moto y enviaba al control el mensaje de que todo iba según lo previsto.

En Sarón, la gente salía del cine. Alguien se extrañó al ver que dos hombres, de pie, con la moto en marcha, hicieron un cambio de ropas, mearon y se pusieron de nuevo en camino.

«El propósito de la policía y guardia civil —dice el «Diario Montañés»— era capturarlos en un lugar donde si se producía algún tiroteo, no pudiera causarse víctimas inocentes, y para ello se escogió el sitio del Pontarrón en el trayecto de carretera comprendida entre el Puente de Oriñón y el langostero de

Islares. A la izquierda, en aquel lugar, está la playa y a la derecha el Monte Cerredo, de acantilados casi perpendiculares; se considera casi imposible la huida a uno y a otro lado.»

Unos trescientos metros antes de Islares, en el lugar llamado Cueva de las Hadas, se halla el lugar señalado para frenar definitivamente la marcha de la rápida Derby.

Más adelante de este paraje, ya pasada la curva, estaba la carretera acordonada por policías. En el camping de Islares, nerviosos ya por la espera, el gobernador Roldan Losada y el teniente coronel de la guardia civil, así como dos agentes que venían con ellos en el coche de matrícula francesa, seguían por radio los mensajes de «todo va bien» que les

eran transmitidos.

En un Seat con matrícula de Santander iban tres policías: Agustín, Solar y un tal Cuerno, hombre muy famoso en la brigada secreta de Santander. El Seat dio el intermitente al rebasar a la moto. Solar, que llevaba la metralleta asomada al cristal, vio que le temblaban las manos al gritar, ya al costado de Bedoya: «Paco, alto a la policía.»

Dicen los diarios: «San Miguel y Bedoya inmediatamente se lanzaron al suelo y comenzaron a disparar sus metralletas y pistolas.» Pero esto no fue verdad. Difícil detener en seco la marcha de la moto, difícil parapetarse en fracciones de segundos, difícil empezar a disparar antes de que la' metralleta

asomada a la ventanilla explicara sus intenciones. Difícil admitir un final distinto al programado días antes.

La cita anterior, que hemos extraído de algunos diarios españoles, y la crónica de los hechos que narramos apareció en muchos periódicos españoles facilitada por la agencia Cifra. Quizá más ajustado a la realidad, el «Diario Montañés» explica: «Apenas repuesto de la sorpresa de verse nombrado, Bedoya intentó sacar un arma, pero el agente, prevenido, abrió fuego sobre los dos ocupantes de la Derby y ésta fue a estrellarse a la cuneta.»

Era la una y diez minutos de la mañana. Noche cerrada de diciembre. Oscuridad. Difícil ver lo de «la sorpresa», lo de «intentó sacar un arma», sobre todo

si tenemos en cuenta que el Seat no se detuvo si no a mucha distancia de allí. Contradicciones, pues, entre los periodistas de Cifra y los de «Diario Montañés». Contradicciones de ambos con la realidad.

«Vamos.» El gobernador, oídos los disparos, escuchado el «misión cumplida, ya están», subió desde el camping de Islares hasta la carretera, acompañado por el teniente coronel. Hay un nervioso ir y venir de guardias con linternas. Los que no tienen linternas, con mecheros. Los que no tienen mecheros, con cerillas. San Miguel está muerto en la cuneta, ¿pero Bedoya?

—¿Seguro que cayeron los dos?

—Seguro, fue una ráfaga...

—Busquen, busquen... Es increíble

que se haya podido escabullir de aquí.

El gigante Bedoya, herido de muerte, había conseguido subir desfiladero arriba, por una roca cortada a pico y ocultarse tras la maleza a unos cuatrocientos metros de la cumbre de Monte Cerredo, que tiene 650 de altura. Llevaba cinco balas incrustadas en el vientre, según nos ha dicho el forense que le hizo la autopsia.

La policía acrecentó su sistema de seguridad por toda la zona y el cerco era total.

La guardia civil de Torrelavega acudió con perros amaestrados. No parece verdad lo que dice Cifra de que un pastor de Islares ofreció su perro a los guardias y que éste fue quien descubrió a Bedoya. El perro, que tras oler algunos

efectos personales de Bedoya, abandonados en la moto, salió disparado monte arriba, se llamaba «Tiro». «Tiro» lleva tras de sí al cabo Fidel Fernández Iñiguez. Bedoya, ocho horas con cinco balas en el vientre, dispara contra el cabo y a punto está de matarle. La bala que realmente mató a Bedoya le entró por la sien, fue disparada a muy pocos centímetros de su cabeza, y, a pesar de haber sido buscada con ahínco, nadie la encontró.

—*Pudo ser un suicidio* —nos dice el forense.

Pero ¿ por qué no se mencionó entonces tal posibilidad?

—*¡Sólo faltaba eso!* —nos dicen en Castro Urdíales—. *Imagínese una operación magistralmente planeada por*

guardias y policías y que al final no alcancen al perseguido, sino que se mate él mismo. Quedarían en ridículo ante la gente.

Ante la duda, el cura de Castro decretó que el cadáver de Paco Bedoya recibiera sepultura fuera del recinto sagrado, que está separado por un ancho muro de piedra del resto de los difuntos. Hoy podemos decir que ninguna tumba del cementerio nos ha parecido tan sobria, tan elegante, tan florida, en su enorme prado verde lejos de mármoles y de esculturas.

Son las diez de la mañana del lunes 2 de diciembre de 1957. El último emboscado de la posguerra cantábrica es arrastrado hacia la carretera en la copa de un pino cortado para eso. Ya hay en la

carretera muchos curiosos esperando. Todo el mundo valora la corpulencia del mezo de Serdio, la hazaña de haber trepado por la roca viva, con toda la muerte a cuestas, y haber aguantado ocho horas con sus heridas fatales.

Frecuentemente hay flores sobre esta sepultura. La madre de Bedoya, honorable señora tullida por el sufrimiento, hace muchas veces un penoso viaje desde Santander para repasar un poco los geranios de su hijo, que descansa, lejos, en el pueblo marinero.

Fidel, el hermano pequeño, que vive en Chicago, donde ha conseguido colocarse bien, compró hace poco tiempo unos nichos en el cementerio municipal de Santander con el fin de traer en su día

los restos mortales de su hermano y de su cuñado para que puedan estar más cerca de las visitas de su madre.

Escarmentado por los problemas que tuvo cuando la muerte de Juanín, el «Diario Montañés» no sacó su reportaje hasta el miércoles 4 de diciembre. Y en un recuadro explica al público que lamenta no haberle informado con la debida puntualidad por motivos ajenos a la voluntad de los periodistas y de la empresa.

El año 1958 sale a las ondas españolas un disco llegado de México con un corrido que en seguida se hace famoso en la Montaña y que se titula «La muerte de Juan Bedoya», cantado por los Alegres de Terán. Es muy curioso constatar que, a pesar de la coincidencia

del título con los dos huidos montañeses más famosos, a pesar de que Terán es un pueblo de Cabuérniga y un barrio de Santander, a pesar de su oportuna salida, al año siguiente de la muerte de los emboscados, nada hay en su letra ni en su intención que recuerde la historia que nosotros acabamos de narrar. Sin embargo, miles de montañeses pensaron que sí, que era un disco dedicado a los dos héroes, que Juanín y Bedoya eran un solo personaje, Juan Bedoya, y que su muerte se cantaba camuflada quizá por culpa de la censura.

La letra del disco más radiado por las emisoras santanderinas en los años sesenta dice así:

«Diecisiete años cumplidos
va a repetirse la historia,
donde murió su hija Adela
mataron a Juan Bedoya,
cuando andaba barbechando
para sembrar su cebolla.
Llegaron los federales
a ver qué había sucedido,
gritaba Alicia Fernández,
mataron a mi marido,
pero si me dan refuerzos
les entrego el asesino.
El capitán les ordena
a cinco del pelotón:
acompañen la señora
y tráiganme ese matón;
si les hace resistencia,
mátenlo sin dilación.
Llegaron los federales

a la finca el Platanal,
les dice Alicia Fernández:
«Ahí tienen al criminal,
preparen muy bien sus armas,
no se les vaya a escapar.»
Flores ya se ha dado cuenta
que lo venían a prender,
prepara su treinta treinta,
pa poderse defender,
pero Alicia le dispara,
y así lo vieron caer.
Ya cobró su merecido,
y éste es el fin de la historia.
Y aquí termina el corrido
de Flores y Juan Bedoya,
y dice Alicia Fernández
que Dios los tenga en la gloria.»

Con esta voluntad amnistiadora de Alicia Fernández, el pueblo cantábrico, veintiún años atormentado por las armas de unos y de otros, coincidía plenamente.

—Vengo a encargar un disco para el hijo que jura bandera el domingo que viene en Araca.

—¿Y qué disco quiere?

—No sé. Uno bonito, de esos de ahora.

—¿Conoce este de la muerte de Juan Bedoya?

—Sí, lo conozco y es muy bonito. Pero no, ése no lo quiero.

—Pero..., ¿por qué, mujer?

—Porque hace tan poco que le mataron... Era tan buen muchacho... Su madre está muerta de pena...

— oOo —